EN ESA DELGADA LÍNEA

EVA MONZÓN

NPQ Editores

EN ESA DELGADA LÍNEA

EVA MONZÓN

EN ESA DELGADA LÍNEA

EVA MONZÓN

NPQ Editores

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión por cualquier procedimiento o medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro o por otros medios, sin permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

“Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra”.

© Del texto: Eva Monzón
© De esta edición: NPQ Editores 2018
Email: edicion@npqeditores.com
www.npqeditores.com

Primera edición: Abril 2018

ISBN: 978-84-17257-53-8

Para ti, que me lees.

A PRINCIPIOS DE UN FEBRERO LEJANO

Vigilo esos ojos que me observan cerca desde tan lejos. Mi padre se está muriendo; agoniza en la cama que comparte con mi madre, aunque ahora ella duerma en el sillón para no molestarle. Mi hermana se ofreció a traer la cama plegable, pero se negó; "No, hija, no; estoy bien aquí, es muy cómodo". Sospecho que descansar en un lecho sin él, lo considera traición. La disposición de la habitación es la misma que la que recuerdo de niño, de adolescente. Fueron esos objetos invariables, estancados, los que me gritaron: huye.

Es fácil reconocer las cosas. No lo es tanto con las personas; no sé si son ellos, no les conozco: hace diecisiete años que me fui. Jamás hubiera regresado si no fuese por la muerte que trastoca tantos o más planes que la vida.

Dejo de divagar porque papá aprieta con fuerza mi mano; ha regresado, las brumas de los ojos se aclaran, me enfocan. Espero en sus pupilas; si lograse adentrarme en ellas, le acompañaría cuando se aleje de nuevo, conoceré sus recuerdos antes de que se desvanezcan sin él: zonas, lugares, sucesos, pensamientos, le recorreré comprendiéndole, abarcaré parte de lo que soy, fragmentos imprescindibles que abandoné voluntariamente para construirme desde cero, sin él, sin nadie. Libre de lo que soy.

Sus ojos, que lo saben, me esperan. Me abismo en ellos, en lo inevitable evitado tanto tiempo.

AHORA

Alguien ha de contarlo.

Esa simpleza me obsesiona desde el momento en el que, con lucidez, entendí que yo era ese alguien, sin quejas ni justificaciones.

Como sucede tras comprender una realidad, la rechacé; con suerte, otros habrían alcanzado el mismo punto y para eso está el tiempo, para dejarlo pasar. La de horas perdidas que se necesitan antes de agarrarse a una de ellas y empezar.

Acaso deje pasar alguna más.

Quizá no, es posible que ya esté narrándolo.

AHORA

Y si he comenzado, si lo estoy relatando, necesitaría, al menos, un a quién; un alguien que lo escuchara, o leyera, o se interesara.

Es un modo como otro cualquiera de posponer la tarea; en mis circunstancias encontrarlo es complejo. Siempre podría ser yo mismo, por supuesto; no hay mejor

oyente de lo que tenemos que decir, pero así, la gracia de narrar se diluye: sé lo que me voy a contar. Debería tener la astucia de desdoblarme. Igual lo hago.

MUCHO ANTES DE ESE FEBRERO REMOTO

Mi vida era fácil, alegre, si fuese un entusiasta, afirmaría que feliz, pero no lo soy, conque no lo diré. En todo caso, mi primera infancia fue agradable, muchos la olvidan, o si la recuerdan, es a base de jirones de imágenes mudas; aún no se domina la palabra del pensamiento. Lo que evoco es básico: la tibieza de mamá, su olor a cariño, la voz profunda de papá, la más desabrida de mi hermana a quien le vine a robar el protagonismo absoluto. La sensación es la de una paz que jamás regresó. A medida que crezco, se rasga, me alejo de ese bienestar elemental; comienzo a entender que debo aprender a encajar esto de vivir.

AHORA

No. No me gusta; desesperante, demasiado lento, y absurdo, ¿a quién le interesa lo que estoy contando?, es una completa estupidez.

Lo terrible es que si me lo contara a mí mismo, no me importaría; de hecho, es lo que he venido haciendo desde ese día en el que mi vida se quebró, se redujo a esto..., al decidir narrarlo, perdí naturalidad: exijo una coherencia, un rigor, una lógica en los hechos. Quiero exponer mi postura más allá de mí mismo: debe ser una gran obra.

No escribirla, que nadie la lea ni la escuche, no es excusa para esa falta de originalidad. Ha de asombrar al mundo a pesar de su inexistencia física.

Y lo hará.

Soy mi narrador, mi lector, mi crítico. Mi infinito.

LO QUE FUI

Según mi madre fui un niño callado, introvertido, de ojos curiosos y opiniones silenciosas. “Qué reservado eras, cielo, tanto, que la gente me miraba con pena, creyendo que no sabías hablar a una edad donde los demás críos no cesaban de cotorrear. Al principio te defendía, ofendida de que dudaran de tu inteligencia, pero tú mismo me comentaste que si lo justificaba, agravaba la sensación. “Qué más da, mami, si creen que no sé hablar, si sí sé”. Y tenías razón. No era necesario más”.

Es curioso que la infancia, esa zona donde somos quienes seremos, se nos oculte, tengamos que conocerla de segunda mano por los que nos criaron. Es bastante injusto; nos quedamos con las emociones de lo que nos sucedió, no con lo que pasó. Eso lo distorsionamos.

Yo me recuerdo atento a un mundo absurdo, no por él, sino por los que me rodeaban que, continuamente, perdían el aplomo ante las cosas más simples.

Me refugiaba en mí mismo escapando de unas normas contradictorias, que ni quienes las exigen, cumplen. Mi relación con otros niños era esporádica; llamarles amigos sería exagerado; de pequeños, la amistad no existe como la entienden los adultos, nada de reciprocidad o sacrificio por el otro. Compartes un espacio porque en ese momento es interesante. Ya está.

Con los años, ese distanciamiento con los otros, creció. No suelo estar a gusto entre gente, es cansado; todos esos ritos, palabras, ofrecimientos, necesidades creadas para conseguir un acercamiento, un bienestar por compartir esos momentos breves, intensos, donde crees que otro te comprende, que tú le entiendes. Falsa ilusión. Las decepciones anulan el brillo del instante, el esfuerzo agotador de rozar el alma de un semejante, vacío; hay que llenarlo con la continuidad. Y esa persona intuida no será la misma: los momentos nos cambian.

AHORA

No sé si este retrato está quedando algo sombrío. No sé si quien describo fue real, si siempre he sido tan solitario o si es parte de mi cansancio vital. Puede que sí se deba a eso. Puede que lo dicte este ahora salpicándolo de soledad, de aislamiento, de quien soy.

Quizá a estas alturas, debería comentar que mi vida la vivo en una cama, que mi universo es una habitación, que mis funciones vitales no son mías, sino de una máquina que respira por mí, donde unos tubos me alimentan, unas enfermeras me lavan. Mis ojos no parpadean, aunque miran y ven cuando no los cierran para que descansen. Y oigo, pero no lo saben porque no tengo manera de comunicarme con los que me visitan.

Ellos se acercan. Obedientes a las indicaciones médicas, me hablan, traen objetos que creen significativos para mí. Lo intentan. Mi madre es la más constante, sus recuerdos son los de su hijo creciendo, los que chocan contra su hijo adulto, el que no está ni vivo ni muerto. Para ella, por supuesto, estoy presente. Para mí también.

Mi mente está activa; lo único que no sobrevivió fue el cuerpo. No es tan grave, aunque sí penoso.

Desde el primer instante fui consciente de cómo los sentidos se agudizaban mientras el resto renunciaba a funcionar. Qué angustia sentí al comprobar que mi voz no salía, atascada, muda en el umbral de los labios; que los brazos, piernas, manos eran como de otro, amotinados, ajenos a mi mando. Ya no era dueño de mí. Desgajado del propio cuerpo y aún en él, recibiendo olores, colores, sonidos con una nitidez excesiva; mi mente abrumada tuvo que desconectarse un tiempo. No sé cuánto. Cuando regresé ya no estaba donde estuve cuando ocurrió el cambio. Mi cabeza sobre una almohada, mi cuerpo conectado a la máquina, mis venas a los

tubos. Mi vida a mi sola mente.

AHORA

Bueno, la narración ha dado un giro. En realidad, más que un vuelco, ha compartido una información que, quizá, no debía haber desvelado todavía. Igual ha sido inoportuno: encontrar su momento idóneo es complicado. Da igual. Supongo que depende de cómo se quiere contar la historia. Yo deseo narrarla como jamás nadie lo ha hecho. Lo que es imposible. Somos muchos nadies.

Lo que le sucede a uno es decepcionante, aburrido, al menos para sí mismo. Desde este espacio ilimitado del cuarto, mi mente es libre de explorar cada atisbo de vida de la que fui testigo para reconstruirla.

LO QUE FUI

Ser no es nada fácil. Unos lo comprenden antes que otros. Yo lo entendí muy temprano. Algo no funcionaba; lo que decían que debía ser, no casaba en absoluto con lo que era. Exponen unas pautas que nunca se cumplían. Qué decepcionante la primera vez que asistí a esa contradicción. Cada uno tiene la suya, la que te inicia en el caos entre lo interno y lo externo, ese choque que rompe la ingenuidad de las acciones espontáneas, te pone sobre aviso para las siguientes, aprendiendo a disimular, mentir incluso, a guardarte las espaldas, estar atento para que no te estalle, quien eres, de quien debes.

Una decepción dolorosa.

Desde ahí nada es igual: se crece torcido.

AHORA

Alguien ha entrado interrumpiéndome. Es la enfermera. Comprobará las pantallas y anotará cifras en mi expediente. Es nueva; noto su aprensión. No le gusta trabajar conmigo: le asusto. Carece de madera para este trabajo, no durará mucho aquí. Antes venía Amalia, cariñosa sin empalagos, lo justo. Me trataba como recuerdo que lo hacían cuando estabas en un hospital, con cordialidad profesional. Al menos, al principio. “Buenos días. ¿Ha ido bien la noche?, ahora miramos esas gráficas..., pues sí, estupendo, un dibujo perfecto; constantes vitales de libro”. Su sonrisa me acaricia, siento cómo me ahueca la almohada, ajusta la sábana, hermosea las flores del jarrón retirando las secas, ordena la mesa y habla de lo que me interesa; esa vida perdida aquí dentro. Lo cuenta apartando su tono profesional: “Hace un día estupendo, qué pocas ganas de moverse de casa, mire que se está a gusto desayunado sin prisas; es mi momento preferido, me asomo a la

calle aún oscura mientras va ganando terreno la luz; si me descuido, amanece antes de terminarme el café. No se lo va a creer: de nuevo ha llegado tarde el autobús; qué escándalo, cinco minutos más y no ficho a tiempo. No hay derecho, luego vas toda la jornada acelerada".

Cuando termina, se asegura, de una ojeada que, efectivamente, ha terminado: nada por hacer. Animada por haber compartido su mañana, me mira. A mí, no al enfermo, y sé que es Amalia, no la enfermera quien me hablará ahora. Recuerdo su confusión. "Verle me alienta, no se lo tome a mal, pero me ayuda a situarme. Nos quejamos de vicio tantas veces. No se ofenda. Usted es mucho más; odio la compasión, la falsa caridad. Bueno, discúlpeme, hablé demasiado. Hasta mañana".

Cerró la puerta y sentí espanto. "Esto ahora, ¿por qué?", esa inquietud me sobrepasaba, hasta que la entendí: las personas que se me habían acercado antes se iban sin que me angustiase, porque en realidad ni entraban. No en mí; solo era alguien a quien tratar, nada más. Pero al irse ella me mordió su ausencia. Me supe solo. No hay peor soledad que la que espera a quien no está.

Amalia, al contar su rutina, me acercó la mía, imposible ya. Al ritmo de sus palabras mis músculos despertaban, mis pies tocaban el suelo; qué agradable respirar por uno mismo ese olor a tierra mojada tras la lluvia, el café recién hecho. Los detalles cotidianos, que fastidian cuando hay que hacerlos, qué poco se sospecha lo que se les puede echar de menos.

Me hace bien recordarme, acompasarme con sus recuerdos. Pero hasta ahí. He de evitar caer en el dolor de no ser. Aprender a salirme de mí para buscar ese yo completo. Ahora solo vivo en las palabras, a trozos.

Contemos pues.

LO QUE FUI

A la vez que iba apartándome de las personas que me rodeaban, me acercaba a las que solo encontraría en los libros, por muertas o imaginarias; qué vivas las sentía, hasta las que no habían sido jamás: vidas reales asombrosas que parecían soñadas, y las creadas, muchas más reales que las de sus autores.

El primer libro que me absorbió, llenando el vacío que sentía, lo leí por casualidad –ese azar que vela por dar sentido al sinsentido–, la tarde en que, harto de todo, decidí entrar en la biblioteca. Hay varios edificios públicos que me gusta visitar por su personalidad: la catedral, los museos, la biblioteca. En todos hay palabras, ecos y huelen a Tiempo. Cuando ofician, el murmullo ininteligible del latín me mece vaciándome del ruido. Con los libros, sentado entre las voces en sordina, las toses involuntarias, el crujir de las páginas, respiro el olor de las palabras.

Esa tarde, como digo, fui más allá de la paz. Cogí un libro. Abrí una vida.

AHORA

Cuánto los echo de menos. Leerlos. Elegir. Cierto que mi madre se pasa las tardes leyéndome lo que sabe que me gusta. Siempre hay un libro en la mesa; los que vienen a verme, tras contarme titubeantes lo que se hayan preparado por el camino, al notarse faltos de naturalidad por hablar en alto a nadie, se callan y aliviados cogen el libro, lo abren por la señal y siguen su lectura. Se lo agradezco, de verdad que sí. Es penoso asistir a su esfuerzo de conversar conmigo, esa torpeza que me enternece al principio, llega a irritarme al final. Mejor escucharles lo que imaginaron otros.

Cuánto echo de menos ser yo quien elija los libros. No me quejaré. A veces, me evado de lo que oigo para, con su impulso, recordar los que leería.

LO QUE FUI

No es que no hubiese leído un libro antes; por supuesto que sabía leer. Es que lo escogí yo. Nadie me lo acercó, no había que estudiarlo o memorizarlo. Era un libro libre. Qué emocionante adentrarme en sus páginas sin saber qué irían a decirme. Me abismé. Recuerdo lo grande que era, tuve que apoyarlo sobre las piernas, mis manos incapaces de soportar su peso, lo habrían dejado caer. Seguro que la imagen que ofrecía era chocante; un niño leyendo un libro más grande que él. O quizá no, igual ni me vieron, nadie me retuvo en sus recuerdos. Da lo mismo. Yo me veo ahora.

El texto trataba de biografías de gentes dispares, sin nada en común, excepto sus muertes, todas ellas superaban cualquier ficción. Me atraparon. Cierto que sus vidas habían sido importantes, pero eran sus finales a los que se dedicaba ese libro. Esa tarde me enteré de cómo a un santón ruso, que había adquirido demasiado poder, se le quiso asesinar envenenándole, de modo amistoso, con unas pastas; lo mal que le conocían, porque no tomaba dulces, y solo probó un poco por eso de las apariencias, ingiriendo menos cianuro del necesario, lo justo para sentirse mal. Los asesinos sin disimulo, ya para qué fingir a estas alturas, le dispararon: huyó. Debilitado, con varias balas en el cuerpo aún vivo, lo alcanzaron bastante lejos de la casa, donde entre angustiados por el fracaso de sus propósitos, y asustados por entrar en dudas sobre si, efectivamente, ese hombre que se negaba a morir, gozaba del favor de los dioses, decidieron arrojarle al río helado. Murió atrapado en un hielo al que golpeó buscando quebrarlo para salvarse, su cadáver se congeló en plena lucha, los brazos abriéndose paso entre la muerte.

Cuánto vigor. Me impresionó alguien con tanto apego a la vida. ¿Qué le veía?

AHORA

Narrar implica acercarse a la zona imprecisa de los recuerdos, recuperar lo olvidado. Una vez, con esa sombra en la mano, nos parece imposible haberlo apartado ahí tanto tiempo, como el libro de las muertes. Se me grabaron por lo extrañas, vehementes, dramáticas, cáusticas, y porque por ellas me acerqué a sus vidas; conocer sus finales me obligó a interesarme por los principios. Pocos me decepcionaron; ambos extremos tenían una extraña unión, una armonía reconocible, personal.

Desde ese libro, que jamás volví a encontrar de adulto, me lancé a otros, buscando la vitalidad de las historias donde, gracias a unas cuantas páginas, me convertía en testigo de muchas vidas. Apasionante. Cuando terminé con las biografías, fui a por las imaginadas, no por ello menos auténticas.

Qué cambio dio mi rutina; tenía algo más que mis días para llenar mis días.

Al tiempo, trasladé mi curiosidad de las vidas encerradas en las palabras, a las que evolucionaba ante mis ojos. Libros vivos.

Observarlos.

Contarlas; que también queden registradas aunque sea en mi silencio.

AHORA

Oigo más voces aparte de la mía, ¿qué pasa?; "Hijo, qué atento estabas a todo, la curiosidad era tu gran pasión, aunque los demás lo tuvieran por defecto. Igual que ahora. Tus ojos, lo sé, no dejan de ver". Mi madre ha venido a visitarme por la mañana, no es su costumbre, prefiere las tardes. "Los médicos dirán lo que quieran, en el fondo, qué sabrán ellos. No te conocen. Estás aquí". Antes lloraba al decirlo, ahora no, quizá por costumbre, o porque puede que hasta las lágrimas se cansen, como yo me cansé de intentar lo irrealizable para confirmarle su afirmación; "Sí, estoy aquí, mamá. No les hagas caso, soy yo, no solo mi cuerpo". Me esforzaba por mover lo que fuese; un dedo, un párpado. Hasta intenté la telequinesis, tratarme como algo ajeno, que es lo que soy al fin y al cabo, para que mi mente lo dominase; izar la mano por el poder de la voluntad. Pero ni con esas. "Hijo, no les permitiré hacerlo. Nunca". Esa frase titubeante me asustó hasta el terror cuando la soltó hace ya, ni lo sé: analicé si me confundía al interpretarla, "Hacer, ¿qué?, ¿qué no va a consentir?" Por mucho que la despistase, la conclusión surgía rotunda, de entre los absurdos: ellos: los médicos; hacerlo: desconectarme.

Por eso hoy ha llegado antes, la han vuelto a citar para comentarle el gasto inútil de tiempo, recursos y emociones, manteniéndome así. Sin mí. Ya no me asusta tanto, han sido varias veces. Ella lo evita, los frena; legalmente es mi tutora: no firmará. No todavía. "Te he traído las primeras fresas; cómo te gustaban, ¿te acuerdas?, lo que se enfadaban contigo por comértelas todas". Es cierto. Cada mañana temprano, cuando era la época, me levantaba antes que nadie para acercarme al fresal, rebuscar entre sus hojas verde profundo para encontrar, si había, esos botoncitos rojos intensos que sabían a sol, a río, a verano. Qué delicia

llenarse la boca con ellos, todos de golpe, explotándolos a la vez, crujientes. Me solían pillar porque su zumo rojo me delataba en la camisa, se escurría a pesar de mis precauciones. "¡¿Ya te las has zampado?!, mamá, mírale, lo ha vuelto a hacer", por ese desayuno me reñían con el castigo fastidioso recurrente; "Hale, sin postre ni merienda". Disimulaba que me diese igual. Su sabor me duraba todo el día, valía la pena.

En la mesa de la habitación estaban las fresas tempranas en una cestita forrada con sus hojas; las veía. Mi madre comprendió. Cogió una y espachurrándola entre sus dedos, acercó el jugo color fuego a mis labios, esperó a que cayera una gota en el labio. Se giró para que no la viera llorar, evitando ser testigo de mi falta de reacción, de la incapacidad de saborear lo que el recuerdo sí me acercó: ese sol rojo.

No he de caer en ese pozo. No soy quien fui, soy quien soy ahora.

AHORA

Acabo de darme cuenta de que mi madre marchó. Me sucede mucho esto de ir a saltos; desde que el tiempo me atraviesa no tengo nada que lo marque. Puede que se haya ido hace horas, semanas, días o minutos. Es lo extraño de sumergirte en la nada.

Lo que estoy narrando debe ir igualmente deslavazado. Borro, anoto, avanzo, ordeno en la misma línea que no avanza; los renglones se mezclan, estáticos, atascados. He de hacer un esfuerzo para darles sentido.

LO QUE FUI

No creo que el adulto que se es, difiera mucho del niño que se fue. En esencia, somos el mismo. Aprendemos a dominarlo o a que nos domine. Pero esa guerra abierta nos acompaña siempre. La experiencia que nos falla puede faltarnos siempre; vivir no la garantiza.

Una de las vidas que leí en directo fue la de María del Rosario García Pérez, hija del matrimonio García Pérez que tenía su casa al final de mi calle.

María fue portera de profesión y de naturaleza; no podía ni quería evitar inmiscuirse en la vida de los otros. Desde que tuvo uso de razón, y según su madre desde mucho antes, vivía para enterarse de lo que les sucedía a los demás.

De bebé, en la cuna, cuando se presentaban visitas, tras comentar lo preciosa y grande que se iba criando, se desentendían de María para hablar entre ellas. Era en ese momento cuando interrumpía cualquier actividad, babear la manta o mover sus manos delante de los ojos para, con una quietud alarmante en un lactante, concentrarse en una escucha atenta, como memorizando.

"Pero mujer, eso es imposible, si no comprende ni su nombre. Cuántas

tonterías se te ocurren"; "Que sí, Juan Alberto, que te lo digo yo: que nos espía". Con un gesto de condescendencia, se impuso la tarea de observarla. Y lo que advirtió, le inquietó tanto, que sacrificó su orgullo para comentarlo con su mujer una noche, tras comprobar que la niña dormía. "Pues tienes razón, Rosario María, sí parece husmear lo que se dice". La esposa desaprovechó el triunfo evidente, preocupándose aún más si cabe, por ese comentario que venía de un hombre cabal donde los haya, sin más pasiones que su colección de sellos internacionales y su trabajo en el banco, algo relacionado con la Bolsa, al que jamás logró entender las escasas veces que se rebajaba a compartir algún dato con ella. "¿Y qué hacemos?"; "Pues qué vamos a hacer: nada. Pero procura ser discreta cuando estés cerca". Instintivamente, al puntualizar esa recomendación, miró de reojo hacia la cuna; el susto que se llevó al ver al bebé con los ojos abiertos y atento, le impidió dormirse en horas.

María del Rosario creció acumulando información de todo y de todos; era insaciable. Sus preguntas, burdas y directas como su lengua de trapo, se fueron refinando con la edad hasta ser obras maestras de la sutileza; con entrenamiento habría sido una gran interrogadora; sonsacaba lo que fuera a quien fuese, la de condenas por confesión que hubiese obtenido en cualquier época. Qué gran inquisidora se perdió el mundo, es lo que les pasa a los genios cuando el destino, impertinente, los desubica. En este caso, la niña sin maestros que la adiestraran en su arte, perdió su don, confundiéndose en la más absoluta trivialidad; el instinto de la pequeña dio hasta donde dio.

Cuando su madre le leía por las noches la interrumpía constantemente con preguntas sobre los personajes de los cuentos; "Y entonces, ¿Caperucita solo tenía esa capucha roja o es que le gustaba mucho?; ¿qué hermanastra odiaba más a Cenicienta y por qué le tenían manía, si ellas iban más guapas?; el príncipe ese de Blancanieves, ¿por qué no se extraña de ver a tanto enano?" La mujer, derrotada por esas preguntas banales, que no daban pie a profundizar en las historias o crear nuevas, optó por contestarlas mecánicamente, hasta que la niña aprendió a leer y se retiró de esos momentos nocturnos, no sin cierto sentimiento de culpabilidad por el alivio al evitar los supuestos ratos de unión. El padre ni lo intentó; quedó horrorizado al escucharla una noche en la que se acercó al cuarto de la hija, escondiéndose tras la puerta sin hacerse de notar, en uno de esos escasos momentos de ternura hacia su familia. Nunca más. La noche en la que su esposa salió de la habitación sin leer, comprobó de soslayo el bienestar evidente de Rosario María.

La niña agotaba hasta sus muñecas, a las que no cesaba de preguntar y comadrear lo que iba averiguando de los vecinos; no había secreto seguro en la casa ni fuera ella. Los padres, a los que les pilló la casualidad cerca de la niña, justo en el momento en el que mantenía una conversación animada, se escandalizaron al enterarse, junto con las muñecas, que la hija de la vecina del tercero se veía a escondidas con el tendero de la esquina, hombre casado con doña Úrsula, mujer antipática pero legítima. En ese mismo momento, le prohibieron que jugase en voz alta. "Pero papá, ¿cómo quieres que les cuente cosas, si no hablo?";

“A ver, se lo dices muda, igual que tomas té sin té, y pretendes comer de los platos vacíos, pues les informas de las cosas sin palabras”; “Qué rollo”; “A callar”.

Aunque lo que les impidió dormir esa noche, no fue averiguar lo del adulterio, sino la carga que conlleva conocer lo que no se debería; qué era lo más oportuno: compartirlo con la interesada o hacerse los tontos. “Ay, no sé, ¿se lo comento en confesión a don Francisco este domingo?”; “Pues tú verás, igual ya lo sabe”; “Sí, pero él lo tiene fácil, está obligado a callar”; “Entonces sigamos su ejemplo, mujer”.

María del Rosario, obediente, cumplió la orden.

Tras el berrinche de tener que guardarse para sí lo que sabía, comprobó que era mejor: sus sentidos se aguzaron; antes, tan pronto como se enteraba de algo, no veía el momento de contarlo, ahora con la prohibición, esas ansias las utilizaba para ampliar su radio de acción.

Gracias al padre se convirtió en un ser de memoria múltiple, acumulando en su persona cada secreto, cada movimiento, cada suspiro de las gentes del pueblo, y más allá. Su vida se abarrotó de la de los demás, desplazando la suya hasta el punto de invalidarla. Jamás guardó recuerdos propios que no fueran sobre cómo obtuvo los ajenos. Renunció a vivir, el tiempo no le alcanzaría para todo: o creaba su historia o perseguía la de otros. La decisión ni se la planteó, la siguió fielmente desde la cuna. Estaba en su naturaleza.

No le importó la soledad donde quedó atrapada desde el accidente mortal de sus padres en ese viaje de negocios que, quizá, para escapar de ella un tiempo, se decidieron a hacer convirtiéndolo en unas vacaciones. Sin familia, saliendo de una adolescencia marchita, se procuró ese trabajo de portera cuando supo que Remigios, atacada por la artritis, renunciaba al puesto para irse con la hija.

María del Rosario llevó una vida feliz, completa; lo que aprendía de sus convecinos, le reforzaba más en su opción; si alguna vez soñó con que un hombre la rondara, conquistándola para casarse y tener hijos, como sus amigas acabaron haciendo, no lo recordaba. Y si lo hizo, pronto abandonó esas ensoñaciones; quién seguiría con ellas al encontrarse con las torpezas, engaños, desilusiones, peleas, lloros y amarguras que descubría en cada familia. Ni una se salvaba. “Qué desperdicio de vidas”, no comprendía cómo preferían cegarse voluntariamente para sacar adelante lo que quedaba de esas esperanzas hechas jirones.

Hubo un momento en el que la orden paterna la asfixió; amordazar lo que se sabe, satura, desborda, abre brechas. Explotó mientras anotaba las cuentas del mes en esos papeles escritos por una sola cara que guardaba para ahorrar, pasando de apuntar los gastos de escalera, a contar lo que había averiguado del nuevo presidente: “Quién lo diría, viéndole con sus modales de señor, puntual hasta la irritación, de estarse en casa tranquilo; un soso, vaya. Por eso me costó reconocerle, aunque esos andares me deberían haber dado una pista, lo delatan a las claras, no cabe duda alguna: era él quien salió de ese antro de mala muerte, ahí cobró sentido lo de toda esa ropa interior tan cara, de tallaje tan grande, que me hace llevar a la lavandería en bolsa aparte, ese paquete dirigido a él que trajeron de

la misma tienda en la que compra la señora de Bermúdez las pelucas desde que perdió el pelo por los disgustos que le da la hija, una pobre desgraciada que no atina con los hombres. Qué mundo este, dios mío. Las apariencias siempre engañan, me lo van a decir a mí".

Cuando se dio cuenta de que no era el precio de las bombillas, productos de limpieza o facturas lo que escribía, se asustó. Había quebrantado la orden. "No, si nadie lo lee, es lo mismo que callarlo". Encantada, se hizo con unos cuadernos nuevecitos para inmortalizar cada detalle. Ahora ocupaba los días husmeando entre tarea y tarea, y las noches las consagraba a rellenar las libretas con esa letra apretada que iba comiéndose las hojas hasta que se le cerraban los ojos.

Con una precaución algo paranoica, fiel a la promesa de no contar, guardaba los escritos detrás de los libros que heredó del padre: tomos monumentales de economía, financias y filatelia. De la madre no había ninguno, pues el único volumen que ojeó en su vida, trataba sobre cómo ser una buena esposa, y la hija lo perdió hace tiempo sin darse cuenta de que ni estaba en la estantería.

AHORA

De nuevo me interrumpen. Pasos sin habla. Es la señora que friega el suelo. La oigo resoplar por el esfuerzo de agacharse y alzarse para limpiar. Hay días en los que canta bajito, contenta, hasta que me mira y cesa de repente, como pillada en falta, como si estuviera delante de un cadáver donde está fuera de lugar alegrarse. Pobre mujer. Intento adivinar su vida fuera de aquí, pero se me escapa; la imagino tan gris que se me diluye; mi mente se niega a seguir: He de hacer un esfuerzo para atrapar el hilo; puede que si le diese más color lograse vislumbrarla; no tiene por qué tener una vida apagada, aunque es lo que intuyo; quién se va a quejar si le invento una brillante. Reír se me hace extraño porque no siento los músculos tensarse hasta el dolor ni las manos agarrando el estómago agotado. Reírse, sin cuerpo que te acompañe, da tristeza.

Dejemos eso.

Ahora canturrea. Está contenta. He de contarme su historia como sea. En todo caso, antes de que entrara, me sentía cómodo con la de María del Rosario. Tratar a la gente como personajes de novela es una buena idea; trasvasarlos desde la realidad a una dimensión más rica, igual que cuando lo vivido se desliza hacia el recuerdo donde haces y deshaces, embelleces o afeas porque ahora es tuyo.

María era la portera de la finca de Felipe. Ya hablaré del chaval, o no, aunque en realidad, lo más relevante es que me gustaba ir a su casa para encontrarme con esa mujer peculiar, siempre alerta, atenta a todo y a todos. Una estatua vigilante de ojos intensos que me impresionó aún más porque, cuando le pregunté a mi amigo por ella, le costó entender de quién hablaba; "De la portera, hombre"; "Ah, ya, bueno, no sé, no me la encuentro a menudo"; "Pero, si acabamos de cruzárnosla";

“si tú lo dices..., mira, esto es, toma”. No recuerdo qué era lo que me dio, porque la revelación de que la mujer dominaba la invisibilidad, lo eclipsó. Desde ese momento me empeñé en conocerla, aprender de su capacidad que, por cierto, nunca funcionó conmigo; siempre la vi porque deseaba verla. Cuando me aburría, que era con cierta frecuencia, rondaba la portería: un espía acechando a otro. Apasionante.

Llegué a leer una de esas notas donde mezclaba cifras y confidencias; un descuido llevó ese papel al suelo, de donde lo cogí: junto a tres sumas estaba la frase “el del sexto derecha ha reñido con esa joven de los jueves”. Me fue fácil trasladarla a la ficción, imaginar la bronca de la pareja, idear situaciones en lo irreal. Justo lo contrario que con esta buena señora que limpia, que de gris que es, desaparece por las esquinas de la realidad. Un día me enteraré de algo suyo, y entonces, podré contarla.

Ya me ha visto. Dejó de tararear.

Me gusta cómo voy avanzando, quizá hable ahora de Eulalia.

Eulalia Gil Molina regentaba uno de los hostales del pueblo, antes casa de huéspedes, título algo excesivo para el alquiler por semanas o meses de las habitaciones sobrantes de esa gran casa donde vivía con su madre, sin padre, porque se les murió en un incidente algo turbio, dejándolas con la única compañía de unas deudas que su esposa no sospechó nunca, no por mérito del marido en encubrirlas, sino más bien, porque doña Encarna vivía en un mundo aparte del resto.

Eulalia, a quien pilló la muerte del padre en plena adolescencia, comprendió, en la lectura del testamento, lo que la madre no. “Entonces, ¿qué se puede hacer, don Lotario?”, el abogado mirándolas desde detrás del documento para que no notasen su lástima, la informó de los recursos legales y prácticos disponibles. La joven salió del despacho siendo otra; en esa media hora escasa aprendió, de golpe, lo que significa valerse por sí misma. La madre, pendiente de uno de los zapatos al que le notaba el tacón flojo sin estarlo, se apoyó en ella, camino a casa, para evitar que se desprendiese completamente. La hija lo tomó como un símbolo; le encantaba dramatizar. Y drama tenía para rato.

Sin demasiada oposición por parte de la madre, encargó unas reformas para disponer de más habitaciones de las que, a simple vista, uno creería que cabían en la casa, pagando a los que la reformaron con lo que le dio el empeño de las joyas de la familia; sus aliadas a lo largo de los años, yendo y viniendo del Monte de Piedad, institución que le indicó don Lotario y que a ella, tras saber que no era un lugar religioso donde ir de merienda, sino una entidad de crédito de préstamos bastante decente, le abrió las puertas a un dinero que le ayudó a conseguir más.

El abogado también la adiestró sobre cómo anunciar su negocio sin caer en la vulgaridad, y prevenir que los huéspedes fuesen unos indeseables. Él mismo, discretamente, dejaba caer, tanto en el café, casino y ateneo, como en las cenas y reuniones a las que asistía, que la viuda de Gil había acondicionado la casa para

alojar cómodamente, y con trato excelente, a aquellos que necesitasen pasar un tiempo en el pueblo y les disgustase la frialdad de los hoteles. Funcionó, aunque tardó algo; ese primer cliente llamó a la puerta de Eulalia cuando estaba a punto de desesperar. "Buenos días, ¿qué desea"; "Me han dicho que ustedes alquilan habitaciones"; "Le han dicho bien".

Don Braulio inauguró el negocio, un conferenciante profesional que solía participar donde le contrataran tratando el tema que fuese. Recomendó la casa a varios colegas, que a su vez, animaron a los amigos a hospedarse en ese hostal, más económico que los hoteles, donde hasta te lavaban la ropa si lo pedías.

Con la costumbre de lo previsible, los huéspedes apalabraban, para fechas concretas, las mismas habitaciones donde apreciaban el espacio que Eulalia les preparaba a su gusto: las flores preferidas de la señora Martínez en el jarroncito; las toallas lavadas tal como le evocan su infancia a don Marcial: "mi madre usaba el mismo jabón"; las ventanas bien despejadas, que don Álvaro, casi ciego, no tropiece con las sombras; la mesa a la izquierda de la cama para que doña Elvira, zurda, escriba sin cesar sus cartas.

Así, cuidando los detalles, la joven parecía regentar un teatro de múltiples escenarios, más que un hostal, como pasó a llamar a su casa de huéspedes para modernizarla cuando falleció la madre, que jamás comprendió qué hacía tanta gente entrando y saliendo de su salón.

La vida se le pasó a la joven entre empeños, números, reformas, atenciones a la madre y hospedados. Lo supo limpiando el espejo de un baño, cuando sin darse ni cuenta, cambió la atención, de esa mancha en el azogue, a ese rostro que la miraba. Asustada de esos ojos fijos en ella, no reconoció al pronto, a esa anciana con el pelo recogido igual que ella. El trapo se le escurrió de las manos; vio, antes que sintió, unas lágrimas inútiles en su rostro, porque para qué llorar ante lo irremediable. Se las enjugó mientras le daba la espalda a su imagen y buscaba un lugar donde calmarse. En toda la casa no había ni un solo rincón para ella, a su estilo. Se mal sentó en el sillón de la madre que había conservado como recuerdo en su cuarto, el más pequeño, y dejó que se le escapase el día ahí. Qué más daban unas horas huidas cuando se le había fugado la vida entera esperando vivirla, posponiendo aquella propuesta, evitando ese compromiso, pretendiendo ignorar lo que don Lotario procuraba establecer en cada visita con ternura, atenciones, regalos, ayudas, miradas, roces, suspiros y hasta cartas, donde las palabras legales se confundían con unas más íntimas que, alarmadas, recuperaban el tomo formal en la siguiente línea.

El abogado, que reconocía una causa perdida, eligió otra ciudad para ejercer, alejándose de la parte contraria. Aunque a última hora, decidió confiar al buzón ese último escrito que le costó la noche sin dormir, donde con palabras enmarañadas, confusas y hasta torpes, le exponían el porqué de su marcha.

Ella no la comprendió completamente hasta ahora mismo: había aplazado para más adelante elegir, y ya no había nada a lo que optar. Estaba sola.

Se tocó el rostro, como comprobando con el tacto lo que la vista le había

revelado; no cabía duda: ahí estaban esas arrugas, ese tiempo surcando lo que recordaba bonito, fresco, lo que más de un inquilino piropeó, a veces, con insistencia. Qué linda se sentía cuando se acercaban como hombres, aunque jamás les dio pie ni consintió en proposiciones oscuras; no lo sentía ético; eran sus huéspedes, algo le impedía cruzar esa línea formal. Excepto esa única vez. No regresó. Cuánto esfuerzo le costó encajarse de nuevo en la rutina tras esa escisión en la realidad.

Esa visión del tiempo en el espejo que bruscamente le había delatado su paso, la condujo lentamente a regentar un hostal de fantasmas porque, aunque cuidaba con el mismo cariño las habitaciones, hablaba con quienes las habitaban, incluso les lavaba la ropa que ya no le daban, los huéspedes, con los años, dejaron de ir por distintas causas. Eulalia jamás aceptó esa imagen, ese cambio; su mente se desgajó de lo real y, como la madre, se apartó de donde estaba el resto de la gente.

Fue yendo a comprar a la droguería el jabón de olor para las toallas de don Marcial, que hacía sus años que murió, cuando preguntándose lo que debía hacer a la vuelta, dejó sin contestación lo qué cocinaría para la cena, porque una bala le alcanzó en la cabeza, cayendo de bruces al suelo.

AHORA

Me he adelantado a una información que quería retener. Como no puedo borrar, ya que no escribo, ahí queda. Qué indisciplinada es la mente, como un niño chico que necesita que se sepa el secreto que le desborda.

Pues abierta la caja de las sorpresas, saquemos otra más.

8 DE MARZO DE MADRUGADA

El ambiente está despejado por la lluvia de ayer que trajo ese olor a tierra lavada. Aún no es primavera, lo que no impide que algunas flores, indiferentes y hasta rebeldes, broten.

Es muy temprano; la luz atemporal inicia ese instante de confusión donde bien podría estar amaneciendo que lo contrario.

A María del Rosario le agradan esas horas oscuras que se rompen iluminando las macetas en lo que llama jardín, y no es más que patio trasero de la portería, uno que va a dar al callejón, abarrotado de unas plantas custodiadas por un enano de cerámica espantoso. Le gusta cuidarlas; las riega, limpia, abona, poda, habla, bueno, eso último depende, porque sometida a la prohibición del padre, sus labios se mueven silenciosos cuando trata temas vetados: aprendió a narrar de mentirijillas con las muñecas, la técnica la ha mejorado; sus palabras mudas recuperan la voz cuando cambia de asunto: salud, quejas, rutinas, incluso ilusiones, que también las tiene.

En el patio hay una puerta de salida al pasadizo que sería totalmente inútil, si

no la abriese con disimulo cuando escucha pasos; justo lo que hizo esa mañana mientras sostenía la maceta donde rebrotaba un nuevo esqueje. "¿Quién será a estas horas por aquí?", sin soltar la planta, abrió con precaución, asomándose; "A ver; si fuese jueves, sería el del sexto B, que es cuando va a visitar a la madre, y el cercanías le trae justo a tiempo para ir a la oficina, pero no es jueves, ¿verdad, linda?" Entonces lo sintió. Un impacto seco, como cuando corriendo de niña cuesta abajo, le picó una avispa; el mismo dolor sordo, ese choque que dolió al rato. María del Rosario mantuvo sin caer aún, el geranio, se llevó la mano libre al cuello; "¿Qué es esto?"; se la acercó a los ojos; fue la última imagen: su sangre en la mano. Lo más probable es que no acabara de interpretar lo que miraba. "¿Pero...?" Y ahora sí: cayó maceta, cayó ella. Sus labios terminaron la pregunta sin voz, como de costumbre.

No entendió que moría. Quizá, no comprendió jamás que estuvo viva.

AHORA

Con este dato, acelero ese día, precipitándolo. Vayamos más lentos.

Regresemos.

En la infancia los acontecimientos son absolutos, somos demasiado nuevos; no alcanzamos a cuestionarlos, tan solo los observamos, testigos de lo incomprensible. Algunos nos marcarán permaneciendo, aun sin saberlo, como abono del pensamiento. La explicación llega mucho más tarde, cuando de ver, pasamos a rechazar en una lucha contra las normas absurdas, la injusticia evidente, el azar: La vida. Quieres retorcerla, sacudirla, dominarla; pelea desigual donde solo cejas cuando comprendes su inutilidad. Desde ese momento, las fuerzas las tendremos que reservar para localizar una dimensión donde la tiranía de la existencia no nos alcance, al menos, no con frecuencia. Cada uno elige su espacio.

Mi hermana, que pongo como ejemplo porque acaba de llegar, optó por refugiarse en ser una víctima, lugar cómodo pero antipático, pegajoso y desde luego, angustioso. Cuando viene a verme es para quejarse y reprocharme lo que sea. El otro día, me echó en cara lo mal que me porté, cuando de niños, le rompí un adorno del pelo. Increíble. Para reír o llorar, lo que se prefiera. Normalmente ni la escucho; entra, mira a su alrededor, se acerca a los monitores hipnotizándose con sus pantallas. Me pregunto qué pensará mientras las observa. Cuando se despega de los aparatos, se sienta en la silla y ya no para de hablar hasta que bruscamente, se levanta para salir y se va. No sé por qué viene. Ni ella lo tendrá claro. Ese amor mal gestionado, viciado, en el que nos hemos movido, no es tan fácil de atravesar.

"Siempre has hecho lo que te ha venido en gana, nos despreciabas. Me dejaste sola con ellos, éramos demasiado poco para ti, el señorito, al que todo molestaba, nunca se dignó a acercarse a nadie, ¿para qué tanto orgullo y huidas?, mírate ahora, dependiendo de las máquinas para subsistir. Pues vaya vida exquisita que te encontraste. Me da exactamente igual tu estado, no me inspiras lástima alguna. De

niña te admiraba; tan seguro. Papá te concedía cualquier capricho, mamá te idolatraba. Cuántos celos te tuve, porque hicieras lo que hicieras, estaba bien; les deslumbrabas tanto, que jamás me vieron. Y eso que no me largué abandonándoles, ajusté mis necesidades a las suyas, cerca, dándome. Al irte pensé que me verían por fin, pero tu ausencia aún les cegaba más. Yo soy quien ha vivido atada, asfixiada por tu sombra, anulada por tus gestos, bah, no me das pena en absoluto".

Ya se fue. Sus visitas son tediosas por lo predecibles, qué ganará con tanta queja.

He perdido el hilo. Bueno, ese día fuimos siete. Llevo dos.

Se sabe que María del Rosario fue la primera, el forense lo asegura sin lugar a dudas, aunque bueno, en estos casos tan intrincados, no hay que fiarse ni de la ciencia. A veces, esa exactitud, entorpece lo sucedido.

8 DE MARZO

El tercero, siempre según la ciencia forense, fue Federico Jesús Álvarez Cuenca. No salía de casa. Nunca. Decir que estaba completamente sano sería inexacto; en todo caso no era un inválido ni sufría una enfermedad que lo atase a la cama, alergias, huesos de cristal o infecciones. Simplemente, un día decidió que jamás volvería a poner un pie más allá de su umbral, en esa zona desconcertante donde impera lo incontrolable.

Tomó esa determinación a los cuarenta y dos años al ser testigo, tras una detonación, de cómo una bola de fuego ocupaba el espacio del coche del vecino con él y toda su familia dentro.

Estaba a punto de marchar al trabajo, cuando salieron de la casa de al lado, apresurados, marido, mujer e hija, medio discutiendo sobre a quién dejar primero; no solían ir juntos. Por lo visto, cosas del azar, esa mañana sí. Justo esa.

Los investigadores del atentado, tras minuciosas diligencias, llegaron a la conclusión de que se habían llevado por delante a las víctimas equivocadas; la familia Roda, personas de lo más inofensivas, no eran, ni de lejos, puntos de mira para ningún grupo terrorista o asesinos.

La instrucción del caso fue confusa, se supuso que la bomba iba destinada al concejal que vivía dos calles más abajo, ya que tenía el mismo modelo de coche, y la verdad, se parecía físicamente muchísimo a don Ignacio Roda. Nadie reivindicó el hecho: asumir la autoría de esa chapuza no era de recibo. Y como sucede con todo, las novedades tapan lo que deja de serlo, y los Roda quedaron muertos dos veces: la de verdad y la que trajo el olvido y el desinterés.

Federico Jesús jamás pisó la calle de nuevo. Lo único que logró su psiquiatra fue ayudarle a que le procuraran una paga vitalicia por incapacidad y al traslado de domicilio, desde el adosado a las afueras de la ciudad, a esa casa encerrada en el pueblo más lejano que encontró porque le era insoportable vivir, dentro y fuera, de

donde presenció esa broma negra del destino.

Y ahí, enterrado, es donde aprendió a viajar. No solo en el espacio, sino en el tiempo.

Abarrotó la casa de mapas, fotografías, folletos turísticos, libros de historia, de geografía, hasta se informaba del tiempo del lugar al que visitaba esos días llamando al instituto meteorológico; ni un detalle quedaba suelto.

Evaristo, el cartero del pueblo, hombre jovial, se atrevió, al decimocuarto paquete que le acercó, a preguntarle sobre el porqué de tanta correspondencia: "Por el tamaño del envío, ya sé, antes de leer la dirección, que es para usted. Y pesan lo suyo"; sonrió para que no se malinterpretara el comentario. Federico correspondió a la sonrisa con otra y le invitó a entrar; que él no saliese no implicaba que los demás no pudiesen entrar; su fama de extravagante, fundada sobre esa soledad impuesta, incomprensible para los vecinos, les había llevado a tacharlo de insociable, arisco y hasta peligroso, evitando acercarse a él y a la casa. Las compras se las acercaba Hugo, el ayudante de Teodoro, el tendero, y al ser aún un crío, se dejó sugestionar por las habladurías; llamaba, contestaba que era el de la tienda cuando le preguntaban, colocaba las bolsas en la mesa de la cocina cuando le abrían, y con gran susto, aceptaba la propina mirando al suelo para salir, sino corriendo, sí lo más aprisa que podía.

El cartero y Federico se hicieron amigos, ambos encontraban lo de viajar apasionante, Evaristo nunca había salido del pueblo, bueno, una vez, cuando tuvo que irse a la capital a examinarse para las oposiciones. Recuerda con angustia esos días de incertidumbre, agobiado por los libros que estuvo estudiando hasta el último instante, antes de que le llamaran para entrar en la gran sala donde tantísimos como él, nerviosos, se enfrentarían a esas preguntas, casi absurdas, para ver si se les concedía, o no, el puesto en los que estaban sirviendo. Lo consiguió. Y ya relajado, apreció las calles de la gran ciudad por las que se había movido esa semana, descubriéndolas como si las pisara por primera vez. En realidad, fueron solo las que iban del centro, donde hizo el examen, a la pensión, y de ahí a la estación de autobuses para comprar su billete de vuelta. Pero la experiencia de sentirse en zona extraña, de probarse a sí mismo en ella, le gustó; era como ser otro.

Federico desplegaba mapas, fotos, zonas, historias de los lugares donde había decidido viajar. Con su nuevo amigo, decidió regresar al Egipto de los faraones en la época del esplendor de Amenofis I. Navegando por el Nilo fue cuando, a través de los ventanales abiertos para que entrara bien la luz y se reflejase en el río, no solo penetró el sol, sino las balas que los mataron.

AHORA

Ya somos cuatro.

Avanzo. Pero ¿es lo que quiero?

LO QUE FUI

A Federico y a Evaristo los conocí por separado.

Al primero, porque acompañaba a Hugo cuando llevaba los encargos de la tienda, le daba tanto susto, que un día me lo pidió con insistencia, aunque intentando disimular su miedo, "Hola, se te ve aburrido; anda, vente conmigo que me toca reparto a las afueras y hablamos"; "No, gracias, estoy ocupado"; "Qué mentira, no estás haciendo nada: mírate". Yo, ofendido porque efectivamente estaba aburridísimo, tampoco quería dar mi brazo a torcer; "¿Nada?, ¿qué sabrás tú lo que estoy haciendo?"; "Bah, seguro que no es importante, déjalo para luego: vente". Ahí noté su urgencia, y claro, apreté; "¿Para qué quieres que vaya?"; "Así hablamos"; "No quiero hablar"; "Si me acompañas, nos comemos esto por el camino". Me mostró un trozo de chocolate de ese tan duro que mi madre no compraba jamás porque decía que era para pobres. Qué tonta; yo odiaba el de casa, dulzón, empalagoso, blando, nada que ver con este que había que morderlo con ganas y sabía a tierra. No tenía que enterarse de que con ese chocolate aceptaría lo que fuese; "Paso, vete solo". Seguro que lo dije con el tono inadecuado porque me adivinó las intenciones: ahora mandaba él. "Pues bien, me voy sin ti. Quédate con tus asuntos, esos tan importantes". La estrategia se me tumbó cuando me dio la espalda y se fue. Esperé a ver si me llamaba de nuevo, pero me ganó. Quien corrió fui yo. "Vale, seré buen amigo, te acompaño". El maldito no me esperó, tuve que acelerar el paso para ponerme a su lado. Desde ese día, le acompañé muchas veces, ya no por el chocolate, es que el dueño de la casa me gustó tanto como la portera. Y yo a él.

Me invitó a visitarle cuando quisiera un martes en el que estaba esperando pacientemente en el umbral a que Hugo descargara la compra: "¿No te asusto, como a tu amigo?"; "No, señor, ¿debería tenerle miedo?"; "Bueno, eso depende"; "¿De qué, señor?"; "De ti". En esto, el aspirante a tendero salió con la cesta vacía de la cocina mirando al suelo y nos fuimos. Me fastidió mucho. Así que, al igual que sucedió con la portería de la finca de Felipe, comencé a ir a sus zonas sin ellos.

Es curioso que no recuerde cuando entré por vez primera en esa casa de cristal, que es lo que parecía por esos ventanales enormes. Mis recuerdos de Federico son los de estar sentado a su lado, en ese salón luminoso, ante libros, ilustraciones, textos, dibujos, mapas, rodeado de su voz; tenía la propiedad de alejarte de la silla y transportarte a ese mundo desplegado sobre la mesa; asombrándote de su luz, calles, gentes, curiosidades. Era un guía riguroso, no dejaba detalle sin mostrar. Cuando íbamos de visita geográfica era maravilloso; qué de paisajes creados por esos rincones únicos, imposibles de olvidar, aun sin haberlos pisado.

Aunque lo que de verdad me gustaba era cuando el viaje era por el Tiempo; visitar los momentos de la Historia más significativos. Ya contaré algunos. Aunque habría de comentar que, al principio, me defraudó bastante, porque una vez ahí no

tenías la sensación de ser testigo de nada importante. Viajé a donde había un grupo de algo parecido a hombres que, hipnotizados por los movimientos de uno de ellos que giraba constantemente un palo sobre otro, se asustaban porque el que manipulaba las ramas hacía arder las hojas de alrededor: una imagen más bien sosa. Al igual que cuando me mostró unas calles abarrotadas, donde la gente gritaba enfadadísima, arrollando lo que tuviera por delante camino de la Bastilla, pues estaba más pendiente de que no me empujaran, a lo que sucedía. Era luego en casa, alejado de ese instante que hizo historia que me acercaba Federico con sus palabras y libros, cuando comprendía lo visitado. Entonces, la necesidad de comprenderlo, revivirlo, me urgía a encerrarme con lo que vislumbré en la biblioteca para recuperar cada segundo del viaje, y si era posible, ampliarlo.

A Evaristo lo vi una de esas mañanas en las que deambulaba sin destino.

AHORA

Lo que acabo de decir es una necedad, encima, inexacta: si se deambula, es que no hay destino fijo, porque si uno sabe adónde va, no se pasa la tarde dando vueltas sin sentido; en todo caso, andaría distraído, sin prisas, haciendo tiempo, mirando esto, parándose ante aquello. Pero yo iba sin rumbo, guiándome por lo que viese. Ese defecto, o virtud, vaya usted a saber, lo mantuve siempre. De chico elegía las calles dependiendo de sus escaparates, o de alguien que llamase mi atención, encadenando objetivos, pensando que, de mayor, cambiaría las calles por países, pero jamás el método caprichoso de elegirlos; a veces, con escuchar al azar el nombre de uno, me bastaría para desear conocerlo, ir a visitarlo: buscarme en él. Nunca viajaría por un destino sensato; seguiría los impulsos que estimulasen mi curiosidad; ese desorden en apariencia al que nunca le falta orden ni sentido final. Cuántos rincones vi antes de verlos.

Nunca permanecí quieto, ni antes ni ahora aquí, inmóvil, ligado el cuerpo a una vida artificial.

Pero no la mente.

LO QUE FUI

Evaristo llamó mi atención porque, al contrario que yo, sabía a donde se dirigía, sus pasos firmes marcaban un itinerario envidiable: fui tras él. La cartera enorme de cuero gastado iba adelgazando a cada parada; me maravillaba que supiese cuándo parar, sacar la carta entregándola, y cuando no hacía falta ni aminorar el paso; seguro que memorizaba todas las direcciones antes de echarse a andar. Mi admiración me dio faena esa temporada porque decidí seguirle desde la misma puerta de correos: lo que aprendí de las calles siendo su sombra; me guiaba,

sin saberlo, hacia sus secretos. No hay ciudad, pueblo o aldea libres de enigmas que no traten de esconder; distrayéndonos con su fachada de normalidad, ocultan lo más oscuro de sus gentes: zonas íntimas que nos acercan al sentido mismo de ser de esa comunidad. Lo que nadie quiere ver, y aun así, está.

Una mañana me cansé de esa clandestinidad; necesitaba luz, saber de las gentes que recibían el correo: leer sus vidas. Conque abandoné lo del sigilo de una manera poco original, lo reconozco, pero muy efectiva a pesar de lo recurrente: hacerse el encontradizo.

Era muy concienzudo; ideé un plan de lo más elaborado, donde el primer paso era darme a conocer, para luego toparme con él, por casualidad, en el banco del parque en el que hacía un descansito a mediodía.

Fue fácil: tres mañanas seguidas me quedé en casa, preocupando a mi madre hasta el extremo de tomarme la temperatura, para recoger en persona el correo que acercaba a papá; su trabajo requería de correspondencia abundante, rara era la jornada sin cartas, esos tres días no fueron la excepción. "Hola"; "Hola, buenos días". Tenía que llamarle la atención, que se fijase en mí; dar conversación es una treta básica. "Qué calor, ¿verdad?, y con lo cargado que va, ¿quiere un vaso de agua o algo fresquito?". No sé si me excedí, su mirada no trasmitía agradecimiento, solo extrañeza. "Umm, sí, hace mucho calor. No, gracias. ¿No está Chelo hoy?", se refería a la sirvienta que abría la puerta, puede que su gesto de desconcierto se debiera a que habría preferido encontrarse con ella a conmigo, mejor, así mi cara se le quedaría grabada, aunque fuese por la decepción. "Sí, claro, pero como estoy yo, pues he abierto. Soy el hijo de don Godofredo, me puede entregar las cartas a mí". Evaristo cambió el tono. "Por supuesto, perdone. Tenga". Me dio un buen montón, mientras inclinaba ligeramente su cabeza saludando. Un éxito. Seguro que me tenía fichado. Aun así, le atendí dos veces más. Un plan es un plan; hay que seguirlo a pie juntillas.

La cuarta mañana, con el alivio materno, salí de casa, como siempre, bien pronto. Me dirigí al parque donde el cartero se sentaba un rato para zamparse unas galletas, medio bocadillo, fruta, o lo que fuese que hubiera cogido esa mañana, medio dormido seguro, antes de salir para el trabajo. Mi táctica funcionó a la perfección.

Cuando lo localicé sentado comiendo un trozo de pan con queso, con pasar por delante como si nada, y retrasar el paso justo a su altura intentando que me viese, lo tenía. Al no hacerme caso, ni silbando como iba, pasé al plan B; me detuve para saludarle procurando un gesto de sorpresa por el encuentro. "Hola, señor cartero, ¿qué tal?"

Tuve el detalle de esperar a que terminase su almuerzo, no fuese a ser que se avergonzara o atragantase; ya dije que era muy concienzudo: me gustaba contemplar todas las posibilidades. Qué infeliz era creyendo que uno domina la vida. A lo que vamos, que la enfermera me ha anunciado que se acercará más tarde el doctor Verona; no me corte el hilo de la historia; me gusta cómo evoluciona.

"Hola". Comprobé, con disgusto, que le costaba reconocerme. "¿No te

acuerdas de mí?" Pasé al tuteo para evitar el distanciamiento de las formas; que me sintiera cercano. "Soy el hijo de don Godofredo", "Ah, sí, perdona, ¿qué haces por aquí?"; "Iba a hacer un recado, igual me puedes ayudar, no sé muy bien dónde está la calle". Por supuesto, sí lo sabía, de hecho, era una de las que visitaba después de su descanso. "Sí la conozco, mira..." Y se lanzó a indicármela. Todo previsto. Me hice el ingenuo y le cansé con preguntas a cada giro que me explicaba. "Ya, bueno, he de ir por ahí, vente conmigo, si quieres"; "Si no es molestia, estupendo". Lo dicho: un plan perfecto.

Desde ese día, Evaristo tuvo compañero de reparto.

AHORA

Ya se fastidió, aquí está el doctor impidiéndome pensar porque manipula todo mi cuerpo en busca de reflejos, o tono como le llamó ante un estudiante avanzado. Comprueba que no tengo úlceras en la piel, que las enfermeras hacen bien su trabajo dándome masajes y cremas, cambiándome de posición cada cierto tiempo para evitar que, al estar siempre sobre un mismo lado, me lacere la piel viva, porque muerta no está aún. Y aunque no sienta nada, sí intuyo que me agitan, sitúan, tocan y examinan; eso último es lo peor, la sensación angustiosa de que te observan, de que alguien está pendiente de ti.

Lo que me divertía jugar con ese instinto ancestral que nos protege, ese saber, intuitivamente, que nos están acechando. Cuando alguien se situaba cerca de mi y yo estaba algo aburrido, me dedicaba a mirar fijamente su nuca sin que me viera, claro está. Solo eso. Nadie dejó jamás de volverse, inquieto, buscando el foco de su desazón; la alarma ante un posible peligro nos funciona.

Ahora bien, que se lo hagan a uno no tiene tanta guasa.

El doctor ha venido sin alumnos; me evito escucharle las explicaciones tediosas de lo que me sucede, y terminará antes, espero.

Un día, creyéndome testigo ciego, entró, se sentó en la silla sin examinarme, y arrellanándose, cerró los ojos. Pero no se durmió, su cuerpo se agitaba como cuando uno solloza y no quiere darse al llanto, sino que lo contiene. Sentí curiosidad. Aguardé, qué otra cosa podía hacer en todo caso, a que reaccionara como todos los que se sientan ahí, que al rato terminan contándome lo que les desborda. Como no se decidía, me entretuve adivinando el porqué de esa congoja: un paciente muerto; problemas domésticos; líos emocionales; cansancio. No quise desarrollar ninguno; pensarlos me aburría: demasiado vulgares, predecibles; nada de lo que había observado en él activaba otros resortes, igual que como con la limpiadora gris. Entonces fue cuando sí me interesó, ese no comprender por qué era incapaz de atribuirle algo emocionante en su vida, me intrigó: qué era lo que tenía, o de lo que carecía, que volvía disparatado atribuirle una vida original, restando sentido a las lágrimas que imaginaba nacidas de lo trivial.

Busqué en mi memoria a quién me recordaba, siempre hay alguien que nos

recuerda a otro; cuando más gente conocemos, más comprendemos que hay patrones que se van repitiendo: no somos tan únicos como queremos creer. A él lo había asociado con el bloque de los insípidos, los incapaces de trascender, esforzarse, reconocer que hay más intereses que los propios. Algo en él lo definía así. Ya está. Lo tengo: su mirada ausente, vacía, la falta absoluta de curiosidad, esos movimientos sin energía. Igual que Tomás, el primero de una categoría que fue engrosándose.

LO QUE FUI

Era el hermano mayor de Felipe, vivía en la ciudad con una tía porque estaba matriculado en la universidad, se arrastraba por la vida, estudiaba lo justo o menos, nunca terminaba lo que comenzaba y lo que empezaba lo iniciaba tarde, como preparando la excusa para dejarlo inconcluso. Su compañía era desesperante, imposible que llegase puntual a ninguna cita o cumpliese una promesa. Pronto se aprendía a no confiar en él. Eso sí, era amable y resultaba generoso, no porque lo fuese, sino por la pereza de preservar lo que poseía.

En un viaje que hicieron a París unos cuantos amigos, se incluyó para evitarse decidir qué hacer esa semana de vacaciones, en la que ir a casa era la última opción; odiaba las charlas del padre a mitad de curso, donde las primeras notas evidenciaban cómo iba a terminar, y solo pensar en el empalago de la madre, mimándolo hasta la ridiculez, le daba escalofríos; antes de enfrentarse a los dos, callaba escuchando las arengas de papá, y sonriendo a cada atención insufrible de mamá: París era una buena idea.

Viajar solo cambia el escenario, uno siempre se lleva consigo; a Tomás le fueron arrastrando de calle en calle, de museo en museo, de rincón en rincón sin que jamás se admirara de lo que veía. Pasó por el Louvre como quien recorre un pasillo vacío, parándose donde lo hacíamos los demás por cortesía y en silencio porque no tenía nada que comentar; se conformaba con escucharles, sin concederle ni dos vistazos a lo que tenía delante; ni Da Vinci le cambió ese gesto, entre el tedio y el fastidio, que sus ojos expresaban con frecuencia. No le conmovió ni el arte, ni la ciudad ni las gentes. Nada. Ahí estaba, en su burbuja mezquina dentro de una experiencia que jamás ampliaría por esa cerrazón cómoda.

El regreso lo hicieron en tren, llegaron pronto a la estación, porque cuando uno se tiene que ir, mejor irse ya. Y fue ahí cuando el hermano de mi amigo, se metió solito y de lleno, en la categoría en la que acaba de entrar el doctor. Tomás, que no se había dignado a detener el paso ante el embrujo de la ciudad, se enfrascó durante el tiempo de espera, maravillado, en una tienducha que vendía objetos para el fumador. Se pasó sus buenos minutos ante pipas, mecheros, tabaqueras, pitilleras, admirando sus texturas, acabados y capacidades. Él, que ni se había molestado en acercarse a ningún cuadro inmortal, abría los ojos, deslumbrado, ante esas piezas vulgares: rechazó la belleza del arte por no comprender lo que veía, su capacidad

se limitaba a lo conocido y no quería saber más. Se pasó toda la tarde en la que los visité hablando de esa tienda a las afueras de París, una ciudad por la que pasó sin verla. Como supongo que pasará por la vida sin vivirla.

Y ahí se quedó el doctor llorando sin conmoverme: su historia para él.

AHORA

Y aquí está ahora interrumpiendo mi relato. Cuando se marche me será difícil continuar con Evaristo; Tomás le ha quitado el pulso narrativo. Da igual. Una vez roto, será mejor intentar otro enfoque, luego ya veré cómo los engarzo.

He de presentarlos a todos, que más da el orden; al fin y al cabo, es mi narración y mando yo. O no. Me cuesta retenerlos, sus voces interfieren con la mía, exigen su espacio, intento contenerlos, argumentándoles que no es su momento, pero les da igual, empujan, arrastrando a los otros hasta la misma esquina del olvido, tiranizando con sus recuerdos.

En cuando decida irse este fastidio de médico anularé mi voluntad a favor de Elena, que hace rato que ronda. Le permitiré que lo cuente a su modo, siempre es posible cambiarlo: ahí tengo el poder.

ELENA

–¿Qué tenéis?

–No lo sé –la miró cansado–. Estamos desesperados, nada encaja, es un caos. Por eso hemos solicitado ayuda.

–Si tenéis más efectivos que nadie.

Pascual, que sabía por dónde iban los tiros, se resistía a complacerla. Aún no. Alargó ese duelo unos minutos más. Lo que le costaba reconocer lo evidente; ese defecto era la causa del traslado de muchos de sus subordinados, hartos de chocar contra ese muro. Elena le seguía el juego impasible; la urgencia no era suya. Optó por callar, la conversación, ahora monólogo, murió.

–Vale, de acuerdo, tú ganas: no precisamos ayuda: te necesitamos a ti. ¿Contenta? Esto es un infierno.

–Ni contenta ni descontenta. ¿Quién me mandó llamar? –apretaba. El inspector intuyó la revancha: imposible que lo desconociera. Sintió cómo se le escapaba el odio hacia los ojos, intentó encubrirlo quitándose las gafas, escondiéndolo tras la miopía.

–No eres tan buena detective, si preguntas eso –frotaba las lentes con un pañuelo, manchándolas–.

–Pues si esto es todo, no creo que esté disponible–. El corto de vista perdió aplomo, se colocó las gafas borrosas por el manoseo, con tanta prisa, que su susto quedó reflejado en los cristales.

–No, no, fui yo. Perdona, ya me conoces. Yo mismo insistí en que vinieses.

–Que no cambies, no significa que los demás tengamos que aguantarlo. Jamás volveré a prestarme a ninguno de tus manejos. Las cosas claras desde el principio.

–Tienes razón–. El silencio culpable donde se escondía después de las confesiones tardías, lo rompió ella; en el fondo, le tenía lástima por esa cobardía absurda, dañina, que él creía orgullo.

– Anda, pásame la documentación.

–Gracias.

Se levantó de inmediato, no fuese a ser que se arrepintiera, o se le notase demasiado la turbación por las disculpas, donde solía hundirse humillado.

El expediente, al que no se molestaban en archivar, descansaba encima del armario de metal. Lo cogió con cuidado no cayese; tantos documentos a presión mal colocados lograban que se fuera al suelo con casi la misma frecuencia con la que se le consultaba. "No vale la pena intentar que esta carpeta esté decente", refunfuñaba la agente auxiliar, mujer con un sentido del orden rayano en lo obsesivo, "tan pronto como la dejo impecable, la desordenáis sin la menor consideración", se tomó como una cruzada personal que el dossier se mantuviera medio decente, correctamente cerrado, con sus papeles bien dispuestos, hasta que le superó: demasiados expedientes, fotos, informes, pruebas, entrevistas. Claudicó, archivó los folios que no cesaban de multiplicarse en cada jornada en el cartapacio con más capacidad que encontró, y se desentendió de su orden.

–Gracias– repitió, solo le costaba decirlo una vez, después hasta la siguiente ocasión, lo reiteraba en exceso.

–Me pongo con ello, ¿me instalo en el despacho de siempre?

–Sí, sí, perdona. Es tuyo. Lo que necesites. Luego te asignaré un oficial o los que me digas.

–Bien. Recuerda que esto es lento.

–Lo sé. No habrá problemas en ese sentido, esta vez.

Elena cargada con los informes, salió del despacho para dirigirse al que fue suyo tantos años. Entrar le sacudió con un malestar confuso, mezcla de añoranza, ilusión y tristeza a la que no quiso apartar del todo mientras se sentaba ante una mesa vacía. La ocupó con el dossier. Encerrándose en sí misma antes de abrirlo; se preparaba para leer, no los datos fríos, técnicos, lejanos de víctimas, familiares, lugares, sino lo que no estaba escrito: vidas, sentimientos, motivaciones, errores, emociones. Iba a conocerlos como jamás se comprendieron ellos mismos.

Era por lo que se la requería.

AHORA

Cuando pienso en Elena, la narración se me amotina, alejándose de mi esquema, para jugar a ser novela de intriga. No sé si es lo que quiero: la realidad se basta a sí misma sin artificios.

Le permitiré enredar un rato más, a ver hasta dónde llega.

ELENA

Elena abrió los ojos y el dossier, para familiarizarse con la primera víctima. "Todo es cuestión de método, deducir con rigor, ser exhaustivo, no perderse entre los hechos, atarlos bien cortos para, una vez establecidos, memorizarlos como tuyos: si un sospechoso tomó café, recordar su sabor", cuánto aprendió del inspector Vidal, y qué poco del resto.

Le apasionaba observarle. Anotaba cada razonamiento. La abstracción a la que llegaba desde las pruebas era absoluta; se adentraba en ellas dejando de estar ahí, en ese ahora; su mente miraba ese otro ahí distante en el que se cometió el crimen.

Era un privilegio aprender de él. Tenía, desbordada de sus palabras, esa libreta negra con goma que cogió orgullosa cuando se la dieron en comisaria; le hizo más ilusión que la placa misma. Con ella en la mano, apuntando los detalles, declaraciones, observaciones de los casos, se sentía más allá de la realidad, como cuando de niña jugaba a ser policía y freía a quien se le pusiera por delante con preguntas supuestamente inteligentes sobre misterios domésticos. Y lo hacía bien: descubrió que fue su hermana mayor quien se comió los restos del pollo del mediodía en plena noche, dejando la nevera abierta por las prisas o el sueño, estropeándola justo en fin de semana, lo que la llevó a odiarla cada día de la quincena en la que estuvo sin paga ni salidas. A Elena no le afectó en absoluto; el orgullo del trabajo bien hecho prevaleció a las miradas y comentarios hirientes de la culpable.

Cuánto tiempo ha pasado.

Ahora es ella quien reflexiona en alto para que nuevos agentes aprendan, si quieren.

Elena se detuvo ante la foto del cadáver de María del Rosario, observándola con la misma intensidad que a las otras escasas fotografías que le tomaron en vida.

No leyó sus datos biográficos, quería conocerla a través de ella misma, en esos gestos y ojos estáticos, pero vivos. La última de su expediente, la que tenía delante, era la de ella sin ella; qué delgada es la línea que separa la vida de la muerte, la persona de su imagen.

Apartó la foto de la mujer caída en el suelo del callejón, con medio cuerpo dentro del patio, como partida por la puerta semiabierta, una maceta rota cerca de la mano manchada de tierra, y esa expresión desconcertada en unos ojos abiertos inútilmente. Las otras mostraban un bebé regordete que te miraba con una atención inquietante; una niña de comunión posando, a la que se adivinaba fastidiada por esa quietud, con la mirada ausente de la foto, por el esfuerzo de ver algo que esa postura le impedía; una joven delgadísima, de negro, cubierta por un velo de luto atenta a un grupo a su izquierda en el funeral de sus padres; una mujer vestida con bata sentada a la entrada de la portería sonriendo sin ganas, con las manos en el

regazo, tensas.

Un resumen de vida muy escaso.

Elena aprendió que la verdad de toda muerte, por muy intrincada que parezca, está escrita en los actos de la víctima, sin excepciones; lo complejo es descifrar el escrito. Para conseguirlo, profundiza lo más posible en esas vidas muertas; asimila sus motivaciones, recuerdos, gestos, reviviéndolos hasta que es quienes fueron. Esa forma de acercarse a las investigaciones le creó una reputación de estrafalaria que, si no hubiese sido por sus éxitos, le habría hundido antes de empezar sin realizar su sueño infantil de resolver crímenes.

Cansada, se levantó de la silla para estirar las piernas, desentumecer la espalda y descansar las ideas. Aún no tenía claro si ese regreso al antiguo despacho le agradaba o no, nostalgias aparte. Necesitaba tiempo para digerirlo.

Telefonearon a mitad del primer sorbo de café del desayuno; cuánto odiaba las interrupciones a esas horas donde, si no era una urgencia, se trataba de una estupidez. Dejó que sonase durante cuatro tragos más: "Si es una tontería, colgarán". El teléfono aumentaba su volumen a cada tono; una ventaja técnica del aparato para cuando se está lejos de él, que no era el caso. Descolgó irritada, sin ser consciente de que contestaba; solo quería deshacerse de ese ruido estridente. "¿Diga?"; "¿La inspectora Díez?"; Sí, ¿quién es?"; "Oficial Durán al habla, de la comisaría del distrito cuatro". Cuánto tiempo sin escuchar esa dirección, le disgustó sentirse alterada; que su cuerpo reaccionase sin ella, burlando su voluntad, le molestaba profundamente. "¿Qué quiere?"; "¿Podría pasarse por aquí a lo largo de la mañana?"; "¿Para qué?"; "¿No le han avisado de la central?"; "No"; "Ah, me dijeron que los trámites estaban en marcha"; "Pues primera noticia"; "Vaya, perdone, a mí me han encargado que le comunique que se persone lo antes posible"; "Ya lo ha hecho, gracias"; "A usted... ¿La esperamos?". Colgó sin responder porque no lo tomó como pregunta, sino como afirmación.

El café estaba frío. Le dio igual o no lo notó; se lo bebió lentamente, dándose un margen para dominar los molestos latidos acelerados del corazón y el ligero temblor de su ojo izquierdo que se le disparaba cuando estaba nerviosa. "Maldito todo".

Lo mismo que seguía pensando en ese despacho que fue suyo y ya no lo era.

Salió sin traspasar el umbral, apoyada en la puerta, ni fuera ni dentro, como María del Rosario en esa foto, compartiendo dos espacios a la vez. Hacía calor en el pasillo, recordó que, además de caluroso, ese corredor era indiscreto; acercaba las conversaciones ajenas con una nitidez delatora. Sonrió al recordar cómo se aprovechó de esa resonancia para enterarse de lo que nadie le habría dicho y así supo; la reputación de excéntrica aumentó, sumándose la de adivina. Le gustaba confundir a sus subordinados con comentarios ambiguos sobre asuntos que no debería conocer y era obvio que sí. Ese eco atrevido también le acercó, como las mareas que traen de todo, informaciones dañinas, hechos dolorosos, críticas atroces. Encogió los hombros: saber no solo es poder, es dolor. Cerró la puerta. Curtida como estaba, usaría esa corriente de palabras de nuevo.

Consultó el reloj.

Cogió otro expediente: segunda víctima.

Elena contempla las fotos de una Eulalia siempre sonriente, rodeada de los inquilinos, que imagen tras imagen, muestran el paso de los años en sus rostros y ausencias. Se impregna de esos ojos que desbordan ganas de agradar. Había muchos retratos de joven: posando dentro de la casa; fuera; en el umbral; acompañada; sola; con la madre de sonrisa forzada y alerta; de mayor había dos, y ninguna a partir de la quiebra del negocio.

Los vecinos la ayudaron aceptando su desvarío con naturalidad, era una figura patética, entrañable. Teodoro hijo, que heredó el negocio de ultramarinos del padre, le consultó apurado esa primera mañana en la que la anciana le vino a hacer el mismo pedido que encargaba cuando la casa estaba llena: alimentos para media docena de inquilinos, unos que ya no se alojaban desde hacía un año largo, cuando la última de los habituales, la viuda de Fernández, que concursaba con sus poemas en la Feria Floral de Primavera, falleció. No se presentaron nuevos.

"Ya veo, pobre mujer, si es que ahí sola, sin nadie..., era de esperar que algo parecido sucediese"; "Sí, padre, pero, ¿qué hago?"; "Nada, le tomas el pedido, y le acercas solo lo racional"; "Espero que no me la monte cuando vea que, de cinco pollos, llevo una pechuga"; "Dile que el resto lo pusiste en la despensa"; "¿Y si quiere pagarme?"; "Di que tranquila, que le pasas la factura a fin de mes. Y claro, nunca lo hagas", don Teodoro miró directamente a su hijo: si vacilaba ante esa mercancía regalada, se sabría fracasado, quizá no como modelo de empresario, pero sí de padre. "Por supuesto". El tendero jubilado tosió para disimular sus emociones divididas entre la pena por la enajenación de Eulalita y el orgullo ante la reacción del joven.

Elena constataba con estos informes que sus vecinos la querían, al contrario de lo que demostraban con María del Rosario, donde los interrogados apuntaron, sin excepción, que no les parecía descabellado que alguien la quisiese muerta.

Dos suaves golpes en la puerta la sobresaltaron; apartó el dossier.

–Adelante.

–Buenas tardes, Inspectora. Soy el agente Gálvez, me han enviado para ayudarla en lo que necesite.

–Buenas tardes. Pasa, siéntate, ahora veremos qué puedes hacer.

Le hizo un gesto de espera ahí quieto, y regresó a los escritos.

El joven tomó asiento. El silencio de la inspectora le indicó que iba para rato. Paciente, miró de soslayo las estanterías vacías; la silla cercana; los fantasmas de los cuadros retirados de las paredes; la mesa donde los expedientes estaban ordenados en un montón, y las fotos en otro, haciendo imposible leer o ver más allá del folio superior o la primera imagen. Poco. Se molestaba al descubrirse leyendo, otra vez, los datos del expediente superior, de esas palabras repetidas donde no había más que sacar. Entonces dirigía la mirada a la foto de la mujer caída; sería más fácil descubrir algo nuevo en la imagen; lo que fuese, menos consultar el reloj:

iba advertido. Aunque no tanto, porque mientras curioseaba lo más discreto que era capaz, se le escapaba que la inspectora le observaba a su vez, y como con las fotos, sacaba sus conclusiones.

"¿Fuiste tú quién los encontró?", Gálvez se sobresaltó, "¿Disculpe?"; "Que si eres tú quien encontró los cuadernos". "Sí, señora", el orgullo se le escapaba por los poros.

Cierto que el hallazgo levantó mucho revuelo en su día, ya que el escondite que ideó María del Rosario se mantendrá a salvo hasta que él, concienzudo, registre la casa, se detenga ante la librería para sacar y abrir los libros, uno a uno, página por página, para comprobar que no contienen nada más que palabras; note la ausencia de polvo en los estantes; sospeche de esa pulcritud; busque con la mano al fondo, y contento, compruebe que tenía razón en su intuición: apoyadas habrá unas libretas. Las ojeará para ver si vale la pena molestar a sus superiores con ellas; perderá la compostura; saldrá corriendo convencido de tener la clave de lo sucedido. Incluso pensará en un ascenso.

Y ahí están, engrosando ese dossier repleto. Cuando le llamaron para ayudar a la inspectora, se dijo que ahí estaba el ascenso. En este momento, lo dudaba.

AHORA

No sé cuándo duermo, me confundo. Ignoro si lo que recuerdo haber narrado, me lo conté consciente, o en sueños. Si lo creé o me creó. Las palabras son lo único que tengo; saben de su poder, y crueles, se aprovechan. Mi mente, último refugio de lo que soy, no da abasto. Es un hervidero, un caos donde los recuerdos se resisten a la voluntad de recuperarlos, la realidad se difumina entre la bruma de unos sentidos defectuosos: soy incapaz de cronometrarla, con lo que simplemente, estoy fuera de su alcance: no soy real, pero sé que no me invento a mí mismo. Soy y no soy: un vivo que asiste, como muerto, a su vida, una que hace que me crezca el pelo, las uñas, la barba, necesite alimento, agua: esclavo de un cuerpo todavía habitado por mí: un yo que no es, siendo.

La angustia de este encierro es atroz, esa impotencia frustrante, terrible, de querer mover aunque sea un dedo, el más humilde, el meñique, y no poder. Saber que nadie de los que me visitan tiene la seguridad de que siga aquí; te hablan para calmar su horror por estar junto a alguien tan ambiguo; descatalogado de los vivos aun sin haber ingresado en los muertos, como cuando hablas a las mascotas, las plantas, las tumbas, buscando distraer tu soledad, calmar el dolor de las ausencias, para escuchar tu voz, oyéndotela traspasarte.

Qué extraño se me hace cuando me cortan las uñas, el pelo, me afeitan, limpian; entre la vergüenza y el alivio de reconocer que continuo aquí, en esta cama, y no rodeado de tierra donde nadie me peinaría un pelo que seguirá creciendo de mí, muerto.

Enterarme de eso de chico, me impresionó profundamente.

LO QUE FUI

El día que murió, mi abuelo me reveló más cosas de las que nunca me enseñó en vida. Era un hombre severo, taciturno, poco amigo de invertir en palabras. Sé que me quería porque, cuando me acercaba, una corriente de emociones atascadas, se escapaba de su persona en forma de gestos torpes, caricias bruscas, carraspeos incomprensibles y un brillo especial en la mirada. Siempre tenía algo para darme: el nombre de una ciudad lejana; la descripción de un insecto inusual; un sello original: me regalaba sueños que me ocupaban todo ese día y parte de la semana. Yo sí le quería. Jamás me regañó, nunca le importó si cumplía, o no, con las normas establecidas en las visitas por mis padres; si no hubiese sido por él con su "anda, dejad al crío en paz, que haga lo que quiera", me habrían impedido disfrutar de esa casa hecha de recovecos misteriosos, armarios infinitos y cajones repletos de maravillas: Un universo inexplorado.

La última visita fue para verle sin alma. Él ya no estaba ahí. Le habían colocado como si fuese un muñeco dormido que no engañaba a nadie, ya que él no se acostaba; su insomnio le mantenía sentado cada noche en su butacón donde, a veces, al alba, cerraba los ojos con esfuerzo, consciente de que debía apagarse, al menos unas horas, para renovar las ideas.

Enfadado de que me obligaran a velar esa marioneta vacía, procuré distraerme pensando en mi abuelo. Y entonces me regaló su última sorpresa. Cuando lo incorporaron para llevárselo, suspiró. Él, que ya no estaba, me obsequió con una palabra más escondida entre su vaho, aunque no la llegué a entender; se me escapó en el aire de su aliento, cuando la quise atrapar, solo logré amontonarla entre las que me dijo antes, sepultándola: lo que lloré entonces. Nadie se extrañó. Nadie supo que era por haber desaprovechado su regalo, aunque no totalmente, ya que, en sueños, o a través del viento, o cuando menos me lo espero, escucho de nuevo esa palabra susurrada y la comprendo sin entenderla; con eso me basta.

No me permitieron ver cómo le metían en el ataúd, encerrándolo para siempre, clavando la tapa. Escuché los martillazos. No tenían ni idea de que eso me daba igual. Él no estaba dentro.

Lo que sí me afectó fue lo que sucedió luego en el cementerio, cuando hubieron de molestar a mi abuela, que llevaba dentro del nicho años, para hacerle hueco a su marido que venía, por fin, a visitarla, sacando su féretro; estaba podrido y se la podía ver. Y la vi. Su cadáver estaba cubierto de un pelo largo, despeinado, sin el moño eterno de las fotos del recibidor. Era espeluznante. Aparté la vista de su rostro y la dirigí a las manos. Fue peor. Las uñas enredadas en el vestido hecho jirones eran aún más terroríficas.

No recuerdo más. Solo que me apartaron de donde nunca debí haber estado, en primera fila. Ah, sí, y lo de que crujía la grava bajo mis pies. Eso también se me grabó.

A la gente le suele parecer de mal gusto que uno de los lugares elegidos para pasar las horas no sean los parques, sino los cementerios. Me di cuenta pronto, con lo que me callaba cuando iba, o mentía. Los sumé a las bibliotecas, iglesias y calles como sitio favorito, más tarde añadí los hospitales, los aeropuertos y los museos. Qué interesantes todos. Unos trasmiten dolor, otros despedidas y encuentros, y el último, vestigios de un esfuerzo colectivo inútil; lo que muestran está desarraigado de su entorno, de su razón de ser: vitrinas llenas de jarras sin agua, joyas sin cuerpo, pinturas sin casas. Un museo y un cementerio son tan parecidos que es incomprensible que al primero quede hasta correcto visitarlo, mientras que al segundo, si no se va con pena, mejor no ir.

Aprendí pronto a ignorar eso que trataban como adecuado, lo que agradezco: mis recuerdos habrían sido tan aburridos, que ahora no tendría refugio.

Porque era ahí, en esos lugares serenos donde, digamos, adoptaba gente. Lo explico.

Todos eran hervideros de personas, con lo que solo había que fijarse hasta que alguien llamase tu atención, por lo que fuese. A partir de ese momento, era tuya; ya no dejarías de encontrártela jamás. La verás allá donde vayas; siguiéndole la vida sabrás cómo la vive.

La primera vez, fue por casualidad.

Estaba sentado en un banco del paseo, esperando sin esperar nada, como me gustaba estar, y la vi: una joven vestida toda de rojo fuego; dañaba los ojos. Sus rasgos, algo difuminados por el contraste, eran inquietantes; me olvidé de ella nada más perderla de vista. Lo interesante vino cuando, unas semanas después, mientras esperaba a Evaristo en correos, me la encontré comprando sellos, no iba de rojo pero su rostro pálido, como descolorido, era inconfundible. Me pregunté para quién sería la carta que mandaría: negocios, familia, novio. Semanas más tarde, me la crucé paseando al lado de un hombre. Me gustó pensar que se la había envidado a él, que en ella le escribió que sí, que viniese, que serían felices, que daba todo igual, todo menos ellos. Sí, lo sé, a veces tiro para cursi. Lo importante es que, a lo largo del tiempo, fui testigo de cómo usaba el suyo, los meses los marcaba su aspecto, donde primero la vi embarazada, más tarde con el niño de la mano, luego de enfermera cuando fui a que me curaran una mala caída del columpio, y la última vez, discutiendo con aquel al que hice destinatario de sus cartas, y no volví a ver en su compañía.

La vida no le permite a uno ser demasiado sentimental, esa carta de amor que ideé, no trajo el final feliz que aseguraba, pero lo que quería establecer con esto, es que si uno se fija en alguien, se lo encontrará siempre.

Aprendí mucho de esa chica de fuego, que terminó sin pena ni gloria, gritando al hombre lo que he comprobado que se reprochan las parejas cuando dejan de serlo: el tiempo irrecuperable malgastado, los sacrificios inútiles. Dicen lo que callaron por creer en ser dos, por intentar encajarse, hasta que un día se desbordan, y las palabras contenidas estallan, rompiendo ese equilibrio precario de la convivencia pactada sin pactar. Y no hay vuelta atrás; una vez dichas, las palabras

no se desdicen; resuenan para siempre en las almas, aunque mandes otras que intenten calmar la herida, procuren enmendar el roto, el daño está hecho. Es el principio del fin que nació desde ese mismo principio: todo fin está latente en su inicio.

Sigamos antes de que entre nadie de nuevo.

LO QUE FUI

El tener algo que hacer me devolvió las ganas de levantarme por las mañana. Ya no deambulaba para encontrar lo que fuese que diera sentido a eso de estar en un momento preciso en el lugar correcto: Hugo y Evaristo me acercaban a casas, gentes y vidas de lo más variadas. La de hogares que curioseé acompañando al aprendiz de tendero, que por cierto nunca llegó a serlo; al padre lo despidieron y la familia decidió trasladarse buscando una oportunidad que aquí no surgía. Y la de calles que conocí al lado del cartero. Me gustaba recrear las vidas de los que iba visitando, adivinar cómo eran según como decoraban sus viviendas.

Un ejemplo, el salón de Milagros de la Encarnación Pérez Maldonado, doña Milagros en el barrio, me atrapó enseguida: alguien capaz de vivir entre tantas fotos, tapetes de ganchillo, adornos de un gusto espantoso, sin gatos y sin tener más de sesenta años, merecía mi atención. Y la obtuvo.

El reto estaba en cómo acercarme a los dueños de las casas con naturalidad. Con Milagros fue tan fácil como presentarme voluntario cuando preguntó a Evaristo, si conocía a alguien que quisiera ganarse unas monedas ayudándola con un armario que quería vaciar. Leer su historia me llevó tres semanas completas; con qué alegría me levanté ese mes.

Doña Milagros era una solterona. Que se casase fue un detalle que jamás le impidió dejar de serlo. Cierto que el marido le duró bien poco; no soportó lo insoportable de sus remilgos para todo, incluido el de un acercamiento físico que le impidió abordarla como esposo. Antes de los cuatro meses, hizo las maletas y desapareció.

En el noviazgo hubo indicios de esa pudibundez extrema, pero acalló la alarma cuando tímidamente lo comentó con los amigos; sus novias eran más o menos lo mismo: “Tranquilo, así son todas; ni un beso he conseguido de mi Amparito; la mía se lanza a rezar a cada abrazo, es tan molesto, que desistí hace tiempo; bienvenido al club; ¿qué te creías?”. Con las maletas en el coche, Ricardo se lamentaba haber callado lo que le puso la mosca tras la oreja, una vergüenza incomprensible, tenaz, le mantuvo mudo en esas tardes de confidencias, donde nunca les preguntó si sus novias también os dicen, que cuando se cambian de ropa, colocan vuestras fotos boca abajo para que no las veáis desnudas. Cuando se lo dijo Milagros mientras caminaban por el parque de los jueves, tras unos segundos de estupor y comprobar que no era una broma, trató de razonar; “Pero mujer, ¿eso no es una exageración?”; “¿Exageración?, tú no me quieres más que para lo que

me quieres, eres como todos: un impresentable", se alteró tantísimo, que obvió el tema y la abrazó con mimo, consolándola; "Que no, que ya sabes que te quiero de verdad, anda, no llores, pon la foto como quieras"; "Es que estás ahí, con esos ojos, atento a mis movimientos; soy incapaz de desnudarme contigo mirándome así".

"Tenía las cartas sobre la mesa, ¿cómo no lo vi?", esa frase la gastó tanto con los conocidos, que al final desistieron de argumentársela para tranquilizarlo. Resignado, optó por replegar velas, asumir pérdidas y alejarse de Milagros de la Encarnación, que no notó su ausencia para nada, porque se quedó con las fotos. Las tenía del marido, de sus padres, sobrinos, amigas de infancia, de los abuelos paternos y maternos, las de unos tíos lejanos que jamás conoció en persona, hasta de gente extraña; aunque eso, y lo de exponerlas por la casa, es parte de su historia.

Pare evitar el dolor de saberse sola, comenzó a visitar sus álbumes; agotaba las tardes pasando páginas atiborradas de imágenes con una parsimonia complaciente, recordando lo que envolvía cada foto cuando tenía recuerdos del momento, y cuando no, se lo inventaba: La de vidas que les regaló a esas figuras de plata fijada, la de memorias falsas que le susurraron a ella porque nunca les exigió la realidad.

Pero las horas muertas son muchas: la vida necesita de más.

Una tarde dio un paso más allá otorgándoles, además de recuerdos, la capacidad de comunicarse: les donó su voz; modulándola, como un actor con sus distintos personajes, creaba diálogos que renovaba por temporadas, dependiendo de un mundo interior oscilante, ocupado por estados de ánimo tornadizos. Milagros, obviando la inmutabilidad de las fotografías, las reinventaba, haciéndolas vivir diferentes sucesos a partir de ese momento estático, cambiando cómo llegaron a él.

Cientos de historias dedicadas a esa soledad que trataba de mantener en el engaño, donde a cada síntoma de despertar, lo atajaba con novedades para adormecerlo de nuevo; una consistió en liberar las imágenes del encierro de las hojas, y situarlas a la vista, así sus seres queridos, a cualquier edad o actividad, se fueron multiplicando sobre mesitas, estanterías, paredes, hasta atiborrar la casa de esas presencias invocadas con las que pretendía cegar su aislamiento.

El hábito de verlas lo rompía desubicándolas, guardando unas para sacar otras, pero todo es limitado y llegó a saturarse de las mismas gentes: la punzada de tristeza que acallaba, pugnaba por gritar, así que se empujó a salir de la casa para amordazarla.

Qué extraño todo y todos; ese mundo, ajeno a sus imágenes donde nada dependía de ella, la aterró. Se refugió en un mercadillo, agobiada por el espacio abierto de la calle, y lo que es el azar, ahí encontró cómo renovar el despistar a la realidad: en un rincón del bazar unas cajas la entretuvieron con su contenido: figuras de porcelana, vajillas incompletas, encajes amarillentos; una miscelánea absurda en la que insistía rebuscando, hasta que tropezó con un cofre, lo abrió; gente desconocida la escrutó desde sus fotografías con los ojos fijos en ella. Milagros experimentó el sobresalto de los encuentros inesperados, anticipó las tardes que les esperaban, conociéndose unas imágenes con otras, contándose las

vidas que posiblemente no vivieron: “Esta chica tan tímida y delicada será perfecta para mi primo que nunca se casó”; “Estos niños parecen traviesos; habrá que ver cómo se portan”.

La dueña de la tienda la sacó de su ensimismamiento; “Por favor, señora, es hora de cerrar”; “Perdone, ¿está en venta este baúl?”; “Creo que va junto con la caja, me temo que no se puede vender por separado, sepa usted”; “¿Y cuánto costaría todo?”, intentaba calmar su impaciencia, era evidente que la vendedora calculaba el precio dependiendo de su interés. “Pues es el que tiene los encajes, las figuras, cosas finas y valiosas; ya no se borda así”; “Bueno, mire, a mí eso me dan igual, cóbreme el cofre solo”; “Es que, como le comenté, al ser parte de un lote, es complicado separarlo, luego es un lío”; “¿Y si me llevo el contenido?, el baúl permanece en la caja y ni se nota, estas fotos no son de interés”; “Bueno, a usted sí le interesan”; “Pero pueden dejar de hacerlo rápidamente”; “No sea así, venga, deme una cifra”. Milagros se sonrió cuando salió del mercadillo con sus fotos envueltas en papel de seda crujiente; no había olvidado regatear, de niña le apasionaba observar cómo se desenvolvía la criada cuando la acompañaba al mercado.

La impaciencia de llegar a casa para presentar a la familia estos nuevos amigos, le impidió tomarse ese café con leche con dos terrones de azúcar que se prometió al salir.

No pisó la calle en meses. Cuando lo hizo fue para no regresar jamás.

A ella el tiro le perforó el estómago. Tardó en morir.

La policía estuvo ocupadísima descartando cualquier relación entre tanta fotografía, la víctima, y el disparo.

AHORA

A estas alturas, si alguien leyese lo que nunca escribiré, se cuestionará si le vale la pena seguir perdiendo su tiempo en esto. Comprensible, pero a mí es justo lo que me sobra, escribo sobre sus horas interminables; es mi cuerpo el que está atado al reloj, yo voy por libre. A veces me pregunto cuánto hace que estoy en esta cama: años, días, horas, meses o un segundo eterno en el que todavía estás vivo pero vas para muerto, en el que ya muerto, aún sigues vivo: esa frontera donde los recuerdos se agolpan desesperados, aterrados, aferrándose al soporte de ese yo, incierto de seguir siéndolo al otro lado, donde los que van, no regresan, donde quizá esté yendo o ya esté, y no sepa regresar…, por eso las palabras…, por eso esta historia nunca escrita más que en el tiempo.

Recuerdo mi vida a trocitos inconexos, como si asistiera a la proyección de una película conformada con fotogramas de otras cintas: un batiburrillo de tramas, personajes, músicas y diálogos insensatos donde la incoherencia es la ley. Igual la vida es eso. Igual no.

Los hay que sé que no me pertenecen; debí adoptarlos de algún libro, robarlos

de una conversación; como la memoria falsa de saberme morir en una época de hambruna, donde las epidemias se apropiaban de los sonidos de la vida, cambiándolos por un silencio penetrante que absorbía las voces infantiles, los gruñidos animales, los cantos de pájaros. Sé que iba a morir. Los cuerpos de mis convecinos, caídos donde dejaron de respirar, me aterran: yo quería para mí una buena tumba. Cuando aún tenía fuerzas me la cavé en la zona más hermosa del cementerio, al lado de esa luz tamizada, abrigada por la enredadera abrazada al muro.

Una tarde supe que no dormiría esa noche: el cuerpo agotado me gritaba su fin. Me costó recorrer el escaso medio kilómetro que conducía al camposanto; la ilusión de la tierra en paz que me aguardaba, me mantuvo firme. Y la rabia logró el milagro de que mis brazos, ya muertos, cavaran de nuevo otra tumba, porque cuando me asomé a la mía, estaba ocupada. Mi enojo espantó a la muerte; esa noche, al fin y al cabo, sí dormiría, pero lo haría en esa herida recién abierta en la tierra, esperándola. Nadie más me robaría lo único que me quedaba: un lugar donde caer muerto.

Este recuerdo no es mío.

Sé que no estoy en una fosa abierta; la lluvia no me moja cuando la oigo golpetear los cristales de la habitación. No morí. Aún. No es parte de mi vida, ignoro de quién será. Mi mente me gasta esas jugarretas, me tortura mezclando lo que jamás me sucedió entre mis vivencias. Debo de ser como una radio que sintoniza las remembranzas de los que murieron, alcanzando frecuencias de mucho alcance, de otras épocas.

Es posible; me gusta porque entretiene este estancamiento invariable de no ser siendo.

LO QUE FUI

La niñez es lo que más recuerdo, la dilato como si hubiese sido niño la gran parte de mi vida; la adolescencia es un mero borrón inconexo, hecho de tedio, enfados, ignorancias, pena de mí mismo y escasa fe en todo; ser adulto apenas me ocupa unas horas, como si lo importante de uno no tuviera nada que ver con esa edad madura, como si lo único que le confiriera valor fuese que, de niño, se deseó crecer, soñándose según los intereses del momento, caprichosos y volátiles: médico brillante, inventor único, literato original, descubridor de maravillas: niños inventando vidas, las que al despertar de la niñez, son todo menos lo deseado.

Esa terrible decepción es la que la mente nos ayuda a olvidar proyectando las ilusiones de antes, ahora pálidas, en un torpe intento de conciliar lo que es, con lo que debió ser. Los planes de la madurez, más deslucidos que los infantiles, son la desmañada continuación de esa creencia absoluta que nos guió de críos: estamos vivos para realizar algo grande. Qué triste crecer.

Ni los que dejaron huella están conformes con sus logros; jamás fueron tan

deslumbrantes y rotundos como los que idearon de chicos sobre una alfombra, bajo la mesa, alineando juguetes, o acostados, mirando a la nada para verlo todo.

Yo pronto supe que, como no sería nadie, era mejor empezar a desengañarme ya, a no intentar nada, a no gastarme en esto de vivir y llegar a muerto cansado. Eso no me alivió la angustia vital, y me extrañaba de la alegría de los demás. Siempre me faltó la capacidad para engañarme, ilusionarme. Hasta que aprendí a ser los demás. A recopilar sus vidas. Ahí, sí.

LO QUE FUI

Don Leopoldo González de Miranda, médico de juguetes, me atrajo desde que supe de su hospital en la ciudad.

La pepona de mi hermana sufrió un accidente, su carita de porcelana se rompió al caer desde la estantería donde la colocó mientras arreglaban la cama, su lugar habitual. Cierto que el gato algo tuvo que ver cuando saltó sobre ese mismo estante, apartándola con el rabo sin consideración a su equilibrio inestable, que perdió al segundo coletazo. Verdad también que el minino se subió arriba porque yo quería estrujarle por haberse afilado las uñas en mi libro. Eso último me lo guardé, habría sido un drama innecesario; no estaba de humor. El gato se llevó la culpa por entero. Le estaba bien merecido.

Los lloros de mi hermana, inconsolable, hartaron a papá. “Que alguien acerque la muñeca al doctor y que se calle de una vez esta niña”. Yo, que esperaba mi turno para quejarme por el destrozo del libro, me interesé de inmediato por la novedad. Me pedí voluntario. “Muy bien, pues a la tarde vas”.

El asunto es que antes del desayuno estaba aburrido, enfadado, y para la hora de comer, la ilusión y la agonía del estancamiento del reloj me impedían estarme quieto. Cómo se las apañan los acontecimientos para darse la vuelta, de lo malo a lo bueno, o viceversa, qué inconstantes; no te puedes fiar de la vida.

Con la dirección apuntada en un papel, recorrí la ciudad de un modo diferente al que solía, porque en las anotaciones me habían dibujado un plano de las calles para evitar perderme; era apasionante comprobar cómo esas líneas toscas representaban lo real. Aún no conocía a Federico Jesús, viajaba por primera vez desde lo abstracto a lo concreto. No solo las letras nos muestran su verdad cuando aprendemos a descifrarlas, cualquier símbolo esconde universos: números, líneas, fórmulas, dibujos..., la realidad nos la explicamos con códigos: un juego dentro de otro juego. Mi hoja-plano era la calle para mí, para otro, un montón inútil de rayas. Vemos dependiendo de lo que sabemos.

La equis señalaba la clínica, el gran tesoro oculto por la rutina, descubierto ahora, porque mira que había pasado veces por delante de esa placa sin leerla, ajena a mi atención: Hospital de juguetes. Dr Leopoldo González de Miranda. Abierto de cinco a ocho. Urgencias, llamen al patio de al lado.

Llamé al timbre y esperé. Se abrió la puerta y una mujer enorme, que parecía

una gran muñeca, me invitó a entrar. "¿Qué se te ha roto, jovencito?"; "No, a mí nada, a mi hermana"; la vergüenza de que pensara que la muñeca era mía, la quise despejar pronto. "A ver, a ver", le alcancé el paquete donde Lucía había metido a su amiga, envuelta en un chal, vestida con su mejor traje para que la vea bien guapa el doctor. "Ah, pobrecita, ¿cómo se ha hecho esto?, con lo linda que es. No importa, se curará"; sus ojos azules, imposibles de lo azules, me miraron con esperanza y bondad; "Me alegro, mi hermana lloró mucho", persistía en despejar dudas. "Pues tranquilo, díselo a tu hermanita: se pondrá bien", la mujer remarcó demasiado para mi gusto lo de hermanita, sospeché que sospechaba que podría ser mía. Me sonrió, su expresión amable no escondía doblez, de tan plácida parecía boba. "Gracias, ¿puedo entrarla yo a la consulta?"; "Claro, joven. Espere aquí un momento".

Aproveché para mirar a mi alrededor; un salón arreglado como una casa de muñecas, con esos detalles excesivos que les ponen para aparentar realidad. Ahí era lo mismo. Qué ganas de conocer más. "Ya puede entrar". La consulta era mejor de lo que, en los minutos de espera, había imaginado: un espacio imposible hecho de estanterías con ojos, manos, pies, telas, tuercas, chapas de metal y madera, herramientas conocidas entre otras extrañísimas, y en medio, sentado a una mesa enorme, bajo un foco de luz blanca, iluminando docenas de piezas irreconocibles, estaba el doctor, un anciano frágil, de ojos tan azules como la muñeca, que me abrió la puerta, agrandados por unas gafas de hipermétrope que se comían el resto de sus facciones, a las que se adivinaban amables. "¿Qué tiene la paciente?"; entendí que debía acercársela. "Vaya, qué barbaridad, menuda caída. ¿cómo se lo ha hecho?"; "Se rompió por culpa del gato". Aun sabiendo lo insuficiente y absurdo de mi comentario, no añadí más; pensar qué decir me robaba tiempo para fijarme en todo discretamente. "Estos mamíferos son más dañinos de lo que la gente cree, sus garras destrozan lo más delicado sin piedad. Bueno, veamos". Cogió la muñeca colocándola debajo de esa luz brillante, como de relámpago, acercó uno de los múltiples brazos de un aparato pesado, que resultó ser la lupa más grande que había visto hasta entonces. "Ya veo, la mejilla, la nariz, la ceja y el pómulo izquierdo hecho añicos". Ese comentario me asustó. "¿No tiene arreglo?" El doctor manipulaba la carita en silencio. Lo imité en lo segundo. Callado, de pie, temiendo lo peor, empapándome de cada detalle, pieza, olor y sabor de ese cuarto, esperé su dictamen: "¿Decías, joven?"; "Que si se curará"; "Ah, sí, claro, sin duda. Quedará igual, ni mejor ni peor, porque has de saber, jovencito, que a tu hermana no le gustaría nada que le devolviera a su amiguita cambiada. Eso no sería una cura". Leopoldo sabía bien lo que decía; jamás olvidó la expresión de decepción en su primera cliente cuando no reconoció a su muñeca arreglada, apartando con rechazo esa cara reconstruida para embellecerla, ni lo que él mismo sintió a su vez, descorazonado y confuso al no presenciar la reacción que esperaba mientras la recomponía, mejorando el verde de ojos, la curva de la nariz, la base de la barbilla: "Le gustará, es más hermosa que antes". No le cobró nada. Su primer trabajo fue el fracaso que le ayudó a comprender que no debía jugar a dios rectificando a su

parecer: solo restaurar lo que fue.

Leopoldo encajó el revés como lo asimilaba todo, refugiándose en los juguetes, ese mundo paralelo donde los objetos infantiles imitan la vida que habría de aprender a usar. Prefirió quedarse entre ellos, nunca se sintió cómodo lejos de las reproducciones de la realidad. No encontró mejor casa que la que se construía con unas sábanas ajadas, pinzas, la mesa del saloncito y unas sillas inestables apoyadas contra la pared para que no se usaran. Qué seguridad merendar bajo esas paredes traslúcidas que te aislaban del mundo adulto, exigente, incomprensible.

Su madre le dejaba hacer cuando le veía arrastrar las sábanas con ese gesto reconcentrado suyo hacía el cuarto de la plancha. "¿Ya está escondido?", el padre, con menos paciencia o comprensión, no soportaba lo que él entendía como debilidad en su primogénito, ¿hasta cuándo le vamos a permitir que a cada revés se meta ahí abajo, mujer?"; "Ten paciencia"; "Si se lo consientes todo, acabará siendo un bueno para nada, un llorica cobarde, un..."; y se atragantaba con esa última palabra, a la que le tenía pavor, lo que jamás podría perdonarle a un hijo suyo, la que temía al verle salir corriendo ante las riñas. "Tranquilo, no va por ahí"; "Si tú lo dices, pero recuerda a Alfredo, esa niñita temblorosa que la madre alababa por su sensibilidad, y mira tú lo que resultó al final de tanta delicadeza; un sarasa, una vergüenza. Por ahí no pasaré. Lo desheredo, lo meto en la legión, lo mato. Pero no lo consentiré, ¿me oyes? Jamás un hijo mío será... será... eso". Doña Leonor, acostumbrada a los exabruptos del marido en este tema, y en otros, le dejaba estallar, para luego, con unas palmaditas suaves, recordarle que no había cuidado, que su pequeño no se parecía en nada a Alfredo, ni por asomo: el niño, simplemente, buscaba su privacidad, "como haces tú mismo cuando de un portazo te metes en tu despacho y comentas que no te moleste nadie"; "Sí, bueno, eso lo comprendo. Un hombre necesita estar solo"; "Pues eso es, el chiquillo busca su espacio"; "Está bien". Y la tormenta pasaba, hasta la próxima actitud que el progenitor creyese sospechosa de falta de hombría, creando con sus gritos una de las razones que obligaba a Leopoldo a buscar refugio en la soledad de ese mundo propio simultáneo y sin rozarse con el verdadero.

Siempre prefirió la imitación de la vida a la vida; ese coche de latón antes que el auto que le acercaba al colegio, la locomotora con sus vías y agujas que recorrían el suelo en un viaje sin fin, al aburrido tren que lo transportaba para ver al abuelo en la casa de campo. Más adelante, con el nacimiento de la hermana, descubriría maravillas paralelas: los cacharros de cocina de porcelana, casitas en miniatura, muñecas de celuloide, objetos de cuerda que durante un ratito saltaban, caminaban o tocaban instrumentos con una energía envidiable. Precisamente, al intentar arreglar uno de ellos, la rana verde musgo que saltaba hacia atrás y que apasionaba a la niña, supo qué sería cirujano de juguetes, así no tendría que separarse de ese lugar mágico infantil, no habría de abandonar en los estantes a ninguno, como comprobaba que iban haciendo sus amigos; perdían el interés en ellos de un día para otro, apartándolos. "¿Aún sigues con los soldaditos?, qué crío eres, anda, vente para el río, que mi hermana y sus amigas van a bañarse". Iba, se

aburría y dejó de ir.

Se retiró del mundo adulto antes de entrar en él, la traición a esos compañeros de latón que le miraban desde los rincones donde los colegas los repudiaron una tarde para jamás recogerlos, le dolía tanto, que les pidió, por favor, que se los regalasen. Entonces surgió la sospecha, nadie los quiso hasta que notaron su interés; "¿Para qué los quieres?; ¿Se venden o qué?; ¿Por qué?, ¿qué tienen de especial?", recuperaron su valor una temporada, algunos los desmontaron hasta la última tuerca para ver qué se perdían. Otros, esperando mucho dinero, los ofrecieron a varias tiendas para regresar de vacío maldiciendo la mañana perdida. Leopoldo aguardó pacientemente a que se terminase ese brote absurdo, y sin más, se los fue llevando, uno a uno, de las habitaciones de quienes olvidaron apreciarlos; aprendió mucho arreglando los que desmontaron sin recomponerlos después del destrozo buscando lo que no había, de los rotos por el tiempo o por el uso. Se le pasaban las horas manejándolos junto a su hermana regordeta y suave, que tampoco encontró su lugar entre las niñas de su edad, más bien cursis y esbeltas que criticaban, jugando a tomar meriendas, a cualquiera que fuese diferente. Ambos decidieron, sin pactarlo, vivir el uno para el otro y los dos para ese mundo infantil. Pasaron los años, la vista de él se debilitó, su destreza aumentó y sus vidas se dedicaron a preservar las infancias olvidadas de los demás, aunque lo que más les gustaba era curar esos juguetes cuando aún se les deseaba.

Su taller clínico sabía a sueños infantiles, polvo de tiempo y aceite para motor. Qué maravilla. Cómo me gustaba visitarle. Al principio, como excusa para ir, me llevaba juguetes rotos que encontraba en el rastro o basuras, luego fui sin más.

A quién no pudo arreglar fue a su hermana cuando un disparo la abatió justo antes de entrar en el portal.

AHORA

Hay alguien.

No lo conozco.

He de comentar que, a veces, los que vienen a visitarme no existen. Es decir, ya no son: fueron. Pasa como cuando mezclo mis recuerdos con sucesos ajenos a mí. Lo mismo, pero distinto; no entran en mi mente, solo se acercan a verme; me hablan, preguntándome sin esperar respuesta, porque ya la tienen. Son amables, normalmente, aunque los hay muy agresivos; no aceptan su falta de existencia con facilidad, es de comprender. No ha de ser sencillo.

Igual estoy completamente desatinado y es gente viva de lo más normal y corriente, con esto no quiero decir que los muertos que me saludan, si es el caso, sean más extraordinarios que los vivos, que de todo hay: ser fantasma no te libra de tu personalidad, si se fue vulgar, así te quedas para la eternidad. Recuerdo a uno de ellos que olía a cebolla, no sabía ni preguntar la hora y sus pensamientos distaban mucho de ser profundos; la muerte no da sabiduría: es un hecho. Eso sí, era muy

atento, preocupándose constantemente de si estaba cómodo, me molestaban los tubos, los ruidos insistentes de la máquinas, o si sus luces parpadeantes me impedían dormir. Me contó que a él lo había arrollado su tractor, no sé qué del freno de mano mal puesto mientras, de pie, comprobaba, delante del vehículo en marcha, lo que quedaba por arar. "Ya ves, sigo sin entender por qué me tenía que levantar cada mañana al alba para reventarme a trabajar como un burro, acostarme cuando las gallinas sin enterarme si vivía, matándome para nada; me dirás qué sentido hay en dejarse la piel contra la naturaleza: ya podía arar, sembrar, recoger, regar, ya, que si caía la de dios, se me anegaba todo, y si no, las plagas, las sequía, el frío a destiempo, o lo que fuese, el asunto es de locos. ¿Te esponjo la almohada? A mí me encantaba cuando me lo hacía mi madre. Es lo que recuerdo de ella, lo bien que dormía después. ¿Sabes?, lo primero que le pedía a una chica que me gustase, antes de aventurarme a quererla, era que mullese un cojín; debía asegurarme que sabría cuidar mis sueños, los que nunca se me realizaron. Para empezar, no encontré ni a una sola mujer que lo lograra. Bueno, miento. Fíjate qué cosas, cómo nos olvidamos de lo que nos perturba. Analís habría pasado la prueba. Seguro. Solo que me agradaba tanto que tuve miedo de pedírselo. Muchas veces lo intenté, la sentaba en el sofá al lado de los cojines; esperaba a que ella misma, por comodidad, los arreglase. Mis ojos iban de sus manos, suaves y cálidas, a los almohadones y de ahí al punto de partida de nuevo. Me dejó antes de empezar, porque comentó a sus amigas que nunca la miraba y eso le daba mala espina. Lo supe por Carlota, la dependienta de la tienda de semillas, que es donde uno se enteraba de lo que se cocía en el pueblo, si se tenía la paciencia de esperar un rato disimulando, como eligiendo entre sus estantes repletos de lo que serían flores y frutas si se plantaban en temporada, con el oído bien atento, ya que la moza se aburría soberanamente, y para desatascar el tiempo, se valía del teléfono al que no daba reposo. Entretenida era un rato. Discreta, no.

En fin, lo dicho, menuda tomadura de pelo. Antes y después. Porque no creas que ahora tiene esto mucho más sentido, encima sin intervalos llevaderos, ya que ni me acuesto ni me levanto. ¿Estás cómodo?, yo de ti me esperaba lo posible, aunque sea así de precario el tema. No vale la pena este otro lado". Y suspiraba, inundando la habitación de olor a cebolla.

¿Quién habrá entrado?, está quieto, callado, mirándome en mi presente que se agolpa por no tener pasado ni futuro. Igual los que vienen, no vienen, igual son recuerdos, almas ajenas, vidas atrapadas en esta frontera donde soy sin ser, al filo de una delgada línea que apenas separa los opuestos, infinita en sus matices cuando vives atrapada en ella.

Miradle, no se va

Igual está desorientado: un recién muerto. O un enfermero en prácticas, como el que acompañaba al doctor tomando notas sin parar, como un obseso, algo exagerado a mi entender, puede que se haya equivocado de habitación y por respeto, se espere un poco; un disimulo ante el despiste. O me lo esté imaginando;

las luces confunden la forma de una silueta sin definirla bien. ¿Y si es la Muerte? Qué dramático soy. Si sigo por ahí, caeré en ese pozo de donde me cuesta tanto salir, la negrura absoluta de la razón está en el fondo. No, ahí no me meto.

"Yo quería morir".

Está hablándome, por lo que dice no es la Muerte. Aún no.

"Pero no por mi mano; me negaba a saber el momento, debía ser natural, como de verdad. No deseaba conocer cuándo, solo desaparecer. Con lo que dediqué horas y horas a idear cómo conseguir matarme ignorando el día. Recuerdo esos días con cariño; tenía algo que hacer, una meta donde mandaba yo, no el destino".

Creo que se está riendo, aunque igual llora. Da igual. Qué más dará ya.

"La de planes que se me ocurrieron, jamás creí que tuviese tanta imaginación, quizá hubiese debido invertir esa energía en cambiar mis circunstancias. No sé, es tarde para pensar así.

"Uno de ellos fue envenenar un tomate al azar, colocarlo con disimulo entre los otros sanos, y el día que comiese..., pues eso. Lo deseché porque caducan pronto, tendría demasiado presente que uno me mataría para tocarlos siquiera, no me daría tiempo a olvidarme de la treta. Pensé en otros alimentos menos caducos, inútil; en el fondo sabía que evitaría comerlos".

"No había manera de matarse sin anticiparlo. Imposible. Conque decidí contratar a alguien que lo hiciera. El problema se me presentaba ahora en encontrar a quién me asesinaría gratis."

"Yo, que me encerré en casa desde que clausuraron la fábrica para vivir en la desidia, abroncándome con todos los que se acercaban para darme ánimos hasta que desistieron, salí de nuevo para buscar a mi asesino. Sabía dónde y cuándo: en el reverso de las horas, donde lo oscuro se esconde de la normalidad, en el mismo pueblo pero distinto, el que cambia dependiendo del día y la noche; donde se desayuna, se juega al dominó, se pasea con la novia, corretean los niños, ese bar, aquel rincón, el parque, todo se transforma a unas horas determinadas, convirtiéndolo en sombras, en reuniones siniestras, sueños derrotados, amores de pago. La realidad más real los tiñe, surgiendo vidas malgastadas que se arrastran por donde pasaron las otras antes, las que evolucionan a la luz del día, libres de la derrotada que les hundiría al fondo de la desesperación".

"Ahí fui, y aunque al principio, ese molde oscuro me asustaba, pronto me encontré a gusto, entre iguales, porque lo que nos aterra es lo desconocido, el cambio: una vez traspasada la frontera de lo extraño, lo toleramos todo. Cada noche tenía que hacer un esfuerzo para recordar por qué iba, hasta que lo olvidé y seguí yendo. Pero los rumores, una vez iniciados, corren solos".

Eso de que nos habituamos a lo que sea, es cierto: mi mente jamás habría aceptado este encierro cuando estaba libre; ahora ha aprendido a reinventarse, vive para cada destello de eternidad que me atraviesa, que viene a susurrarme verdades imposibles de asimilar en vida; un privilegio que solo se les concede a los muertos, a mí me visitan porque me creen uno, cuando se dan cuenta del error, callan bruscamente y se alejan, vaciándome de esa verdad que vislumbro y olvido a la misma velocidad de lo inabarcable.

Sigue hablando.

"Cuando casi me desentendí de mi muerte, un joven tuerto mal vestido clavó su único ojo en los míos mientras se sentaba a mi lado; "Soy el que buscas". Me costó entenderle, la vida empezaba a ser vivible, intenté disuadirle, a él o a mí, quién sabe, quizá a los dos. "¿Te comentaron que no hay pago?"; "Sí, lo sé". Su vehemencia removió la miseria, la traición, las ganas de abandonarlo todo. Me animé. "Pues si lo tienes claro, vente conmigo".

Fuimos en silencio a casa, uno al lado del otro, yo unos pasos más adelante. Al llegar, me sorprendió que un tipo como él se limpiase los zapatos antes de entrar; a mi mujer le habría encantado, lo que me reñía cuando me olvidaba, esparciendo el barro por el suelo. Ahora que no me grita, que no está, me los limpio cada vez que entro, y lo valoro. Será por eso de la nostalgia, o por llevar la contraria a Dios, quién sabe, por lo que fuese, me agradó el detalle; le sonreí. "Siéntate", lo hizo.

Yo me dirigí al aparador, justo enfrente del sillón, aunque parecía que estaba al otro extremo del mundo; jamás me costó tanto ir de un lado a otro, cuando recorrí el infinito que me separaba de él, abrí uno de sus cajones para sacar un sobre lacrado. Lo acerqué al tuerto, le expliqué qué hacer con él. "Entendido"; "¿Alguna duda?"; "No: He de matar a la persona escrita en la hoja que hay dentro"; "Eso es, ¿y qué más?"; "Que no he de decirte cuándo lo abro"; "Correcto". Oírlo en boca de otro, tan simple, tuvo el efecto anestésico del golpe recibido antes de despertar el dolor. "Mientras tanto puedes vivir aquí. Es lo más que puedo pagar".

Nos acostumbramos el uno al otro. Era callado, escuchaba mirándote con ese único ojo atento. Pasaron las semanas. Los meses. Las cosas, aun sin progresar, no empeoraron; ser dos lo hacía más fácil: la ilusión de la compañía funcionaba. Lo que creí imposible fue posible: olvidé por qué estaba ahí conmigo, ese joven sin ojo, casi sin palabras".

Ahora se refugiará en el silencio mucho rato. Les pasa cuando se acercan al final de sus relatos. A veces, ni los terminan por lo obvio. Que tarde lo que necesite, no tengo prisa. No la tengo en absoluto.

"Esta noche, ya en cama, escuché ruidos; no pensé en un ladrón porque son astutos: quién iba a arriesgarse para robar nada justo aquí. Rechacé la idea a la vez que atisbaba, en el umbral de la puerta, la silueta del tuerto. Llevaba algo en la mano, me incorporé de golpe comprendiendo: estaba ante el final de la cadena que

yo mismo empecé. Disparó. Caí hacía atrás. “Era una bala falsa –le oí decirme–, solo ahora, si quieres, disparo la de verdad”. Y aquí estoy decidiendo qué hacer, mi corazón debió pararse, mi mente escucha sus palabras: he de decidirme. Ayúdame, ¿qué le digo?”

Pobre diablo, ¿cuánto tiempo llevará así, ni vivo ni muerto?, si acaba de suceder y decide regresar, le irá bien: él y el tuerto saldrán adelante. Si no, si ese segundo entre pregunta y respuesta se le ha escapado y son años los perdidos, contestar es ocioso. La vida a la que regresaría sería imposible. Quizá abra los ojos en su tumba. No le deseo a nadie morir de muerto.

“¿Qué contesto?”

Se ha ido sin mi respuesta, lo que no significa nada. Igual está preguntando lo mismo a otro pobre desgraciado, o el tuerto, lívido, le está reanimando, aliviado si regresa por no haberle matado cuando le dio la opción de vivir.

La vida y sus asuntos. Qué compleja y qué simple a la vez.

LO QUE FUI

Dejemos las interrupciones a un lado, a ver si me centro en lo que importa, que es contar lo que sucedió: lo que me sucedió. Con tantas historias, uno pierde el hilo. Creo que debería volver con Elena.

ELENA

–¿Se puede?

–Adelante.

–Perdone, la reclaman en el despacho.

–Gracias, ya voy.

Elena no tenía ningunas ganas de hablar con Pascual; el recuerdo de lo mal que se lo hizo pasar seguía turbio, nunca se limpió del todo, pero sabía por qué estaba ahí, el caso lo valía. Respiró hondo, hundiendo al fondo del olvido lo sucedido.

Dio dos golpecitos a la puerta de cristal opaco del jefe.

–¿Querías verme?

–Sí, entra.

AHORA

Elena me agota. Meterme en su cabeza me cansa. De todos, es a la que menos

conozco; demasiado brusco: la bala fue más rápida que el tiempo necesario para analizarla con calma. Aun así, algo sé de ella. Quizá debería posponerla, contar sobre otro o de mí; de ahora.

Mi madre me lee artículos de personas que estuvieron en coma y lo superaron donde coinciden en que comprendían su entorno, entendían a quienes les hablaban. Dudo de las generalizaciones, esa manera fácil de acomodarnos, como el famoso túnel con su luz a lo lejos, o ese resumen clarividente en imágenes de la propia vida cuando se está a punto de perderla. Los científicos, con sus ansias de aclarar lo oscuro, aseveran que ese resplandor es la última bocanada de oxígeno del cerebro, no el umbral místico de Otra Vida. Bah, qué sabrá nadie de nada. Ni los regresados, que más inventan que recuerdan, ni los sabios, que a cada época se anulan unos a otros con sus descubrimientos. Ni yo, que no sé si estoy vivo o muerto. O si existí. Puede que aún deba de nacer.

Dejemos esto.

LO QUE FUI

Abandoné muy pronto ese concepto de justicia elemental que te inculcan de pequeño, creyendo que así transmiten valores sólidos para edificar el adulto que serás. Gran error: no hay nada más angustioso para un niño que constatar, que esa honradez ideal, no existe; ser víctima o testigo de que el mundo no es lo que debería ser, lo que aseguraron que era, es una de las grandes decepciones, casi tragedias, de la existencia.

He visto llorar desconsolados a compañeros que prestaban sus cosas día tras día, porque hay que compartir para no recuperarlas jamás. Las lágrimas no eran por los objetos, sino por la confianza perdida en sus padres, profesores y semejantes. La inocencia rota.

Eso no se supera. Nunca. Se aprende a vivir con la decepción de estar vivo. Nada más.

Los siguientes desengaños van sumándose; el universo infantil donde todo se puede, donde los logros solo dependen de la voluntad de soñarlos, y el tiempo es inmutable: lo que hay es lo que será. Esa concepción feliz y segura se va resquebrajando a cada paso, cada hora, cada año, hasta convertirse en las ruinas que conviven en nosotros; las que algunos se pasan la vida reconstruyendo, visitando, buscando entre los cascotes la esencia de lo que fueron; su identidad imposible no está ahí: nunca estuvo.

En esto de las injusticias, ya que estamos, la que más me irrita es la que prejuzga.

Si estuviera escribiendo, vendría muy a propósito contar lo de Juliette. Sé que en las novelas es lícito abrir subtramas. Cierto que esto no lo es. No es nada. Jamás lo será, solo lo redacto en mi mente, así que tampoco van a criticarme: soy libre de hablar de ella.

LO QUE FUI

Juliette.

Mi edad, cuando la conocí, impidió que se contaminara la relación; me intrigó desde que la vi en esa calle, eternamente repetida en cada ciudad, que delimita el barrio decente del inmoral. O eso dicen las madres. Mis años, repito, evitaron que el deseo fuese la razón de querer conocerla; solo esa curiosidad mía de leer personas. Lo que llamó mi atención fue que estaba ahí, pero no estaba. Las compañeras hablaban, reían o se gritaban. Ella no: sus ojos ausentes brillaban lejos de sí misma.

Empecé a seguirla. Pronto supe dónde vivía, adónde iba.

Como con Evaristo, ideé un plan: comprobé que, a media tarde, entraba a tomarse un café con leche en uno de los bares del barrio –luego me comentó que esa merienda le ayudaba a cruzar la frontera entre ella y esa otra ella que debería trabajar al salir–. Era un tugurio de aspecto poco recomendable, que más lo sería a medida que avanzase la noche, donde chocaría mucho que un crío entrase preguntando por su padre con la desesperación del que sabe que tampoco tendrá suerte esa vez. Pensé en llorar, pero lo desestimé por demasiado dramático; nunca hay que exagerar las mentiras: suenan falsas. "No, chaval, no ha venido por aquí, y tú tampoco deberías". Me quedé parado ante la barra, como desorientado. Ella, que era la única mujer ahí, no tardó en interesarse por mí, "¿Qué te pasa, cielo?"; "Nada"; "Algo será. Anda vente aquí. Luisón, tráeme un vaso de leche para el niño, haz el favor, y lo que tengas del día para mojar. Acércate sin miedo". Esa fue la primera de mis citas con Juliette, aunque de nacimiento era Fablana Juliana Rodríguez Rojas. "¿A qué es horroroso?", dijo riendo cuando se presentó –lo de Juliette lo supe más tarde– . "Seguro que tú tienes un nombre bonito, los padres no tienen ni idea de la cruz en la que clavan a los hijos con esto". Lo que me gustó es que sí estaba conmigo en ese bar: era ella sin irse de ella. Nos hicimos amigos enseguida.

Fue una de las personas a la que más me gustó leer. Si pudiera escribirla. En fin, contemos esas tardes.

"¿Por qué me miras así?"; "¿De qué modo, pequeño?"; "Pues sin parpadear"; Fablana Juliette sonrió, "Es que, cuando somos niños, nadie adivinaría lo que seremos. Ni nosotros mismos lo sabemos". Luisón, como cuando me veía entrar, trajo mi leche con el bollito del día a la mesa sin protestar ya, al fin y al cabo, era un cliente. Las tardes que iba al bar evitaba coger merienda, o la hacía migas para los pájaros cuando notaba que mi madre se preocupaba, "¿Estás malo?, ¿por qué no comes?", esas preguntas peligrosas hay que evitarlas, ser su centro de atención siempre es peor que su desinterés; fastidiaba más.

Mi amiga seguía con su tema. “Ahora todavía todo es posible, la vida aún no te ha definido, aunque no lo tienes fácil con ese padre ausente, sin madre..., no sé, tus cartas también están marcadas, como las de todos”.

Ahí me pilló durante unos segundos, tuve que hacer un esfuerzo para recordar que con ella era huérfano; qué curioso es cuando la mentira vuelve a ti, se tarda en reconocerla hasta que entras de nuevo en ella. “Yo no seré como él”. Lo dije con la convicción de la verdad, que es el único modo de mentir. La miré de soslayo por si en esos segundos de desconcierto, me hubiera descubierto, pero no: era más ingenua que yo.

En eso estaba su drama y su don.

Creció entre engaños: la que se suponía que era su madre, era la abuela; su hermana, quién le dio a luz; la abuela, la dueña del burdel donde sus tías, que no lo eran, trabajaban. Era una casa donde los hombres estaban solo de paso y las normas se improvisaban. La que dijeron que era su prima, su hermanastra en realidad, la fue sacando de su error a medida que crecía.

Fablana fue una niña feliz, mimada por las mujeres que la protegían del caos. Pero no pudieron defenderla del mundo, ese que entra quieras que no; siempre hay grietas por donde se cuela. La primera fisura la abrieron las compañeras del colegio que, aleccionadas por sus madres, la trataban como a una apestada. No comprendía sus insultos ni por qué la rechazaban. Cuando preguntó en casa qué significaban aquellas palabras, las mujeres consternadas, le contestaron que nada, envidias de crías, y con una alegría ficticia que sostuvieron durante la cena, cambiaron de tema y le dieron doble ración de postre. A la noche, cuando se durmió, apagaron las sonrisas forzadas para hablar. “Os dije que no la lleváramos”; “Pero ¿qué dices? Es obligatorio escolarizarla a esta edad, ya lo retrasamos todo lo posible”; “Sé de niños que no asisten nunca”; “Coincidimos en que estudiar era lo mejor, ha de ir”; “Sí, pero esas asquerosas le van a hacer la vida imposible”; “¿Y si la borramos del colegio?, total para lo que enseñan”; “¿Quieres que vengan los de menores y nos la quiten?”; “No, pero la vida nos la va a arrebatar igualmente”; “Mira esta y su filosofía de bote”; “Anda, no peleemos, la niña ha de ser algo más que esto; se lo debemos”; “Pues tan mal no nos va”, “Ya te lo diré cuando me vengas llorando a gritos”. Tras no aclararse, apremiadas por el trabajo que llamaba a la puerta, y con toda su buena voluntad, acordaron lo peor: cada vez que venía preguntando, no le aclaraban nada y repetían que ni caso, que los críos son malos, que ya se cansarán.

Fablana dejó de ser esa niña feliz, despreocupada, segura, para empaparse de un miedo triste, solitario, algo pusilánime, que le fue apartando de la realidad. Hasta que chocó contra ella.

Se enamoró.

Ese estado, que debería ser el ideal, solo lo es durante un tiempo: el justo para atraparnos. Si tenemos en cuenta que la pobre criatura casi ni sabía lo que era un hombre, intuimos que sabría todavía menos de manipulaciones y líos sentimentales: cayó de pleno. Se entrampó completamente; envuelta en la inocencia cursi de las jovencitas de otro siglo que, al estar desinformadas del

mundo, creaban el suyo disfrazando las necesidades físicas más elementales con ensoñaciones rosas, falsas, dañinas.

Conque creyéndose vivir lo que nadie antes había experimentado, ocultaba su pasión virginal a los miembros de su familia; unas prostitutas que la pillaron a los pocos días: imposible ignorar los síntomas del amor, al fin y al cabo, era su profesión.

La encerrona se la prepararon con calma, la ternura que les inspiraba no dejaba de emocionarlas. "Tenemos que prepararla"; "Ay, si parece que fue ayer que le cambiaba el pañal"; "Sí, qué mayor ya"; "Lo que queráis, pero tenemos que advertirla"; "Sería bueno que conociéramos al joven"; "¿Qué insinúas?"; "¿Yo?, nada, ¿por?, digo que tendrá que tráelo para que sepamos cómo es"; "Ah, yo entendí que igual era cliente". Las risas las atragantaron un buen rato, hasta que se dieron cuenta cabal de la poca gracia que tenía esa suposición.

Esa tarde la esperaron pretendiendo estar ocupadas, todas a la vez, en el salón; que la joven no sospechara nada al entrar y verlas, demostraba su falta de malicia.

–Hola, ¿no es un poco tarde?, ¿no acababas a las seis hoy?

A Fablana, ignorante de lo que se le venía encima, se le alteró el pulso: mentir no era lo suyo.

–Sí, bueno. Es que..., Miranda me pidió ayuda con un problema de matemáticas y se lo expliqué.

–...Miranda.

–Sí, ya os he hablado de ella. La que se sienta a mi lado este curso porque la insultan las otras.

–¿La tonta?

–No lo es, quizá algo lenta.

–Eso será.

El silencio, que las mujeres manejaban a la perfección, le hacía sudar.

–Me voy al cuarto.

–¿A estudiar?

–Claro.

–¿O a soñar?

–A lo mejor, a leer mil veces esas notitas.

–Quién sabe a qué.

La angustia se le atascaba en la garganta, se le salía por los ojos repentinamente húmedos, el corazón asustado, no sabía si latía acelerado por despecho, miedo o rebeldía. Decidió lo último.

–¿Quiénes sois para revolver entre mis cosas?

–Tu familia, ¿y quién eres tú para mentirnos?, ¿tan poca confianza nos tienes?

–¿Le conocemos?

Una vez destapado el secreto, las preguntas se cruzaban, repitiéndose al no escucharse ninguna. Fablana, abrumada, se echó a llorar con fuerza. Las mujeres se callaron. Su hermana-madre la abrazó y lloró con ella. "Tranquila, preciosa. No pasa nada, pero hay cosas que debes saber de los hombres". La sentaron,

poniéndola al día con un tacto dudoso, compartiendo una información excesiva que no le cabía, se le desbordaba, manchando con asco ese universo frágil, romántico, almibarado en el que creía estar.

–No le conocéis, por eso decís esas animaladas.

–Pues que venga una tarde–. Se acordó que sería el martes, día de descanso.

Esa noche la pobre chica no pegó ojo. Cuando creía dormir, los sueños la atrapaban, viscosos, mostrándole lo recién desvelado para despertarse bruscamente, sudando. "Imposible, no es cierto, el mío no me quiere por "eso". Mentira".

La víspera del encuentro, no se sabía quién estaba más nerviosa, si las mujeres, con el temor de que no fuese un extraño, junto con las expectativas de comprobar si era digno de la joven; o ella, que tenía pánico a que no les gustase. Aunque la verdad era que, desde esa conversación, le miraba de otro modo; a él y a sus propios sentimientos, que notaba replegados, como sin brillo. Y es que el filtro de la ilusión ciega se iba desvaneciendo.

La merienda fue un fracaso. No apareció.

–¿A qué hora le dijiste que viniera?

–A las cinco, cinco y media.

El reloj marcaba las siete.

–Pues hasta aquí–, la madre-abuela, comenzó a retirar los pasteles horneados en casa, la mermelada recién hecha, las tazas, platos y cucharillas que quedaban de una vajilla intacta, procurando evitar echar leña al fuego. Las demás, atentas a la reacción de la enamorada, intentaron consolarla tibiamente, sin palabras; para qué: sobraban. La joven ayudó a guardar el despliegue festivo junto con sus sentimientos, arruinados como esa merienda que, por respeto, nadie probó. Al menos esa tarde, tampoco era cuestión de dejar secar los pasteles con lo buenos que estaban. Eso sí, se los comieron sin que estuviese presente.

Con una dignidad de urgencia, subió a su cuarto, cerró la puerta por dentro y en vez de darse al llanto, se pasó el resto del día y la noche entera, replanteándose su mundo, donde la pobre excusa que le acercaron, "igual le ha pasado algo y no pudo venir"; le impidió romperlo completamente. "Mañana me dirá".

Al día siguiente no le dijo nada porque no lo vio. Ni al otro. Pasaron varias semanas sin saber de él; el infierno por el que pasó es fácil de intuir: la tortura de las contradicciones, el repliegue de los ideales, las culpas sin dueño. Las mujeres la dejaban en paz; cada una recordó esa primera decepción lacerante que, junto al primer amor, jamás se olvida; suelen ir juntos.

Cuando desesperó de encontrarle, apareció. La alegría le duró lo que tarda una mirada en recorrernos. No era el mismo. Sus ojos fríos la traspasaban. "Hola", el tono seco, le borró la sonrisa, la ingenuidad y el futuro. La invitó a tomar algo a una taberna dudosa donde nunca antes la habría llevado para decirle exactamente por qué no acudió. El temor de las mujeres era cierto: Había ido antes, aunque no a merendar.

La Fablana que entró en ese antro, jamás salió. La que quisieron proteger del

mundo quedó atrapada en esa mesa, condenada a recordar eternamente las palabras que le destaparon la realidad, desgajándola de sí misma para permanecer cuerda. Quien salió fue Juliette, aunque todavía tardará un tiempo en saberlo.

La joven que habría impedido su decisión quedó atrás, en ese bar. Con lo que aceptó la propuesta de su antiguo enamorado de convertirse en su pupila. Las mujeres, decepcionadas de nuevo por la vida, asumieron que su pequeña compartiría el destino común. Le insistieron, al menos, que trabajase con ellas. Un último intento, algo patético, de protegerla.

Creo que los ojos ausentes de Juliette, a quien buscaban, era a Fablana.

Una noche la apuñalaron.

AHORA

Esa muerte violenta me impresionó; la realidad atroz, incomprensible al pronto de enfrentarte a que algo vivo hace unas horas, sin más, deje de existir, me lo planteó ella. Cómo es posible estar y no estar al segundo siguiente. Dónde se encuentra esa fracción de vida que nos conduce a la muerte.

Recuerdo que cuando de niño me escondía, la ansiedad de que me encontraran, junto con el miedo de que no lo hicieran, daba al juego una intensidad tal que mi corazón parecía explotar. Me veían antes de esconderme, luego no, más tarde reaparecía. Estaba sin estar; es lo que me obsesiona desde ese crimen: encontrar el lugar, el momento donde se efectúa ese ser en ti, para vaciarte de ti.

Ha de existir esa frontera, un umbral, que nos separe de nosotros mismos.

Puede que esté en esa zona ambigua donde los extremos cohabitan: la luz del día y de la noche igualadas donde podría suceder tanto el ocaso como el amanecer; el odio y el amor; dolor y placer; frío y calor. Existe ese instante donde la transición de un estado a otro se confunde, es la dimensión que siempre he estado buscado.

Quizá intuía lo que me esperaba.

Alguien acaba de entrar.

Mi madre con el médico.

–Le repito que me niego.

–Es un error. Si de verdad le quiere, habría de dejarle marchar, ¿cree que es vida esto?–. El hombre abarca con un gesto amplio de los brazos, el cuarto, la cama, las máquinas. Parece un prestidigitador a punto de crear una ilusión. O puede que no, quizá sea lo contrario, harto de su truco, desea deshacerlo. Me encantaban los magos. Aún recuerdo el baúl repleto de mis trucos infantiles, las horas de práctica ante el espejo, la sensación de poder cuando salía bien, recreándome en la admiración reflejada en los ojos del público, mi hermana, normalmente. En esos momentos efímeros era invulnerable, dominaba mi destino, aunque durase lo que tarda una carta en caer del bolsillo.

Al facultativo ya le cansa su prestidigitación, la que logró retenerme entre la vida. Necesita más; le exige que regrese a ella, no solo que me mantenga atrapado. Es lo que tiene el ilusionismo: la tiranía de la perfección.

–No lo permito, no tiene mi permiso.

Con tono contenido, algo tenso y definitivamente hastiado, le contestó que pasado un tiempo prudencial, el hospital se desentendía de los pacientes irreversibles. "Si lo desea, sé de residencias donde lo cuidarían tal como..."; mamá le interrumpió enfadada, "Entonces, todo esto es por cuestión de dinero. Qué vergüenza". Se enzarzaron en un duelo sordo al que no atendí; demasiado tedioso.

Consciente, desde que estoy inconsciente, de que esto iba a suceder, me introspeccioné preguntándome si me afectaría dejar de existir. Sinceramente, no más que otros días. Qué más da la fecha: lo que asusta es el hecho.

Morir.

Vivir.

Ni morir ni vivir, así es como pasamos las horas en general, deseando lo que no se tiene, ciegos a lo que sí; anhelando hierbas más verdes que, una vez vistas, son iguales a las que pisábamos. Basta de filosofía barata. Confío en que mi madre prolongará hasta lo imposible este simulacro de vida. Y si no, da igual.

Sigamos escribiendo.

Creo que no he presentado a Patrocinio Ruipérez Martín, si lo comenté, sería muy de pasada. No. No dije de él.

LO QUE FUI

Patrocinio fue un erudito desacertado, no por su esfuerzo, que era mucho o más que el de cualquier sabio, sino por lo desatinado de sus metas y motivos. Es lo que trae la combinación de voluntad, torpeza, falta de inteligencia y una coraza impermeable a cualquier experiencia, idea o emoción ajena.

La infancia se la pasó sin entenderla, jamás vio a los otros niños como iguales, más bien le molestaban hasta la irritación. Los compañeros instintivamente lo rechazaban excluyéndole de sus juegos, de sus risas, incluso burlas: simplemente no estaba. Ese trato de invisibilidad por parte de sus compañeros, lo reforzó por su parte con una ceguera selectiva que le protegió completamente de cualquier trato. Ningún niño retuvo su nombre al crecer, y él mismo olvidó que hubiese habido alguien más en las aulas.

Los profesores evitaron animarle a presentarse al examen que abría las puertas de los estudios superiores; tiempo perdido para ambos bandos: el niño no aprobaría ni una sola de las pruebas; era impermeable a los conocimientos. Patrocinio, que creía lo contrario, cuando se acercó a preguntar las fechas al tutor, obtuvo una respuesta ambigua al principio, y otra contundente al final, porque la insistencia machacona del crío pudo más que la paciencia y compasión del profesor; "Ánimo, Ruipérez, no se acaba el mundo, estudiar es importante, no se lo voy a negar

precisamente yo, pero hay cientos de maneras de triunfar; seguro que encuentra la suya". Don Gregorio, defraudado de sí mismo por haber perdido los nervios, intentó enmendarse con ese consejo, que fue más bien limosna, ya que no apostaba ni un centavo por el futuro de su reciente ex alumno; lo dijo para restaurar el alto concepto en el que se tenía, independientemente de animar al chaval que, además le era insufrible; esto último, por supuesto, se lo ocultaba con mimo; chocaba de frente contra las cualidades que creía tener: tolerancia, amabilidad, rectitud. Hay que preservar nuestra autoimagen hasta de la verdad. Justo lo que hizo Patrocinio con la suya olvidando el porqué se apartaba de los estudios antes de llegar a casa. Las excusas las fue variando hasta alcanzar la versión oficial adulta: mi padre me quitó de estudiar; le era imprescindible.

La adolescencia consolidó su incapacidad absoluta de comprender a los demás. Su caparazón se endureció apartando cualquier sentimiento que le condujera a la duda, a la reflexión, al planteamiento mínimo sobre sus acciones o motivaciones. Se aisló de cualquier experiencia que le trastocara esas referencias, logrando que sus ideas fuesen cada vez más mezquinas, rancias, insuficientes y afectadas; una mezcla atroz que se asoció con la suerte, o desgracia, de no tener que ganarse la vida: heredó de su tía abuela, una solterona muerta de pulmonía por haber salido esa única noche en su vida, a la que la muerte le pilló sin testar –además de sin chal, según la criada– , y que por ser él su único pariente, se lo quedó todo. Si su padre hubiese esperado a descerrajarse el tiro que terminó con su vida a duras penas, ya que al disparar, quizá por la tensión del momento, no se acertó en pleno corazón y la agonía le duró dos días, habría sido él quien heredara, pagando las deudas en las que se metió quebrando la empresa familiar de su mujer muerta de parto de ese único hijo, al que no le tenía fe ninguna, como dejó patente en la nota que le redactó: sobre la mesa, algo manchados de sangre por lo escandaloso de la herida, había varios sobres destinados al gerente, amigo de confianza al que no soportó defraudar, a deudores varios, al director del banco, al ama de llaves y a su hijo. Leerlas todas fue lo que dio la clave del porqué de esa muerte voluntaria.

En la del hijo decía: "No hagas tonterías".

Y ahí estaba él, huérfano reciente, cuando salió de la oficina del abogado: rico sin remedio, vacío de ambiciones, sin ningún reto a la vista en ese inmenso océano de tiempo que le rodeaba a sus veinticuatro años.

Lo primero que hizo al llegar a casa fue aburrirse hasta la desesperación. Le daba todo igual, atrás estaban esos días donde aún se levantaba espoleado por el recuerdo del enfado paterno, si se quedaba en cama hasta las tantas. A la semana del entierro, dejó de pretender que hacía algo útil por lo innecesario de actuar sin público. Al mes, no se sabe bien por qué, adquirió la costumbre de dar una vuelta antes de comer.

Vivir en él era como estar en un cuarto vacío donde el eco ampliaba, mudo, la voz de nadie. Sus pensamientos inexistentes, más allá de la mezcla que le acercaban los sentidos más básicos, vagaban invisibles por esa mente libre de introspecciones. Solo el tedio lo empujaba a moverse.

Fue en uno de esos paseos cuando al sentarse, al rato, notó que había algo sobre el banco: un folleto, inocente en apariencia, pero que al leerlo, le adentró en lo que sería su obsesión desde entonces.

En sus manos tenía la publicidad de un curso a distancia.

"Ahora que ha muerto quien me obligó a abandonar los estudios, nadie me impide retomarlos". Con esa mentira donde basaba sus verdades, y una resolución que nadie le había conocido antes, hizo su entrada en la casa, extrañando al servicio con su energía, cosa que no comentaron demasiado entre ellos por estarle agradecido; tras el escándalo y desgracia del amo se veían en la calle, aunque él los mantuvo: recordó una conversación escuchada al azar sobre lo complicado de encontrar domésticos competentes, la pereza hizo el resto.

"Que nadie me moleste hasta la hora de comer, me voy a mi cuarto; traedme un café". Se encerró con el folleto para enterarse mejor sobre lo que ojeó en el parque y se propuso leer con calma en casa. Sentado en el sillón, lo desplegó con cuidado; el curso, Encofrados, le llamaba la atención sin convencerle demasiado; lo de los cofres no le atrapaba. El impreso ofrecía su catálogo completo: Economía financiera, Idiomas, Educación, Fitosanitarias y Biocidas, Habilidades empresariales, Técnicas de ventas, Seguridad alimentaria, Cultura y Artes, Cursos sanitarios, Métodos policiales y detectivescas, y mucho más. Desbordado, se sumergió en las distintas disciplinas de cada grupo, adentrándose en el mundo de la Manipulación de alimentos o Manipulación de alimentos de mayor riesgo, lo que le alarmó preguntándose cuáles serían los segundos, seguido por la opción de Finanzas para no financieros, Prevención en blanqueo de capitales y Financiación terrorista: ese universo le gustó: se vio recibiendo homenajes por evitar catástrofes cruentas, impartiendo discursos ejemplares; ahí dudó; "Quizá eso no, puede que el reconocimiento sea en privado; el público no debe enterarse de estas cosas".

Exultante, terminó el café y pidió más para continuar ese viaje recién empezado. Rechazó los Primeros pasos en español para estudiantes japoneses, no sin antes buscar si había Primeros pasos de japonés para estudiantes españoles, que con alegría vio que sí. "Ah, aquí está todo, qué maravilla"; siguió con la Aplicación de plaguicidas, donde se daba a elegir entre nivel básico o nivel cualificado; "Siempre hay que empezar por la base", su interés se paseó por el Inglés para taxistas, buscó si había cómo aprender a ser taxista, pero no. "Bueno, todo no se puede".

Ser Escaparatista para cualquier tipo de comercio, incluidas tiendas de ocio y regalos, era una oferta interesante; en sus paseos improductivos, se paraba desganado ante escaparates espantosos: "Los mejoraré". Las Técnicas de venta en tiendas a elegir entre supermercados, bricolage, cosméticas, animales, también le hizo gracia; "Quién no quiere ser un buen comerciante". Con la Marinería, Embragado de cargas y Comunicación gruísta, no tenía un concepto claro del tema, al igual que con lo de las Valoraciones agrarias básicas. No así con Recoger pistas en el escenario del crimen, que le entusiasmó casi tanto como lo del terrorismo. Operador de rayos X le abría las puertas al mundo médico; "Siempre he querido

salvar vidas", siguió leyendo tras haber saludado modestamente a una mujer, a la que evitó ser viuda, salvando al marido de un tumor al que sus colegas diagnosticaron de inoperable. Las Prevenciones varias laborales: sanitarias, posturas de fatiga, pesticidas organafosforadas, le dieron qué pensar, tanto, que agotado por la actividad, quedó dormido en el sillón.

Al despertar, recuperado del mareo de opciones, resolvió estudiarlo todo. Satisfecho, se echó su siesta de antes de comer.

Le conocí cuando se había estudiado tres cuartas partes de los cursos. Las lecciones se las acercaba Evaristo quejándose por el peso extra; a veces los llevaba yo hasta el umbral mismo de la casa; "De esto no ha de enterarse nadie; el correo es sagrado, solo un miembro del cuerpo de la Sociedad Estatal de Correos y Telégrafos puede repartirlo"; a pesar de su celo, realmente pesaba mucho, así que con un cuidado rayano en la paranoia, me permitía sudar bajo su carga, lo que me facilitaba ojear los temas escritos en los paquetes; ninguno me sonaba a nada, los memorizaba, repitiéndomelos sin cesar hasta el diccionario más cercano, donde por lo general, no solo no me lo aclaraba, sino que me oscurecían el término todavía más. Y es que el diccionario y yo no acabábamos de congeniar; a quién se le ocurre explicar las cosas usando palabras que, a su vez, se tienen que buscar por lo confuso de su significado. De locos.

Conque pregunté directamente a Patrocinio qué significaba eso de Tacógrofo; 1.9. Hechos sancionables. Aún recuerdo el brillo de su mirada mientras contestaba. Eso sí, me quedé igual que si hubiese acudido al diccionario. Más tarde, tratándole, supe con certeza lo que intuí esa vez: él tampoco entendía lo que decía.

AHORA

Se me dispersan las ideas; algo las ahuyenta. Me angustia no localizar la causa; intento mover los brazos, incorporarme, girar la cabeza; mi cuerpo fantasma se activa, no el que está paralizado conteniendo lo que queda de mí vivo, sino el que respondía sin esfuerzos a mis deseos. En estos momentos donde me desdoblo, he de alejarme, sereno, de la añoranza de ser; solo así consigo reconocer el entorno sin la ayuda de mi organismo.

Un pitido agudo, unas luces caóticas rebotan por la habitación.

Una o varias funciones vitales están fallándome. Vaya por dios, qué fastidio. Recuerdo lo que me alarmaba esto al principio; "Ahora sí; se acabó. Me voy del todo". Me reiría si pudiese, somos mucho más duros de lo que creemos, morirnos no es tan fácil; nos aferramos a este mundo con uñas y dientes, como esos bebés que, a pesar de su fragilidad aparente, sobreviven contra todo pronóstico a días y días sin comer ni beber, sin sol, sin mimos, enterrados o abandonados en lugares increíbles, luchan como nadie. Como Marta Anunciación, la bebita que supo esperar su rescate de un cubo de basura.

Luego hablaré de ella.

No sé ya, con este lío, si comenté que a Patrocinio le dispararon cuando regresaba de correos adonde fue para entregar el cuestionario final del último tema de la Legionelosis: seguridad en el manejo de sustancias químicas, contento de haber terminado el curso, "Con nota alta, fijo"; aliviando, de paso, a la cocinera y demás empleados de cocina, que llevó fritos durante esos meses con lo de la manipulación, desinfección y tratamiento de los alimentos, ya que normalmente experimentaba con el servicio, repartiendo consejos a medida que los estudiaba, sin preocuparse de contradicciones, errores o de si rompía rutinas. Hasta que le cogieron el truco, hubo desconcierto general entre los domésticos, incluido el jardinero, que a punto estuvo de dimitir. "A mí no me dice nadie cómo plantar nada, ya sea el mismo Papa"; "Tranquilo, Jacinto, aguanta el tirón; anda, tómate otra cerveza".

Pues eso, que no recuerdo si dije que el tiro le atravesó el pecho, que no lo mató en el acto, que aún tuvo tiempo de recordar, mientras se desangraba, las indicaciones del curso sobre cómo recoger muestras sin contaminar la escena de un crimen. La sonrisa satisfecha en su rostro indicaba que sí supo cómo la habría analizado, aunque el gesto desconcertó bastante a la policía.

Ya está aquí el personal de urgencias alarmado, ignoro si por mí o por las máquinas que no cesan de lanzar luces de pitidos chillones. Sé lo nerviosos que se ponen cuando no responden: "¿Qué es este gráfico?; ¿Por qué estos números?, ¡No tiene sentido!; Y ahora, ¿para qué parpadea?; ¿Lo has ajustado?; comprueba el cableado de nuevo, el pulso también, claro".

Sin notarlo sé que mueven mi cuerpo: colocan electrodos, ciñen mascarilla, confirman catéteres, iluminan las pupilas con linternitas minúsculas, hormiguean por la habitación saliendo y entrando continuamente. Un caos, algo risible, si no fuese porque mi vida depende de que atinen con el fallo.

Un día no lo harán.

Mientras tanto, por si acaso es hoy, sigo.

LO QUE FUI

Es curioso, a medida que escribo cómo era de niño, cambio el concepto que guardaba de esa época; la recordaba oscura, desoladora, solitaria, perdida: un crío sin cariño ni calor debido a la falta de acercamiento de unos padres ajenos a su descendencia, preocupados por necesidades absurdas a mis ojos, convencionales hasta la simpleza, sin pensamientos propios, dirigidos por modas pasajeras, confundidos por morales establecidas, ahogados en su propia estupidez. Su imagen la mantengo. La mía no. Ahora me doy cuenta de que no era desdichado en absoluto, solo que mis experiencias distaban mucho de parecerse a las de mis conocidos, aprendí muy pronto a callármelas, junto con mis intereses; los enfoques

eran demasiado distintos como para compartirlos.

Aun así, tuve ese amigo inseparable, con el que cuentas para todo, incluso para el futuro. El mío se llamaba Teodomiro aunque le llamábamos Teo, cosa que agradecía. Con él creí encontrar lo imposible; alguien que te comprendiese y con quien compartir cada detalle, pensamiento, anhelo: la ilusión de la compañía. Jamás volví a caer en ese error, al menos, creyéndomelo. Teo fue mi reflejo al verme en él y viceversa. Las grandes amistades, los más apasionados amores, no son más que espejismos de nosotros en otros, lo que no anula lo bien que nos sentimos bajo su engaño. Fatas Morganas emocionales.

Era un niño callado, como yo, que, como yo, solía apartarse del resto; su mirada lejana no enfocaba la realidad, le creía soñar, anhelar otras más interesantes. No hablaba sin ton ni son, escuchaba atento a lo que decía. Le gustaba lo que a mí. Íbamos a la par, recorríamos las calles como si fuesen rutas desconocidas, siempre dispuesto a aventurarse conmigo en dimensiones más alejadas de las llamadas normales: explorar casas deshabitadas, encontrar rincones invisibles, leer libros incomprensibles, seguir a gentes que nos llamasen la atención, correr riesgos. Esos éramos: niños jugando a ser niños. Yo me creía único, diferente, afortunado de haber encontrado un alma gemela, feliz por compartir con él ideas que creía originales. Teo me seguía sin dudarlo, aportaba su granito de arena en las locuras infantiles. Los planes de lo que seríamos al crecer los dibujábamos juntos tumbados sobre la hierba observando un cielo que nos miraba a su vez. Éramos inmortales y afortunados. Hasta que un día algo se rompió, lo que pasa con los espejos, que se quiebran y sus esquirlas, sus añicos, revelan una imagen distinta de la de antes de la rotura.

Ese niño se me reveló ajeno, y yo a él. Su silencio nacía de lo poco que tenía que decir; su atención, mera pasividad donde escuchaba sin más; la complicidad, algo que hacer en el día; los planes, seguir el apunte por aquiescencia. Ni le interesaba lo que a mí ni deseaba lo que yo. Un ser vacío de sí mismo que, durante unos meses, se llenó con lo que le ofrecía. Me dolió un horror, sentí que me había engañado, cuando en realidad, él también se llevó su decepción al reprocharle yo su modo de ser: qué injusto quejarte del agua por tomar forma de vaso en un vaso. Le seguí la pista a lo largo de los años, y le vi convertirse en gente diferente, sospechosamente afín a los que le rodeaban.

Le estoy agradecido porque me reflejó y aprendí algo desde ese eco de mí en él: supe que por mucho que convivamos con otros, nunca los conocemos. Es imposible, no existe una comunicación que nos desvele la profundidad de lo que somos.

Llegué a pensar en una maldición: la de las palabras, esas que afirman que nos distinguen del resto de animales. Las siento burdas, incompletas, enredosas, muchas veces las usamos para ocultarnos, disfrazar las emociones, distraer la verdad. O igual es que no alcanzamos a entenderlas; nos llegan mutiladas por nuestras ganas de oír, no lo que nos dicen, sino lo que deseamos escuchar; nos cegamos para enterrarnos bajo la comodidad de lo inmutable, ajenos al entorno.

AHORA

Estos ruidos luminosos, estridentes, el nerviosismo de los médicos, me indican una realidad: la de mi miedo a apagarme. Aprendí a que es mejor alejarse de estos momentos: el pánico no ayuda. Ignoro si saldré de esta..., cuidado: prohibido pensar; narra, húndete en otra vida. La que sea, Marta Anunciación mismo.

LO QUE FUI

Deshacerse de un bebé no es novedad ni ahora ni nunca, los motivos son muchos: supervivencia, piedad, miedo, estupidez, amor; todos conducen a una sola consecuencia, pero Marta no la aceptó, se negó a morir.

Abrió los ojos entre desperdicios, la manta que la tapaba se abrió evitando la asfixia. Desconcertada, boqueaba bebiendo aire. Sus pulmones dolían, el oxígeno los abrasaba. Se acostumbró pronto. Moverse le costó más; ya no se deslizaba, el esfuerzo era agotador. El calor corporal, al estar en el cubo, no disminuyó; la basura la arropaba. No le incomodaba lo estrecho del lugar tras nueve meses enclaustrada, aunque intuía que no estaba donde estuvo: un olor diferente; ruidos estridentes; una opresión que le dificultaba los movimientos, pero lo más evidente eran las ausencias: sentía hambre; faltaba ese sonido rítmico, cálido. Algo había sucedido.

Su memoria no alcanzaba a recordar; las sensaciones todavía no le dejaban huella. Succionaba como aprendió, buscando no sabía qué. En ese caos, se aferró a un sonido nuevo que la calmaba: sus lloros, esos llantos, sin saberlos suyos, la reconfortaban. Se agitaba mínimamente, aunque para ella fuese un esfuerzo terrible. Lloraba. El hambre que jamás sintió antes la molestaba.

Cansada, dormía, economizaba fuerzas; su cuerpo recordaba a través de miles de generaciones. Pasó un día entero, para Marta, siglos o segundos. Otro más amaneció sin que ella se enterase siquiera de que hubo anochecido, aun así, era horas más sabia; su boca encontró el propio dedo engañando al hambre. Durmió. Esperó. Sus movimientos, enérgicos para un bebé, removían los desperdicios que la rodeaban. Los lloros traspasaban el encierro, saliendo al exterior para diluirse en él. Un día más donde Marta supo definitivamente que nada era igual, sus fuerzas disminuían; la reserva de su última comida se agotaba. Sus gemidos se espaciaban; solo alguien que estuviese al lado del cubo los escucharía.

Faustino, que hacía días que evitaba el barrio por miedo, decidió reanudar su ronda; al parecer los que se dedicaban a maltratar indigentes, inmigrantes o quien quiera que se les cruzase en su camino disgustándoles, habían abandonado la zona; actuaban por los barrios más deprimidos de la ciudad, atacando indiscriminadamente durante unos días para desaparecer en los siguientes,

despistando a la policía. Solía haber pocas víctimas entre los mendigos: la noticia de por dónde operaban volaba. Faustino y los demás evitaron el coto de caza hasta que los rumores de normalidad fueron fiables. Un día más que hubiese aguantado sin comer de la basura cercana a la casa de comidas del barrio, y Marta Anunciación no lo habría logrado.

El azar.

O no.

Sus sentidos, agudizados por el alcohol y el hambre, le permitieron oír unos gemidos que tomó por los del maullido de un gatito. "Pobre bicho, lo habrán tirado", no se detuvo; le fastidiaba rescatar crías, se involucraba demasiado, las alimentaba hasta que las veía fuertes o las acercaba a la protectora de animales, donde le recibían secos. Un fastidio siempre. Además, si se le morían, el disgusto le duraba días. Una vez cometió el error de quedarse un cachorro, se encariñó muchísimo; duró seis meses. Qué desgarro volver a la soledad. Nunca más.

Así que pasó por alto los quejidos, se acercó al cubo de desperdicios del bar, el autoservicio cómo lo llamaba él, donde recogió comida para unos tres días; "Debo ser el primero desde que atacaron al pobre Marcelo. Qué bestias, lo dejaron medio muerto; tuvo suerte en lo que cabe, dicen que últimamente los queman empapándolos de gasolina y lanzando paquetes de cerillas encendidas, a ver quién logra prender el fuego. No hay temor de Dios".

Contento con los víveres, antes de salir del callejón, se apiadó del gato. "Soy un blando, lo que me pase es poco", rebuscó en la basura hasta que sus dedos toparon con el cuerpito blando de Marta. "Te tengo"; le costó reconocer lo que veía, no terminaba de enfocar el minino que creía haber rescatado. Casi se le cae al suelo del susto cuando comprendió que era un bebé humano.

"Y ahora, ¿qué hago?", se la acercó para ver si respiraba; no despejó la incógnita. Sudando a mares llamó a la puerta, vetada para él, de "La Miguela, comidas caseras". "Cuántas veces te hemos dicho que..."; Faustino interrumpió al camarero, que a su vez era hijo de la dueña. "No, no, no es eso", incapaz de contar lo ocurrido le mostró a Marta que se iba poniendo azul del frío. "Por Dios santo. ¡Madre!, ¡venga usted enseguida!", el joven recogió a la miniatura de persona arropándola con el trapo, aún limpio, con el que aseaba las mesas. "¿Qué quieres?, ¿a qué tanto escándalo?"; Miguela, que se levantó con el pie izquierdo esa mañana, refunfuñaba mientras se acercaba al hijo. "Cómo sea una tontería y se me queme el puré, te vas a enterar, te lo advierto". Cuando entendió la situación, mandó por una toalla, "la blanca del fondo que está sin estrenar", vendas, desinfectante, leche condensada, una cuchara bien limpia y agua tibia. "Deprisa por lo que más quieras. Y apaga el fuego"; recordó de milagro. "Tú, siéntate y cuenta qué ha pasado". La paciencia de la mujer entró en juego mientras Faustino se atascaba con las palabras, la gramática elemental y el orden temporal de lo sucedido.

Medio entendido el relato, con la niña lavada, calentita en la toalla, el ombligo desinfectado y vendado, se dio a la labor de alimentarla; le acercaba a la boca diminuta la cuchara repleta de leche, los ojos iluminados por la ternura

acompañaban el murmullo suave con que hablaba a Marta. “Hale, preciosa, toma, come, lindura, ya pasó, ya pasó”; Faustino las miraba como hipnotizado; “¿Está viva, señora doña Miguela?”; “Sí, hombre, sí. ¿no lo ves?”; efectivamente, las cucharadas de leche desaparecían una tras otra.

El hijo preguntó tímidamente, si no deberían dar parte a la policía o un hospital; “o a alguien, ¿no cree usted?, es un delito esto, ¿no?” La mirada de ternura de esa mujer acostumbrada a salir sola de los atolladeros vitales, pasó de la criatura a Miguel, endureciéndosela un tanto mientras le contestaba “que no, que a esta pequeña no le hago yo esa faena; aquí el amigo Faustino la ha rescatado de la muerte, no seré yo quien la meta en una espiral burocrática inútil, indiferente y sin entrañas que se la trague. ¡No, señor!, esta niña se ha salvado para algo mejor”. El joven quiso añadir más, pero un “y fin de la discusión”, le atragantó lo que fuese que iba a comentar. Conocía a su madre. “Tú: ¿estás de acuerdo?”; el mendigo, que tras haberse limpiado la mano con desinfectante, acariciaba a su rescatada con delicadeza por miedo a romperla, asintió sin palabras. “Pues no hay más que hablar”.

AHORA

Lo que salvó a Marta Anunciación, más que el alimento, el calor de la toalla o los cuidados higiénicos, fue el cariño, las palabras, la aceptación de que la querían viva, con ellos.

A Faustino, el tiro solo le traspasó el hombro; murió porque se le infectó la herida.

El caos continúa. Mi noción del tiempo me incapacita para medirlo, diría que han pasado horas, probablemente solo hayan sido minutos. Sigo.

LO QUE FUI

Faustino me imponía mucho, su colectivo me asustaba tanto como el de personas con discapacidades graves. Recuerdo lo mal que lo pasé yendo de la mano de Roberta Eugenia, mi tía abuela, que venía a visitarnos unas semanas al año; en esos días no paraba de recorrer la ciudad, “Anda, mozo, acompáñame”, me encantaba ir con ella; sus puntos de vista eran originales, nacidos de una curiosidad que sobrevivió intacta a los años, profundizaba en las cosas sin eludir mis preguntas, aunque muchas de sus respuestas me eran incomprensibles, las notaba grabándose en mi memoria a la espera, adelantadas al tiempo, para cuando las necesitase entender.

A lo que iba.

En la plaza, normalmente al atardecer, sacaban a la fresca, vigilándolo desde un banco, a un chico en silla de ruedas, incapaz de mantener su cuerpo derecho, de brazos delgadísimos con unas manos inútiles retorcidas, las piernas siempre

tapadas por una manta de un azul desvaído, no estaban en mejores condiciones. Lo que más me impresionaba eran unos gritos inhumanos que emitía a destiempo; su habla me aterraba, se le caía la voz por una boca que no cesaba de babear, habiéndole creado una herida perpetua por la humedad en la barbilla; su babero, incompetente, lo cambiaban con frecuencia. Sería unos pocos años mayor que yo, aunque es difícil asegurarlo.

Solía evitar la plaza por si estaba él. Esa tarde mi tía decidió acortar la distancia al centro cruzándola, consciente de que mis intentos disuasorios eran vanos con ella, me los guardé. Callado, caminaba tenso, mirando de reojo donde acostumbraban a sentarlo; ni rastro: qué alivio.

A la vuelta pasamos por la plazoleta de nuevo, bajé la guardia; no eran horas. Me equivoqué, ahí estaba gritando incoherencias. Hice amago de alejarme cuando Roberta estiró de mí hasta, horror, acercarse al chico. Sudaba, una respiración agitada me mareó y mis ojos debían expresar el pánico que sentía, porque mi tía soltó mi mano para acercarse sola. Empezó a hablarle con suavidad y cariño, le acariciaba el bracito enclenque, la mano retorcida, acomodaba el babero, la manta. Paralizado como estaba, casi me desmayo cuando escuché decirle "este es mi sobrino nieto, vive por aquí, seguro que os conocéis". El chaval me miró directamente emitiendo esos chillidos atroces, contorsionándose de un modo imposible; "Mira qué contento se ha puesto, anda, ven, dile algo". No pude. Ella no insistió. Conversó un rato más hasta que se despidió de la madre con unas palabras amables y de él con un beso. Ese gesto de cariño me quemó. El terror vino a mezclarse con una vergüenza, una desazón cobarde; no estuve a la altura.

Caminamos en silencio mientras esperaba unos reproches que jamás llegaron. Ya acostado, vino a desearme las buenas noches, acariciándome con la misma ternura que desplegó con el niño de la silla de ruedas. Sin decir que éramos iguales, me lo transmitió. Lo comprendí muchos años más tarde.

AHORA

El desorden de luces y ruidos estridentes no cesa, igual avisan a mi madre que vendrá, de nuevo, preparada para lo peor. "Hijo, aún no, no te vayas así". He comprobado cómo los ánimos que le da el personal se han ido entibiando a cada ocasión; el alivio sería general si me fuese en esta crisis, pero es que no quiero irme todavía, hay mucho que contar; no he arañado ni la superficie de lo que sucedió.

Elena.

Mis compañeros de muerte.

Quienes me visitan.

La vida que tuve, la que creí tener, la que tengo.

No me iré aún; con un segundo eterno que se me permita, servirá.

9 DE MARZO

Los periódicos publicaron el suceso, no era para menos; a la gente le encanta que se la informe de estos siniestros, y los periodistas la gozan dando carnaza, no es que los seres humanos seamos insensibles, no del todo, es que cualquier circunstancia extrema nos agita mostrándonos que la vida es finita. Esa evidencia última es la que nos conmueve, esa y lo que venga a romper la monotonía de los días, siempre grises.

Las interpretaciones de lo que sucedió, repetidas como ecos desmemoriados, no referían exactamente lo ocurrido, unas noticias se aproximaban más que otras y todas tenían en común que "el ocho de marzo, un sujeto mató a balazos a un número de personas e hirió a otras tantas".

Esa encarnación del mal es lo que nos aterra: todos somos vulnerables, cada uno es susceptibles de ser víctima, o peor: verdugo. La cultura japonesa tiene a los torimas, transeúntes diabólicos, para explicar esa irracionalidad moral. Aquí, alejados de su mundo de espíritus, nos negamos a catalogar el Mal como una posibilidad irreal, eximiéndole de responsabilidad, entrando de lleno en la eterna lucha del bien contra el mal, soslayando que hay quien vive justo en la frontera. No sabemos nada. Nadie.

Yo sé algo más.

Es lo que quiero contar, lo que escribo.

8 DE MARZO

María del Rosario se despertó convencida de que a la noche se dormiría, lo que es por otro lado, la lógica a la que nos aferramos todos.

Seguro que a pesar de la confusión de Eulalia, la mujer no pensó que al salir de su pensión sin pensionistas jamás regresaría.

Lo mismo se puede asumir de Federico, Evaristo, Milagros, Leopoldo, Patrocinio, Faustino..., y de mí mismo, aunque lo mío es distinto.

Vivimos inconscientes en la cuerda floja hasta que se rompe. Una vez deshilachada, para evitar el vértigo de subirnos de nuevo, reestructuramos los hechos para convencernos de que sigue siendo seguro caminar en equilibrio: hablamos, comentamos, opinamos, buscamos culpables, exigimos castigos, hervimos en palabras que lentamente nos regresan al olvido.

Esa mañana empezó como lo hacen las mañanas, somnolientas, determinadas, gruñonas, ilusionadas. María del Rosario, que la habría gozado yendo de allá para acá, preguntando qué sucedió, quiénes murieron, cómo fue, tuvo la desgracia de morir la primera, evitando vivir una de las noticias más relevantes de esa localidad donde no solía suceder demasiado. Qué trágica paradoja ser ella la noticia que no pudo indagar.

En realidad, ninguno de los que fueron abatidos ese ocho de marzo entendieron que morían; la alarma recorrió el pueblo al cesar los tiros. La gente se refugió cuando ya era inútil; el reguero de desinformación y terror se expandía, las telefonistas no habrían dado abasto si hubieran existido; imagino el caos de cables, los timbres insistentes simultáneos, el pasar de una línea a otra, de comunicarse, a pesar de la prohibición de hablar ellas desde la centralita, con la familia, el novio, los hijos, asustadas a medida que van conociendo la noticia que les llega en fragmentos entrecortados a través de las voces metálicas de los aparatos. "Diego, que no salga el niño"; "No sé qué está sucediendo, pero que mamá no vaya al mercado"..., la preocupación doméstica impide trascender los grandes dramas, sobre todo al principio, cuando el horror es confuso solo nos preocupamos por lo cotidiano: qué lástima perder esas entradas de cine ya compradas. La rabia contenida por el fracaso de la tarde es lo único que nos importa: con lo que se lo pensó para invitarme, menudo gasto inútil de tiempo y dinero, es lo que nos decimos mirándonos al espejo el pelo laboriosamente rizado, la falda planchada, la esperanza de esa primera cita anulada por unas lluvias insistentes que desbordarán el río inundándolo todo, o de un bombardeo o un incendio.

Así somos, nos cuesta tener perspectiva; nuestro mundo, abarrotado de pequeños egoísmos, nos impide ver más allá de una rutina algo mezquina, la verdad.

Pero ya no hay telefonistas. Igual María del Rosario habría sido una de ellas, de las rurales que tenían la centralita en casa para dar mejor servicio.

AHORA

El caos colectivo es aterrador, aunque si te distancias, tiene hasta su gracia observar cómo las personas aturdidas extravían el ritmo, el norte, la capacidad de pensar; dispersándose actúan sin sentido alterándolo todo con sus gritos, dando y recibiendo órdenes contradictorias, descompasadas, imitando a quienes van tan perdidos como ellas. Es digno de ver si no eres parte de la desbandada, de lo contrario, ese torbellino humano irracional es lo más pavoroso que existe.

Uno de mis recuerdos prestados es el de un niño perdido, atrapado en esa confusión humana. Sé que no es mío porque la única vez que me extravié fue en un mercadillo; me solté, aburrido, de la mano de la sirvienta para echar un vistazo a unos juguetes brillantes dos puestos más allá. Ella quedó regateando el precio de la fruta. No pudo transcurrir mucho, pero quién sabe, admirar maravillas lleva su tiempo: esas peonzas rojas, las canicas rellenas de luces, los caballitos de madera. Quién sabe. El asunto fue que cuando regresé al punto inicial, ya no estaba. Un ligero sobresalto fue el principio de lo que sería un miedo cerval al comprobar, puesto por puesto, que me había olvidado, que Eleonora se marchó sin mí. No sabía volver; demasiado chico. Ese instante sí duró años, me di de lleno a esa angustia del niño abandonado a su suerte que jamás volverá a su cama, ni a sus

juguetes ni a sus padres. Recordaba la hora de antes cuando estaba a salvo, tan alejada de mi ahora, donde confuso por la inmediatez del momento, me sentía incapaz de romper la barrera de ese segundo absoluto fijado para siempre en ese desamparo. Por eso el miedo infantil es atroz; se atasca en el presente.

Pero la criada me encontró agarrándome con fuerza la mano para no soltarla en lo que duró el trayecto a casa, más asustada y blanca que yo mismo, recomendándome con insistencia que no comentara nada de eso al llegar, "que para qué alarmar a sus padres, pobres, ¿verdad?, no ha pasado nada, al fin y al cabo, ¿a qué no?" Algo percibí en esas urgencias de silencio porque pasé sin transición, de la angustia, al chantaje más rastrero cuando le dije; "vale, Eleonorcita", para a los cinco pasos siguientes, cerca de la panadería, añadir; "¿te sobró dinero de la compra?", la mujer no era tonta; "Ya sabe que su madre no le permite comer dulces antes de comer", estiré de la cuerda; "Sí, mamá se preocupa mucho por mí, no le gusta que me pase nada malo". Silencio durante tres pasos. "Vale, pero tampoco diga esto en casa, señorito. Y solo un bollo"; "pero de crema". Uno ha de saber cuándo parar, aunque sea apurando.

Así que el recuerdo de esa estampida humana de la que me refugié, no es mío seguro.

Ese niño que no era yo, debió ser niña, porque su falda fue la causa de todo. Iba con sus padres a casa de los abuelos en esa rutina semanal, donde al llegar, les esperaban besos, dulces, preguntas y la posibilidad de enredar en el desván cuando se olvidaran de ella; el olor a café le indicaba que pronto sacarían las conversaciones tediosas y podría alejarse del salón para entrar en ese trastero del que la sacaban riñéndola, desempolvándola traje y pelo, "Ya me dirás qué tiene de interesante ese cuartucho; te puedes dañar con tanto trasto; no te tenemos dicho que ahí no entres", la regañina no duraba mucho: aguantar el sermón y algún manotazo que se escapaba mientras le alisaban la falda, era un precio que pagaba con gusto por esa hora mágica donde revolvía el tiempo entre cachivaches que la trasportaban a mundos imposibles: pelucas, trajes del siglo pasado, zapatos extraños, mueblecitos de caoba que componían salones, cocinas y hasta cuartos de baño en miniatura, cajas llenas de tesoros esperándola. Una reprimenda era un buen pago.

Pero esa tarde algo le trabó la falda y se rasgó, justo la nueva, la que la madre vio con malos ojos que se pusiera hoy porque la reservaba para un día de fiesta. El corazón se le paró. El desgarrón, por mucho que intentó disimularlo, era evidente. "Hoy sí que me cae una gorda", salió del desván, se acercó a donde hablaban los mayores después de asearse y colocar la mano como estratégicamente le dictó el espejo del baño para esconder el desastre. "Si no la aparto de aquí, no se nota", lo que haría cuando tuviera que quitarse el traje, ya se vería; lo mejor, hacerse la asombrada, negar culpas, y con suerte, que la madre no lo detectase hoy, entonces podrán haber sido hasta las ratas. Con todos los sentidos puestos en esconder el estropicio, se le espesó el tiempo y le trastocó la percepción de las cosas; se sentía amenazada con cada gesto, mirada, movimiento de esos adultos, que por

momentos, dejaban de ser padres y abuelos para convertirse en sus acusadores, jueces y verdugos. No se atrevía ni a respirar, convencida de que conocían perfectamente su delito, que jugaban con ella como gatos con un ratón para atraparla, las frases le sonaban falsas, las risas forzadas, los pastelillos amargos. Pero perseveraba en su disimulo, porque era lo único de lo que se veía capaz mientras esperaba los gritos y castigo por el descuido culpable.

Terminó la visita, salieron a la calle, donde agarrotada, atrapada en su miedo, incapaz de atender a nada más, no supo reaccionar como debía cuando el ambiente se enrareció al escucharse detonaciones y gritos de gente corriendo al huir de lo que se aproximaba, dando ejemplo al resto, para alejarse del peligro que venía.

No sabría decir qué desajuste entre humanos vivió esta niña, solo que, por no levantar la mano de la falda, corrió menos de lo que habría debido, perdió a sus padres de vista, y asustada, optó por esconderse donde le pareció más seguro en esos momentos.

AHORA

Advierto, sin sentir, que algo le sucede a mi cuerpo, como si lo agitasen y cayera desde muy alto. Una fuerza extrañísima me recorre alborotando cada célula, tensando cada músculo. No lo siento, pero lo percibo. Ya cesó. De nuevo me atraviesa. Mantendré escondida a la niña; necesito enterarme de qué me están haciendo. Pobrecilla, esperó a que la encontrasen en vano, y yo repito su angustia, abandonándola en el mismo punto.

Otra vez esa fuerza que me parte por la mitad.

Con este desorden me es complicado atender el caos. Intuyo que están aplicando electricidad al corazón. No lo escucho, paró de latir. Debería asustarme. O no. El tiempo continúa perteneciéndome, desde este estado neutro transcurre a mi gusto: Lo domino.

Les dejaré mi cuerpo aquí; mi mente me la llevo conmigo.

Esperó encogida en su escondite con la mano sudada aferrada a la falda, hasta que cesó el desorden y un ratito más. “Mis padres estarán asustados buscándome”, preocuparse por ellos evitaba su propio miedo. “Seguro que pronto me encuentran”.

Mi angustia, cuando me perdí de la criada, duró la eternidad de un cuarto de hora. La del recuerdo prestado aún perdura. Vive muerta en ese almacén, tan estrecho como un armario, en el que se metió antes de que su entrada desapareciera bloqueada por escombros de todo tipo debidos a una explosión: imposible salir o entrar.

La encontrarán a los meses, acurrucada, pero ella lo ignora, todavía espera que vengan mientras intenta salir, encontrar comida y bebida entre los bultos almacenados, que algo hubo pero no duró lo suficiente. Ahora no siente hambre ni

sed, solo la angustia prestada de esos padres que la buscan mezclada con la ignorancia sobre lo que sucede afuera. Intentó romper la puerta, hizo una mella por la que, en vez de luz, entró arena. La golpeó con gritos de auxilio hasta cansarse. "Ya me encontrarán, seguro".

Intento intercambiar mi recuerdo de niño cuando siento el suyo más fuerte; quiero creer que si yo rememoro su encierro, ella ha de recordar mi alivio. He de pensar que la puerta abierta sirve para ambos lados, deseo que mi niña muerta viva ese reencuentro que no tuvo, pero yo sí.

Qué frágil es el destino; ese mapa de variaciones aleatorias que nos atrapa porque sí. O quizá tenga una razón.

AHORA

Cesó esa tensión en mí, el ajetreo humano, la urgencia impuesta por las máquinas. Mi corazón debe estar acompasado de nuevo. Late. Debo haber superado la crisis: vivo. O puede que, como la niña, ignore que ya no soy y mis recuerdos sean prestados, abierto a otros que deseen entrar a pasearse por mi conciencia inconsciente.

Hay alguien. Elena; si que debo haber estado cerca de irme del todo, se habrá acercado con la esperanza de oírme contar lo que intuye.

Mi madre estará cerca. Son las únicas a las que avisan en las crisis. Supongo que mamá estará deshaciéndose de la angustia del momento, dando unas gracias inútiles por prolongarse este simulacro; "hijo, me da igual cómo estés, porque estás"; coge mi mano, me abraza, retoca nerviosa las sábanas, la almohada, habla para los dos de recuerdos que no recuerdo: su enfoque de mi infancia es opuesto al mío; ese niño que adorna con vivencias amables no soy yo. Nunca me sentí muy unido a nadie, ni a ella, que pasé de adorarla a distancia, a la indiferencia, abrumado por esa lejanía en la que me tuvo, preocupada por todo, menos por nosotros. Quién la oiga la confundirá con una madre atenta: la que necesita ser ahora. Mi hermana le echa en cara sus celos, la realidad de lo que fuimos como familia y me mira con lo más parecido al odio que sabe.

Prefiero a la Elena, ajena a mi vida hasta ese ocho de marzo, donde empezó a viajar por mi pasado para conocer cada rincón de mi memoria. Lo que desconoce es que, al entrar en mí, me permitió la entrada en ella.

ELENA

La pared de su salón es una réplica exacta del mural de la oficina: un mapa confuso de líneas que unen fotografías, palabras, interrogantes, nombres, teorías con los protagonistas del ocho de marzo. Los mismos datos que guarda encima de su mesa, libres de chinchetas, para desplazarlos por el suelo a su gusto. Así, a cada

nueva idea, dispone de las piezas hasta estar segura de que la lógica aguanta lo expuesto. Parece una obra de arte caótica.

Busca encajar las vidas de todos los muertos rechazando lo que los demás asumen como única verdad; "Los mataron al azar". Algo en todo ese callejero de biografías le indica que no hubo casualidad en las muertes, que fue premeditado. "A los asesinos espontáneos se les coge enseguida; o se suicidan, o se les mata con el arma en la mano mientras gritan sus motivos, normalmente ininteligibles y siempre injustificables". Da vueltas y más vueltas a los datos donde, por mucho que los revuelva, sigue faltando ese alienado solitario que, llevado al límite, estalla matando.

Suspira. Vuelta a empezar. "Seré esas vidas; siendo quienes fueron encontraré a quién les precipitó a la muerte".

AHORA

Me gusta darle una profundidad a Elena que seguramente no tiene. Resolver casos policiales es más bucear en datos irrelevantes hasta unir los puntos precisos, que intuición o personalidades brillantes. Necesito que destaque del montón de eficientes inspectores sin imaginación. Quiero una mujer interesante, original. No me resigno a menos. Es mi privilegio. Me niego a admitir que me disparó una mediocre.

Soy el autor de mi crónica; tengo todo el derecho a crearla a mi gusto. Esta segunda vida es mía. Y quedará perfecta.

LO QUE FUI

De niño todo te fascina; confundes el mundo con tu mundo, y los descubrimientos que te van saliendo al paso te asombran con una exclusividad que no admite competencias. Lo que antes te atraía se abandona sin remordimientos por la novedad. "Mira, te va a gustar", el adulto, ignorante de que los aviones no tienen ya nada de especial al lado de los submarinos, se desconcierta cuando comprueba el escaso interés por lo que compró con tanta ilusión. La edad no inmuniza y la infancia es cruel.

Yo era así, entusiasta efímero, pero mi amigo Hermelando no. Él era constante, cuidadoso, ordenado, fiel. Me gustaba porque no le comprendía. Ir a su casa me apasionaba; ahí su madre, una mujer sencilla, algo encorvada como disculpándose por su altura, siempre me daba de merendar pan con aceite y sal. En casa me lo negaban cuando lo pedía; "Quita, quita, que luego las manchas de grasa son imposibles de limpiar", algo de razón tenían porque era muy difícil no pringarse de ese sabor recio, tosco, como a campo.

En su cuarto había una mesa donde trabajaba en pequeñas maquetas con lo que había ido recogiendo y acumulando hasta que le pedían que lo tirase. Entonces los

agrupaba pegándolos sobre una cartulina creando, lo que llamaba, una escena; tenía bastantes, algunas, las más resultonas. Se las permitían tener en las estanterías "pero a condición de que tú las limpies, ¿eh?". Yo no comprendía esa lógica: si se le quejaban por exceso de trastos, mejor estarían en cajas que ahí expuestos; era un absurdo divertido.

Había escenas de selvas, playas, desiertos, algunas estaban muy bien. "Me gusta imaginar con cosas cómo son esos lugares de verdad". Crear mundos fue su vida. Creció para su habilidad: trabajó en el teatro, donde se lo disputaron por sus montajes en escena, pero insatisfecho, buscó algo más que representaciones fugaces. El cine no le terminó de convencer, las prisas y exigencias contradictorias le mareaban. Su capacidad de recrear universos, la necesidad de rodearse de la vida que él animaba, parecía chocar contra una realidad hostil, incapaz de ofrecerle cómo reproducirla. Hasta que un amigo le consiguió una entrevista con los militares.

–Entonces, ¿tengo carta blanca?

–La tiene: ha de recrear la vida entera de un pueblo, con sus casas, calles, habitantes, mascotas, enseres, en resumen, todo lo que hace a una ciudad ser una ciudad.

–¿De cuánto tiempo dispongo?

–¿Cuánto necesita?

Hermelando cerró los ojos para pasearse por la realidad de ese pueblo falso. Lo ideó hasta el último detalle antes de contestar; "Toda mi vida, general"; "Y eso, ¿será mucho?"; el artista cambió el enfoque, "Para cuándo lo querría?"; "Lo antes posible"; "Así será". Así fue. Se dieron la mano satisfechos.

Al día siguiente, en un terreno adquirido por el ejército, mi amigo empezó a construir sobre las ruinas de lo que fue una aldea, ahora desalojada, la obra de su vida. No hubo detalle que no tuviera en cuenta, el pueblo fantasma se animó con su genio; los maniquíes lo habitaron con la naturalidad de cualquier colono tenaz y orgulloso de su nueva tierra, a cada uno le eligió una profesión útil, aunque algunos quedaron atrapados en la inactividad: dos mendigos y un borracho iban por las calles sin rumbo, esperado que él los desplazara cada día. Las casas disponían de lo que han de disponer, incluidas telarañas si el ama de casa no era competente. Era un gran escenario donde los muñecos vivían; los movía siguiendo sus historias, unas que les imaginaba mientras los creaba.

Logró lo que le encargaron, vidas congeladas con toda la viveza de la realidad. Nunca quiso preguntar para qué se lo pidieron; sabía de las pruebas donde se comprobaban cómo afectaría a una población ser el epicentro de una bomba nuclear; cotejaban quiénes, y en qué medida, resistieron mejor los ataques. Él colocaba a sus favoritos en lugares que creía más seguros: cerca de una nevera, bajo una mesa, tras un coche, en un sótano.

El general que le contrató se acercaba con frecuencia a comprobar los progresos que siempre encontraba satisfactorios. "Muy bien, hombre, muy bien", preguntaba por las novedades; "Entonces, ¿la maestra se casa o no?", el otro día

conversaba muy a gusto con el joven moreno", el artista sonreía guardando el secreto; "Ya lo verá, mi general".

Al despedirse era evidente la lucha que mantenía el alto mando por decirle algo, ganándola el silencio. "Pues hasta otro día, maestro"; "Hasta cuando guste, mi general". Los dos se despedían bajo la amenaza de esa explosión sin fecha que daría sentido al pueblo, real en su inexistencia, que enfocaba con su sombra el fin de todo.

Cuando sucedió y se cubrió la noticia, como pasa, no se comentó lo importante; solo lo que ocurrió. El general, tras esperar el tiempo necesario para que fuese seguro acercarse a la zona devastada, fue a comprobar cómo actuó esa agresión nuclear sobre la villa inanimada.

Aun mentalizado de lo que iba a presenciar, un escalofrío acompañó lo que veía: No había ni rastro de la mayoría de los ciudadanos, volatilizados sin más. Lentamente recorrió las calles; comprobó qué objetos quedaron inmunes, qué zonas más enteras. Paseaba en duelo asomándose a los restos de lo que imaginaron él y el artista. "Espero que Hermelando no tenga que ver esto", siguió andando un rato entre la desolación, hasta que cayó en la cuenta de que, desde la explosión, no le había visto. Se alarmó; "no habrá sido capaz", quiso tranquilizarse, "claro que no, además, nunca le dije nada. Cuando le mandaron salir, cómo iba a desobedecer la orden". Volvió a preocuparse; "no era tonto: lo sabía", trató de calmarse; "no se habrá quedado aquí, ¡qué va!.., ¿o sí?". Intentó meterse en la piel de su amigo, verlo con sus ojos, concluyó que, de ser él, habría preferido estar junto a ellos, a abandonarlos a su suerte. Dudó, quizá esa premisa fuese más de militar que otra cosa. "No, es la misma para los dos: ninguno habríamos huido dejándolos solos ante el peligro, son nuestra responsabilidad".

Informó a sus superiores con un detallismo exhaustivo incluso para él, hombre metódico, como si deseara que el experimento marcara la diferencia, fuese un antes y un después: sirviera para algo. Cuando lo finalizó, pidió la jubilación anticipada.

Nunca llegó, o quiso concretar, a ninguna conclusión con respecto al atrezzista.

El hecho es que jamás se vio a Hermelando de nuevo.

QUIEN FUI

Desde siempre supe quién era, qué quería; no es fácil ser ni querer, luchar contra uno.

Mi curiosidad me salvó de ese tedio gris, pastoso, que impregna los días, las horas, los años. Me gustaba vivir en otros. Ahora los revivo una y otra vez, atrapado en historias ajenas, como si me hubiese ido sin irme y regresase de donde no me fui.

Sin saber bien por qué, acabo de recordar lo que me impresionó ver una botella con un barco en su interior; me pasé días ante el escaparate que lo exhibía; una tienda especializada en vender objetos innecesarios, y por lo tanto, caros. Me

llevaba la imagen del barco imposible el día entero, ideando cómo habría encallado ahí. Cuando supe la sencillez de su lógica, me decepcioné lo mismo que me admiré; todo depende del enfoque. Ahora no sé si soy botella o barco; si me contengo a mí mismo o si me contienen.

Puede que lo haya recordado por la visita de Patricia Flores, mujer obsesionada con las causas perdidas, las que sean; se abalanza a defenderlas con una dedicación absoluta y una fuerza igual a la que utiliza para olvidarlas, relegarlas por la siguiente sin importarle las contradicciones: la puedes ver empuñando pancartas contra la eutanasia, que el mes siguiente, te la encuentras exigiendo dignidad para morir a los pacientes terminales. Creo que es el caso de su visita hoy; hace tiempo vino por lo contrario. Me cuenta, con entusiasmo renovado, los puntos de vista de sus reivindicaciones. Se suele hacer un lío confundiendo términos, mezclando premisas de unas y otras; es divertido, supongo que me lo dice para practicar, para escuchar de ella lo que oye de sus líderes, puede que le gustase ser uno de ellos, estar ahí, en la tarima, arengando a la gente, sintiéndola vibrar con sus palabras, emocionarse emocionando a su público, crear historia, trascender. Pobre, su discurso es insípido, tartamudo, equivocado, pero tan tenaz, que procuro escucharla sin irme. O si lo hago, me quedo cerca, en su mente, leyendo lo que entreveo que es.

Patricia debió ser una niña profundamente decepcionada con la vida que le tocó: cualquier existencia era mejor que la suya. Se comparaba con los que iba conociendo, despreciaba lo propio para asombrarse de lo ajeno, sin encontrar nada en ella de lo admirado. Llegó incluso a sentir envidia de sí misma, de quien fue; una foto antigua que la resaltaba del resto, unas palabras escondidas en ese papel medio roto en el fondo de un cajón, le mostraban a ella como alguien con empuje, interesante; "Ya no soy así", ignoraba, por conveniencia, que en esa imagen, en el texto, se sentía igual de mal: víctima de ser víctima, encerrada en esa cómoda zona de la inacción, pasaba la vida despreciándola.

La casualidad, o no, la acercó a un mitin apartado, callejero, de pocos asistentes. Se paró a escucharlo justo cuando pedían voluntarios. Dio su nombre y dirección porque uno de los presentes, que encontró interesante, los dio; solía imitar a todo aquel que le llamara la atención, por si el mimetismo ayudaba a ser lo que no era. Al rato, la reunión ya de por sí desangelada, se deshizo por completo. Se marchó, olvidando el asunto.

Al día siguiente sonó el teléfono; animada por la interrupción del tedio, lo cogió. "¿Diga?"; "Es usted doña Patricia?"; "La misma, ¿qué quiere?"; "Ayer en la asamblea nos pasó sus datos para que la informáramos mejor sobre lo que hacemos, ¿puede acercarse a nuestra sede esta tarde?, o si lo prefiere, un compañero nuestro, acreditado, se pasaría por su casa cuando nos dijese"; "Iré yo, deme la dirección, por favor". A las cinco en punto, como acordaron, estaba delante de la puerta, algo cochambrosa, de un segundo piso sin ascensor, dispuesta a ser parte de un grupo que le aportaría lo necesario para evitarse ser ella misma.

Acertó. Ahí recogió ideas ajenas, citas convenidas, encuentros señalados, lo necesario para justificarse. No recuerda bien qué fue lo que defendió esa primera vez, pero nunca olvidará que al ser parte de un todo, abandonó esa envidia triste, esa responsabilidad de ser único: ahora era una igual entre muchos iguales.

Las causas las cambiaba cuando las notaba gastadas, moribundas, la gente se despedía, las críticas ahogaban esos logros mínimos que antes les animaban: una reseña en un periódico gratuito, un estudiante de periodismo interesado en una entrevista. Con el tiempo aprendió a distinguir las más llamativas y mediáticas, su puesto se acercaba más y más a los organizadores, aunque sin llegar a ser parte de ellos, su insistencia era su aliada. Y su enemiga. "¿Ya te ha llamado la Patri?"; "Sí, qué pesada, dale la coordinación de los nuevos, anda, y que se calle". Leía libros biográficos de poca monta sobre grandes líderes, sin entender nada ni retener lo importante, se asombraba de las anécdotas de sus vidas, normalmente falsas, ya que los volúmenes donde los encontraba solían ser poco exactos, más bien compendios de rumores sin avalar. Jamás se cuestionó que un libro pudiese ser mentira: si estaba impreso, era cierto. Los panfletos eran ley para ella.

El trapero del barrio, Mauricio, le llevaba a casa libros al peso, Patricia los compraba encantada; "Fíjate, con el precio de lo que vale medio libro nuevo, me compro yo dos kilos". Con esos argumentos, nadie la tomaba demasiado en serio. Era una lectora voraz, pero se le indigestaban todas las palabras, la memoria no retenía nada, enredaba vidas, inventaba el resto, lo que le era indiferente: rodeada de esos libros caducos se sentía sabia, cercana al ideal cosido con retazos de realidades, una mezcolanza patética, un disfraz que no engañaba a nadie, quizá ni a ella.

Y aquí la tengo, ensayando en mí los argumentos aprendidos precariamente que, a veces junta con los opuestos, invitándome a morir con honor. Ahora se ha callado. Me mira. Creo que me ve. Está llorando. "¿Cómo puedes vivir así, sin vivir?, ¿quién eres?, ¿qué eres?, ¿cómo saber qué deseas: si morir del todo o seguir muriendo en esta vida artificial?". Menos mal que no puedo contestarle, porque no lo sé.

Solo alcanzo a recordar.

LO QUE FUI

No solía juntarme con niñas, las sentía muy lejanas; las amigas de mi hermana, y ella misma, me aturdían cuando estaban juntas: hablaban a la vez, reían chillando, se enfadaban y desenfadaban a una velocidad pasmosa. Sus gritos y parloteos incomprensibles me alejaban.

Una tarde de merienda mi madre me obligó a estar con ellas, no recuerdo la razón, pero sí que me vistió como si fuese domingo, y ahí me metió entre todas. Cuando entré, se callaron sopesándome. Al ratito, hicieron corro cuchicheando, mirándome a ráfagas. Intuí que la tarde sería larga, busqué con qué pasarla; la

merienda aún no había llegado, los muñecos arrinconados me observaban igual que sus dueñas; con los ojos bien abiertos y en silencio. Suspiré, me encogí de hombros y me atrincheré en mi imaginación de donde me sacaron bruscamente; absorto en mis pensamientos, no fui consciente de que me habían rodeado: tenían un plan para mí. La tarde iba a ser peor de lo que supuse. "A ver, vamos a jugar a papás y a mamás, ¿vale?", tu hermana ha dicho que nunca juegas a eso con ella, pero hoy sí lo harás, porque hoy vas a jugar con nosotras".

Esa argumentación tan escandalosamente absurda, me pilló desprevenido; no encontraba réplica alguna a semejante estupidez lógica, con lo que me vi emparentado con Maribela, y padre de cinco muñecos en un instante. "Tú ahora te vas al trabajo, que es en ese sofá de enfrente; cuando sea la hora, vienes a cenar. Hale, a la oficina, querido: nos vemos a la noche, y te traes los paquetes que encargué en la mantequería: no te olvides". "Le has de dar un beso de despedida"; añadió una niña. "Cierto"; no me dio tiempo a retirarme; me dejó un calor pegajoso en la mejilla que no se me iba con nada. "Que te vaya bien el día, querido". El día me fue de pesadilla, arrinconado en el sofá, no me permitían acercarme a donde jugaban con esos muñecos a los que vestían, desvestían, daban de comer comida de mentiras y paseaban por una alfombra convertida en parque. Aburridísimo, intenté entender sus confidencias, pero fue peor: "Pues si quieres, tengo un lazo igual, te lo presto"; "Ayer Carlota me dijo que su primo vendría pronto"; "¿El soso o el guapo?"; "No sé, no pregunté más"; "Ay, qué tonta, ahora no sabré qué decir si me invita a su casa"; "Yo iré por si acaso".

En medio de aquel delirio se abrió la puerta; la merienda pensé, pero no, era otra niña. "Anda, pasa, preciosa". La sirvienta la empujó algo para que entrase, era evidente que no quería. Tenía agarrado un muñeco de trapo, al que apretó con más fuerza cuando sintió que la puerta se cerraba junto con un portaos bien con ella, su mamá ha venido a hablar con la señora, jugad todas.

Ya dentro, las demás la miraron de arriba a abajo, la pobre no sabía dónde meterse. Un silencio inundó el parque que volvió a ser alfombra. "Pasa, siéntate"; mi hermana, anfitriona, al fin y al cabo, intervino. "Estamos jugando a papás y a mamás, ¿ves? Ese de ahí es el marido, está trabajando, luego vendrá y cenaremos con los niños, tú también tienes uno". Señaló al pobre trapo que abrazaba con fuerza; la chica miraba a las muñecas de porcelana, vestidas con sus ropas de lujo. Hasta yo notaba su vergüenza. Las burlas de las demás fueron terribles, no por lo evidente, sino por lo sutiles. Se dedicaron a humillar a esa madre del niño de trapo con una destreza digna de las arpías más odiosas. Creo que jamás asistí a una escena tan degradante como esa. La rodearon, cada una comentaba, como quien no quería la cosa, la ropa de la chiquilla, incidiendo en si estaba más rota, gastada, anticuada, o fea que las suyas. Con el peinado la hundieron, los zapatos no aguantaron las embestidas, pero lo peor se lo llevó su muñequito; era evidente que se lo habían confeccionado en casa: las trenzas de lana, los ojos de botón, la boca marcada con hilo rojo, el traje no se podía cambiar, los zapatos pintados en la tela. Les dejé hacer; quería ver hasta dónde llegaría esa maldad gratuita. La otra pobre

aguantaba las lágrimas con una dignidad penosa.

La puerta se abrió de nuevo: era mi madre, sin la merienda, seguida de la criada, que tampoco la llevaba, a las dos se las había ido escuchando, alteradas, por el pasillo. "¿Cómo se te ha ocurrido entrarla"; "La vi sentadita, sola, pensé que mejor se le pasaría el tiempo jugando"; "Pero no entiendes que no debe...", el tono de mamá cambió radicalmente cuando entró; "Aquí estás Andrea, hale, bonita, que la mamá ya se va". Cogió a la niña de la mano y la sacó de esa ratonera. La sirvienta duró en casa solo una semana más.

Las miradas de las chiquillas al observarla salir de la mano de mi madre, eran de un desprecio tan absoluto, tan arrogante, que se me grabaron para siempre. Es una expresión que he visto repetirse muchas veces, siempre para contrarrestar el miedo ancestral a lo diferente, al cambio.

Por supuesto, desde esa tarde, no paré hasta conocer por qué esa niña no tenía derecho a merendar con nosotros.

AHORA

Patricia ha recuperado su estupidez, el momento clarividente, siempre tan breve, lo dejó atrás; no supo seguirlo. "Es inadmisible que te mantengan así contra tu voluntad: yo te ayudaré a irte". Recuerdo cuando me argumentó lo opuesto, igual de convencida, con el mismo empuje vacío en su mirada y gestos, segura, decidida.

Ella no es más que un eco. Toda idea necesita de las repeticiones, para bien o para mal, dependen de quienes las trasforman, divulgan, acercan. Nada se renueva sin esa propagación: un eco repite sin entender; al fin y al cabo, la mejor caja de resonancia es la que está vacía.

Andrea, ¿qué habrá sido de ti?

LO QUE FUI

No me costó demasiado averiguar por qué la niña tuvo ese trato; la sirvienta, anticipando el despido, me lo contó sin reservas cuando se lo pregunté. "Es la pequeña de los Ortega". La mujer, por mi gesto impasible, comprendió que ignoraba de qué familia estaba hablando; insistió. "Los Ortega son los de la Funeraria", ahí sí que cambié la expresión; me vi paseando por la avenida donde el letrero, Casa de Pompas Fúnebres Ortega e hijos fundada en 1889, llamaba mi atención siempre. De chico, solo conocía las pompas de jabón, lo de fúnebres se me escapaba, al igual que, cuando preguntaba qué significaba, me contestasen con evasivas, hasta que se lo pedí a mi tía abuela Roberta Eugenia que lo explicó sin problemas. "Son quienes se encargan de que el cuerpo se quede en la tierra para

que el alma sea libre de irse". Conque Andrea Ortega era la hija pequeña de los enterradores: vivía con los muertos.

Me faltó tiempo para ir a visitarla.

Rondé la funeraria varias tardes para completar mi plan. La abordaría un viernes cuando regresase de ayudar en la parroquia. Por lo visto, la familia tenía mucha relación con el párroco que solía oficiar las misas de réquiem. "Hola, Andrea, ¿te acuerdas de mí?". La niña, agarrada a su muñeco, me miró con susto. "Creo que sí, eres el que estaba de marido de esas niñas"; "Sí, me obligaron a serlo, yo vivo ahí, ¿sabes?"; "Sí, lo sé"; "Pues eso, siento lo que pasó"; "Bah, da igual, en realidad sus muñecas son tontas. Yo las tengo mejores". Sin querer, mis ojos se dirigieron al trapo. Riéndose negó con la cabeza. "No, esta es la señorita Camila, es mi amiga, no mi muñeca. Digo las otras, las que no me permiten sacar a la calle"; "Ah"; "Si quieres, un día te vienes para conocerlas". Era una buena oportunidad; acepté, incluso forcé la invitación comentando que hoy mismo disponía de tiempo para conocerlas. "No, hoy no. Ya te avisaré"; "¿Cómo?"; "Sé dónde vives, ¿no?, pues eso". Se fue, dejándome con una desazón que tardé rato en definir, y es que, por primera vez, no era yo quien tenía la iniciativa; dependía del capricho de esa niña para avanzar. Qué poco me gustó estar sujeto a algo ajeno a mí mismo. Qué vulnerable se siente uno ante el antojo de otro.

Me resigné a esperar. De nuevo, para desesperación de mi madre y mía, permanecí en casa por temor a que la niña se acercase y no me encontrara. Se puso tan pesada con lo de qué me pasaba, que a los dos días, salí del encierro voluntario, aunque solo fuese para ir a la calle de enfrente donde se distinguía bien la puerta de entrada. Qué espantoso tedio. Los días pasaban, yo reducía el tiempo de vigilancia para callejear dando patadas a todo lo que se me ponía por delante con la rabia de la impotencia. Me acercaba a la funeraria donde el orgullo me impedía abordarla si la veía salir. Al final, el tiempo hizo su trabajo, apaciguando las ganas de conocer la casa de los muertos.

La mañana en la que me desperté con otras cosas en la cabeza, la nueva sirvienta me acercó un sobre, comentando que lo encontró en el suelo de la cocina; "Lo habrán pasado por debajo de la puerta". Estaba a mi nombre. No caí sobre quién podría ser el remitente hasta que lo abrí. La letra torpe de Andrea me citaba para mañana por la tarde, sin falta, a las cinco. Recuperé de golpe las ganas, la rabia de la espera y la justificación por haber abandonado la vigilancia de la entrada principal, ya que la chiquilla buscó la de servicio; me negué a sentirme torpe por haber descuidado ese detalle. Daba igual, al día siguiente conocería el lugar donde vivían los muertos.

A las cinco en punto, bueno, diez minutos antes, estaba ahí. Cuando llamé lo hice aparentando tranquilidad, casi fastidio por ir. Me abrió enseguida. "Hola, adelante, pasa"; hablaba bajito, conque la imité. "Ven, por aquí". Atravesamos una sala grande, algo oscura, con un ataúd en el centro dispuesto sobre cuatro columnas griegas de yeso; grandes cortinas que cubrían las paredes disimulando más cofres fúnebres de pie, como escondidos entre los cortinajes. "Por aquí", insistió,

alejándome de la habitación, me guió hasta una puerta a la izquierda que daba a unas escaleras negras y estrechas; vivían en el piso de arriba del negocio. Subiéndolas me iba haciendo una idea de cómo sería la casa, tomando como referencia esa escalera siniestra y lo imaginado durante los días de espera. Así que cuando entramos, me sorprendió por lo alegre y luminosa. Pasada la confusión, advertí que algo no cuadraba, un no sé qué desconcertante que se me escapaba.

"Este es mi cuarto". Andrea se hizo a un lado para que pasase. Pregunté si estábamos solos, me extrañaba no ver a nadie ni abajo ni arriba, supuse que el establecimiento estaría cerrado. Odiaba las tiendas cerradas; la de tiempo que perdía esperando que levantaran las persianas. La señora de la panadería siempre me regañaba por mis prisas mientras abría la puerta; "ya puedes estar aquí lo pronto que desees, que las cinco son solo a las cinco". Andrea me comentó que nunca cerraban, "siempre hay alguien aquí para cuando nos necesiten. Mi familia está ahora abajo, en el sótano"; "¿Qué hacen ahí?"; "Preparando a doña Apolinia, que le toca hoy". Era una conversación que, escuchada sin saber de qué iba, perdía toda truculencia. "¿Cómo?"; "Pues mi madre la asea, la viste, la peina, la maquilla, ¿sabes?, a veces, están mejor que antes. Una vez, arregló tan bien a un señor, que los que vinieron a velarle le pidieron, por favor, que rehiciera su trabajo, que estaba demasiado vivo, que dolía mucho verlo así".

Sin transición, me preguntó si quería jugar con la muñeca, mi cara de desconcierto tuvo que ser evidente, "¿A qué has venido, si no?". Rápido de reflejos, le contesté que cuando quisiera. "Pues ahora mismo. Espera aquí", se levantó y salió del cuarto dejándome solo, lo que aproveché para curiosear. Esa desazón del principio se acrecentaba a medida que observaba el trocito de salón que se asomaba tras la puerta entreabierta del cuarto: cortinas floreadas, ligeras, figuritas, adornos, tapetes, un tresillo a juego, la mesita central de cristal perfectamente alineada con el sofá. Todo alegre, impecable, en orden milimétrico. Entonces caí en la cuenta: era como estar ojeando una de esas revistas de mamá sobre casas perfectas: estaba dentro de un decorado; ahí no había vida, solo su apariencia. Mi amigo Hermelando lo habría reconocido enseguida.

"Ya estoy aquí"; la niña entró con una cajita blanca que manejaba con mucho cuidado; "Ahora verás que mis muñecas son mejores". La abrió, y con una delicadeza tierna, sacó un muñequito precioso, imitaba un bebé; tenía razón, jamás había visto uno tan bonito. "Mamá permite que los coja, dice que así aprenderé, yo misma lo he vestido, ¿a qué está precioso?" Cuanto más lo miraba, más inquieto me sentía; como con la casa, algo me alarmaba en ese muñeco. Tardé mucho menos en darme cuenta. No era un juguete. Era de verdad. Un bebé de verdad. Me lo acercó para que le acariciara; "Con cuidado, ¿eh?". No pude, di un paso hacia atrás con asco. Luego, por la noche en la cama, me lo recriminé: mis escrúpulos impidieron tocar un cadáver, pasé muchos días imaginando su tacto, si sería frío, áspero o normal. La verdad es que el niñito parecía dormido. Andrea le hablaba bajito, le ajustaba un lazo, un patuco, el gorro. "Tus amigas son tontas; no tienen nada tan bonito". Al rato, lo metió de nuevo en la caja, que ahora sabía ataúd. "Lo

malo es que solo puedo tenerlos un día, enseguida se han de ir. Eso sí es una pena". Resignada, me comentó que esperase en el cuarto otro ratito, que tenía que devolverlo abajo. Antes de irse, preguntó si querría merendar con ella. "Gracias, no, mejor otro día"; "Vale".

La acompañé hasta las escaleras para esperar, en el salón falso, a que guardara su bebé muerto. Me entretuve mirando libros. Había uno muy voluminoso, lo saqué para ojearlo: eran retratos, y como todo en esa casa, extrañamente inquietantes: niños, familias, hombres, mujeres, había algo estremecedor en las expresiones de algunos. "Seguro que lo que viste era un Libro de Muertos", me dirá mi tía abuela Roberta cuando se lo pregunte una tarde tras la merienda, "era de lo más común hacerse retratar de difunto para guardarlo como recuerdo, igual que con las bodas, bautizos y comuniones, a los recién fallecidos, antes de perderlos bajo tierra para siempre, se les fotografiaba, a menudo junto con hermanos, la viuda o viudo, los padres".

Esas imágenes, firmadas por J. Ortega, eran sobrecogedoras: tres niños, siendo el muerto el de en medio, donde los otros dos lo sujetaban para que no cayera; una joven con la mirada, no perdida, sino inexistente ya, sentada en una silla al lado de la madre; un adolescente en equilibrio precario. Era perturbador.

Mi tía me tranquilizará del recuerdo de esas fotos con esa naturalidad suya; "Había fotógrafos dedicados a ese tipo de arte, sabían cómo colocarlos para que quedasen naturales, se les llamaba con urgencia antes de que el rigor mortis apareciese impidiendo los movimientos del cuerpo y el olor desagradable de la falta de vida. Era lo común entonces: los vivos no hacían tantos aspavientos con los muertos, y ellos agradecidos por estar eternamente vivos en esas imágenes muertas. A la muerte también se la recordaba".

Cuando escuché los pasos de mi amiga subiendo la escalera, guardé el álbum en su sitio. Ya le preguntaría más tarde a Roberta, ahora necesitaba tiempo para asimilar. Me despedí hasta otro día.

Aún me convocó varias veces para jugar con sus muñecos. La siguiente la supe anticipar, cuando leí en el periódico la esquela de Marita Donoso Miraflores, que apenas alcanzó a cumplir los siete días de edad, y su marcha dejaba desconsolados a sus padres y abuelos.

AHORA

Ese bebé fue el primer cadáver que vi en mi vida. Cierto que me acerqué a él creyéndolo muñeco, pero al desengañarme, impresionaba por lo vivo; como si fuese a abrir los ojos en cualquier instante. Andrea lo acunaba con cariño, le hablaba, le ayudaba a dejar de ser. Para ella, la muerte y la vida, no eran tan distintas. Para mí, ahora, tampoco.

Recuerdo a esos bebitos; sé que en ellos busqué ese momento atemporal donde

estamos vivos y muertos a la vez. El lugar que habito ahora.

Debería seguir con la historia.

ELENA

"¿Qué quieres?" Preguntó Elena a la defensiva. Aun odiando sentirse tensa, era incapaz de relajarse. Pascual, experto en reconocer esos estados de ánimo por los interrogatorios, suavizó el ambiente retrasando la pregunta que quería hacer. "Nada, ver cómo te vas adaptando". La mujer se rio con una risa algo amarga; ella también tenía experiencia en lo mismo: detectó la estrategia básica del comisario jefe. "Mejor dime qué quieres, agradezco el intento, pero preferiría terminar con esto pronto. Si la pregunta es si hay avances, pues no, no los hay". Disimulando lo mal que le sentó que le adivinasen la maniobra, fue al grano. "Por supuesto no espero novedades tan pronto, pero sí confirmación de lo establecido"; "Creo que los datos forenses tienen lógica, el orden de las muertes, hasta donde sé, parece correcto".

María del Rosario fue la primera.

Si su curiosidad no la hubiese arrastrado a asomarse al callejón, estaría viva, encantada con el suceso.

Eulalia Gil, la segunda.

Iba a comprar para el desayuno de sus huéspedes inexistentes, como un reflejo fantasma de lo que fue su rutina, la bollería recién hecha. Madrugaba con gusto; ser la primera de la cola lo llevaba como un orgullo; "para ellos, lo mejor", con lo que se acercaba casi una hora antes de abrir el horno.

La panadera, con una mezcla de pena, irritación y costumbre, sabiéndole mal tenerla esperando lo que faltaba para abrir, la llamaba desde la puerta de atrás con las tortas apartadas desde la primera hornada. "Ya la tienes ahí", el marido daba la alerta cuando la veía acercarse desde el ventanuco de la tahona donde cocían el pan. "Pobre mujer, al final terminó como la madre: loca de remate".

El matrimonio, tras muchos intentos fallidos de razonar con ella, tanto por lo del montón de dulces que quería, como por el horario, optaron por entregarle lo que pedía nada más llegar cada miércoles y sábado; le tenían el encargo recién hecho y calentito, ofreciéndoselo sin discutir. La panadera la escuchaba contar las mismas anécdotas repetidas de sus pensionistas muertos con una paciencia que el marido admiraba. "No sé cómo la aguantas"; "Qué poca caridad, Mariano, quién sabe cómo llegaremos nosotros a su edad"; "Pues ojalá que mejor, María Isabel". Los dos bromeaban un poco, angustiados por ese futuro posible, recordando al hijo que se marchó demasiado lejos, intuyendo la fragilidad de la vida esos dos días a la semana en los que Eulalia se marchaba cargada con el desayuno para los que ya no

estaban.

Federico Jesús Álvarez, el tercero.

Ese miedo a lo imprevisible, que le hizo enclaustrarse buscando refugio en lo conocido, no le salvó. Le gustaba la luz, las grandes cristaleras del salón donde viajaba con sus mapas, le hicieron un blanco fácil, como si estuviese fuera, en ese mundo inestable del que huía.

Los tiros atravesaron limpiamente la frágil barrera de ese intento de evitar ser parte del azar.

Evaristo fue el cuarto, pero por segundos.

No le dio tiempo a repartir todo el correo. Si tuvo algún pensamiento antes de morir, seguro que fue ese: haber fallado con su obligación. Le gustaba dejar para el final a Federico para poder viajar con calma, pero justo esa mañana, la última entrega era para el convento, aún más alejado que esa última casa del pueblo. Cuando le invitó a ver el nuevo mapa que él mismo le había entregado, se lo pensó unos segundos; los minutos que había ganado por tener poca correspondencia hoy, los podría aprovechar ahí. "Vale, le echo una ojeada rápida, y cuando acabe con lo de las monjas, vuelvo".

La carta dirigida a sor Inmaculada, la novicia más joven, sigue archivada como prueba forense.

Leonor González de Miranda, la quinta.

Miraba el mundo con la inocencia de la muñeca que parecía, con esos ojos azul límpido, suave, imperturbable. La vida al lado del hermano era irrompible, y si algo se desencajaba en su universo, él se encargaba de arreglarlo; cómo disfrutaba ayudándole a conseguir que las cosas funcionaran de nuevo. Le habría gustado mucho la costumbre oriental de reparar con oro los rotos de la cerámica, porque lo fracturado, lejos de ser un inconveniente, es la historia que nos diferencia, las cicatrices que narran nuestra vida.

Sus heridas, de bala y al caer, fueron lo más que tuvo que contar nunca. La felicidad quizá sea eso.

Patrocinio Ruipérez, el sexto.

Su muerte no fue fulminante, supo que moría, pero al igual que hizo con su vida, enterró el momento entre los conocimientos inútiles que acumuló buscando una razón para levantarse y acostarse cada día, algo que le sirvió, que fue bastante aunque dudo que suficiente.

De todos modos, quién sabe nadie lo que es necesario para ser. Todos intentamos darle sentido al sinsentido, nos hermanamos en lo absurdo de vivir.

Faustino, el vagabundo, no sabemos cuándo le dispararon.

Notó el escozor, no hizo caso, el ruido le despertó apenas, siguió durmiendo. Más tarde, cuando el Tiras le comentó que estaba manchado de sangre, se quitó el abrigo y vio la herida. Lo que le fastidió de verdad, y mucho, fue la mancha y el desgarrón en la tela; era una prenda bastante nueva. El proyectil le había rozado el hombro, no era para nada mortal, pero sí lo fue la falta de higiene. Ni se le ocurrió limpiarla. Tardó en morir.

La inutilización progresiva del brazo, las alucinaciones por la fiebre, el hambre, la falta de alcohol, le llevaron de la vida a la muerte sin demasiado tropiezo.

Un forense en prácticas, deseando aprender, se dio cuenta de que la herida del cuerpo era de bala. Por las pruebas posteriores supieron que había sido una víctima, no solo de la sociedad o de sí mismo, sino del asesino en serie de marzo.

Su cadáver tuvo más atención que su persona en vida.

Y luego está…

El teléfono sonó. Pascual, con un gesto de fastidio, interrumpió a Elena; debía atender la llamada.

...yo mismo.

AHORA

Lo bueno de contar es que narras lo que quieres cuando quieres.

Tengo sueño; no sé dormir porque ignoro si estoy despierto.

Me relato estas vidas para dar sentido a la mía: algo tan básico da vergüenza aclararlo. Nunca tuve muy claro qué hacer con mi existencia, habiendo tantas cerca, prefería adentrarme en esas otras; las más interesantes, siempre, son las despreciadas, criticadas o rechazadas.

Estaba la de esa mujer impedida de la que no conocí el nombre que, alejada de la actualidad y sus logros, se maravillaba de todos sin entender ni uno, como la radio; ese aparato que le acercaba el mundo al que ya no podía asomarse.

Su sobrina Angelines, que la visitaba por las tardes, intentó ampliar sus límites; pensó que el aparato la entretendría. "Esto le va a gustar. Escuche", enredó con el dial hasta dar con un aria. La mujer, impresionada, cerró los ojos permitiendo que Madame Butterfly la acercase a su juventud donde no se perdía estreno. Recordó por analogía su puesta de largo, los bailes, los pretendientes, cómo los rechazaba esperando el ideal, cómo al tiempo, alarmada porque disminuyeron, eligió al que se lo pidió en ese último evento de la temporada.

No le fue tan mal como a otras amigas con él, pero siempre malvivió con la convicción de que debía haber esperado más, que su marido, afable pero soso, complaciente con sus caprichos, aunque sin iniciativa, acomodado sin que les sobrase nada, no era su destino que, por la envidia de asistir solo a bodas ajenas, la urgencia de la edad, el miedo a quedarse para vestir santos, le precipitó evitando su felicidad. Sebastián murió. Y solo, ante su cadáver, comprobó que le quiso, que le echaría de menos. Su vida sin él trascurrió igual de tranquila pero más vacía.

"Vaya, qué bien se escucha, si cierro los ojos, es como si estuviese mismamente en el Teatro Principal", lo que no comentó a la sobrina es que aprovechaba la oscuridad de la realidad para verse joven de nuevo, enjoyada, vistiendo el mejor traje, y tras el abanico, arriba en su palco, contemplar los sueños que ahí, en esa tierra de nadie, aún eran posibles.

Terminó la emisión; la decepción al abrir los ojos y verse en el saloncito verde, en vez de la gran sala del anfiteatro, la sacudió. Aguantó las lágrimas. Preguntó a la sobrina cómo podría escuchar esa música de nuevo. "Pues cada jueves, a esta hora, siempre retransmiten óperas. Me marcho, dejé la cena a medio preparar. Hasta mañana, tía". La semana se le hizo interminable, el jueves nunca llegaba, y eso que su sobrina le buscaba telenovelas, música clásica, comedias radiadas, que le agradasen. "¿Cómo sabes qué ponen?"; "Lo dice el periódico". Aprendió a anticipar los programas, a vivir para ellos. Pero el jueves era cuando regresaba a su juventud, libre de las consecuencias de lo que eligió: su vida aún no era.

Angelines le comentaba al marido las tardes con su pariente. "Ha sido un acierto lo de la radio, Fernando, la tiene entretenidísima, sobre todo los jueves; adora la ópera". Cuatro semanas más tarde, le dijo que la tía se le ponía pesada, "Está obsesionada con la programación de los jueves, ya le puedo sintonizar lo que sea que, al terminar, me viene con lo mismo: "¿Y la ópera?", "Hoy no hay, tía". "Bueno, ya sabes, cosas de la edad. Está buena la cena, cariño"; "Gracias, la receta la escuché en la radio ayer".

Para pasar el tiempo entre programa y programa, la mujer se dio a leer el periódico, descubrió que había un mundo fuera del suyo: guerras, terremotos, sucesos. Sorprendió a la sobrina comentando un problema bursátil complejo al que no supo qué contestar. "Ya. ¿Le pongo la radionovela?"; "Ay, sí, hija, a ver si Carmencita se da cuenta de que Rodolfo no es de fiar y que Mario Alfonso es el

hombre de su vida. Ponla, ponla".

Los días se le pasaban analizando los sucesos mundiales con bastante tino y lucidez, lástima que nadie lo apreciara, siguiendo las vidas de las distintas heroínas de las radionovelas, y sobre todo, regresando al pasado con las óperas.

Un jueves Angelines se asustó al ver que su tía estaba vestida de punta en blanco con las joyas puestas. "¿Adónde va usted?"; "A la ópera: es jueves". Alarmada, le siguió la corriente sin comentar más, hasta llegar a casa y desahogarse con el marido: "No veo el problema"; "¿Cómo?, ¿mi tía se viste de tiros largos porque cree que está en el Principal de verdad y lo ves normal?"; "Sí, ¿qué hay de malo en que se arregle la buena señora?, aparte de eso, ¿le has notado algo extraño?"; "No, pero..."; "Vigílala y si solo es eso, déjala vivir, mujer".

Las semanas se sucedieron unas a otras, como es natural, y la única extravagancia de la tía seguía siendo la de arreglarse para escuchar las óperas. Cuando la sobrina preocupada, insistía en si era consciente de que no salía del salón, la anciana la desarmaba con una lógica impecable. "Para escuchar ópera se ha de estar a la altura de ese arte, da igual dónde se esté: se lo merece". Descartada la demencia senil, comprobando que era más feliz siendo solemne los jueves, la mujer entró en el juego; la ayudaba a peinarse, le llevaba adornos para que los luciera y hasta ella misma iba más arreglada esas tardes. Al terminar las retransmisiones, tras los aplausos, esperaban unos minutos en silencio: los que necesitaba para cruzar la frontera entre el pasado con sus posibilidades, y el presente con sus limitaciones.

"¿Cómo va tu tía?"; "Tenías razón, es solo una manía, está bien"; "Me alegro, no hay nada peor que desarraigarte de la realidad".

AHORA

Claro que hay algo peor: que la realidad sea quien te desarraigue.

En fin, qué sabrá el sobrino político de esa mujer de punta en blanco que me gustaba espiar desde la calle a través de su ventana todos los jueves, concentrada en la música que salía de su radio. Sobre todo, porque me lo inventé; a él, no a la gran señora de otro tiempo, bien real, que me tenía hipnotizado.

Tan real como las novelas que leí, las que ojeo en mi memoria que, sorprendentemente, me las muestra nítidas: leo cada palabra impresa, al menos eso creo, no tengo modo de comprobarlo. Las releo una y otra vez aprendiendo a escribir la mía. Borro y borro y borro cada frase hasta que la sé perfecta, añado otra que no la desmerezca, y aunque nadie vaya a leerla, no me permito fallos: Yo la leo.

Este escrito tendría muchas críticas porque parece absurdo, sin pies ni cabeza, falta una trama clara y cada personaje va por libre, deslavazado, al contrario de los dramas inmortales en los que los héroes, por muy rebuscado que parezca, al final cuadran en una historia común, justo lo que me las hacía artificiales: en la vida real

nos encontramos con muchas personas que jamás trascenderán en la nuestra, el azar es mera casualidad, y el que nos llamó la atención, no será, doce capítulos más adelante, el que dé un giro a nuestro destino.

En esta novela los protagonistas lo son por sí mismos, más allá de que me los encontrara por casualidad, destino o fatalidad.

La de rechazos que tendrían estas páginas. A veces, me encuentro defendiéndola ante los críticos. Otras, me rio porque ha sido un éxito; una de las obras más estudiadas del siglo. Pero normalmente, intento no compadecerme demasiado de mí mismo por escribirla.

Lo que fui.

Lo que no quise ser.

Lo que hice.

Lo que soy.

LO QUE FUI

A casa también venían personas interesantes para leer. El que más me atraía era don Rogelio Olivos, el notario especializado en testamentos. Iba y venía redactando últimas voluntades, adivinando la de gritos que estremecerían su bufete cuando se tuvieran que leer. Era un hombre discreto, aunque le costó ser así. Al principio de su carrera, cuando le dictaban o leía cosas tan injustas y disparatadas que clamaban al cielo, procuraba disuadir al que las escribía, pero no solo no lo lograba, sino que agravaba el tema; los enfurecía y aún donaban más bienes a quienes, por lógica, deberían estar excluidos.

Su despacho de la calle de la Merced, quinto, B, acogió los secretos mejor guardados de los que morirían: cómo repartir lo ganado en vida. “Pero ¿cómo que mi marido lega la casita de la costa a la tal Bárbara Benavente?, jamás oí hablar de ella, ¿quién es esa?” La pregunta de los despechados, variando en datos, era recurrente, las respuestas mudas; el notario que sí las sabía, carecía del derecho a compartirlas: unas veces, era la amante; otras, una hermana asilada o hija repudiada; varias, chantajes viles y vulgares; las más, venganzas, “ya verán, ya, lo que me han hecho pasar no tiene nombre, pues toma”; las menos, locura senil “¿no se podría impugnar este despropósito?, ¿todo a los gatos abandonados?, ¿eso es normal? Ay, de ahí iba a salir la dote de Emilita”. El asunto estaba en que no había testamento sin lágrimas, disgustos, amarguras y discusiones atroces, despedazándose quienes deberían apoyarse por ser familia en duelo. Jamás ese despacho asistió a una lectura tranquila.

Aún recuerda su ingenuidad, cuando cansado de estudiar los áridos temas de las oposiciones a notarías, se daba ánimos pensando en lo grato que sería consolar a las familias de la ya idos, al leerles sus últimos deseos. Le maravillaba esa paradoja: las palabras solo vivirían cuando su autor muriera, nunca antes. Imaginándose se evadía unos minutos, escabulléndose de normas, citas, artículos,

hasta que con voluntad de hierro, regresaba para concentrarse en los estudios.

Nunca contempló la angustia que le crearía ejercer esa rama de la profesión. Se topó, estupefacto, contra la realidad desde la primera sesión. La batalla que presenció borró de golpe todo ese altruismo ingenuo que, al menos, le ayudó a perseverar en los estudios: tres años para lograr, ¿qué?, ¿esto?: Un hermano chillando a la hermana que, gritando insultos contra el padre, consolaba a la viuda que atónita no cesaba de repetir lavidaquemedioyahoraesto. Rogelio, intentó un consuelo torpe, que supo inútil, y no volvió a repetir. Su actitud la cambió por una conciliación sobria que fue variando hasta establecerse como mero observador, algo distante al principio porque, con la edad, supo disfrutar del espectáculo. "El ser humano es extraordinario", frase invariable que se decía al cerrar la puerta tras sus clientes, mientras se dirigía a su oficina para asimilar ese despiece de emociones, afectos y cariños expuestos tras conocer lo oculto, lo que el muerto, siempre con un extraño sentido del humor, les regalaba desde la tumba.

"Me hice su amigo muy pronto, ese cinismo suyo lo mantenía a raya, aunque se le escapaba conmigo porque creía que era muy pequeño para entenderlo. Con él también conocí lo que él llamaba Las Firmas. "Verás, hay Firmas y firmas, las últimas no conllevan consecuencias: una multa, recibos atrasados, cesiones pequeñas, cosillas sin mayor trascendencia, pero las otras, las Firmas, esas sí son poderosas". Callaba, buscando en la memoria, para compartir un recuerdo. "Hubo varias, ¿sabes?, que aún me impactan.

"Por estar sustituyendo a un compañero, un favor que le debía, estuve trabajando con unos asuntos legales en un psiquiátrico; nada del otro jueves, más bien aburrido y monótono; lo que me interesó fue algo ajeno a esa tarea.

La casualidad quiso que faltase un testigo por parte del centro, y me llamaran a mí para asistir a la firma obligada que los parientes deben realizar con respecto al trámite en la admisión del paciente, con ella se da luz verde al ingreso, tratamiento y estancia sin que el enfermo pueda revocarlo: ese documento afirma su incapacidad legal para manejarse. A partir de ese día, me ofrecí voluntario para formar parte del proceso de admisiones; asistir a momentos privados únicos es parte de los privilegios de mi profesión, y ese en particular, me interesaba mucho; me gusta conocer las reacciones de la gente.

En este caso, los familiares siempre dudaban antes de firmar; aunque apenas perceptible, solían levantar la pluma cuando ya había tocado el papel, para preguntar al doctor sobre lo que les había informado hasta la saciedad y sabían de memoria: duración del tratamiento, sesiones, horarios, bienestar, visitas. La cuestión estaba en retrasar lo inevitable. Pocas veces se dio marcha atrás para irse todos por donde habían venido; en general, el supuesto desquiciado, evidenciaba su estado mental de tal modo, que se firmaba sin esperar la respuesta, que por otro lado, se daba sin convicción, sabiéndola un trámite. "No se preocupen, está en buenas manos; Es lo mejor que puede hacer; Ya verá cómo cambia". El desequilibrado se angustiaba al comprender que no se iría con quienes le trajeron, que ahora apresuraban el paso alejándose de dudas, certezas y ese lugar de

escalofríos.

"Hasta ahí todo normal. Nadie ha dicho que la vida sea fácil, no todos somos capaces de mantener la cordura en ella. Estos lugares son necesarios."

Sabía, porque había interrumpido su historia, que ahora me contaría lo interesante. Acerté.

"En una de esas Firmas, a quien quisieron ingresar no estaba loca o trastornada en absoluto; eso se nota: la mirada de quienes se han perdido en ellos mismos es distinta, como nublada en su lucidez única. Los ojos de esta mujer, la llamaremos Almudena, brillaban con vida propia. Quizá eso es lo que la sentenció: un carácter independiente, alejado de convencionalismos, servidumbres y normas absurdas, alienantes. Era bella, con esa belleza que pasa desapercibida hasta que la descubres.

"También se me hizo extraño, que a la hora de firmar los documentos, el marido y la madre de este, no vacilaran en absoluto. No era una cura: era un ajusticiamiento. La mujer los vio marchar resignada, los enfermeros, atentos por si debían intervenir, se relajaron ante su calma: "Bueno, pues aquí estamos, ¿dónde está mi habitación?" La guiaron por los pasillos, ella les seguía con la naturalidad de alguien acostumbrado a hospedarse en hoteles. "Gracias", antes de entrar vaciló, como dudando sobre si dar o no propina.

"Me dediqué a investigar por qué la ingresaron; en el expediente médico se alegaba una serie de banalidades y tópicos bastante inconsistentes, lo ojeé con la excusa de comprobar un dato, que evidentemente, no engañó al doctor Zamora, que esperó con paciencia a que le preguntara lo obvio. "¿Está aquí por lo del nuevo tratamiento, ¿verdad?"; "Sí"; "Ya".

Cayó en la cuenta de que me lo estaba contando a mí, que no estaba solo revisando sus recuerdos, y me explicó que antes, a los locos, se les trataba de un modo peculiar, "por decirlo de alguna manera, ¿sabes?, y eso que se mejoró mucho. Al principio de los principios de la psiquiatría moderna, antes de los electrochoques, se les quitaba todos los dientes pensando que así se les libraba de una infección que atacaba el cerebro. Los baños de agua helada, las camisas de fuerza, el aislamiento: barbaridades hechas con buena fe. Al igual que esa nueva técnica que apaciguaba lo que los maridos creían locura, y no era más que ganas de vivir, inteligencia y rebeldía. Por supuesto, no se empleaba solo con las esposas independientes, sino a todo aquel que se saliera fuera de esas normas sociales al uso. Es verdad que cuando se aplicaba, quedaban tranquilos, libres de inquietudes, sin ganas de llevar la contraria, integrados completamente en el papel deseado por los otros: vaciados de sí mismos.

Se calló un ratito. Miró sin verme, atravesándome. Esperé.

“La lobotomía tuvo muchos seguidores, los pacientes cambiaban radicalmente de personalidad, perdían las suyas para convertirse en seres pasivos, sin ambiciones ni ánimos de cuestionarse el mundo, “y sin dolor”, como me aseguró Almudena la tarde previa a su intervención, “Sí, claro que sé que ya no seré yo: eso es lo bueno”. Algo vería en mi expresión para echarse a reír. “Me entenderías si estuvieses tan harta como yo de ser la pieza que siempre sobra en cualquier lugar. De niña irritaba a mi madre, exasperándola, hasta que decidió que me internaba en un colegio. “Ahí te van a domesticar: me declaro incapaz de soportar un día más contigo”. No lo lograron, como mucho, aprendí a no destacar demasiado, callando más de lo que querría, escondiéndome para hacer mi voluntad con disimulo.

Acostumbrada a los castigos, los que me imponían me afectaron bastante poco, la verdad. “Que nadie le dirija la palabra en un mes”, la directora usaba el ostracismo como máxima pena, a mí me venía estupendamente que me dejaran en paz, con lo que el dramatismo se convertía en bendición”. Cuando reía se le hacían unos hoyuelos muy simpáticos, aunque la sonrisa le salía triste. “Casarme fue una decepción; qué tonta pensar que, al tener mi propia casa, dominaría mi propia vida. La ilusión duró ocho días, los de la Luna de Miel, los que desgajados de la rutina, supieron engañarme”. No hizo falta que me contara más; me imaginé en su silencio, en esa nueva vida, no tan nueva.

“Aguanté unos meses hasta que hastiada, me negué a encerrarme esperando nada. Mi marido me reñía constantemente; sus amenazas y gritos me resbalaban. El infierno se agravó cuando su madre decidió venirse a vivir con nosotros; “Si tu mujer es incapaz de cuidarte como mereces, tendré que hacerlo yo”.

Sentí su odio desde el primer momento en que me tuvo delante: esas preguntas capciosas, la mirada de desaprobación que paseaba con disgusto sobre mí, para luego dirigirse al hijo, antes de regresar, de nuevo, a chocar contra mis ojos. La merienda desplegada sobre la vajilla ostentosa de las fiestas, como indicando claramente su poder. Tuve que rechazar la taza que me ofrecía; sonó como ofensa, pero fue protección: mis manos temblaban demasiado por la rabia; se me hubiera derramado el café.

Pasaron los días, creció su despreció hacia mí. “¿Y ahora adónde vas, si puede saberse?”; “Pues a dar una vuelta, es primavera, el parque está precioso”; “Vaya estupidez: mi hijo tiene esta tarde invitados, deberías prepararlo todo”. Tres meses como tres siglos duré obedeciendo esas órdenes encubiertas. Mi sentido de la responsabilidad llegó hasta ahí. Además, mi marido demostró ser más su hijo que mi esposo. “¿Qué ha pasado ahora con mamá?, ¿qué le has dicho?, me paso el día trabajando, llego reventado, ¿tanto te cuesta entender que cuando entro en mi casa lo que busco es paz?, pues no, señora, cada tarde, me reciben quejas, lloros, reproches, y tú, tú muchas veces ni estás, pero, ¿qué te has creído? Esta situación es inadmisible”.

La joven se reía con esa risa bajita comentado que a Jorge le encantaba escucharse decir palabras ostentosas; “Le hacían sentirse importante, su madre, cuando menos comprendía lo que decía, más admiración expresaba en sus ojos,

unos bastante estúpidos, por cierto".

Los suyos, sin embargo, reflejaban una inteligencia cansada. Conversé con ella todas las tardes que pude. La última, nos despedimos los dos de Almudena.

"No creo que la eche de menos; no estaré. Lo atroz sería recordarla, recordarme. Sé adonde voy: ese vacío será cómodo. Cuando mi marido me vio paseando con él, todo se decidió. Yo le vi viéndome; no eran celos lo que sentía, sino orgullo dañado: cómo nadie se atrevía a interponerse entre él y su propiedad. Apreté la mano de mi acompañante, quizá con él pudiera empezar una nueva vida; me devolvió la presión con cariño, hasta que también lo divisó, entonces cambió por completo su tacto, volviéndose ajeno, frío, esquivo. Tuve la certeza de que esa mano, que evitó la mía, no sería la que me ayudase.

Estamos solos: yo supe que lo estaba en ese segundo, en ese único instante donde se tiene el poder de comenzar de cero, cierto que prevaleció esta que ves, pero yo las viví todas: hui con el hombre que me acompañaba porque sí me quería; me reconcilié con mi marido para vivir felices; me marché sola al confín del mundo; usé veneno en mí, luego en él. Pero el instante no se para, sigue, elige situaciones eliminando las demás. Mientras transcurría ese segundo inflexible, las vidas posibles se difuminaban concretando la real, una que ya se había definido en forma de los folletos que Jorge disimulaba, guardándolos con torpeza, cuando me veía entrar en su despacho. La que tuvo su inicio en la cena a la que nos invitó uno de sus colegas, donde la esposa me sorprendió por una docilidad adornada con una sonrisa perpetua, donde me escamaron las miradas de complicidad entre los hombres cada vez que ella hacía lo que se le pedía, incluso la absurda petición del marido de que saliera y entrase al minuto.

Me informé, supe de la operación que le practicaron a la mujer, de sus consecuencias: sé el camino que me aguarda, el que ese segundo materializó más allá de las sendas posibles: ni vida ni felicidad ni nada. Así que esa nada va a ser una bendición. Por favor, no vengas a verme mañana. No estaré".

Volvió a callarse otro ratito. Volví a esperar.

"Por supuesto, no cumplí mi promesa. Fui a verla. ¿Y sabes, muchacho?, debí haber mantenido mi palabra".

AHORA

Entendí lo de las Firmas con facilidad, incluso fui testigo de una que contaré más adelante.

LO QUE FUI

A casa también venían la modista y su hija Dulcina; me interesaron bastante, sobre todo, la segunda. La madre era más bajita que la hija, los doce años de la niña la habían hecho crecer más de lo normal, tanto a lo largo como a lo ancho, su pelo intentaba tapar una cara agradable pero forrada de acné. Cuando reía, lo hacía con la boca cerrada, haciendo un ruido rarísimo, supuse que ocultaba así unos dientes mal dispuestos, lo que no quitaba que el nombre estuviese bien puesto: era de lo más dulce y amable.

La madre, más bien brusca, bruta incluso, tenía la belleza en unas manos hábiles. Los dos vivían en una casa de una única habitación que hacía las veces de taller-probador-comedor-dormitorio, por lo que iba a los domicilios de quienes la contrataban para tomar las medidas y hacer las pruebas de las prendas, alegando comodidad para ellas; consciente de que jamás se habrían dignado a pisar su taller, usaba esa hábil estrategia para conseguir clientas adineradas, atrapándolas con esos vestidos deslumbrantes que les hacían sentir más hermosas, distinguidas, y generosas de lo que realmente eran.

Verlas trabajar era de lo más divertido, el contraste entre ellas y en ellas, no me lo perdía por nada. Su argot me era mágico: "veinte de sisa, sesenta y cinco de cintura, contorno de cuello, a ver anota, eso es; altura de axila, bien", todo eran números y partes del cuerpo rodeadas por una cinta métrica amarilla que hacía un sonido como de látigo cuando lo desplegaba para rodear con él a mi madre o hermana, que calladas, se dejaban hacer.

Cuanto tocaba hacerme un traje y me medían, era una delicia el cosquilleo, algo frío, del contacto en la piel de su metro flexible. La hija anotaba las cifras dictadas sobre unos dibujos torpes que representaban figuras humanas. Luego venía la discusión de las telas: apasionante. No había nombre que no me recordara a algún tipo de postre delicioso, la modista enseñaba el muestrario que siempre llevaba consigo: ahí había muselinas, chantilly, sedas crudas, rasos, encajes, brocados, crepés. Con los colores, la elección era imposible; blancos rotos, negro carbón, rojo cerúleo, coral, zafiro, turquesa, berenjena, índigo, añil. Incapaz de adivinar ni la mitad, los imaginaba sin definir, embelesado por lo que me sugerían.

Tanta belleza manejada por esas mujeres tan poco hermosas me llamaba la atención, creo que me ayudó a quitarme, antes de tenerla, la idealización de lo bello; hizo que me fijase más en las personas menos agraciadas; me gustaban las parejas alejadas de los cánones establecidos, con esa injusticia general imperante donde la felicidad era exclusiva de los jóvenes guapos, como si los feos, gordos, contrahechos o calvos, no tuvieran derecho a ella. "Fíjate la Rogelia, a su edad, paseándose del brazo de ese adefesio, como si fuesen dos jovencitos enamorados, qué vergüenza". Mi madre asentía con indignación a los comentarios de la vecina mientras veían pasar felices a quienes, por lo visto, tenían prohibido serlo.

Dulcina terminó cosiendo sedas, como su madre, pero no para vestir, sino para sobrevivir: se metió a trabajar en una fábrica de paracaídas. Estuvo varios años hasta que un suceso le vino a amargar la existencia; carcomiéndose por los remordimientos, tuvo que dimitir de su puesto.

Lo sé porque imaginé que me lo contó ella misma cuando, por cosas del azar, la reconocí en un bar donde, acodada en la barra, bebía anís. Me presenté enseguida, no fuese a ser que eso de mirarla con tanta insistencia para confirmar que, efectivamente, era Dulcina, llegase a malinterpretarse. Se alegró de verme, recordamos cuando iba con la madre de casa en casa vistiendo a medio pueblo. "Pero, ya ves, ahora con la confección prêt-à- porter, o te dedicas a coser a destajo o sin su talento, poco trabajo hay". Callaba, absorta, abismándose en su bebida turbia hasta que sus ojos se enturbiaban también. "Yo no lo tengo, pero solo sé coser, y es lo que estuve haciendo, hasta hace unas semanas". Era mi turno para callar esperando su confidencia. "Me gustaba ese trabajo, el roce de la seda es algo que no se olvida, recuperarlo fue lo que me llevó a esa fábrica, y no a la de munición donde fueron mis amigas, cierto que también me pareció menos peligroso, aunque en eso me equivoqué". Si antes escuchaba por educación, a punto de arrepentirme de haberme acercado, esa insinuación me atrapó. "Lo peor es que intuí el peligro desde la primera entrega: esa seda era de pésima calidad, mis dedos no se engañan nunca. Se lo comenté a la encargada; "tú a coser y a callar, vas a venir a opinar sobre lo que no te incumbe, mira la espabilada esta, pues solo faltaría. A tu sitio", como razón no le faltaba, me senté de nuevo en mi puesto".

Dio otro sorbo a su anís. "Indagué por mi cuenta. Leí libros, pregunté a quién entendiera; me hice una experta en velocidades, caídas y resistencia al aire, hasta que conseguí confirmar mi intuición; la mala calidad de la seda afectaba a los paracaídas". El vaso sin anís aún olía a anís. "¿Y sabes qué hice con esa información?", hizo un gesto al camarero, que lo llenó de esa nube líquida. "Nada: seguí cosiendo. Ojos que no ven..., hasta que vieron, en este caso, escucharon: una tarde a la salida del trabajo, oí sin querer, una conversación privada, tensa, que se escapaba por la puerta entreabierta del gerente: "Es el tercer incidente, ¿vale la pena ese dinero?"; "Tú y tus escrúpulos, nadie puede acusarnos, es imposible que lo sepan"; "Nosotros lo sabemos, ¿no es suficiente?, esos pobres se podrían haber matado", "Pero siguen vivos; dos piernas rotas no justifican tanta tontería por tu parte, además, quién te asegura que es por nuestra culpa, hay mucho novato suelto, se les manda sin apenas instrucción: es la guerra. Nuestro deber es proveerlos de lo que necesitan"; "Sí, cierto. Y es justo lo que no hacemos"; "Si tanto te disgusta esto, devuelve el dinero y vete". El silencio que se filtró por la puerta contestó por el encargado. Yo hice lo mismo. Seguir y callar. Hasta el cuarto incidente.

Ese cuarto, un joven ilusionado, que creyó que su vida tendría sentido luchando por su país, estuvo dos semanas intensivas aprendiendo a caer en paracaídas para informar de las órdenes a una célula, que habría de activarse con lo que él les dijese, él y otros; no se podía confiar en un solo hombre. Saltó del avión una noche cerrada para evitar que se le viera caer en un bosquecillo a las afueras del pueblo adonde cada noche sin luna, iba uno del equipo a comprobar si había envío.

El grupo obtuvo sus órdenes, pero no por el paracaidista 567, que cayó bastante lejos del claro del bosque, quedando atrapado en las ramas de un árbol que lo retuvo sin soltarle, y que sus colegas no encontraron por lo alejado de la ruta.

“¿Qué?, ¿alguien?”; “No, esta noche tampoco”; “Desde luego, qué asco de situación, aquí esperando a nada. Todos luchando, y nosotros muertos de risa estancados en esta casa. Cuando me pregunten qué hice en la guerra ni contestaré”. Sus órdenes estaban agonizando, rotas, apenas a siete kilómetros de ahí.

“Cuando me enteré de que uno de los muchachos murió, y que esa muerte podía haberse evitado, si su paracaídas hubiese sido lo que debía ser, lo abandoné todo. Nunca regresaré. Ahora solo pienso en denunciarlo, lo que me frena, es que intento hacerlo sin caer yo detrás; esta cobardía mía me asquea tanto o más, que haber estado cosiendo sedas mortales. Pero no puedo evitarlo: tengo miedo”.

Imagino a Dulcina, tan humana en sus dudas, y tan heroica en su renuncia, bebiendo ese anís opaco, mirándome en busca de consejo. No se lo daré. Nadie podría: lo que uno hace, jamás es lo que haría otro.

AHORA

Creo que debería contar, a estas alturas de la novela, quién soy.

Aunque para eso estoy escribiendo: no lo sé.

Solo puedo decir que sé quién fui, hasta que dejé de saberlo, hasta que me dispararon y lo último que vi fue un arma en mi mano.

AHORA

Sigo siendo en esta cama, muerto y vivo, donde los recuerdos se niegan a surgir, seguramente porque los atasco, impidiéndolos. Tal como me recuerdo, no me encajo en la escena, no sé qué hacía yo con esa arma aún caliente: disparé o no.

Quizá la recogí del suelo; ese día murieron muchos por herida de bala. Mis preguntas me las contesto sin contestármelas; camino de puntillas entre sugerencias, contemplo posibilidades, me diseccionо fríamente, contrastándome en un interrogatorio con lo que conozco de mí, y con lo que me da miedo saber.

Aunque al final, haga lo que haga, choco de frente contra la única pregunta incontestable: ¿Fui yo ese asesino?

Escribo.

LO QUE FUI

Me tuvo fascinado un personaje que visitó la ciudad, aseverando que conocía cómo era la gente con tan solo palpar su cráneo. Lo anunciaba en los carteles que pegó en las zonas más visibles, y en los panfletos que, amontonados en los

mostradores de las tiendas cogían, curiosos, los clientes mientras esperaban.

Eso tenía que verlo.

Y lo vi.

Se hacía llamar Profesor Leónidas Azcárate, lo de García se lo callaba "resta prestigio, ¿no crees?", enseguida me hice imprescindible. Me acerqué a él ofreciéndome como guía. "Entonces, joven, ¿sabe dónde podría dar una demostración de mi ciencia, que no sea al aire libre, en plena plaza?, siempre desmerece algo, lo más lucido sería una sala de conferencias, o en su defecto, el Ateneo mismo"; "Sé cómo conseguir un buen sitio, profesor"; "Eso es una gran noticia, joven. Me pongo en sus manos".

Como suele pasarme, me adelanté a mis propias capacidades, traspasando el límite de lo que podía ofrecer, pero jamás me he fallado; debía encontrar un lugar adecuado y mucho público. Y lo haría.

"¿Sabe, joven?, antes me invitaban de todas partes del país, y hasta del extranjero, para dar conferencias explicando esta ciencia. Tuve que contratar a un secretario, al que previamente le palpé el cráneo para saberlo adecuado, porque las demandas excedían mi capacidad de estar en varios escenarios a la vez. En esos años, la Frenología se consideraba una gran ciencia, hasta la policía me requirió una vez para ayudarles con un caso de asesinato; querían saber si tenían al culpable. ¿Te interesa ese tema, jovencito?, no puedo censurarte por ello; un día te lo contaré. Ahora nadie tiene fe en esto ni en el mesmerismo; el subconsciente, los sueños, toda esa palabrería ha venido a hundirnos. En fin, ya vendrán tiempos mejores, por lo pronto, vayamos a dejar boquiabiertos a tus conciudadanos, a más de uno si es posible, con tu inestimable ayuda, claro está".

Pasé la noche ideando cómo conseguirlo; carecía de los recursos que ofrecí. Me levanté insomne, atrapado por mis promesas fáciles. Fui a la cocina a por leche caliente, me daba rabia, pero mamá tiene razón: ayuda al sueño. Quise tomarla en el salón. Sorbiendo con cuidado para no quemarme, miré alrededor, algo asustado por las sombras que se agrandaban en las paredes. Encogido, buscaba una excusa para regresar con mi leche a la cocina sin sentirme cobarde ni alarmado por los ruidos nocturnos, siempre tan inquietantes, y es que esa sala es tan grande, que cuando se queda sola, la visita el eco. Eso sí, de día parece hasta pequeña; es lo que tiene la luz: adormece el miedo.

Mantuve los nervios a raya, alejando el temor, y recordé que aún es más espaciosa cuando apartan los muebles para dar conciertos domésticos o lecturas de poemas de dudoso talento a los que me obligan a asistir mientras el tedio me clava a la silla. Olvidando el vaso que tenía agarrado, me centré en la solución del problema: ahí estaba el lugar; solo quedaba enfrentarse al segundo obstáculo; convencer a mi madre para que permitiese la conferencia. Intenté considerarlo un tema menor: debía dormir.

Al día siguiente, con ojos brillantes a pesar de las ojeras, le comenté a mi científico que sabía de un salón donde se reunía gente culta de la ciudad, "Seguro que recibirán muy bien a su ciencia"; "Ah, qué gran noticia; nada más verle, supe

que iba a ser de ayuda, mis dedos ya reconocen, sin necesidad de palpar, cráneos tan nobles como el suyo".

Aunque lo de conseguir el permiso era incierto, aproveché su buen humor y disposición para preguntarle lo que me quemaba desde que lo comentó. "¿No le dio miedo tocar a un asesino?"; "Nunca hay que presuponer nada sin evidencias, joven. Primero tenía que recorrer su topografía, luego ya me asustaría"; "¿Y se asustó?"; "Mucho: la capacidad de ese individuo para el mal me quemó los dedos. No quise saber nada de las pruebas que disponían contra él antes de aplicar mi ciencia; hay que ser imparciales en esto, joven caballero, bueno, y en todo".

"Desde muy niño me interesó conocer a mis congéneres, pero no al modo habitual, superficialmente, sino al de verdad, encontrando lo que ni ellos sabe que ocultan. Intentaba penetrar lo impenetrable desde los ojos de la gente; leí que son el espejo del alma, pero pocas veces se asoma a mirar a ellos, con lo que es difícil atisbarla, se mantiene esquiva entre las retinas. No desfallecí, muy al contrario, perseveré, estudié cientos de novelas, no me sonroja reconocerlo, aunque no por la trama, sino por los personajes que sus autores escriben tan reales; me embebía de esas personalidades de tinta. Libro a libro aprendí más de cómo somos en esos mundos paralelos al nuestro.

Al tiempo eso fue insuficiente, cierto que comprendía mucho mejor la conducta humana, pero debía encontrar algo firme, científico; me lancé a la filosofía, historia, sociología, antropología, psicología, muchas ías, cierto, joven, todas me ayudaron aunque seguía faltando algo, hasta que asistí, por casualidad, como sucede con todo, a una de las rondas de conferencias en el paraninfo de la universidad con el título peregrino de La Frenología, tras los pasos de Franz Joseph Gall. Eso lo cambió todo.

He aprendido mucho desde entonces; sepa usted, joven caballero, que no hay más que unos pocos modelos de personalidades que se van repitiendo entre los miles que somos. Ese día en la comisaria, aprendí uno más, jamás me había topado con una aberración así. Domingo Guadalupe Serrano, se llamaba.

A simple vista era alguien que pasaría desapercibido en cualquier lugar: ni alto ni bajo, ni gordo ni delgado, casi transparente de tan gris, hasta que le despojabas del disfraz de hombre vulgar. Debajo había una voluntad feroz, torcida; una inteligencia intensa, equivocada y ninguna guía moral.

Él supo, mientras mis dedos hacían su trabajo, que le reconocí; la tensión del cuerpo los dañaba, como si caminaran desnudos entre espinas y piedras afiladas contaminándose del mal pegajoso de unas ideas perversas, absolutamente despiadadas: veía el mundo tan distorsionado que asustaba; las gentes éramos aberraciones, nuestras intenciones enfocadas en dañarle: vivir en su mente era atroz. No me dejé engañar por ese posible síntoma de locura, no a esas alturas de mi experiencia; seguí andando por su cabeza hasta confirmar que la demencia era un disfraz: bajo el occipital, en un ligero pliegue, se reía de todos y de todo, sin excusa: mataba por placer, porque quería hacerlo, sin distorsiones ni justificaciones: porque podía".

“Tuve que hacer un esfuerzo formidable para mantener la calma y seguir con la exploración como si no hubiese chocado contra ese monstruo de la Naturaleza. Afirmé que sí tenían a su hombre y me fui para no volver. Me llamaron más veces pero siempre decliné: rozarse con el Mal contamina, algo en mí cambió, durante unos días, la luz perdió luminosidad, las sonrisas parecían más tristes, mis ideas menos brillantes. Lo único que me consuela es que, si él me impregnó ligeramente con sus tinieblas, quizá yo le trasmitiera un algo de claridad. Es mi modo de verlo, joven amigo; un engaño precario como cualquier otro para seguir adelante”.

Entonces ocurrió. Me acarició el pelo tocándome la cabeza por primera vez, y levantó la mano como si quemara. Sus ojos desorbitados se clavaron en los míos. Se atrapó los dedos con la otra mano protegiéndolos, y sentí que se contenía para no salir corriendo. Miró mi cabeza y se alivió calmándose, cuando vio entre mi pelo alborotado, los restos de una caída en forma de costra. Sonrió relajado y preguntó por ese salón que hará posible el encuentro de la ciencia con mis conciudadanos.

AHORA

Esa reacción suya, que arrinconé, es la que me tortura: ahora la recuerdo con la facilidad y asombro de cuando te viene a la mente lo que te sorprende haber olvidado.

Lo único vivo en mí son las imágenes que se me acercan del pasado con la nitidez domada del tiempo; espectador de lo que protagonicé. Todos somos observadores de quienes fuimos, sintiéndonos tan ajenos a ese pasado, que ni nos reconocemos, como desdoblados, justificando lo que hicimos. Lo que hacemos.

Esa mirada de espanto que el frenólogo me dedicó, da poco margen a la tranquilidad. Pero la expresión que de verdad me aterra, es la mía al enfrentarse a la suya: como si mis ojos antiguos supieran más de lo que yo sé de mí ahora.

LO QUE FUI

Convencer a mi madre no fue fácil. “A ver hijo, ya te dije que no quiero un hipnotizador en mi casa, es algo que me intranquilizaría durante meses; eso de dormir a quien sea para que haga lo que jamás haría despierto, no es de recibo. Marita asistió a uno de esos espectáculos y vino horrorizada. Me lo contó en la merienda de los jueves: “¿Sabes?, fue la velada más extraña de mi vida, cierto que es lo mismo que te aseguré de la del ventrílocuo, pero esta lo supera: nada que ver.

Te cuento: estábamos todos sentados nerviosos, comentando si alguien había participado en algo así, y cómo no, Felisa salió con que ella sí. Ya, fijo, esa cursi siempre ha de dar la nota; si le hiciéramos caso, tendríamos que tragarnos que lo ha

visto todo en este mundo. En fin, a lo que iba, ahí estábamos expectantes esperando cuando Dolores, ya sabes lo que le gusta destacar, creo que prestaría su casa hasta para una guerra, si con eso lograra llenar su salón, por cierto, el cambio de cortinas ha sido un desacierto.

A lo que iba, la anfitriona se levantó para presentarnos a Monsieour Poulin. Nadie esperaba, te lo aseguro, que fuese tan bajito, tan poca cosa; movía las manos sin descanso, sus piernas eran dos palillos, el traje se le arrugaba sin gracia alguna, qué poca prestancia. Pero, y hay que decirlo, tenía una voz: qué voz; suave, firme, envolvente, al hablar era como si desapareciese en ella. Imponía, te lo aseguro. Pidió un voluntario, puedo confesarte que estuve a punto de levantarme; se me adelantó Cordelia. Menos mal: me pasa eso a mí, y me encierro en mi cuarto sin salir nunca más hasta morirme, te lo juro. El tema está en que el espectáculo empezó de lo más tedioso y predecible.

–Buenas tardes, ¿me dice su nombre, por favor?

–Cordelia.

–Gracias, Cordelia. Se la ve tensa, relaje, no pasa nada –los nervios se le notaron en la risita boba con la que contestó–, tranquila, respire hondo, así, eso es. Muy bien, ahora mire esté reloj, eso es, correcto, no piense en nada, solo sígalo con los ojos sin mover la cabeza, así, izquierda, derecha, sin prisas, respire, sienta cómo sus párpados le pesan, quiere cerrarlos, tiene sueño, eso es, respire hondo, ha de dormir, siga el vaivén del reloj, desea dormir, ese cansancio. Abandónese, descanse… ¿me escucha, Cordelia?

–Sí.

–Muy bien. Ahora, estimado público, por favor, como comenté antes, no hagan ruido; su amiga está en trance, no debemos perturbarla. Está en una fase de la inconsciencia donde hará lo que se le pida, luego no recordará nada de lo sucedido. Vean: Cordelia, levante su mano derecha. Eso es. Ahora manteniéndola así, suba la izquierda. Muy bien. ¿Ven?, no la bajará hasta que se lo ordene. De acuerdo, descanse, coloque los brazos en su regazo. Muy bien. Querido público, ¿quién quiere darle una orden? La ejecutará sin dudarlo.

"Como te cuento, le solicitaron que maullara, cacareara, contara del uno al veinte hacia atrás, que se levantara para dar unos pasos de baile; todo lo realizaba como una muñeca complaciente. La verdad es que nos lo estábamos pasando bien, viéndola ahí humillarse con esas cosas de crío. Entonces su marido intervino requiriendo que le contara lo que hizo el lunes por la tarde. Nos pareció la cosa más aburrida del mundo, con la de risas que nos llevábamos, pero en fin, ahí nos tienes, callados para escuchar una retahíla de insulseces domésticas, hasta que soltó lo que soltó".

–Te dije que me iba donde Amalita, como todos los lunes, pero no fue así; me dirigí a casa de Teodoro, como siempre que puedo, y nos pasamos el resto de la tarde en su cama, riéndonos de todos, siendo felices, viviendo de verdad. Luego me vestí, regresé a casa para preparar la cena y aguantar los mismos comentarios insustanciales y tediosos de siempre sobre lo que había sido tu día.

“El marido buscó al nombrado pero no estaba, y eso que le vi en la fila de detrás de los Domínguez; supongo que se lo barruntó, y antes de que su amante llegara a la parte de la cena, desapareció. La verdad, chica, qué velada”.

Mi madre me tenía harto con tanta tontería aunque debía aguantar firme: “Mamá, ya le he dicho que no es un hipnotizador, ni ventrículo o mago: es un científico de los serios”; “¿Y para qué quiere venir aquí?, los profesores van a las facultades a mostrar sus conocimientos, no a casas decentes”; “Don Leónidas quiere divulgarlo a todos, no solo a los entendidos”; “¿Qué era eso que sabe?”; “Cómo somos, madre, puede saber cómo somos las personas inspeccionando la cabeza de cada uno”; “Por dios que no permitiré que nadie nos despeine, qué barbaridad, qué se diría si en mi casa todas las damas salieran con los pelos de loca. Tú quieres hundirme; no, hijo, no, ni lo pienses”. Me retiré estratégicamente en ese punto: uno ha de saber cómo atacar y cuándo. Me pasé la mañana ideando el contraataque. Salí para despejarme.

“¿Cuándo podremos disponer del salón, joven amigo?”, intuía que sus prisas no eran académicas, la necesidad de encontrar clientes entre los asistentes lo evidenciaba los brillos del traje algo ajado y la pensión, nada lujosa, donde iba a buscarle. Una vez más, salté al vacío; “¿Para qué día lo quiere?, así vamos anunciándolo”. La alegría se le escapaba por los ojos mientras contestaba que el viernes mismo, que hoy martes se podría empezar a anunciar el evento, si lo veía oportuno. Como lo vi oportuno, me pidió que le ayudase. Fuimos a su cuarto, donde ocupaban el espacio una cama individual, un aguamanil, una mesa con su silla. No había armario, pero el hombre se las apañaba con dos maletas: una con ropa, y otra, a la que se dirigió, repleta de los folletos con los que empapelaba las localidades. Cogió unos cuantos, se sentó con la pluma preparada, y amable me preguntó, por favor, la dirección del salón. Todos los impresos disponían de un espacio en blanco a pie de página para añadir, a mano, tanto los distintos lugares como las horas; “Una gran idea de mi secretario, ya ve, así se evita uno la molestia de buscar imprenta en cada sitio, aparte de lo caro que sale imprimir unos pocos cada vez, aunque eso sería lo de menos, ¿no cree, joven? El tiempo es oro”. Le dicté las señas antes de marcharme con la excusa de ultimar detalles. “Espéreme para repartirlos”; “Usted manda, joven amigo, se hará como diga”.

Me acerqué a la puerta de la iglesia donde hacen corrillo, tras el Ángelus del medio día, las señoras de más influencia en este provincianismo cultural para preguntar, inocentemente, dónde iba a dar su conferencia ese profesor tan importante e internacional que estaba aquí de paso. Las reacciones fueron las predecibles, las preguntas se cruzaban, la intriga de quién sería las tenía soliviantadas. Les puse en las manos los folletos informativos sin que se dieran ni cuenta, iban alborotadas como gallinas en el gallinero cuando alguien entra, aunque sea para nada.

A cada una le comenté una virtud distinta de don Leónidas, la expectación

crecía, la desazón sobre quién alojaba a tan eminente caballero, corrió más que yo al ir a casa, donde mi madre, al saber que estaba en mi cuarto, me llamó con urgencia: "Dime, el catedrático ese que decías, ¿ya tiene salón?"; "¿Por qué me lo pregunta, madre?, usted dijo claramente que no, no sé si ha buscado otro lugar"; "Hijo, siempre tan drástico, que yo recuerde, no fui tan rotunda, en fin, si quieres, para hacerte un favor, pues dile que venga a casa". Ese ofrecimiento, antes negado, se lo debía a la imbecilidad, los celos y las rivalidades. Me quedé pensando que quizá ahora podría elegir el salón que deseara. Mi madre ansiosa, intuyó algo así porque me prometió que si accedía a venir, me daba el permiso para ir a casa de tía Eugenia por Navidad. "Bien, voy a ver si quisiera, aunque no te garantizo nada"; "Y ese tren que querías, dalo por comprado".

Nos pasamos la tarde distribuyendo la propaganda.

La velada fue memorable, un éxito; parece que querer saber cómo es uno mismo, y sobre todo, los de al lado, funciona. A nadie le importó despeinarse, escuchaban su diagnóstico atentos, moviendo ligeramente la cabeza cuando se sentían identificados, o con risitas disimuladas cuando criticaba algo de un conocido. Como conocía al hombre del momento, me di cuenta de que suavizaba sus conclusiones, evitando ahondar en los defectos y abundando en las virtudes. Casi todos se hicieron leer. Yo no lo intenté ni él me lo pidió.

"Gracias, joven amigo. Tenga esto por su ayuda. Espero que coincidamos de nuevo".

Su regalo al despedirse, una minúscula calavera de yeso, me observó con esos ojos vacíos y sabios desde ese día, todos los días.

AHORA

Si los muertitos de la hija de los de la funeraria me despertaron el interés por la muerte, y la prostituta apuñalada por lo inesperado, el asesino de Leónidas me descubrió la capacidad de algunos para hacer el mal por el mal mismo.

Mi vida era interesante gracias a todos ellos.

Supe, porque los busqué en la hemeroteca, de los crímenes que cometió Domingo Guadalupe Serrano. Algo en su historia criminal me intrigó lo suficiente como para explicármela a mi modo.

Domingo fue acusado de matar a sangre fría a trece personas: doce mujeres y un hombre. Ese varón desbarataba el efecto que, tras intentar que encajara en el perfil de asesino en serie sin conseguirlo, optaron por afirmar que no fue un asesinato elaborado, sino casual, un accidente: esa víctima discordante estuvo en el lugar y el momento equivocados. Quedándose tan panchos cerraron el caso endilgándole los trece cadáveres: don Guadalupe lo permitió sin queja.

Esa desuniformidad en el sexo de las víctimas es lo que me intrigó tanto. Bueno, eso, y otro detalle.

Lo escribiría ahora si estuviese redactando mi novela.

Una de esas tardes en las que Domingo callejeaba en busca del estímulo que le abriese la dimensión donde se sentía vivo, se topó con una escena que le llamó la atención lo suficiente como para detenerse a observarla de ese modo suyo invisible. Lo que contemplaba era un hombre oculto en las sombras de un portal vigilando a unas mujeres; algo de lo más trivial, si no fuese porque reconoció lo que solo los iniciados entienden: estaba acechando. Domingo y ese desconocido tenían en común ese rastreo de presas.

Se extrañó gratamente; nunca, en todos sus años de actividad, se había encontrado cara a cara con un asesino como él. Estaba encantado; verlo, le desvió de sus deseos de buscar una nueva pieza. Tenerlo enfrente superaba ampliamente leer biografías de asesinos célebres, estudiar sus juicios para aprender de sus errores, y por supuesto, leer novelas policíacas a las que despreciaba por burdas; en cuanto leía la estupidez recurrente de que un asesino brutal va dejando pistas para que lo encuentren, porque necesita que lo detengan, cerraba el libro con rabia: "arcadas me da esta solemne idiotez, ¿no habrá nadie que tenga las agallas de escribir con sinceridad y rigor la parte del protagonista?", con eso se refería al asesino, se entiende.

Pero ahora tenía uno delante, uno real, libre, y lo mejor: lo había encontrado al principio del proceso. Su entusiasmo casi le delata: se movió bajando la guardia; inmediatamente notó como el otro miraba tenso en su dirección. Recuperó su invisibilidad; "si sabe lo que se hace, se irá".

Efectivamente se fue. Contento porque así demostraba que no era primerizo, le siguió.

En este punto me atasco invariablemente, porque no sé si queda mejor que lo vigile o que sea el azar quien los vuelva a unir. Los dos caminos tienen sus pros y sus contras. Y los dos son tediosos; lo interesante no es ese juego del ratón y el gato: lo atrayente es que Domingo Guadalupe tenía un espejo delante para verse.

Las semanas pasaban, la obsesión de Domingo por el Semejante, que así lo bautizó, era más intensa aún que cuando cazaba. Verle actuar, acechar a la mujer que eligió, seguirle mientras la seguía, anticipar, adivinar sus pasos, le llenaban los días, hasta que supo que los preparativos habían terminado. Hoy mataría.

El parque que atravesaba la Morena, como llamó a la presa, se lo conocía muy bien, de hecho ahí enterró a su tercera víctima, la que dan por desaparecida todavía: qué recuerdos. Fue de las primeras; aún torpe, dudó unos segundos antes de apuñalarla, ella aprovechó el titubeo para escapar, menuda chapuza: tuvo que perseguirla, agarrarla, reducirla a base de golpes, en la lucha cayó para darse contra una piedra en el suelo, matándose ella misma. Qué decepcionante: tanto trabajo para eso. Aun así la apuñaló, pero no con calma, como debía hacerse, sino con rabia. La frustración hizo que la enterrase, que renegase de ella: no era su creación, se negó a ponerle la rosa: no firmaría esa aberración.

Sonrió recordando. Sus ensoñaciones casi le despistan de la presencia del otro; sin duda sabía moverse; se había situado, con un perfecto dominio del sigilo, en la posición ideal para abordarla. La tensión de la espera era mayor que cuando él mismo actuaba. Hasta que sucedió algo que aún le desconcierta: ver a la mujer observada por quien la iba a atacar, no le gustó. La excitación de verse desde afuera, se convirtió en una amargura insoportable. Todavía desconoce por qué le sobrevino la urgencia de impedirlo. Fue todo tan rápido que el asesino frustrado no alcanzó a comprender que lo mataban: la mujer atravesó el parque sin contratiempos.

Por supuesto, tampoco firmó ese cadáver con una rosa, pero el dibujo de sus cuchilladas lo delataba igualmente. Cuando le acusaron de esa muerte, la aceptó sin rechistar. Aún ahora no atina a interpretar qué sintió: lo que le costó encontrarse de nuevo en su dimensión, retomar la emoción de quitar vidas, incluso se planteó que matar ya no le era válido, "menos mal que me recuperé", se dice siempre.

El otro elemento que me había llamado la atención en el informe de Domingo Guadalupe era la violencia en escalada contra las últimas víctimas, cinco más después del hombre; esta historia lo explicaría perfectamente.

A veces la ficción complementa lo real.

AHORA

Cuando comenté los lugares que más paz me procuraban se me olvidaron los cementerios. Me gustaba visitarlos vacíos –al menos de vivos–, pero también en los entierros: observar a las personas en ese trance tiene su miga. Tengo anécdotas memorables, de esas que nadie quiere escuchar por no sé qué decoro mojigato con el que apartan cualquier alusión a muertos, camposantos y espíritus; no digamos, si encima, añadimos risas a la mezcla.

Podría hablar del viudo de la tendera, mujer optimista aunque desconfiada, que terminó muriendo sin compartir con su esposo, don Marcelino Quiñones Montañana dónde escondió el dinero, documentos importantes –incluido el testamento–, y demás papeleos del negocio: "Vaya que se lo tenía dicho: Deja todo anotado, si te sucediera algo a ver cómo me apaño yo con tus cosas"; "Ay, hijo, ¿y qué me va a pasar?, tú tranquilo y a lo tuyo –lo suyo era inventar cosas–"; "No te cuesta nada"; "Claro que sí, ¿dónde guardo ese papel para que nadie lo encuentre, Marcel?, a ver, dime, si ahí quedaría lo que nos va a mantener en la vejez"; "Por eso lo digo, cariño, porque si te pasa algo, Dios no lo quiera, ¿qué hago yo?"; "No me sucederá nada, mira que eres cenizo, hombre, hale, a por tus patentes, que si una sola de las que haces saliese bien, ya tendrías dinero para lo que quisieras". Y se reía con ganas.

Ahora aquí estoy, solo, y ella, allá está: muda eterna".

Eso se lo escuché a don Marcelino en el entierro de Paca, la tendera. A partir de ahí, por supuesto, tomé interés en el asunto, vigilando al viudo durante semanas.

Fui testigo de cómo el hombre, de mohíno y preocupado, al que le paraban por la calle las amistades para consolarlo, y a las que aburría con su monotema, cambió de actitud por completo tras un encierro en casa de cuatro días, donde la luz encendida por las noches, delataba insomnes. Sus amigos se debatían entre el deber de visitarlo y el agobio de escuchar su cansino miraquenodejarnadaapuntado. Se evitaron la decisión: al quinto día, el hombre salió feliz y renovado: tenía un propósito evidente.

Contento, porque era más bien aburrido lo de antes, lo escolté a distancia hasta que entró en la biblioteca. Los libros que consultó estaban sobre la mesa, como piden las normas y la encargada, a cada nuevo usuario: "Por favor, los que cojan para ojear, no los guarden de nuevo, que nunca atinan con el hueco original y nos dejan las estanterías hechas un desastre espantoso, luego hay que ir adivinando dónde los colocaron para situarlos en su lugar". Un día le pregunté a la más amable por qué lo decían siempre, si era uno de los puntos señalados en la hoja, bien a la vista, sobre cómo usar las instalaciones, "Porque nadie lo lee".

El asunto está en que Marcelino sí hizo lo correcto, bien porque lo sabía, bien por evitarse el esfuerzo de reubicarlos, con lo que me asomé a su curiosidad: los tomos trataban sobre los inventos menos populares de Edison, abrí uno; mis ojos se pasearon por el índice hasta dar con el necrófono, número de página ochenta y cuatro. Ansioso la busqué para encontrarme con su definición. Necrófono (Necrophone): entre las invenciones menos conocidas del inventor, está el llamado teléfono de los espíritus, o necrófono, un aparato capaz de grabar las voces procedentes del otro lado. Creía firmemente, que la muerte de cada uno de nosotros, libera unas partículas inmortales a las que consideraba vivas y conscientes, por lo tanto, perceptibles.

Me admiré del invento hecho para recoger esas moléculas eternas, encantado seguí leyendo lo que eran los detalles técnicos del teléfono; un galimatías del que se fugó mi mente para contemplar las posibilidades de esa maravilla que Marcelino iba a fabricar seguro. Cerré el libro y abrí mi imaginación.

Empecé una lista de gente con la que hablar, mientras me preguntaba cómo haría el aparato para despertar la voluntad de los muertos y que se rebajasen a contactar con unos mortales fastidiosos.

Intenté encontrar la respuesta del mismo Edison. Sus libros desparramados sobre la mesa me decepcionaron por lo poco que comentaban de ese intercambio entre los mundos. De hecho, en la mayoría de ellos, ni se nombraba. En uno, aunque no trataba el tema del teléfono místico, sí decía que el hombre también se aventuró en el mundo del juguete, creando un ingenio que se colocaba dentro de una muñeca y que, gracias a él, repetía las frases que grababa como si fuese un loro. "Esto igual lo conoce el doctor, se lo preguntaré"; "¿Lo de las muñecas parlantes, dices?, sí, lo sabía, de hecho, tuve una en mis manos: estaba irremediablemente rota. Verás, es que, tras varias grabaciones, la voz se les

cascaba y deformada, hablaban a destiempo, dando sustos terribles en los momentos más inoportunos. Imagina lo que sucedía cada vez que la muñeca se lanzaba a decir, con voz de ultratumba, sin que nadie se lo hubiese pedido, que quería salir a jugar, que le cambiasen el vestido, o que tenía hambre. Así que, el miedo y la impresión de que, efectivamente, hablaban, las hicieron indeseables. Su virtud las condenó; ese habla averiado, carraspeante, tartamudo, se extirpó en todas las muñecas, aunque ni mudas sobrevivieron; las niñas con tan solo verlas, recordaban esa voz escalofriante, conque las escondieron en las zonas más oscuras de sus armarios y de su memoria"; "¿Aún tiene la muñeca que habla?"; "No, lo que sí tuve un tiempo fue el invento en sí, el cilindro que grababa la voz, pero debió perderse con los años, son de esas cosas que, a pesar de lo mucho que se admiró, terminan olvidándose, si no me lo preguntas, ahí habría seguido"; "¿Puedo buscarlo?"; "Inténtalo".

Lo quería para ver si algún muerto despistado, lo creía necrófono y permitía que sus partículas inmortales hablasen por boca de la muñeca a la que iba a ponérselo, hasta tenía elegida una de las de mi hermana.

Jamás lo encontré.

AHORA

Lo del necrófono nunca resultó, Marcelino solo logró arruinarse todavía más al intentar fabricarlo mientras, para comer, gestionaba la tienda de su mujer sin lograr remontarla: la abría a destiempo, no reponía los productos, más pendiente del teléfono que de las clientas que se le fueron yendo en silencio, cansadas de la ineficacia, de las quejas perennes contra Paca por su falta de previsión, y porque un avispado abrió una tienda igual, dos manzanas más arriba, con mejores artículos.

Si el teléfono hubiese funcionado, igual ahora podría comunicarme con los que se me acercan, pienso que mis partículas eternas deben estar flotando a mi alrededor, por eso, a veces, me visitan muertos o recuerdo vivencias de otros: debe haber una mezcla de átomos eternos en esta habitación de cuidado, un batiburrillo más o menos igual de caótico que esta novela en la que aún voy por mi niñez, sin ser capaz de recordar más parte de mi vida. De ahí, salto al arma en mi mano. A la duda de quién soy en realidad.

LO QUE FUI

Otra de las conversaciones escuchadas en un entierro fue la que me acercó a ese limbo de las relaciones adultas contra la soledad. Me llamó la atención porque las dos mujeres la mantuvieron en un aparte, con secretismo, lejos de la cola de condolencias. "Entonces, ¿vas a ir o no?"; "Ay, hija, qué insistente, pues no sé";

“A Lucita le ha ido de maravilla, a la vista está, mírala; bien agarrada de su brazo”; “No creo que sea decente venir acompañada de ese”; “A ti lo que te pasa, es que estás llena de prejuicios, eso te pasa. Pues que sepas que así no encontrarás a nadie, que a todo le pones pegas, sigue así y te quedarás para vestir santos”; “Eso, encima la culpa es mía por ser honrada”; “Lo que eres es una rancia: las agencias matrimoniales son una oportunidad, tú las tratas como si fueran burdeles”; “Jesús, María y José, por dios que dices unas cosas, ¿no te da vergüenza nombrar eso en tierra sagrada: que estamos en el camposanto”; “Eso, tú santíguate, Lo que yo te diga, eres una mojigata sin remedio. Haz lo que te dé la gana, pero a mí no te me quejes más de soledad”.

Agencias matrimoniales, ¿qué sería eso?, ¿cómo podría enterarme?, ¿a quién preguntar? Las seguí un rato, pero enfadadas, evitaron hablar, incluso mirarse. Quise buscar entre las mujeres a Lucita; imposible distinguirla: eran varias las que iban colgadas del brazo de un señor.

Recapacité, debía ser un lugar discreto, aunque no tanto como para parecer indecente. Se anunciaría en los periódicos o revistas. Igual en la radio. Seguro que sí.

Ahora que sabía qué escuchar, estaría atento a las telenovelas de mi madre por las tardes. “¿No sales esta tarde, hijo?”; “Sí, luego”. Se la veía incómoda. “¿Y vas a estar en el salón hasta que te vayas?”; “Sí, ¿por qué?”; “Eso digo yo, por qué, ¿no estarás mejor en tu cuarto?, o en la cocina, pilla algo de dulce, dile a Manuela que te dejo”; “Aquí estoy bien, gracias”. Revolviéndose en el sofá sin más argumentos, me hizo ir a buscar a mi hermana, quizá para ser dos contra uno. Empezó el serial al que jamás le había dedicado atención: un jaleo de nombres incomprensibles entró en juego, por el rabillo del ojo, las veía sufrir por momentos, los diálogos eran demenciales, y cuando más risa daban, más se acercaban el pañuelo ellas, era un despropósito continuo: madres, hijos, huérfanos, herencias, villanos, ingenuas y arpías. Qué vidas de cartón tan estúpidas, menos mal que antes de abrir la puerta a Alberto María De la Cruz que venía a pedir perdón a Adelaida Martina, hija supuesta de doña Mercedes Alcántara, que en realidad era su tía por parte del padre que no conoció, cortaron para dar paso a la publicidad donde mi madre y hermana, aprovecharon para llorar a gusto que antes, para no perder palabra, gemían en silencio. Y yo atento a ver si tenía suerte.

La tuve a la sexta tarde de escuchar el drama radiofónico que, por cierto, me fue enganchando tanto, que debí usar mi voluntad para no acercarme al salón al día siguiente a las horas de emisión, con cualquier excusa que me inventaba para engañarme, mal disimulando que iba a lo que fuese, menos a escuchar cómo Adelaida se las ingeniaba para salir de los embrollos de esa vida caótica.

A lo que nos ocupa, el hecho es que, en el corte publicitario, dieron la dirección y nombre de la agencia matrimonial Feliz Encuentro, estamos en la calle Alta de tu ciudad, no permitas escapar tu dicha. Acércate.

Me acerqué. Esperé en el patio cerrado hasta que entró un vecino; aproveché para colarme; subí por las escaleras con el aplomo de quien lo hace a diario sin

levantar sospechas. El Feliz Encuentro estaba en el tercer piso, la placa dorada en la puerta, indicaba el horario.

Llamé consciente de que me rechazarían nada más abrir; la mujer que lo hizo, seca más que delgada, vestida con una seriedad exagerada y unas gafas espantosas, me miró con desconfianza: "¿Eres el de doña Blasa?"; "Sí, señora"; "Entra y siéntate un momento; no te esperaba tan joven, en fin, ella se sabrá". Sentado donde me indicó, aún con la adrenalina del embuste alterándome todo, curioseé la estancia: una mesa, muchos archivos, un ventanal detrás de unos visillos corridos, y la señora severa removiendo papeles, consultado dietarios, anotando en fichas lo que no podía distinguir, y un ventilador de techo en reposo. "¿Tienes nombre?". Me giré hacia la voz retomando el susto: terreno peligroso; "Sí, señora, claro"; "¿Y bien?"; "Perdone, me llamo Manuel"; "Dijeron que vendría Lalo"; "Bueno, es que así me dicen en casa". Sus ojos, empequeñecidos por el cristal grueso de las gafas, se relajaron algo. "Manía con los apodos, en fin, ahora cuando diga, entras ahí". Desconcertado seguí el gesto de su cabeza y vi una puerta cerrada a su derecha. "Lo que usted diga". La educación siempre acalla sospechas. Se desentendió de mí para seguir anotando en las fichas sus cosas.

Al rato, se escucharon ruidos de sillas y voces apagadas, se abrió la puerta y salió una señora ilusionada con un papel en la mano al que no dejaba de consultar. Se giró para despedirse de una voz suave, mientras la señora seca se levantaba para acompañarla a la puerta de salida; "Espero que todo bien"; "Sí, sí, gracias"; "Venga a visitarnos, a contarnos lo estupendamente que le va: no nos olvide". La cara de la mujer se puso colorada, soltó una risa boba y diciendo qué cosas dice, Elvirita, se marchó tan contenta.

Elvirita una vez cerrada la puerta, cambió la sonrisa meliflua y las palabras cursis sin transición, para indicarme con su modo natural desabrido, que pasase, date aire, chaval.

Pedí permiso para entrar, me lo dio la voz tranquila de antes. Dentro había, como no, una mesa, varias sillas, más ficheros, y una señora amable, grandota ella, de ojos tan claros que inquietaban. "Hola, siéntate, eres Lalo, ¿no?"; "Sí, señora"; "Ya, bueno, no te esperaba tan joven, en fin, perdona, es que los mensajeros que suelen mandar quienes no desean acercarse, son más mayores, no quería ofender". Una sonrisa brillante iluminó aún más esos ojos". Permanecí callado; el silencio invita a que los demás hablen. "Pues bien, si vas a ser nuestro enlace, dile a tu señora que nos has de devolver esto", me alcanzó un sobre cerrado mientras añadía "bien cumplimentado y coméntale que también incluye las instrucciones más prosaicas y prácticas, que si no entendiese algo, nos lo escriba en lo que tengas que traernos"; "Eso haré". Se levantó, hice lo propio y me despidió hasta la próxima vez, Lalo.

Elvirita intentó una sonrisa dedicada, por supuesto, a la destinataria de la carta, no a mí, con lo que se le quedó algo torcida. "Hale, a tener buen día".

La emoción de la suerte se mezclaba con el cómo salir del embrollo y con la diversión de ser quien no era: "los espías viven en este equilibrio peligroso a

diario. Qué agotador y fantástico".

Lo primero, leer la carta, luego, ya vería. Cuando llegase el Lalo real, se iba a montar una buena, y lo peor, es que yo no podría regresar.

No esperé ni a salir del patio; los papeles que debía rellanar doña Blasa Inmaculada Herralde María, eran de lo más divertido: preguntaban sus gustos para todo y en cualquier aspecto; desde lo que prefería para desayunar hasta sus creencias religiosas o necesidades en la cama, claro que en distintos apartados, y eso último, con unos eufemismos que dificultaba muchísimo la comprensión. Con esto, era fácil adivinar qué era una agencia matrimonial. Me pregunté si el formulario de los hombres sería tan pacato en esos temas, "fijo que es completamente distinto", suspiré, me quedaría con las ganas de saberlo, mejor no regresar ni entregar el informe a la mujer: el riesgo era mayor que el beneficio de leer las insulseces con las que lo rellenaría.

Empujé la puerta para salir de la finca un tanto decepcionado "vaya tontería esta". Antes de irme, entró un caballero de rasgos y aspecto tan llamativos, que se me grabaron.

Aún no lo sabía, pero no fue en vano haber ido: lo supe cuando volví a ver al mismo señor, dos semanas después, del brazo de doña Blasa, a quien reconocí por la foto de la ficha usurpada.

AHORA

Debe ser viernes, ha entrado el peluquero, un hombre menudito, afable, muy hablador; ocupa el espacio de palabras sin esperarlas de vuelta, me entretiene mucho; cuenta historias divertidas, casi anécdotas por lo breves, picoteándolas. Las mejores son las que solo me dice a mí, esas que nadie quiere escuchar por lo truculentas, intentó con una o dos, pero le paraban de inmediato: "Calla, por favor, Josete, qué angustia, no sigas". Para que no se le atasquen, las libera conmigo.

"¿Qué tal estamos hoy?, ya veo que bien –examina el gráfico invariablemente con la pregunta, grave, como si lo entendiera–, ahí vamos, estupendo. Si no hay más que verte, hale, a ponerte bien guapo". Me tutea siempre, claro que el primer día, me pidió permiso: "Si no te importa, te hablaré de tú, porque es lo que digo, para qué tanta formalidad cuando estamos metidos en la lucha contra la entropía, esa fuerza constante de la naturaleza hacia el caos; si la dejásemos, nos devoraría. Me impresiona especialmente cuando veo esas imágenes de edificios abandonados de donde les nacen árboles, como esos monasterios hindúes en las junglas que los atrapan regresándolos a lo que fueron. Pues eso, nosotros luchamos contra esas barbas y pelos, que si no atajásemos, nos cubrirían: fíjate qué caso presencié en una ocasión; espeluznante. Nadie lo quiere escuchar pero seguro que tú sí".

Tenía razón, sí lo quería oír. Fue su primera historia.

“Me llamaron para asear a un mendigo, jamás vi un hombre tan impregnado de entropía: sucio hasta el punto de no reconocerse el color de la piel. El pelo, enmarañado hasta lo imposible, pegado al cuerpo, indistinguible de la ropa, que era una segunda epidermis. El olor que despedía era una vaharada de hedor más asociado a un cuerpo en descomposición que a uno vivo. El hombre se debatía contra todos nosotros, se negaba a que le bañaran, tuvieron que usar unas mangueras y a cinco hombres, para quitarle la mugre, lavarle el pelo para que pudiera cortárselo, y ablandar la barba que le comía la cara. La ropa se la dejaron puesta en este primer aseo. Mira que llevo años en la profesión, pues me salieron ampollas de lo mucho que tuve que cortar y de la fuerza de ese pelo salvaje, la barba le llegaba a la cintura confundiéndose con piel y tela.

Pero eso no es lo que me impresionó, no señor. Fue cuando quisieron vestirle. Con persuasión, lograron arrancar, que no quitar, los jirones de ropa, le pusieron una muda del tejido más suave que tenían, por miedo a que su piel lo rechazara. Cuando fueron a quitarle los zapatos, el hombre, que vencido, se dejaba hacer, se revolvió de nuevo aullando más que gritando, pegando con fuerza a los hombres que pilló con la guardia baja: no había manera de tocar su calzado. Se me ocurrió, y así lo dije, que lo descalzaran rasgando el cuero con una navaja y lo retirasen a trozos. Les pareció buena idea; acostaron al hombre y rompieron los zapatos. Amigo, vimos por qué bramaba tanto. Las uñas. Las uñas de los pies le habían crecido dentro de las botas que no se descalzó en años; evolucionaron creando una masa en espiral rellenando el espacio mínimo que dejaba el pie, andaba sobre cinco uñas retorcidas, enormes, duras, espantosas. Nos quedamos sin habla, llamamos a un podólogo para que le curase la infección y las cortase. El hombre intentó hacer su trabajo con profesionalidad, como si fuese lo normal ver esas raíces en el pie. Le vimos sudar tinta china, oye. Tardó horas.

Ya ves lo que se pierde la gente por no querer saber de estas cosas. Bueno, ya estás aseado. Un placer conocerte, vendré el mes que viene a la misma hora, no me faltes”. Se fue sonriendo, como habría hecho yo de poder; qué alivio encontrar a alguien capaz de bromear conmigo y de mí.

A ver qué me cuenta hoy.

“Buen viernes, amigo, por lo que me han dicho, has tenido novedades, el gráfico lo indica; qué barbaridad, qué manera de desbocar ese corazón, pero ¿adónde crees que ibas? Tú aquí, tranquilo, nada de arrebatos, ¿o es que quieres dejarme sin clientes?, de cinco que erais, solo quedáis dos, eso es ser egoístas, no pensar en Josete, en su bolsillo. Si tuviese hijos, quizá, os ablandarais más, pero claro, un solterón no mueve a compasión. Muy mal. A ver esa barba, vale, pongamos espuma. Eso es. El otro día me pasó algo chocante, te cuento.

Estaba atendiendo a don Matías en su domicilio, porque el esguince que se hizo tras una caída en plena calle, le impide moverse. “Mire que me sabe mal que tenga que venir, Josete, si con un bastón podría apañármelas de lo mejor”; “No empieces de nuevo con la cantinela, marido; te dijeron bien clarito que ni pensar en apoyar el

pie o se te estropiciaría por completo"; "Nadie habla contigo, mujer, siempre has de estar en todo, guste o no: métete en tus asuntos y deja vivir"; "Perdona querido, pero esto es mi asunto, a ver quién, si no yo, te habrá de aguantar, cada dos por tres, no solo durante un mes de inmovilidad, sino medio año o más. Conque a cumplir con lo prescrito, para eso se llamó al señor doctor, para que te curase ese estropicio que trajiste tú solito de la calle"; "Calla ya, pesada, no avergüences a Josete. Usted sabrá disculparla. Ande, vete a ver cómo va la nuera".

Para quitar hierro, pregunté si la joven estaba mala. "No, bueno, sí y no, está en reposo debido a su estado de buena esperanza"; "Felicidades, don Matías, qué ilusión, un nieto". Se revolvió en el asiento incómodo, preludio de alguna confidencia, con lo que me agaché algo para que la voz baja que iba a usar, me llegara. "Es que verá, la pobre ha pasado por esto tres veces; los otros dos embarazos terminaron mal". Tras afeitarlo, le retoqué las puntas en silencio.

Quedamos para ayer, que es cuando empieza lo que quería contarte, esto solo eran los antecedentes; sin ellos, no se entendería ni la mitad. Qué suavita va la navaja, esta espuma es lo mejor. Pues verás, desde que me abrió la puerta la sirvienta sentí que algo estaba torcido. Efectivamente, lo has adivinado: la que iba a ser madre, no lo fue; perdió el bebé que se resistió a nacer por tercera vez. Me lo dijo la criada en confidencia, mientras me conducía al gabinete del señor, para que supiese a qué atenerme. "Una desgracia, lo que le diga, pero lo peor fue cuando llegó a casa y entró en el cuarto..., si es que una no sabe si fue a mala idea o para animar..., el asunto es que..."; ahí se interrumpió porque la llamaron, "he de irme; disculpe"; entré en el gabinete para hacer mi faena de lo más intrigado. Antes de saludar, tanteé el ambiente, que era turbio y denso, con lo que mi buenos días, en vez de luminoso y acogedor, quedó algo deslucido, casi tímido. La expresión de mi cliente, barba cerrada aparte, era amarga con tendencia al llanto. "Eso, Josete, buenos días". El tono de voz, acorde al gesto, acortó considerablemente mi charla, reduciéndola a tres frases banales de lo más insignificantes. Él fue quien habló cuando ya estaba por irme.

"Por la tarde empezó la crisis, menos mal que estábamos todos en casa. Víctor, mi hijo, recién llegado del despacho, entró a ver a su mujer antes de sentarse con nosotros en el saloncito, como acostumbra.

–¿Qué tal está Elisa?

–Durmiendo, no quise despertarla.

–No sé si eso es especialmente bueno –intervino, cómo no, mi esposa–, luego las noches las rechaza insomne, te molesta cada dos por tres –Víctor quiso añadir lo que le impidió ella elevando más su voz, ya de por sí aguda–, no me lo niegues, que te escucho trajinar por la cocina y por toda la casa, buscando vaya usted a saber lo que sea que te haya pedido.

–Es injusta con ella, madre, la pobre sufre mucho, está sola todo el día y…

–¿Eso es un reproche?, porque me paso las horas que no tengo a su lado, le leo, le pregunto qué desea, le mando a la chica cada dos por tres –habrá notado, Josete, que esa es su expresión preferida–. Así que ni se te ocurra afearme nada. Además,

ya te lo advertí.

"Ya estaba de nuevo la recriminación perpetua la que, a pesar de tres años de matrimonio feliz usaba, digamos, cada dos por tres. Jamás le gustó la joven, nunca la miró con buenos ojos, para ser justos, ni a ella ni a ninguna de las amigas que se atrevió a presentarnos. Sé que, por lo menos, rompió la relación con dos por miedo a la madre, pero con Elisa se mantuvo firme: la quería.

Esa felicidad serena sacaba lo peor de Raimunda; al principio pensé que eran celos, luego supe que era orgullo herido por no haber acertado en su previsión de fracaso conyugal. Hasta el primer aborto. La desgracia la animó bastante, creyó que sus augurios empezarían a cumplirse: se equivocó, el matrimonio siguió adelante incluso mejor, más unidos.

La inquina hacia la nuera se agravó; la disfrazaba de una amabilidad empalagosa que apenas disimulaba el veneno destilado a cada frase, a cada gesto hacia ella. Preocupado, porque conozco a mi mujer y es de las que no cede, hablé con mi hijo. "Creo que deberíais iros a vivir a una casa propia"; "¿Le he ofendido en algo, padre?". Le vi tan dolido que lo dejé ahí, asegurándole que su compañía siempre era grata.

Vino el segundo embarazo. Para qué le voy a contar; todo fue un calco de lo anterior, con la tensión añadida de que la nuera comenzó a defenderse ante los ataques de la suegra; el ambiente, como comprenderá, se espesó lo suficiente como para que fuese Víctor quien buscase irse. "Creo, padre, que lo que me comentó en su día, lo de marcharnos, pues que sí sería algo a tener en cuenta". Sin explicaciones ni justificaciones, entendiéndonos muy bien sin ellas, tratamos los detalles prácticos.

Pero Josete, el hombre propone y Dios dispone, Elisa quedó embarazada de nuevo; esta vez las órdenes del médico fueron tajantes: "Reposo absoluto desde este mismo instante", ahí quedaron los planes de mudanza: acostados. Las dos mujeres se han estado odiando cordialmente desde entonces.

Ayer, como dije, estando en el saloncito, escuchamos un grito débil, pero grito sin duda, procedente del dormitorio. Víctor, alarmado, subió corriendo, para bajar blanco, pidiendo una ambulancia. No hubo caso, la noche se llevó al nieto de nuevo. Esta criatura no nos quiere nacer.

Unas lágrimas le interrumpieron el relato; si es que hasta a mí se me escapaban. Ahora te recorto las patillas y te dejo tranquilo. Eso es. Bueno, como te estaba contando, sabía que pronto vendría lo grave, lo que superaba el dolor del nacimiento fallido de ese niño tan reticente a venir a este mundo. Un chico listo, añadiría.

Cuando Matías serenó la pena, continuó con la crónica.

"Ya ve, Josete, lo peor no fue lo del nieto, sino lo que hizo Raimunda. Ella jura y perjura que fue para animarla en su regreso, que la duda ofende, que quién me he creído que es. Pero no sé, no lo tengo claro. Por lo pronto me he trasladado a otro dormitorio. Ya veremos, dudo que regrese a su lado, verla ahora mismo, me es imposible".

Hale, hecho, mira qué guapetón –puso el espejo delante como hace siempre; agradezco ese trato de normalidad–. Hasta el viernes que viene –recogió sus cosas en silencio, abría la boca, como dándose impulso para decirme algo más, pero la cerraba de nuevo; tardó bastante en hablar–. No me atrevería a decirte que estás mejor así, aquí, aunque es lo que pienso a veces: que en este cuarto estás alejado de la malicia, del dolor que nos causamos, pero quién sabe qué sientes, igual es peor que lo que hay afuera.

Lo que sí sé es que no me habría gustado ser Elisa, entrar en su cuarto, ver las cosas del bebé que nunca nace, llorar acariciando la ropita, asomarse a la cuna, sentir una forma infantil, suspender el llanto por la sorpresas para, irracionalmente, levantar el velo y observar, lo que durante una milésima de segundo, imaginó su niñito y era muñeca colocada por la suegra –según ella, para no encontrar el nido vacío de nuevo y animarla–, y con la muñeca en brazos, entrar en una irrealidad nerviosa que la llevó de nuevo al hospital donde el pronóstico es poco alentador.

Ay, mejor estás aquí.

Se equivoca: aquí estoy más expuesto aún a todo, a todos.

Aunque sigo agradeciendo sus historias, como la de la madre que se ahorcó en el cuarto de invitados de la hija para que la descubriera ella y no otra persona, con el plan en mente de conseguir arruinarle la vida de por vida debido a la culpa.

Es comprensible, en todo caso, que solo me las cuente a mí; no creo que sea del agrado de muchos más.

En fin, se fue. Regresemos a doña Blasa y su galán, si me siguen interrumpiendo, me acabaré yo antes que la novela.

LO QUE FUI

Me sorprendió verles por la calle, ella algo boba, él muy seguro, hablando como si se conocieran de siempre. Ni quise pensar en cómo solucionaron el asunto, supongo que cuando llegase Lalo, el legítimo mensajero, tras comprobar el error, correrían un tupido velo sobre el fallo para no alarmar a la clienta y preservar la reputación de la agencia; la discreción es vital para estos asuntos.

A lo importante; ahí estaban los dos en una evidente asimetría, tanto por edad como por actitud: Blasa emanaba una felicidad algo patética, entre lamentable y tierna, mientras él irradiaba seguridad y control; sus ojos cambiaban al irse de los de ella, de una atención solícita, a una frialdad indiferente. Le reconocí enseguida como el hombre que me llamó la atención en El Feliz Encuentro: alto, atractivo, de ojos intensos donde se concentraba una expresión que domaba a voluntad, fue eso lo que me admiró; reflejaban emociones dispares en cuestión de segundos. Jamás había visto algo así: tenía sometida el alma.

Fui la sombra de una sombra porque pronto supe que eso es lo que era para sí mismo.

Se llamaba de muchos nombres; uno distinto para cada mujer.

Con Blasa era Fausto.

Sus encuentros, repletos de detalles y atenciones por parte de él, se destacaban por la felicidad algo infantil de ella, donde su aspecto iba cambiando: ropas más alegres, un maquillaje discreto, luz en sus ojos, palabras ligeras.

Una tarde salió de casa transformado; la raya del pelo peinada al otro lado, unas gafas oscuras y ropa nada elegante, lo disfrazaban. Le seguí hasta un parque alejado donde, en un banco, le esperaba una señora muy parecida a quien hoy no fue a ver. "Hola, Ernesto, ¿cómo va todo?"; "Hola, cariño, gracias por haber venido, no te merezco"; "No empieces con eso de nuevo que me marcho"; "No te enfades, perdona. Es que..."; "Tranquilo, lo urgente es que todo se arregle. Toma". La mujer le pasó un sobre abultado que él se negaba a coger; lo tuvo que meter ella en el bolsillo de la chaqueta. "Ni una palabra más: solo es dinero. Lo importante es que ayude"; "Lo hará"; "¿Cuándo crees que podremos vernos de nuevo?"; "No lo sé, amor, pero pronto. Ha de serlo". Ella suspiró abrazándole.

Qué triste y fascinante engañar con las emociones.

Le oí nombrar por las distintas mujeres con las que salía, Fausto, Ernesto, Gregorio, Pascual, Alfredo, mientras sus ojos duros ni se molestaban en verlas, con la excepción de quien le llamaba Donato, ahí su mirada miraba de verdad a la mujer que lo pronunciaba; los sentimientos se le rebelaban. Intenté descubrir el porqué esa distinción; era similar a las demás en todo, aunque nunca la vi entregarle ningún sobre. Cuando estaban juntos, él callaba para escucharla, sin dedicarle palabras bonitas o atenciones, solo sus ojos cálidos, atentos, imposibles con las otras, sus risas genuinas no se quebraban, no había impostura: eran felices. Él era la diferencia.

Fausto-Ernesto-Gregorio iba y venía de la agencia matrimonial, iba y venía de las distintas casas, llevando y trayendo a las diferentes víctimas: mujeres solas, en esa edad en la que todavía no han perdido del todo la esperanza de agradar, la ilusión de convivir, la necesidad de un deseo, velado o aceptado. Mujeres con ganas de no marchitarse aún, que todavía no aprendieron a que no lo harán, porque ser es más que aparentar, y ningún hombre les dará más de lo que ellas mismas sepan darse.

Era un comercio triste, desaprensivo, este de vivir a costa de la ilusión trágica de nadie. Aun así, aún despreciándolo, me apenó su desenlace.

Cuando creí que tenía toda su vida vista, y ya no le seguía con la constancia de los principios, presencié lo mejor.

Sentado, haciendo tiempo en un parque, escuché la voz de él, ya inconfundible. Me giré con disimulo para cerciorarme, y vi su espalda junto a los hombros de una mujer delgada, por lo tanto, nueva; las demás tiraban a regordetas. Escuché. "¿No te dije que con ella no?"; "Sí, hasta el agotamiento"; "Pues date aire, que el dinero lo necesitamos ya. Amanda sospecha"; "Creo que no, estoy harto: lo dejo". La risa de ella asustó a los gorriones picoteantes que salieron volando en estampida. "Qué

necio, otra vez con esto, de nuevo enamorado de una estúpida, ¿cuántas veces has pasado por lo mismo?, eres increíble, si no fuese por mí, estarías pudriéndote en la cárcel"; "Va en serio, me da igual, denúnciame, prefiero una celda a esta vida"; "¿Qué tiene de mala?, ¿acaso no vives como un rey con todos tus caprichos cubiertos sin hacer nada de nada? El riesgo es mío, soy yo quién está expuesta, la que investiga quién es la víctima adecuada, y tú lo echas a perder por esas descerebradas de las que te encaprichas. Eres un desagradecido"; "Te niegas a entenderlo: lo que me es insufrible no es esta vida, sino tú: estar contigo". El dolor de ella tiñó las palabras que siguieron. "Por esto también hemos pasado antes, no voy a repetirme, escoge: la cárcel o como estás". El silencio de Donato-Fausto me impresionó, en él se escuchaban las opciones posibles. Eligió una. "Dame una semana para despedirme de ella"; "Tienes hasta pasado mañana". Al rato la mujer se levantó para irse con pasos algo desmayados pero firmes. Confirmé lo que sospeché por su voz: era Elvirita.

Qué manera tan terrible de amarse la de ellos dos.

AHORA

Es de noche, acaba de entrar la enferma nocturna. Las conozco a todas, son menos que las del turno de día. Esta es la mayor. A veces, entra a refugiarse, saca un ovillo de lana de un bolso para tricotarla, murmurando la cuenta de los puntos; el entrechocar de las agujas me relaja. Comprueba las máquinas, los diagramas, los tubos, y luego a mí, como un elemento más de la habitación.

En otra época estaría muerto, sin esta técnica sería ya tierra. Ese miedo a no ser, comprensible, está sobrevalorado. Al principio, sí quise desaparecer, luego con el tiempo, el que sea que haya pasado, me acostumbré a este limbo: estoy en ese leve umbral entre el todo y la nada que me obsesionó siempre: quizá una premonición de lo que vendría me empujó a buscarlo.

Repasando lo escrito que nunca escribiré, reconozco como ajenos muchos de mis recuerdos; esas memorias prestadas que me gusta contar, me interesan; los que me inquietan son los que creo propios, porque intuyo que todos sucedieron en un tiempo anterior al mío.

Si no son mis remembranzas, ¿de quién son?

Si no soy ese niño, ¿quién es?

¿Quién soy?, si no soy quien recuerdo ser.

AHORA

Ahí está la enfermera de nuevo, esta noche debe haber poca faena, se ha traído su labor: un jersey diminuto, con suerte, lo termina antes del alba. Se da una maña

hipnótica con las agujas. Siempre me han gustado esas tareas creativas: ganchillo, punto, telar, bordar, bolillos, incluso macramé. De unos pocos hilos, telas, lana, cordeles, en manos expertas, surgen manteles, ropas, alfombras, cestas. Desde un barullo se crea el orden; qué necesidad hay de equilibrio, encontrar sentido en el caos, o al revés. Como lo de Emilio.

LO QUE FUI

Emilio Vázquez Ripoll era policía, lo observaba todo sin prisas, desesperando a los compañeros, retrasando hasta el límite ascensos, merecidos sin duda, pero atascados en esa parsimonia que fomentaba la desconfianza entre sus superiores, que retenían su nombre cuando podrían haberlo ofrecido como candidato a exámenes para ascender o mejores puestos. "Si talento y oficio no le faltan a Emilio, es ese moverse suyo, lento hasta la agonía, lo que le frena"; "Nunca mejor dicho, sargento", se reían apartando el expediente para entregar el de otro más ágil y decidido. "En esto de guardar la ley, o se tienen reflejos o te encuentras con un tiro en la esquina menos pensada".

No parecía importarle demasiado lo de promocionarse, cumplía bien con lo que le demandaban y la gente le tenía confianza y hasta cariño: nunca dejaba a nadie con la palabra en la boca ni ponía mala cara ante las peticiones más absurdas de los contribuyentes. Los colegas le pasaban los casos más insípidos y cansinos. "Ya está aquí la vieja, anda, llama al Emilio que vea qué tripa se le ha roto hoy"; "Seguro que se le escapó el gato…, otra vez"; "O ha escuchado ruidos sospechosos"; "O la engañaron con las vueltas de la compra". Le observaban, desde la trinchera de sus mesas, desplegar la paciencia amable que usaba para atender los despropósitos del público, lo cierto es que entre la ironía de sus miradas se les escapaban ráfagas de respeto; nunca dejó un caso sin resolver, ya fuesen gatos perdidos, robos mínimos o ruidos sospechosos.

Fue a él a quien exigió ver un vecino en plena guerra.

El distrito donde tenía jurisdicción la comisaria, era puro escombro; las bombas nocturnas destrozaron todo un barrio; no había edificio sin daño, algunas viviendas, aún enteras, se tendrían que derruir asimismo porque las colindantes, arrasadas, las hacían peligrar. Para intentar salvar a las que aguantasen, se mandó a los ingenieros del ayuntamiento a verificar cimientos, vigas maestras y lo que hiciese falta para valorar la posible demolición. En todas concedieron, con los bomberos vigilantes, unos minutos para que los dueños entrasen a recoger parte de sus pertenencias. Ese fue el caso de Bartolomé Ruiz.

Al hombre le pilló el destrozo aéreo fuera de casa, había ido a visitar a su madre al campo, como cada mes. "Ay, hijo, quédate aquí, esto es más seguro que la ciudad"; "No puede ser, ya se lo dije: he de trabajar"; "Pues al menos hasta mañana, duerme en tu cuarto"; "Siempre se sale con la suya, no sé cómo lo hace". Quizá esa concesión le salvó la vida, aunque su vivienda no fue de las más

dañadas, nunca se sabe.

Cuando regresó al barrio, supo que la noche que faltó en él, fue de las que se hacen eternas. Detuvo sus pasos a la entrada de la calle sin darse cuenta; necesitaba ánimo para seguir: escuchó el eco de los motores de los aviones, la alarma avisando del inminente bombardeo, la agitación aterrada de los vecinos yendo al refugio, los lloros del susto de los niños, la preocupación contenida de los adultos, el caos de la incertidumbre: escuchó el miedo antes de ver la desolación que quedó tras él.

Procuró caminar hacia su casa viendo lo que era imposible ver: la mercería de la señora Lorena con sus escaparates, algo cursis, mostrando lazos, cintas, hilos, telas y cajas con el dibujo tímido de lo que contenían, esa ropa íntima, confusa de las mujeres, donde entraba, a veces, para comprar lo que le encargaba la madre, "esta vez, que la goma sea de uno y medio", así trasmitía a la dueña, lo que para él, un lego, carecía de sentido, era el intermediario, desconcertado siempre, de un código oscuro que ellas dominaban a la perfección. Siempre le sorprendía que fuese efectivo ese mensaje cifrado y que el paquete primorosamente envuelto por la mercera alegrara tanto a la madre. "Mira que tiene gusto la mujer. Gracias, hijo".

Al lado de la mercería, la puerta de la casa de los Marín, siempre tan cuidada, con su aldaba reluciente, las macetas vivas, la alfombrilla impecable, sería la parada obligada en su camino a casa, imposible evitar a la abuela, mujer pulcra, menuda, arrugada y llena de palabras que regalaba quisieras o no: "Hola, Bartolomé, ¿todo bien?, mi hijo ya salió para el campo, la nuera ya sabes, a estas horas con el ajetreo de la casa, y el nieto por ahí perdido; este niño". La anciana se pasaba el tiempo sentada a la puerta, observando a los vecinos pasar, dedicándoles conversación, casi siempre la misma. Las piedras negras, el humo sucio, las flores enterradas, no fue lo que quiso mirar. Y menos deducir qué habría sido de todos ellos.

Siguió su recorrido dejando atrás los patios de José Mosca, ayudante del tabernero; de la hija solterona de Ramiro, que a pesar de las habladurías, se fue a vivir ahí sola, sin marido; la tiendita de dulces caseros de la viuda de Vázquez, a la que iban los vecinos para ayudarla, con las compras de sus pastas, a pasar el mes, porque la pensión que le quedó del marido era de miseria; y al lado, ya su casa. Al ser la de la esquina opuesta donde impactó la bomba nocturna, estaba poco dañada; el tejado algo estropeado, las ventanas sin cristales, la puerta teñida de humo, sacada de sus goznes, pero entera.

Entró, cuando se lo permitió el bombero, para comprobar cómo estaba por dentro, recoger lo más urgente y asimilar los destrozos. "Pase con cuidado, no abra lo que sienta atascado, no retire escombros y no se apoye en las paredes, tiene diez minutos, si notase algo inestable, ruidos o crujidos, salga enseguida, si lo prefiriere, entro con usted"; Muy amable, no hace falta"; "Lo que quiera, cuando escuche el silbato, habrá de salir".

El hombre entró, encogido el ánimo, en una casa que era la suya pero no lo era: la reconocía entre el desorden de muebles caídos, objetos rotos, suelos tapizados de

cristales, techos ennegrecidos, paredes desnudas de la pintura que tanto le costó elegir; "ocre o crema, madre, cómo le gustará más"; "el que elijas, aunque el crema, quizá sea más limpito". Notó algo mojado en las mejillas, al secárselas comprobó que esa humedad nacía de los ojos, lloraba. Se sentó, liberando el llanto, consolándose como sabía: "Hale, que no ha sido nada, está todo casi entero, sigo vivo, madre está bien, esto se arregla con unas horas de trabajo. Anda; ya pasó". Confortado por el recurso básico de mirar al futuro, se levantó para entrar en su despacho, donde le gustaba pasar las horas dibujando caballos; era un gran experto. Ahí es donde se le vino el mundo abajo.

Salió, antes del toque del silbato del funcionario de bomberos, para exigir la presencia de la policía.

"Dale, llama a Emilio, que tenemos a otro loco en al mostrador exigiendo yo qué sé". Se personó para atender a un Bartolomé indignado y dolido. "Usted dirá, caballero"; "Buenos días, vengo a denunciar un robo"; "Cuénteme con detalle"; "¿Otra vez?, llevo toda la mañana contestando lo mismo a sus colegas". Ripoll leyó la queja escrita por varias manos y comprendió por qué se lo habían pasado. "Disculpe, entiendo que el delito ha tenido lugar en su casa, una de las afectadas por el bombardeo de ayer noche, ¿cierto?"; "Sí, señor, ahora no vaya a buscar a otro policía como el resto, porque antes de irse, me pasaría las hojas de reclamación: la paciencia tiene un límite"; "No, señor, no me muevo de su lado hasta que lo aclaremos, si le parece bien, vamos juntos a su domicilio para que me muestre dónde fue y qué se han llevado".

Los compañeros, de nuevo, se sonrieron camuflando la admiración que sentían por la actitud de él, tratando el despropósito de un robo entre escombros en plena contienda, como si fuese el delito más interesante de la época.

Llegaron a la casa, el policía pidió permiso al bombero para entrar, y de paso, preguntar por el estado del barrio. "Bastante mal, habrá que derruir, al menos, tres viviendas: un desastre"; ambos miraron a los dueños que iban y venían, entrando y saliendo de lo que había sido su vida. "Pasad, pero al mínimo crujido, salís corriendo"; "Gracias". Entraron. El dueño condujo a Emilio directo al despacho. "Mire usted". Lo que vio fue un esparrame de cajones que derramaban su contenido por el suelo, puertas de los armarios abiertos de par en par, cajas, colores, pinceles, lápices, cuadros, todo esparcido, arrojado por las prisas de encontrar qué llevarse. Vio el escenario de un hurto de lo más chapucero. "¿Le han quitado algo de valor?"; "Sí, señor: el dinero del mes y la fe en las personas, porque fíjese, que se bombardee en guerra, es normal, pero que vengan a aprovecharse para robarme, eso, señor, eso no tiene nombre".

AHORA

Emilio encontró a los delincuentes sin problemas; "No pensaron que alguien se preocuparía de poner orden en el caos. Cuando más se necesita el equilibrio, es

cuando, bajo él, no existe". Eso decía, ahora lo comprendo mejor: a más confusión, más necesidad de encontrar sentido.

Quizá eso es Elena para esta novela: la pieza que tiene que resolver lo que sucedió ese ocho de marzo.

La que me dirá quién soy.

ELENA

El jefe colgó el teléfono. "Sí, ahí estamos de acuerdo, el orden de los muertos es ese, sin duda. Ahora bien, ¿qué más has encontrado?, porque te lo noto, tienes algo. Dime qué es"; "Con el respeto debido, señor, cuando lo tenga todo atado se lo digo". El otro iba a protestar hasta que chocó contra la mirada de ella. "Como quieras, sin presiones"; "Si no necesita nada mas, regreso al despacho"; "No, puedes irte", se contuvo y ella, en agradecimiento, disimuló una sonrisa de triunfo.

Camino del despacho por el pasillo indiscreto tuvo que reconocer que, al menos, la conocía " sabe que le estoy dando vueltas a algo". Aprendió a no compartir las intuiciones que se alejaban mucho de las investigaciones en curso; eran como ideas insistentes que le marcaban un camino concreto que conduciría, tarde o temprano, a lo que sucedió. Prefería seguirlas sola.

"Nos vamos, agente". Gálvez se animó enseguida, cerrando los expedientes del caso que le pidió releer. "Cuando diga, señora"; "Vamos a recrear los asesinatos de nuevo; lléveme a casa de María del Rosario".

LO QUE FUI

Eso he de hacer: visitar esa mañana, ir con ella al pasado, verme antes del tiro que me dejó así, sin vida vivo.

Yo solo no sé, mi memoria no responde, me acerca a zonas ajenas, de otros, como ahora mismo, que insiste en hacerme escuchar las notas del piano cuando Ulises lo afinaba, un hombre apergaminado, al que no se le notaba la ceguera cuando estaba ante un piano: "Hijo, los ojos muertos no impiden ver la música, pero sí el resto, anda, acércame el vaso de agua con limón". Le encantaba esa bebida, siempre se la tenía preparada la tarde que venía a casa, lo avisaba mi madre a la doncella de turno; "Mañana, a las seis, vendrá el afinador; ha de estar bien temperado para la velada del sábado; estate al tanto de todo". "Yo me quedaré también, madre"; "De acuerdo". Respondió como siempre que se dirigía a mí, entre displicente y atónita. La costumbre de su frialdad impedía que me sintiera dolido, de hecho, me había desligado de su cariño hace ya bastante, tanto, que ni recordaba cuándo me hirió su indiferencia por última vez, si me pusiese a ello, seguro que lo sabría, pero no estaba por la labor: debía hacerme con unos buenos limones para mañana.

Salí de casa para buscarlos, ni miré en la cocina: quería los más frescos, los del limonero de Sebastián, el ayudante del vicario, eufemismo de enterrador, que los cría en la parcela junto al cementerio. Los mejores del pueblo. Todo lo que cultiva en su huerta le crece lozano, "¿Por qué no vende?, en el mercado nunca veo verduras así"; "Ya lo intenté, pero no me las compra nadie, zagal, ni se acercan a mirarlas, se santiguan de lejos, murmurando sortilegios. Supe que hasta hablaron con el señor vicario para que me impidiese ir a vender a la plaza lo que ellos llaman, esas aberraciones. El hombre, pobre, no sabía cómo decírmelo; es buena gente".

Estaba de más preguntar por qué se las rechazaban, era evidente que el abono de esas hortalizas, frutas y verduras era especial, el mejor sin duda. Supongo que comer de esos tomates, tan cercanos al mausoleo de los Mellado, sería casi canibalismo, sino peor, si quienes los pusieran en la ensalada fuesen descendientes de la familia. Si lo pensabas detenidamente, daba algo de risa, y si profundizabas más, algo de esperanza: un enlace entre la vida y la muerte de lo más obvio.

Era una pena, de cualquier modo, toda esa cosecha para un solo comensal, bueno, excepto los limones de Sebastián. Añadí sugerencias: "¿Y si las vendiese otro por usted?, eso funcionaría, ¿no?"; "Bueno, es una opción, sí, aunque un lío encontrar a quién –se rio–, y no, usted no me sirve; buena la iban a montar sus señores padres si le pillasen vendiendo como un vulgar comerciante, de hecho, me extraña que le dejen llevarse limones de aquí"; "No lo saben"; "Ya, eso aclara el misterio". Se echó a reír con ese ruido cascado de quien no lo hace a menudo o quien usa la risa como amargura disimulada. Insistí. "¿Y si fuese a otros pueblos?"; "Eso ya lo hice, me fue muy bien los primeros días, tanto que se quedaban con la mercancía casi intacta, sin vender, en muchos de los puestos, lo que armó un gran revuelo: que un advenedizo se te venga a quitar clientela, es imperdonable. Unieron fuerzas, averiguaron quién era y corrieron los rumores. Otra vez sin ventas".

Abrí la boca para decir lo que me adivinó y no dije. "Y eso de irme cada vez más lejos, no me compensa, zagal, se acabó el tema. Aquí estoy tan a gusto con mis verduras, hago conservas, compotas, caldos: un experto, claro que no tanto como mi abuela, que ahí está, a la izquierda del ciprés alto descansando en paz. A ella le era imposible ver una fruta o verdura fresca más de diez minutos antes de convertirla en conserva o similar. Ya te digo, era rapidísima, si llevabas a casa lo que fuese para cocinar o tomar crudo, habías de alejarlo de su vista, así que dejases a las pobres acelgas unos minutos a solas en la cocina, al regresar, ya estaban hirviéndose con sal para conservarlas en los frascos que nos obligaba a traerla. "Todos los botes que tengáis, me los estáis trayendo, ¿me oís? O si no, aquí no se viene"; "Mi madre llegó a comprar botes llenos, al no tener vacíos, para obligarnos a comer de una tacada su contenido y acercarle los envases limpios a la abuela. "Pero, mamá, ¿no ve que no nos cabe más?"; "Pues es mermelada de la que siempre me pedís, hale, para adentro y sin rechistar, ya sabéis cómo se pone la mujer si no le regalamos, al menos, cinco. Acabad rapidito que nos vamos".

Con esto de vaciar para llenar en el mismo día, llegamos al absurdo completo cuando nos zampamos mermelada de naranja de unos botes para que ella los rellenara con mermelada de naranja del excedente del árbol del tío Mateo. "Como os gusta tanto, mañana os lleváis los tarros bien repletos", hasta nos hizo merendar con lo que iba haciendo. Qué horror le tuvimos a ese dulce durante meses, qué mujer, fíjate, tanto ayudarla con las conservas los nietos, sin distinción entre chicas y chicos, ha servido para algo, zagal, hasta la comprendo; es un modo de inmortalidad, de que lo caduco sea, casi casi, eterno.

Recuerdo que al morir mi abuela, a los años, mis padres decidieron vaciar la casa para venderla porque había hambre, pero de la de verdad, de la de no poder comer porque no había con qué. Pues cuando fueron, encontraron en el cuartito del desván, uno al que ni entrábamos por pereza, cientos de tarros a rebosar de comida; fíjate, mi abuela evitó que vendiésemos la casa, y quizá, que acabáramos muertos de hambre o fugados a otros países. Vivimos de su inmortalidad. Puede que mis botes ayuden también".

Y sirvieron. A raíz de ese recuerdo, le propuse que acercase las conservas a lugares de caridad donde repartían comida a los indigentes, con lo que los muertos colaborarían con los vivos. Hasta llegaron a las mesas, no sé cómo porque no eran necesitados, de la gente del pueblo que había rechazado comer, crudo, lo que ahora tomaban encantados, saboreando con gusto, lo que sus ancestros compartieron con la tierra donde crecía la mejor cosecha del pueblo y alrededores. Lo sé porque en mi propia casa se comieron los pimientos en adobe que crecían en la parte sur del camposanto, cerquita del viudo de Marisoles, la prima segunda de mi madre.

Con los limones en mi poder, fui a buscar agua de la fuente más fresquita del pueblo, la del pozo ya no sirve, se atascó, y vive corrupta esperando que el sol la seque del todo. Aunque para coger renacuajos es estupenda.

En casa me pasé más de una hora preparando la limonada para el ciego, no es tarea fácil: la cantidad justa de azúcar para que refresque sin empalagar, exprimir adecuadamente el zumo de los limones, evitando las pepitas, los grumillos, enturbiando de blanco niebla el agua aún salvaje de los caños. "Ah, qué rica está, es la mejor del pueblo, pequeño, tienes que saberlo, te lo agradezco"; le hacía una jarra entera que iba tomando a sorbos, entre bemoles y sostenidos, entre acordes mayores y menores. "Si cierras los ojos, verás la música: yo la veo, cada nota tiene su color, cuando no está en su frecuencia adecuada, el tono está desvaído o muy vivo, ese sonido vibra a destiempo, su color es inadecuado, hasta que logro, ajustando la tensión de la cuerda, que esos azules, verdes, amarillos se unan a las ondas del sonido y suenen como deben, brillando".

Ulises veía realmente la música. Antes de quedar ciego, sabiéndose con una memoria excepcional, procuró ver lo más que pudo del mundo para quedarse con su imagen fotográfica. Recorrió lo que le alcanzó el dinero, los pies y la vista antes de que sus ojos dejasen de ayudarle a grabar lo que, una vez hecho, le acompañaría siempre, detalle a detalle. Jamás olvidó lo visto, su memoria lo impidió.

Sus recuerdos exactos de lo que le rodeaba los iba actualizando a través del

tiempo, preguntado siempre qué había cambiado. A mí me encantaba hacerle de guía con las novedades. Las solía anotar para decírselas, él me lo agradecía contándome lo que escuchaba por ahí, mucha gente se le acercaba como, si al no ver, supiese más que ellos o, por el contrario, menos. Se reía cuando me comentaba que, en la casa de los Pérez, la señora le hablaba casi gritando como si la sordera y la ceguera se contagiaran. "Lo más extraño que he escuchado, por ahora, fueron los recuerdos de un padre, sentenciado por un cáncer, de su hijo, uno que no había nacido, aún en la madre. Me decía de sus primeros pasos, los estudios, algo endebles al principio, brillantes en su carrera de abogado, de su nuera, de los nietos, dos varones, y una niña que se casaría con un gran político; me los contaba y los sabía ciertos; al igual que yo puedo ver recordando, él era capaz de rememorar lo que habría vivido y no pudo. De hecho, todo lo que me refirió se está haciendo realidad, por lo que sé, el hijo está ahora en primero de leyes.

AHORA

Qué cosa es esto de recuperar memorias; esas notas de piano que resonaban machaconas en mi mente, me han traído a Ulises junto al señor capaz de evocar el pasado, que jamás tuvo, porque murió en un presente temprano.

Tienen en común lo que me obsesiona: son ellos sin serlo; uno ve desde la oscuridad, otro rememora lo que nunca vivió. Y yo, al igual que ellos, recuerdo pasajes y gentes con la nitidez de quién lo experimentó, pero sin la certeza de que sean míos. Sé que soy incapaz de mover un milímetro de mí mismo, que necesito de máquinas para bombear la sangre, respirar, nutrirme; sé que pienso, recuerdo, siento, vivo. Lo que ignoro es dónde: ni en la muerte ni en la vida. Debo habitar en el filo entre ambos: en esa delgada línea que los separa con todo lo que conlleva de precariedad, pero también de dominio absoluto. Estoy en ambos lados y en ninguno a la vez.

Soy yo y soy otros: imanto recuerdos que desean sobrevivir en otras conciencias. Me voy acostumbrando a ser receptor; silencio mi yo, espero a que entren. Escribo sin escribir.

LO QUE FUI

"¿Tía?"; "Dime"; "¿Por qué los hombres viven grandes aventuras y las mujeres solo salen en los libros para que las rescaten?" Estaba leyendo al lado de mi tía abuela Roberta Eugenia, una de las novelas ilustradas que tanto disfrutaba. Me encantaba ir a visitarla a ella y a esa caja enorme donde guardaba unas revistas que contaban, en forma de viñetas, las grandes obras de la literatura y alguna que otra biografía de gente importante: me apasionaba leerlas.

La mujer se hacía de rogar; sabiendo a qué iba, hacía que merendase primero

mientras le contaba las novedades, contestando a un tercer grado sutil, pero efectivo. Tenía cerrado el armario donde guardaba esas joyas de papel y tardaba mucho en darme la llave; esa dilación las hacía más deseables, no veía la hora de refugiarme en esos mundos escritos por esos seres enormes que tuvieron la paciencia, la dedicación y el absurdo, de poner en papel sus universos: dar la vuelta en ochenta días; llevar, ciego, un correo al zar atravesando Siberia; robar a los ricos para repartirlo entre los pobres; batirse con espadas para salvaguardar el honor de la reina; sufrir injusticias hasta burlar al destino y pasar de niño ladrón a heredero; volar y no crecer nunca; atravesar espejos y caer en madrigueras; ser un justiciero marcando una gran zeta en el pecho de los vencidos. Era inacabable, porque una vez leídas todas, y eran más de doscientas, se podían releer, encontrando más detalles que la primera vez, recorriendo la historia con la alegría del reencuentro. Luego leí cada una de las novelas como tocaba, en sus libros, pero ese primer contacto desde las viñetas, me apasionó.

Ahí estaba esa tarde, tras comerme la rebanada de pan con mantequilla y contar a mi tía que madre iba a despedir, de nuevo, a la doncella, abismado en las aventuras de un niño que renegaba de las normas al uso, prefería ir a su aire, arrastraba consigo a los proscritos de la zona, creaba enemigos, como el indio Joe, y le tocaba ser valiente a la fuerza porque había que salvar a su amada; cuando salió de la cueva con Betty de la mano, caí en la cuenta de que, no solo ella, sino en general las chicas, casi siempre pasivas, estaban para lucimiento de los héroes. Pregunté. Como contestación, mi tía me trajo un gran libro del que no recuerdo el título, con el que intentó responder a mis dudas. Estaba hecho de fragmentos de biografías, cartas, documentos, todos los registros que el autor encontró para avalar lo que quería exponer: la educación a lo largo del tiempo de las mujeres, contrastando sus comentarios con las normas sociales al uso. Los capítulos los abrían el modo de entender el papel de la mujer en cada época, para luego escuchar las voces de las mujeres que lo sufrieron.

A veces parecía tan irreal, que miraba de reojo a mi tía abuela para confirmar que el libro iba en serio. Lo era. El asunto estaba en educarlas en la ignorancia más absoluta con lo que así, en teoría al menos, eran fáciles de manipular. El ensayo buscaba, precisamente, esas excepciones donde ellas, a pesar del oscurantismo tendencioso, intuían que esa oscuridad no era real y luchaban contra esas tinieblas, logrando brillar, independientemente de si fueron o no, protagonistas de la Historia; ahí hablaban las que sortearon esa trampa. Como la reina Victoria, Rebeca Gracia, o Dang Li.

Lo obvio del método educativo que se le dio a la primera, el inventado por su madre y consejero, donde las normas consistían en no dejarla sola ni un segundo jamás, impedirla que se relacionase con nadie ajeno a ellos, enseñarle piano, idiomas, algo de historia de su genealogía y poco más, es evidente: tener asegurado, a través de ella, el gobierno del país. Solo que la joven, a pesar de esa absoluta prisión, o por ella, se rebeló apartándoles cuando obtuvo el poder real, para aprender de cero a pensar por sí misma, a comprender la política y a ver más

allá de lo establecido.

Leer sobre la reina me impresionó, como saber de la Doncella de Orleans o de grandes excepciones a la norma de mujeres alienadas. Aunque me gustó mucho más la parte donde estaban las mujeres a priori irrelevantes, sin focos históricos, como Rebeca, Li, Margaretta, y muchas otras, porque fueron las que realmente cambiaron el fondo desde abajo ignorando que lo hacían. Las que tuvieron que elegir entre la moral de su época o ir contra ella, buscando un camino intermedio dependiendo de sus posibilidades: hubo monjas, Geishas, hombres falsos, artistas malditas, espías, delincuentes, hechiceras, docenas de posiciones donde ser algo aparte de lo impuesto. Ninguna fue sufragista renombrada ni sindicalista, estuvo a la cabeza de protesta política, social o racial, no sirvió de inspiración a levantamiento alguno, jamás dio una conferencia, mitin o despertó conciencias. Por eso fueron más grandes: vivieron, sin apoyo, contra la injusticia imperante que les hizo retorcerse, rebelarse, coger su destino y cambiarlo.

Miré a tía Roberta Eugenia sonriéndome: era una de ellas sin duda. Me interesé por su pasado de inmediato. Las preguntas que le llovieron las dejó en suspenso sin contestar, empapándose de su silencio, caían sobre mí, mojándome, estimulando la curiosidad por cómo fue. La perseguí con ellas muchas tardes buscando un resquicio para colar alguna sin esperar respuesta, para habituarla; dio resultado: se fue contando sin contarme.

Una tarde me mostró un recorte de periódico del color del tiempo, ese amarillento desvaído; describía los efectos devastadores de un atentado que arrasó con todo lo que vivía segundos antes de suceder.

La fecha era de cuando mi tía era casi niña, y la zona, cercana a casa de sus padres, mis tatarabuelos. Fue terrible, sin duda, pero me lo había dado a leer por algo más que el horror. Esperé. Señaló la fecha con los ojos.

"Tendría unos trece años. Cuando voy a buscar a esa joven entre mis recuerdos, me encuentro con una chica ligera, antojadiza, centrada en un mundo superficial, repleto de normas monolíticas, bobas, pero para ella, reales":

–Dime, Susana, ¿qué color me va mejor? –sujeta dos blusas, una roja y otra azul, que va superponiendo encima del vestido, delante del espejo–, a ver, ¿qué opinas?

–Creo que el rojo.

–¿Segura?

–Sí, ese azul no es tan bonito, si fuese más intenso, pero así, no. El rojo.

–Si no me hace caso Carlos, será tu culpa.

–Estarás preciosa.

"Las conversaciones eras bastante parecidas a esta, las amistades similares a Susana: jóvenes preocupadas por su apariencia, motivadas para encontrar novio, apartadas de estudios, trabajos o cualquier obligación ajena a lo doméstico, porque lo que debían hacer, no era encontrarse a sí mismas, sino a un marido; un hombre

que las hiciera felices, les diera seguridad a cambio de mimarlos, respeto, hijos y tenerles la casa y la existencia, limpia, planchada, respetable".

Esta tarde he de superarme, espero que Carmina me dijese la verdad, "Carlos se queda todo el día en casa por algo de la universidad o así, conque aprovecha; iremos a merendar a la placeta, y luego puede que al cine: te vendremos a recoger a las cuatro, estate bien guapa". No sería la primera vez que bajo y él no está: "Sí venía, sí, pero al final tuvo no sé qué contratiempo. No pongas esa cara, mujer, comentó que igual se acercaba más tarde". Ya, como me haga lo mismo esta vez, me voy; estoy harta de sentirme estúpida, tan arreglada para nada.

"Esas horas llenas de vacío eran las que me ocupaban los días: salir, arreglarse, conocer gente que llevase a conocer chicos, hablar de nada, reírse de todo. Era una vida cómoda, no lo voy a negar, aunque salpicada de frustraciones banales que escocían con la intensidad infantil de quien carece de perspectiva del dolor real".

–Pon la radio, Matilde–, la vecina entró alterada, sofocada por los tres pisos que subió corriendo para entrar en casa gritando lo de la radio.

–¿Qué pasa?

–Mira que sabía que no os habíais enterado, siempre estáis en la inopia. Anda, tú, enchúfala. Y niñas, venid aquí enseguida a escuchar esto.

–Miguela, llama a tu hermana que venga, haz el favor.

–Mamá dice que vayas al salón, y ya.

–Enseguida, ¿a qué tantas prisas?

–La Paca que dice no sé qué de la radio, vente.

–Es de un inoportuno esa mujer, molesta más que respira. Vale, voy.

"Recuerdo lo que me fastidió dejar mi trenza tejida a mitad. Cuando entré en el cuarto refunfuñando, caí en la cuenta de que pasaba algo más allá de los cotilleos de Paca. Alrededor del aparato se hizo un vacío; la noticia del atentado, cinco calles más arriba de ese salón, impedía que se llenase de otra cosa que no fuesen las palabras del desastre. Lo escuché con atención, sé que me horroricé, o eso quiero creer, pero lo que de verdad me angustió fue que, al apagar la radio, mi madre nos prohibió salir esa tarde".

–Pero mamá, ¿por qué?

–Porque no se sale y punto: es peligroso.

–Vienen a buscarme con Carlos, he estado toda la semana esperando esta tarde. No es justo para nada.

–No vas a salir: no hay más que hablar.

"El berrinche que me cogí aún me da vergüenza: no lloré por los muertos ni los heridos ni los edificios dañados, lo hice por mí, porque no le vería, porque los

esfuerzos de ponerme guapa, inútiles ahora, me hacía sentir estúpida, porque se iba a ir al día siguiente perdiendo la oportunidad de que se fijase en mí. La vida era injusta, monstruosa…, pero no por la realidad truncada de ese instante de destrucción gratuita, sino porque mi tarde se había echado a perder".

"Me observo tumbada boca abajo en la cama, furiosa, llorando, insensible por completo al mundo fuera de mí misma. Lo curioso fue que en casa creyeron que la noticia me afectó tanto que me hundí. Iban de puntillas conmigo, evitaban nombrar la tragedia, yo seguía cerrada en mi egoísmo. Hasta que Paca, precisamente, me adivinó con su intuición. La mujer a quien menospreciaba por creerla vulgar, cotilla y metomentodo, tenía un sentido común especial y una noción de la caridad alejada de la sensiblería. Más tarde me comentó que siempre supo que yo podría ser más que lo que se esperaba de una señorita. Eso le hizo agarrarme de la mano, sacarme de la cama, de casa, de los ruegos de mi madre y de mi ceguera. Me llevó a la zona arrasada".

–Mira, niña.

Lo que vi, fue lo que no vi: árboles, bancos, casas, las sillas del bar, el bar.

–Lee.

En la noticia que me acercó salían los datos de los fallecidos: era una lista demasiado larga la de esos quince nombres donde uno sobresalía: lo conocía, era amigo de Marta, vino una tarde, hablamos, era tímido, agradable, de sonrisa triste. Muerto. Releí. Había otro más: Estrella, la vecina de Petra, tenía una niña pequeña muy risueña, coincidía con ellas en el colmado. Dios mío. La pequeña, no recordaba su nombre. Leí la lista una vez, otra, otra más. Sí, se llamaba Andrea. Con él en la memoria, recorrí el listado de nuevo; mis ojos solo veían letras sin significados; era incapaz de entender esos borrones ininteligibles. Pero estaba ahí: Andrea, cinco años. Lo había visto antes aunque quise negarlo.

–Lo siento, hija, pero tus lloros no pueden ser por lo que eran, ¿no crees?

Paca se había acercado a mí sigilosa, me acarició, secó las lágrimas, dejó que me calmase algo, no mucho: es bajo el fuego donde se moldea el acero.

–La vida es algo más que uno mismo. Sal a verla.

"Y salí".

Mi tía abuela se levantó llevándose ese trozo de pasado impreso con el despertar al mundo que le quisieron ocultar manteniéndola al margen para evitar que lo viviese.

AHORA

Vivir siempre me resultó algo absurdo, una carrera hacia ninguna parte llena de obstáculos, muchos de ellos inventados. Un tiempo creí que, en realidad, ya estábamos todos muertos, que a lo que llamábamos vida, no era más que el

recuerdo de lo que pasó, como el reflejo de la luz de una estrella ya apagada. Luego, pensé que quien nos engañaba era el alma, la que todos alaban, siendo en realidad egoísta, porque sin el cuerpo no puede vivir y nos retiene en este caos, haciéndonos creer que la muerte nos mata, siendo al revés: quien muere es ella, nosotros seríamos libres dejándola atrás.

Teorías como cualquiera otra, filosofías caseras para entender lo incomprensible.

Ahora hago lo mismo; pienso quién soy: Igual me dispararon de niño y desde entonces crezco aquí, vegetal. Quizá, sí fui yo quién mató a esa gente, me dispararon, o me disparé sin éxito, pues sigo aquí. Otra es que fuese una víctima más, otra incógnita viva, un testigo mudo incapaz de testificar, por eso me mantienen con vida, esperando que recuerde quién nos asesinó. Rizando el rizo, puede que solo sea un contenedor de memorias falsas, no porque no existieran, sino porque son prestadas.

Lo único que sé es que he de escribir; contar lo que ignoro pero estira de mí hacia las palabras.

Hay alguien; está sin haber entrado.

Lo conozco aunque jamás lo vi.

"Soy Isaac Ezra, me citaron para las seis de esta tarde y llevo aquí ni se sabe el rato, ¿a usted también le hacen esperar, señor?, menudo despropósito, he de regresar a casa antes de las ocho para empezar con el lijado.

"Y es que no aprendo, cuando entró esta clienta en mi establecimiento, me dije: "Isaac, esta señora va a ser un fastidio". Pero la mujer utilizó los halagos cuando me vio reticente; mi punto débil: "Me han hablado muy bien de su trabajo, de hecho, fui a ver una de sus creaciones; la de la viuda de Hernández: qué maravilla" ; "Sí, recuerdo su gata persa, blanca, de pelo largo y ojos claros"; "La misma, cuando la vi en su butaca, arrellanada como solía estar, mirándome con esa expresión suya tan inquietante, pensé que seguía viva"; "Muy amable, señora"; "Pues eso, que quiero que a mi Bastián me lo preserve usted cuando falte, dios quiera que bien tarde"; "Por supuesto, por supuesto. Si conoce cómo trabajo, sabrá que..."; "Sí, sí, Ambrosia me comentó su método; me parece divino, venga usted mañana por la tarde para comenzar con sus bocetos, mi perrito estará encantado de que lo dibuje usted. En sus tiempos ganó más de un concurso de belleza, no crea; le puedo facilitar todas las fotos que quiera". La mujer sabía de qué se hablaba, porque, para que los animalitos no se conviertan en caricaturas estáticas de lo que fueron, necesito observarlos mientras siguen vivos, no les deseo que queden en pura broma eternamente; busco que sean los recuerdos exactos de sus almas.

"En mi profesión he visto cada aberración que para qué contarle. Yo, como taxidermista, lo que busco es romper la frontera entre lo estático y lo animado, lograr que la quietud parezca movimiento, tanto en la mirada como en la pose o la actitud. Me apasiona, ya ve usted. Seguro que ahora mismo está pensando por qué

tuve ese pálpito con la anfitriona que nos tiene esperando, pues no sabría decirle, se me removió algo por dentro al verla que no me gustó nada, una premonición, intuición, llámelo como guste. Un no sé qué invitándome a que la rechazara; conque le di largas. "Me halaga usted, me encantará hacerme cargo de su pequeñín, aunque deduzco que se encuentra bien de salud, con lo que podríamos aplazar la visita. Verá, es que tengo muchísimo trabajo"; "Le pagaré el doble"; "Es que…"; "Le daría la mitad por adelantado".

Ya ve usted, las lisonjas y la codicia vencieron esa reticencia, por lo demás, absurda. ¿Cree usted que nos tendrá mucho más tiempo esperando?, como le dije, tengo una cabeza de ciervo en blanqueo y he de lijarla ya, el dueño la quiere para una inauguración, hay fecha límite. Debía haber dicho que no".

Isaac, sentado en la silla al lado de mi cama, me habla, confundiendo mi habitación con la salita de su clienta. Se angustia del trabajo por hacer, incapaz de notar que su cráneo está destrozado, la sangre le mancha lo que queda de su traje, y la pierna se la mantiene unida al cuerpo por la pernera del pantalón. Deduzco que le atropellaron camino a casa de Bastián y su dueña. Debe estar debatiéndose, luchando, si no, no estaría aquí.

Siempre ignoro, cuando se marchan, a qué lado fueron. Me gustaría saberlo. Puede que si caen del lado de la vida, me recuerden, incluso quieran buscarme; sería interesante verles de nuevo. Qué desorientado está, pobre, aun ahí sentado, se le nota que debe ser de lo más desgarbado, con esas espaldas cargadas, debido a la timidez de los muy altos que no se atreven a desplegarse del todo, encogiendo los hombros para acercarse a los demás; manos grandes; piernas largas; torpeza inherente, tierna. Eligió una buena profesión, sería interesante ver sus figuras.

Si pudiera le daría conversación para distraerle la espera, igual retoma sus palabras. Creo que gustaría que me embalsamase él, con esas manos grandes de dedos hábiles, aunque seguramente negaría el encargo: imposible dibujarme en movimiento, asomarse a mis ojos, verme vivo. Para que me diseque muerto, mejor que ni me recuerden.

Con Isaac aquí, recupero aquel establecimiento que me llamaba la atención por lo escondido, oscuro y siniestro, en contraste con la luminosa plaza que lo contenía.

LO QUE FUI

Era una tienda difícil de ver; a pesar de estar a la vista, se camuflaba entre los bajos brillantes de los puestos del mercado: frutas, verduras, pescados sumergidos en hielo, carnes colgantes, especias, frutos secos, panes, pastas, hilos, telas, bebidas, refrescos, cacerolas, sartenes, cazos de mil tamaños, alpargatas. Un batiburrillo de olores, colores, sensaciones, gentes, voces, murmullos, sonidos, ecos. Ese torbellino especial que se da cuando se vende y se compra; la

competencia por atraer la atención de lo que se expone, el cuidado para elegir bien lo que se quiere, el deambular de los curiosos que distraen su ocio interesándose por todo y por nada. Como yo mismo, que me paseaba en días de mercado para sentirme parte de ese ajetreo ancestral de encuentros, deseos, novedades, noticias y frustraciones.

Entre ese barullo, chocaba la tienda oscura, polvorienta, que parecía clausurada a simple vista, hasta que uno se asomaba a lo que debía ser su escaparate, con cautela, por lo sucio del cristal, donde si tenías la paciencia de enfocar adentro el tiempo necesario para habituar la vista a la negrura, se veían varios animales disecados esparcidos por aquí y allá: un águila en una mesa, varios gatos sobre una tarima, telas, pieles, bártulos extraños, bramante, botes, y lo más sorprendente: un oso negro sentado en el sofá, debajo de un rótulo que mejor estaría afuera, donde se leía: Taxidermista.

Cada semana que iba, tras fijarme mucho, notaba ligeras variaciones: un gato cambiado de posición, los botes menos llenos, las herramientas desubicadas, el oso más inclinado en su sofá. Jamás vi ni al dueño ni a los clientes. Me gustaba porque parecía que el tiempo ahí se llenaba de polvo, estancado, como si dentro el reloj marcase una pauta distinta, más lenta, más eterna.

Pasaba el rato manchándome la frente contra ese escaparate, imaginando cómo sería preservarse de las horas; igual ahí, todo era como a cámara lenta, alargando la vida, creando un hueco donde nadar contra los minutos. Dos ritmos diferentes. Puede que los animales no estuviesen disecados, sino vivos, esa quietud aparente era el resultado de esa escisión de la pauta del tiempo.

Lo incomprensible entonces sería la presencia del águila y el oso: qué hacían ahí; se me ocurrió que era una zona de naufragio, donde la resaca acercaba los restos de animales y objetos que zozobraron en el tiempo, saliéndose de él indefensos, arrastrados por la corriente temporal, arrojados a esta orilla que es la tienda sin horas.

Eso explicaría tanto lo de su camuflaje, inmutabilidad y ausencia de realidad, como lo absurdo de su contenido.

AHORA

Cómo me gustaba sacar de quicio lo evidente, buscar nuevos ángulos para comprender lo incomprensible. Esa tienda arrinconada en la memoria, me da la clave de esta habitación donde también debe haber un resquebrajamiento temporal que superpone varias capas: la finita, donde se manejan los vivos; la eterna, área de los muertos, y la mía, zona viscosa entre ambas. Aunque seguro que hay muchas más, quizá una que las contenga todas a la vez.

Al ir a agradecer a Isaac ese hilo olvidado, comprobé que ya no estaba: se le acabó la espera.

Ojalá esté lijando ese cráneo. O no.

Esta novela me busca, se empeña en mostrarme lo que no sé enfocando las cosas desde varios prismas que contemplo, sopeso, rechazo. El primero que descarté fue el de que estoy en un sueño: qué vulgaridad.

No estoy soñando. Mi actividad onírica es muy vívida, a veces, incluso más que la de la vigilia: el universo que se me representa, de ojos cerrados hacia adentro, tiene su propia idiosincrasia, con recuerdos de dónde estuve, porque cuando regreso a los lugares que soñé en otros sueños, reconozco a las gentes, olores, avenidas, paisajes. Mis sueños imitan la existencia tan real como la realidad.

La seguridad de no estar ahora en ese limbo la tengo porque no sueño que sueño, ni me despierto ni duermo. Existo sin mí.

Soy real a la vez soñando y despierto, si estuviera atrapado tras mis párpados, no recordaría el mundo de los ojos abiertos. Y lo recuerdo. El dilema está en que no es del todo el mío. Vivo muerto entre los ecos de vidas, de reminiscencias de vivencias ajenas, de pensamientos propios y deseos difuminados. Cada vez más convencido de que no me pertenece lo que narro, que ese niño, siendo yo, no lo es. Que me mataron sin llegar a morir.

A ver qué dice Elena.

ELENA

"Aquí es, señora". El agente Gálvez señaló, con un gesto de cabeza, el suelo del callejón donde quedó muerta la mitad superior de María del Rosario. Al estar cerrada la portezuela del patio, solo se veía el medio dibujo, ya algo borroso, de su silueta.

Observó, con el interés de quien quiere aprender, cómo analizaba, rigurosa, la escena. Contestaba a las preguntas que le dirigía, no para quedar bien, sino para ayudar. "Muy bien, sigamos". El joven hizo amago de ir hacia adelante, para mostrar el lugar donde se abatió el segundo cuerpo, unas manzanas más abajo, cuando Elena le paró. "Por ahí no; hemos de ir donde la primera víctima"; "Disculpe, señora, fue esta"; "No, esta es la segunda"; "Con todos mis respetos, yo..."; "Que no la hayamos encontrado aún, es irrelevante: existe. Vamos"; "A sus órdenes, señora". La curiosidad acallada del policía se la leía Elena en cada gesto; ella también apretaba el puño, entrecerraba los ojos, fruncía el ceño cuando tenía que retener sus preguntas. "Ya aprenderá a saltarse el protocolo".

Lo que le costó abordar a su superior; se guardaba todas las dudas intentado deducir cómo razonaba el inspector. Hasta que en el caso de la concertista, desbordada por su incapacidad de comprenderle, se lanzó a preguntar directamente desobedeciendo las normas. Desde ahí, el inspector Vidal, la tuteló.

Sara Belmonte Garzón había sido una gran pianista; recorrió el mundo

interpretando la música de los más grandes, aunque con los años se especializó en dos autores: la vida no le daba para perfeccionar el universo de más.

De puertas para afuera, estaba la envidia y admiración que despertaba su arte, viajes, éxitos, discos, fama.

De puertas para adentro, había la niña, luego joven, más tarde mujer, que solo entendía el tiempo sentada ante el piano, de dedos deformados por percutir las teclas buscando el sonido, la emoción, la interpretación impecable de cada nota de esas partituras que dibujaban música eterna, día tras día, escala tras escala, pasajes repetidos hasta lo inhumano.

La Belmonte, como la llamaban, dependía de su profesora, no para aprender de ella, ya no, sino para comer, dormir, pasear; la obligaba a descansar, "tiempo de silencio", decía, y ella, apurando el tema, a regañadientes se despegaba del piano para sentarse a la mesa, cerrar los ojos, o hacer ejercicio.

La niña creció en el taburete, las manitas fueron abarcando mejor las octavas, las partituras aumentaban en dificultad. Fue la necesidad de elegir un autor, porque la vida no le daría para más, lo que le hizo comprender que su tiempo no le alcanzaría, presentándose su primera crisis: dudó de la música, de su eternidad.

Se metió en cama, sin que su mentora se lo recordara, y ahí se quedó durante una semana. La pobre mujer se alarmó muchísimo, mandó llamar a los mejores doctores que salían del cuarto desconcertados, sin diagnóstico alguno. Un médico más joven que los otros, a quien consultó con reticencia por su edad precisamente, le comentó lo mismo que sus colegas: "No existe causa física, creo que tiene más bien que ver con el espíritu, ¿se ha llevado algún disgusto últimamente, una decepción quizá?" Y la señorita Honorata, la mujer que la había visto crecer como concertista, se dio cuenta de que no sabía nada de ella: ignoraba completamente cómo era, desconocía cualquier anhelo o sueño más allá de la música. El joven doctor se quedó sin respuesta. Y ella también. Tras acompañarle a la puerta para despedirle, se sentó en el sofacito de la entrada a llorar.

A los siete días, Sara se repuso. Podríamos elaborar varias teorías sobre su recuperación, pero no acertaríamos; simplemente, vivía mejor haciendo música que con los dedos mudos. Aunque no le diera su tiempo para lo que desease, lo arregló algo especializándose en dos compositores, en vez de uno, y sin abandonar a sus favoritos.

Su compañera intentó aprender a entenderla aparte de como alumna o concertista genial a quien cuidar, sin lograrlo; las dos carecían de la perspicacia básica para entender emociones más allá de las notas. Eran felices, eso sí.

La segunda crisis llegó con la muerte silenciosa de Honorata. La mujer se quedó sin vida sentada en el sofá donde escuchaba a su protegida, esperado que fuese la hora de comer. Sara sintió que algo no marchaba del todo bien porque la luz que atravesaba los ventanales se iba apagando, y eso no ocurría antes de la comida. Paró, buscó a su mentora, la vio sentada y siguió con la obra, hasta que la oscuridad fue completa. Entonces, aun viéndola tranquila en el sofá, se levantó para acercarse a ella. Algo iba mal.

En esta ocasión estuvo casi un mes sin salir de la cama.

Nunca acabó de encontrar a quien la entendiera como su profesora; contrató y despidió a docenas de acompañantes hasta que una se quedó con ella de modo permanente: era silenciosa, eficaz y evitaba que se notase su presencia. Fue quien la cuidó desde su tercera crisis, cuando la artrosis entró en juego para anquilosar la parte del cuerpo más necesaria de Sara: los dedos.

Cuando los médicos le comunicaron que ese dolor en los nudillos iría a peor, que llegarían a deformarse, a no responder a sus años de esfuerzo, a ser torpes donde antes fueron dioses, la concertista lo negó empeñándose en piezas más complicadas, doblando las horas de escalas diarias, aceptando conciertos que antes vio imprudente ejecutar por su dificultad.

No hubo caso; una mañana, la mano izquierda dejó de responder. Y la pierna, y el ojo, y el brazo. Su lado siniestro se paralizó. Jamás, aun recuperándose del ataque, consiguió alcanzar la maestría de antes. Negó convertirse en profesora, lo que le recomendaban sus amigos para animarla. Se atascó en el pasado, encerrándose con la acompañante silenciosa y eficaz en casa, para pasarse los días escuchándose a sí misma con devoción; se ponía sus discos siguiendo la partitura con el alma, rodeándose de los recuerdos de ese concierto, esa grabación, alguna conferencia. Vivió lo que, mientras experimentaba, no supo saborear, se vio desde fuera, desde el recuerdo.

Hasta el segundo ataque.

Ese le rompió la memoria del peor modo posible: intermitentemente. A veces la lucidez era completa, otras las tinieblas oscurecían su consciencia, desdoblándola de quién fue. El amor a la música quedó intacto en las dos mitades. Cuando dominaba la parte intacta, se refugiaba en los recuerdos; escuchaba sus discos con la envidia lacerante de la admiración impotente: tenía celos de sí misma; sus dedos torpes incapaces de tocar como lo hicieron, chocaban contra el teclado, mientras sufría escuchando sus propias grabaciones.

No le iba mejor a la otra parte, la que olvidó su identidad: por un instinto primario, también elegía sus interpretaciones para escuchar música sin saber que la ejecutante era ella; la admiración se turnaba con la envidia cuando, ignorante, pedía aprender a tocar el piano, afanándose en las piezas más sencillas. La angustia estaba en que sus manos sí recordaban, pero incapaces de moverse correctamente, abandonaban a los dedos impotentes sobre el teclado. Sara, furiosa, apartaba de un manotazo las partituras, descargando la rabia contra la gran concertista, esa estúpida que seguro tuvo una vida privilegiada, rodeada de los mejores profesores, con influencias para subir bien alto.

Una tarde llegó a romper uno de sus discos, el que no comprendió cómo se había resquebrajado al día siguiente, cuando su memoria tomó el control. “¿Sabes qué le ha pasado a este disco?”; “No, lo siento”. La acompañante, que sí conocía el porqué, intentaba protegerlas. Le cogió cariño a su señora, le daba pena de las dos, buscaba que no notase el cambio entre ambas. Quizá eso fue lo que desencadenó el drama.

Sara Belmonte apareció muerta, envenenada, una mañana de octubre, en pleno otoño.

"¿La mató la mujer, jefe?"; "Dime en qué te basas". Elena, descolocada, apuntó las evidencias: "El veneno era el de la planta del jardín trasero, ahí solo tiene acceso ella; no la visitó nadie ese día; lo ingirió con el café de la tarde, el que sobraba del desayuno "le gustaba tomárselo a la merienda con un poco de crema, lo saboreaba mejor que el de la mañana recién hecho"; "Carmela, anda, hazme una tacita con el café viejo". "Qué disgusto tan grande, señor: averigüe quién fue".

"¿Crees de verdad que fue esa pobre mujer, Elena?". No, no lo creía. Pero entonces, ¿quién?

Vidal preguntaba por el trastorno de la pianista: cómo se las arreglaba cuando mandaba la parte de la desmemoria; si era distinta, como si se tratara de dos mujeres; si recordaba cómo era una siendo la otra. Consultó con los médicos, se interesó por las rutinas, estados de ánimo, anhelos de la asesinada en sus dos fases.

La señora de compañía le hablaba de las dos, que eran una, con cariño, desdoblando su lealtad, sin criticar a ninguna: "Pobrecitas, sufrían tanto, cada cual a su modo. Solo la música tenían en común".

A los pocos días, Vidal resolvió el caso. "A Sara la mató Sara". Elena, atónita, se mordió la lengua haciendo un esfuerzo por callar, pero la curiosidad pudo más que las normas. "Señor, entonces, ¿fue un suicidio?, no hubo nota, señor"; "No se quitó la vida, agente: fue asesinato". El inspector miraba socarrón, aunque atento, cómo esa joven subalterna analizaba la conclusión, consultaba las notas que recogió para sí misma con disimulo, y vio sus ojos iluminarse, entendiendo: Sí, Sara asesinó a Sara, una mitad mató a la otra: no fue suicidio sino homicidio.

"Esta claro, señor, si no fue Carmina, solo puedo ser ella. Qué triste"; "¿Estás segura de que quieres entrar en el departamento de homicidios?"; "Sí, señor"; "Yo me encargo".

Elena miraba de soslayo a Gálvez, esperando que se atreviera a preguntarle lo de esa primera víctima, antes de la primera víctima encontrada en esa investigación de locos.

AHORA

Mi Elena me contaría ese caso, tras interrogarme inútilmente ya en esta cama, supongo que para crear un ambiente de confianza: "Pues ya ves, la mitad que envidiaba a la concertista de fama, puso el veneno en el resto del café. Seguramente, dentro de esa niebla pegajosa del olvido, recordó durante unos segundos quién era la pianista que odiaba tanto como admiraba, y en esa zona de locura lúcida, se decidió a matarla.

No creo que entendiera del todo a quién asesinaba junto con la intérprete, dudo

incluso que fuese consciente de echar el veneno; soñó que lo hacía, que lo haría algún día. Una lástima". Me apretaría la mano despidiéndose hasta otro día, con la grabadora apagada hace tiempo, para marcharse convencida de la inutilidad de estas sesiones necesarias para que no digan que se dejó ningún cabo suelto en lo de resolver la Matanza de Marzo.

Sus visitas son similares a las de Susana, una mujer rozando esa edad donde la vejez aparece un día de golpe, a traición. Despreocupada por lo que se le venía encima, entró a visitarme, disculpándose por saberse intrusa:

"Buenas tardes, no me conoce ni yo a usted, pero le vienen a ver muy pocas veces, por eso estoy aquí. Verá, le cuento, hace unos meses, me acerqué a visitar a una amiga, la pobre fue ingresada por un dolor terrible en el pecho, luego quedó en nada, pero nos dio un buen susto a todos. Como le decía, estaba por aquí, cuando al irme, en la misma habitación de mi amiga, el señor de la cama de la izquierda me llamó; "Adela, por fin"; "Disculpe, se ha confundido usted; soy Susana". El hombre continuo dirigiéndose a mí con ese nombre equivocado. Me supo mal y me acerqué para sacarle de su error.

El señor comenzó a hablarme; opté por suplantar la personalidad de esa otra mujer un ratito; contestaba a sus preguntas bordeando lo posible, no fuese a meter a la pobre Adela en un compromiso. Por lo que me contó, entendí que ella debía haber muerto. Me quedé a su lado hasta que se durmió.

Usted se dirá: bueno, valiente estupidez, qué tiene que ver eso conmigo. Sigo.

Al día siguiente regresé a ver a mi amiga, aunque realmente iba por el caballero anciano de la otra cama evitando confesármelo. No estaba. Aprovechando que la convaleciente se traspuso, busqué a la enfermera de planta: "Sí, el señor murió anoche; cuando fui a darle las medicinas, las tomó contento; "¿Sabe?, hoy ha venido mi Adela". Le dije que me alegraba mucho. Por la mañana ya no estaba".

Me impactó, la verdad sea dicha. Estuve con Petra una hora más, aunque mi mente estaba en otra parte, tuve que reconocer que haberme hecho pasar por su mujer, animándole en su última tarde, me gustó. Yo, sabe usted, desde que me quedé sola, no he vuelto a ser la misma; le contaré, mis días los pasé cuidando de los padres, que me vivieron bastante, pero ley de vida, se me fueron: mi padre hace unos años, madre apenas unos meses. Antes también me hacía cargo de los hijos de mi hermana, ahora ya crecidos, no me necesitan. Voy a la parroquia a echar una mano.

Con esto es fácil entender que me falta algo si no dedico mi tiempo a otros, conque cuando me convertí en Adela durante un rato, haciendo feliz al viudo, sentí que por ahí iba el asunto. Desde ese día, vengo al hospital para ser quienes quieran que sea los que no reciben visitas; me gusta sentarme junto a ellos, darles conversación, tiempo, ilusión de ser queridos, que es lo que todos necesitamos.

Así que, ya sabe por qué estoy aquí, con usted: por puro egoísmo".

Me cayó simpática la señora por esa franqueza sin disfraz, alejada de esos otros altruistas de pega que se pasean por las camas, repartiendo felicidad barata,

positivismo enlatado, emociones de cartón piedra. Susana compartía su tiempo para encontrarse, llenar sus días; nada de tonterías sensibleras. Qué contraste tan fresco. Sus visitas eran agradables, sin aspavientos ni falsa piedad; "con usted, como no sé quién querría que fuese, pues soy yo misma, ¿le vale?, pues eso"; contaba sobre sus padres, sobrinos, la casa, siempre alegre procurando no cansarme. Se despedía con un hasta pronto, no te levantes, guiñándome un ojo.

Qué alivio ser tratado con normalidad, haciendo bromas a mi costa.

Si solo soy yo quien se ríe de mí, queda patético.

LO QUE FUI

Susana comentó algo sobre la memoria en su última visita, que me trajo a la mente otro de los casos del abogado Rogelio Olivos.

"Hubo un asunto complicado en el que también me costó firmar. De hecho, pedí que alguien más avalara el asunto. Terrible, ya te digo".

Encantado con esa nueva historia, le dediqué toda mi atención; él, como solía hacer cuando se iba tan lejos, echó la mirada al pasado invisibilizando el presente, yéndose sin irse.

"Había que firmar una orden de encierro en el psiquiátrico de por vida a un tal Amadeo Bruño Valdemar, un nombre hecho para ser ocupado por un funcionario tranquilo, padre de familia afable, vecino agradable, de vida algo gris, cómoda, aburridilla, nunca para albergar a lo que fue: un asesino despiadado. Mató, mató y mató, sin excusas ni eximentes: le gustaba. Cuando le atraparon, al cabo de varias víctimas, encontraron en cientos de hojas, los asesinatos pormenorizados: cómo, quién, dónde, por qué. Todo. No cabía duda. Era él. Lo atraparon. Divulgaron la noticia a los cuatro vientos, orgullosos de haberlo cogido por fin; la ciudadanía podía respirar tranquila, la policía cumplía con su deber de protegerla.

"Hasta ahí todo bien, un caso como otro cualquiera, independientemente de la salvajada, se sobrentiende. El asunto se complica cuando, en uno de esos traslados necesarios del preso, el padre de una de las víctimas, obcecado sin duda, con el juicio trastornado por la pérdida, decidió tomarse la justicia por su mano, quizá desengañado por sistema judicial, puede que por mera venganza ciega, vaya usted a saber. El hombre cayó en un mutismo absoluto cuando lo detuvieron tras disparar, a unos cinco metros de distancia, lo más cerca que pudo colocarse a causa de la escolta, al asesino de su pequeña. Un caos de gritos, gente corriendo, policías pidiendo orden, periodistas grabando, impidió durante unos minutos, saber qué había sucedido: tres impactos de bala en el cuerpo del criminal, ahora víctima desangrándose, convirtieron a la antes víctima, padre sin hija, en homicida. Qué fácilmente se cambian los papeles".

Entró en uno de sus silencios donde terminaba de contarse lo obvio: yo sabía que el hombre no murió ahí, había de ingresar en el psiquiátrico; así que cuando saliera de su mutismo, empezaría con lo que quiso contarme de verdad.

"Ya ves, luego dicen que el destino de uno está escrito, pues vaya birria de vidas que le sale. En fin, a lo que iba: el asesino casi asesinado, se libró de la muerte a tiros, evitándosela asimismo a su fallido homicida espontáneo, que, eso sí, pasó preso años.

"El dilema que me angustió fue que, Amadeo, a causa de la pérdida masiva de sangre, sufrió daños cerebrales importantes, le costó mucho recuperarse. Me consta que los médicos hicieron lo imposible por él, siempre acuciados por el inspector al cargo de la investigación, que lo quería sano para llevarle a juicio y responder con su vida por sus actos. "Me lo curen y pronto". Apostó policías las veinticuatro horas para impedir que otra víctima, o él mismo, acortaran su vida antes de tiempo. Lograron con transfusiones, dos visitas al quirófano, tres enfermeras en turno constante y los especialistas volcados en su recuperación, que saliera vivo. Al menos el cuerpo. Su mente fue otro asunto. "Cuando salga del coma, me avisen", le avisaron. El inspector empezó a preguntarle. El paciente comenzó a contestar. En las respuestas quedó claro que el hombre tenía problemas para recordar lo que pasó en un periodo de diez años atrás: los que usó para matar. En él, ese tiempo aún no había sucedido; recuperó la memoria hasta el año antes de ser un asesino.

Era inocente en sus recuerdos porque no recordaba nada.

"Así es amigo mío. El revuelo mediático que se organizó superó al habido al dar a conocer su captura, hubo opiniones encontradas: que si está fingiendo, ¿no lo ven?; que no, que es imposible engañar a tanto experto; qué conveniente esto, ¿no?; que lo ejecuten, da igual su olvido, las víctimas siguen muertas.

Lo que te digo, el revuelo del año. Ahora, cuando antes no había abogado dispuesto a defenderle, salían de debajo las piedras: veían una línea de defensa plausible y un modo de despegar sus carreras. Al final, el juicio se celebró. Te ahorro el circo que se montó dentro y fuera de él, ¿para qué?, el asunto es que al hombre le declararon culpable, lo que cambió fue la condena: evitó la pena capital por la del ingreso en un psiquiátrico de por vida o, en su defecto, hasta que recuperase la memoria para apechugar con lo que de verdad le tocaba afrontar. Cada año se le evaluaría a fin de comprobar su estado mental: a la mínima duda de fingimiento, se daría una fecha de ejecución inmediata.

"Y si te preguntas dónde aparezco yo, pues fue aquí, en la renovación de uno de esos años de revisión.

"Como estarás intuyendo, amigo, pasó exactamente lo que crees; no me mires tan sorprendido: se te lee en la cara.

Odio ser tan transparente.

"Pues sí. Verás. Había un protocolo, una rutina a seguir donde los especialistas preguntaban, él contestaba, evaluaban y deliberaban hasta llegar a la conclusión de

si seguía amnésico o mentía. El asunto llevaba sus horas, se realizaba con rigor, pero también con algo de aburrido fastidio, sobre todo, para los que cada seis meses debían pasarle las mismas preguntas, con lo que solía haber gente nueva para prevenir el desgaste de atención de los veteranos. A mí, como creo que te he dicho en alguna ocasión, me apasiona la mente humana; al saber que debería estar presente en una de las renovaciones de la sentencia de este caso, lo estudié a fondo.

"Llegó el día de la evaluación. Desde el principio, el ambiente de rutina lo impregnó todo. Amadeo, deseoso de colaborar, procurando contestar con rigor y de modo amable, elegía con cuidado las palabras, los gestos; se le notaba el esfuerzo para recordar el horror ante las pruebas, el balbuceo, algo gastado, al justificar su repulsa: si yo lo hice, ya no soy él: reniego de quién fui. Todo muy correcto. Hasta que vi un destello en sus ojos cuando nadie más le miraba. Fue como un relámpago: la astucia y crueldad, fijada por ese milisegundo de luz blanca brillante que se nos graba y que seguimos viendo cuando la oscuridad regresa tras el fogonazo eléctrico. Lo vi. Él sabía. Era él, no su olvido.

"Por supuesto hice todo lo que crees que hice; se le volvió a examinar, esta vez con el entusiasmo renovado de los expertos; el jefe de psiquiatría emocionado con el reto; los novatos emborronaban hojas y hojas de sus libretas de apuntes. Yo, angustiado por si me lo había imaginado, agoté mi atención en sus ojos, escudriñándolos en busca de esa lucidez asesina. Pero no regresó. Aun así, pedí la firma de otro colega junto con la mía en esa renovación de falta de memoria.

"Unos años más tarde, me llamaron porque se iba a decidir liberarlo; las sentencias para toda la vida, no suelen durar toda la vida. Contactó conmigo el fiscal por el informe donde quedó registrado lo que vi esa vez; "¿Usted cree que finge?, con las revisiones de sentencias, el jaleo político actual, la necesidad de darle carnaza al electorado, están contemplando mandarlo a casa; afirmo que es un error, por eso le pedí que viniese: es el único que dudó de su amnesia en estos años; ¿le soltaría?"

"Dije que no".

"Me lo pensé mucho: sería una injusticia enorme dejar en esa habitación blanca, atado a rutinas médicas, a esa vida sin horizontes, un hombre inocente dentro de un hombre que fue culpable. Cerraba los ojos para ver esa mirada nítida, de pura maldad que vivía en él; la recordase o no: era él. Mejor que siguiese encerrado dentro del amnésico encarcelado en el psiquiátrico, que liberar esa maldad al mundo donde podría recordarla, aprender a matar de nuevo, germinar. No. Eso lo firmé sin buscar respaldo".

AHORA

Esa historia que me contó me tuvo entretenido semanas; me las pasé imaginando que, efectivamente, lo soltaban: él, realmente inocente en su amnesia, aprendía a vivir fuera de ese mundo aséptico, controlado, amable a la vez que

severo, que le impedía usar su libertad.

Los primeros días viviría bajo el mismo horario estricto para levantarse, comer, pasear, comprando la comida que le daban, buscando rutinas similares. Lentamente, recuperaría el gusto por las grasas, los dulces, acostarse a deshoras, aprendiendo a engañar los controles semanales, más tarde, mensuales.

Empezó a ser él. En todo. Sin llegar a recuperar la memoria, simplemente, aprendió a matar de nuevo. Y la primera víctima de esta segunda parte, fue idéntica a la que asesinó hace ya años. Quizá la eligió por tanto verla en las fotos que le mostraron, "¿no la reconoces?"; "No, lo siento, jamás la vi, solo la conozco porque me la enseñan ustedes". O puede que no, tal vez, ese tipo de mujer, regordeta, teñido el pelo de rojo, tirando a baja, era su detonante.

Pero nunca salió, me lo aseguró Rogelio, con lo que su segunda vida delictiva fue perdiendo mi interés por vana. Igual él mismo quiso continuar en su encierro, puede que atisbara al asesino en un espejo mientras se miraba y decidiera mantenerlo preso, controlado, quién sabe; la cuestión es que jamás volvió a pedir la revisión de su condicional.

Como he dicho muchas veces, me aburría bastante de niño; necesitaba de lo que fuese que atrapara mi interés. Eso sí, cuando algo lo despertaba, era obsesivo, independientemente de su duración. Lo que jamás imaginé es que lo acumulaba para estos días inertes: es ahora cuando realmente leo esas vidas espiadas, siendo ellas.

Aunque sé que soy algo más.

LO QUE FUI

De chico, ya dije que me gustaban los cementerios. Solía colarme en algún que otro entierro; qué vistosos y entretenidos, sobre todo, lo de escuchar a la gente que se arremolinaba en torno al ataúd donde encajaron al que despedían. Los corrillos, antes y después del sepelio eran temáticos, agrupándose los que pensaban del muerto de un modo similar, discrepando de los otros grupos. Acercarse a ellos era obtener información contradictoria del que ya no podía defenderse.

Era divertidísimo recolectar adjetivos y recuerdos de una misma persona, como si ahora de muerto, su personalidad estallase en docenas de pedazos, cada uno reflejando un aspecto distinto de quién fue, de cómo lo vieron, consiguiendo haber sido, al mismo tiempo, generoso, tacaño, buena gente, insoportable, atento, mezquino, gran amigo o rival: imposible adivinar que hablaban del mismo, si se hubiese escuchado fuera del contexto del camposanto.

Solo hubo una excepción memorable donde coincidieron todos: un muerto al que nadie conoció personalmente, un ciudadano intermitente que entraba y salía de la población. No era un indigente ni un vagabundo, en realidad, no se sabía bien quién era o qué hacía. Aparecía unos días para marcharse otros, justo cuando uno

se había acostumbrado a verlo por la plaza dispuesto a hacer favores a quienes se los pidieran: escribir cartas, escuchar secretos, encontrar lo perdido, consolar a los tristes.

Me gustaba rondarle, aunque le tenía respeto; quizá ese mirar suyo tan intenso, esos gestos casi inmóviles, la voz profunda. Todo él emanaba una paz tensa, equilibrada por una voluntad de hierro, no del todo estable; igual que un árbol gigante con las raíces emergiendo, creciendo más allá del subsuelo, como si buscase otro lugar, renegando de su inmovilidad ancestral.

Nunca supe su nombre hasta que lo vi escrito en la lápida; vino a morir entre nosotros, como pudo dejar de existir en cualquiera de los otros lugares que visitaba.

Su entierro fue extrañísimo. Llovía con ganas, la cortina de agua actuaba como una niebla densa que impedía ver mucho más allá de unos centímetros por delante. La gente marchaba en hilera, siguiéndose unos a otros, suponiendo todos que el primero de la cola iría detrás del féretro: un acto de fe. Era difícil moverse por el barrizal en el que se había convertido el cementerio, "Mira que te tengo dicho que pongas más grava"; "Sí, claro, como no tiene que peinarla él cada tarde cuando la esparcen los visitantes"; "¿Has dicho algo?"; "No, señor, que sí, que pondré más gravilla". Andar era una tortura, aun así, pocos se salieron de la fila que acompañaba al muerto. Cuando llegaron –yo ya estaba ahí, a resguardo, bajo el alerón de un mausoleo: me conozco los mejores puntos de observación–, paró de llover en seco; el cielo se despejó completamente, iluminando en gris brillante, el ataúd suspendido por cuerdas sobre el foso, ahora inundado, cavado antes por los enterradores; el agua reflejaba la oscuridad del féretro. "¿Qué hacemos, jefe?"; "Pues seguir adelante; es agua, no tierra; el hueco sigue ahí". Todos parecían llorarle; la lluvia, disfrazada de lágrimas, mojaba sus rostros. El cura bisbiseaba sus latines, los asistentes hacían como si escuchasen. Todo normal. Hasta que se intentó descender el ataúd hacía la tierra abierta: el agua lo impidió: el ataúd flotaba sin hundirse por su peso. El enterrador más joven, mirando antes de reojo a su superior, usó la pala para empujarlo. Nada. Miró de nuevo a su jefe antes de colocarse encima. Nada. El agua, tozuda, evitaba su caída.

El jefe se sitúo al lado del ayudante, encima de la caja. Nada. Intentaron unos saltos lo más respetuosos posible. Nada. El monaguillo encantado por la novedad, a una señal del sacerdote, se unió a los hombres. Empezó a ceder; el agua se desbordó, mojando los pies de la gente que, como hipnotizada, asistía al espectáculo de dos hombres y un niño saltando sobre el sarcófago con una dignidad precaria.

No lo enterraron hasta el día siguiente, tras achicar el agua, y esperar a que el barro fuese tierra de nuevo.

La imagen se me quedó grabada: un entierro bajo el agua.

Los que le acompañaron fueron porque le tenían simpatía y pensaron que no irían muchos, con lo que se animaron a despedirle. Asombrados cada uno, de no

ser el único, iniciaron la procesión hasta el cementerio escudriñando el cielo con desconfianza: “Pues igual hasta nos llueve”; “Sería una lata, estas cosas con lluvia, fastidian bastante”. La que cayó fue tan tremenda, que lo que hubiese sido un inconveniente, se convirtió en parte de la tradición local donde, el día que enterramos a Ezequiel, pasó a ser un antes y un después de cualquier suceso relevante.

Lo que escuché de los corrillos fue el asombro y admiración, no hacia el hombre, sino al muerto. “Debía ser alguien especial para que se haya abierto el cielo así”; “Era un santo, sin duda”; “Seguro que fue uno de los treinta y seis hombres justos”. Quizá por eso fue el único caso donde, en un entierro, se estuvo de acuerdo, porque hablaron del rastro que queda tras la muerte del hombre, su mito.

Lo de ser un santo lo comprendí.

Lo de formar parte de los treinta y seis hombres justos, me intrigó.

Quien lo dijo fue Samuel a su mujer, Ana, lo comentó al ir saliendo del cementerio: “Este hombre era judío, seguro, debíamos haberlo enterrado nosotros”; “Nunca comentó nada, deja las cosas como están”; “Fíjate lo que ha sucedido: igual hemos ofendido por omisión”; “Desde luego, mira que te gusta lo dramático”; “¿Y si era uno de los treinta y seis?”; “Pues si lo era, igualmente está en paz”; “Eres una descreída; si hubiese sido el Judío Errante, ¿qué dirías?, ¿eh?”; “Anda, ten cuidado no te resbales”.

Lo importante de esos hombres justos, aparte de saber de ellos, fue que entré en una nueva dimensión: la de las leyendas, eslabones entre fantasía y realidad que vienen a ocupar ese espacio vacío al que queremos llenar de esperanza, para evitar darnos de bruces contra el absurdo de lo real.

El aura que rodeó a Ezequiel desde su muerte, eclipsó al hombre; los recuerdos se agrandaron, las anécdotas se atesoraban: todos tenían una. Su vida, desconocida en realidad, dio más empuje a la imaginación, y cada uno creó su versión para añadir a nuestra memoria colectiva donde teníamos enterrado a un hombre excepcional.

AHORA

Sí me gustaría haber conocido realmente a Ezequiel, porque hasta yo quedé atrapado en esa red mítica. Me decanté por la versión de los treinta seis hombres justos porque me pareció más sugerente que la del mero santo, más manida para mí, donde la cultura en casa era cristiana. En cambio, la judía se me antojaba luminosa y certera cuando aseguraba que el mundo se mantenía en pie por la bondad de esos hombres y mujeres justos de número constante, treinta y seis, que nacían y morían sin saber que habían sido uno de los pilares de justicia y bondad por los que el mundo gira. Cuando uno moría, nacía el siguiente para que siempre

hubiera los mismos: el número invariable que evitaba la destrucción moral del planeta.

Bello.

Me descubrió que, en realidad, los hechos no son nada sin contárnoslos: la vida necesita de un narrador. Incluso la nuestra, para eso están los recuerdos: imágenes, falsas en su mayoría, de nuestras experiencias que nos narramos una y otra vez, según nos convenga. Sin esos destellos no tendríamos conciencia de lo que nos ocurrió. Aunque nos reinventemos en ellos, nos dan la seguridad ficticia de que somos los mismos cada mañana al levantarnos.

Puede que eso sea lo que pasa: que no me los crea ya.

Quizá soy parte de mi propia leyenda: dentro y fuera de mí mismo, por estar fuera y dentro del tiempo. Por eso me escribo y me leo en esta novela insensata por inexistente.

LO QUE FUI

Alguien va tatareando por el pasillo la misma tonada que tocaba Marlena en las clases de baile. Me gusta que un estímulo externo ilumine zonas oscuras que creía perdidas: Las hermanas Belmonte: Marlena y Azucena, que regentaban la escuela de danza, avalada por la parroquia, en un intento de evitar que la juventud asistiera a cines oscuros, se reuniera en bares dudosos o fuesen a sitios aún peores.

A mí me encantaba espiar la clase desde una ventana que siempre estaba abierta y permitía ver su interior, no sé si para evitar que el ambiente se cargase o para mostrar, bien a las claras, que ahí dentro no sucedía nada censurable.

La señorita Marlena tocaba al piano las piezas a bailar con entusiasmo, como si la escuchara un público atento. Lo hacía mal, y aunque eso no le quitaba mérito a su entrega, sí mermaba bastante la armonía a las sesiones de baile. Azucena, algo más joven, dirigía la clase, marcando la ejecución de los pasos y dedicando miradas asesinas a la hermana cuando la nota falsa era demasiado evidente.

Por el ventanuco se escapaba el eco de las palmas, la enumeración de cifras incomprensibles que pautaban los pasos de los bailes, las notas del piano, el arrastre de pies y las indicaciones, favorables o no, de Azucena. “Uno a la derecha, adelante, atrás, arrastramos, y…, dos a la izquierda, adelante, atrás, giramos y…, diagonal al cruce y… Mal ese pase, se puede mejorar; esa mano más arriba”.

Las hermanas buscaban un ambiente cómodo para sus adolescentes, querían un refugio donde pudieran aprender, socializarse y, sobre todo las muchachas, estar a salvo de unas amenazas, algo turbias, que exponían al principiar las clases en forma de recomendaciones oscuras. De hecho, fue ella solita quien abrió la caja de Pandora al referir con insistencia lo que la mayoría de los jóvenes desconocía. Ella les incitó a buscar, curiosos, esos mundos lúbricos que censuraba.

“La danza es un arte donde vosotros, chicos y chicas, tenéis un papel distinto pero complementario, donde evolucionáis con la música y el cuerpo de un modo

correcto, evitando caer en la vulgaridad, siempre censurable, de la cercanía entre sexos. Se ha de saber cuándo parar: en el momento en el que el contacto del otro enmudezca la música, se preste más atención a la mano de él en la cintura, al pelo de ella en el cuello; en ese punto se abandona la pista para sentarse. No se intentará de nuevo hasta que se sea capaz de escuchar la melodía con calma, y por supuesto, se bailará con otra pareja".

Cuando incidía en los peligros de la proximidad física, Azucena revivía la experiencia de cada baile con su pareja profesional: qué apuesto era, con ese acento de otras tierras, el pelo negro, ese cuerpo que era un molde perfecto al suyo. Practicaban cualquier modalidad, incluso el tango tan difícil de ejecutar, tan maravilloso dejarse llevar por él: qué figuras, qué precisión, qué añoranza se quedaba en una tras el último pase; la memoria de sus manos en el talle, ese escalofrío que tardaba en irse, venciendo la gravedad, flotando. Gabriel. Cómo olvidarle.

Marlena la miraba de soslayo desde el teclado cuando la escuchaba enumerar los peligros del baile, veía cómo su hermana se recordaba bailando con él: feliz al principio; rendida a sus caprichos más adelante; angustiada por los celos más tarde; descompuesta por la vida al final. Gabriel. Cómo perdonarle.

Desde que huyeron de la severidad autoritaria del padre, la blanda aquiescencia de la madre y la cárcel de vida que les tenían predestinada, siempre estuvieron juntas. El amor a la música, al baile, les dio de comer y de soñar. Vivían para triunfar.

Solo que no lo lograron. No, al menos, como deseaban cuando dejaron todo atrás. Creían en su capacidad, el talento ya llegaría; era cuestión de no desfallecer, de seguir practicando, de dedicación absoluta. Tuvieron sus momentos: una reseña aquí, otra allá; asientos llenos en locales de segunda mano; aplausos entregados donde les daba para saludar hasta una segunda vez, jamás una tercera; las contrataban sin regatear demasiado: "Vamos bien, fíjate, nos llamaron de la capital"; "Sí, en nada, actuamos en El Teatro Principal", se reían, jóvenes, esperanzadas en que, al final, ya verás, llegará la fama, el dinero y el talento. Pero no venían. Los sueños comenzaron a ser más modestos; desistieron de imaginarse grabando discos, protagonizando películas, firmando cientos de autógrafos a la salida de los teatros: nunca nadie les haría inmortales en sus recuerdos.

Sus vidas seguían comprometidas con la música y el baile, pero a la hora de imaginar proyectos, comenzaron a contar con la realidad: abandonaron la idea de vivir como soñaron para soñar que vivían como quisieron.

Cuando los sueños de grandeza se asentaron, encaneciendo, la vida empujó con fuerza reclamando su espacio. Apareció Gabriel.

Ocupadas en sus carreras, absorbidas por las esperanzas, jamás hicieron caso a los hombres que intentaban acercárselas; rechazaban sin piedad, flores, bombones, citas, juramentos de amor eterno, promesas de futuro ideal. No era para ellas. Antes no. Ahora, a la deriva, sin ambiciones, eran presa fácil de la ilusión; maestra en engaños ancestrales recurrentes.

Gabriel, vividor, caprichoso, seguro de su atractivo, vino a representar su papel sin escrúpulos. Cuando conoció a las hermanas Belmonte supo cómo jugar sus cartas enseguida. Y ellas, sin la protección de los sueños, cayeron de lleno en la trampa. La de siempre. Dos mujeres y un hombre.

Calibró a quién enredar; independientemente de que Azucena fuese su pareja de baile, con la ventaja evidente que suponía, se la intuía más decepcionada, más necesitada de un relevo vital. Él le ofreció el mejor truco de magia de todos: el amor.

Sería cansino enumerar las fases, tan parecidas siempre, de esas pasiones prefabricadas donde uno manipula sin amar. Como es fácil deducir, su radio de acción siempre estuvo dirigido a las dos: mientras salía con Azucena, coqueteaba con Marlena, repitiendo el eterno y absurdo juego de destrucción.

Si la bailarina se enamoró, apartando las reservas, viviéndolo como verdad, cegándose para no ver lo que veía. La pianista, consciente del engaño, se enamoró de verdad de él, de lo que ocultaba, de quién era; no del don Juan vulgar: amó al joven escondido en el personaje, hasta que le agotó el dolor culpable por la lucha interna de querer a su hermana y al hombre encubierto en el hombre que la cortejaba: el odio hacia sí misma amargó el amor de los momentos clandestinos con él; imaginar la pena de Azucena, si se enteraba, la paralizaba. Pero, sobre todo, cuando intuyó que de seguir así, la aborrecería por ser parte de ese Gabriel que la separaba de su Gabriel, detuvo su vida unas horas para pensar cómo quería vivirla. Un sudor frío la sacudió al saberse capaz de detestarla: ahí no se iba a permitir descender, ese infierno no: prefirió otro. Y para entrar, debía meter dentro a los tres, dejando fuera al Gabriel falso, al que necesitaba como llave y candado.

Azucena recibió la primera carta envenenada un lunes a las doce en punto. Marlena, que la vigilaba de cerca, la vio palidecer, arrugarla, tirarla lejos, sentarse, levantarse, dar vueltas por la habitación, ir a donde estaba el barullo de papel para alisarlo, leerlo de nuevo, sudar, romperlo, arrepentirse, leer los trozos, y aguantarse las lágrimas cuando le preguntó si le pasaba algo, estás rara. “No, nada. ¿Es hoy cuándo quedamos con los del ensayo a cenar?”; “Sí, a las ocho”; “¿Se puede aplazar?”; “Mejor no, si quieres voy sola, te veo algo descompuesta”; “¿Me harías ese favor?”; “Claro”. El favor que le estaba haciendo, era otro.

Cada lunes llegaba una misiva anónima, hecha de mentiras escondidas en verdades, de las infidelidades de Gabriel. Al principio, no hizo caso. Al mes, le fue imposible disimular: “¿Te pasa algo, cariño?”; “Nada, solo que… No, da igual, todo va bien”. Todo fue bien, relativamente, hasta el segundo mes. “¿Ocurre algo, cielo? Estás tensa, arisca, no eres tú misma desde hace un tiempo”; “¿Ah sí?, y ¿por qué tendría que estar así?, dime, ¿tengo razones para comportarme de este modo?”

Marlena calmaba a la hermana restándole importancia a los libelos, que la gente es envidiosa, no hagas caso, todo es basura malintencionada, ya pasará. Y tranquilizaba a Gabriel, no al suyo, sino al de Azucena, del suyo se despidió hace meses; relájate, da palos de ciego, si juegas bien tus cartas, esto parará.

Ya hizo ella para que no parase: cada lunes la carta, puntual.

¿Para qué seguir?, acabó como acaba todo, dejando tras de sí el recuerdo, más o menos entero, más o menos fiel, más o menos doloroso, de lo que fue.

Las hermanas se refugiaron en el tiempo, cambiaron de espacio, recompusieron sus esperanzas, renovaron ilusiones. Los años pasaron más rápido de lo esperado, el éxito se conformó con rozarlas apenas. Decidieron abrir una academia de baile que les fue muy bien; eligieron buen momento, estaban en alza.

El tiempo, inquieto y maldito, mudó de nuevo las cosas: los jóvenes aprendieron a relacionarse de otros modos, los gustos, la música, el cambio continuo, las arrinconó en mi pueblo de provincias en su academia decadente, en esos compases eternos, los pasos inamovibles, los sueños de lo que no fue. Gabriel quedó como símbolo de lo que tuvieron. Y de lo que no.

AHORA

No creo que Marlena se arrepintiera jamás de haber escrito las cartas, algo de nostalgia por lo que fue sí sentiría, pero dudas, ninguna.

Hay momentos decisivos en los que se nos cambia la vida, se suelen reconocer: son esos instantes donde se opta por una de las mil acciones posibles.

Son como puntos fijos, segundos anclados, donde nos dejamos atrás para movernos hacia delante: es el cambio entre el yo que somos, y el yo que seremos. Tras cruzar ese instante, nos dividimos en un antes y un después. En un yo, y otro yo.

¿Y si dos personas se mirasen, viéndose, en ese preciso momento del cambio?

De eso fui testigo una vez.

LO QUE FUI

Así fue cómo se miraron esos dos hombres, con una intensidad dramática, por intentar describirlo de algún modo. Entraron el uno en el otro, se vieron como dicen que vemos nuestra vida antes de morir, solo que ellos se la intercambiaron. Y no solo eso: supieron cómo iban a ser después cuando parpadeasen, cuando ese segundo diera paso al siguiente. Les vi verse. Desde esa mirada les busqué los rasgos para averiguar quiénes eran y estar pendiente de en quiénes se convertirían.

Estaba con Teo, antes de que también nos descubriéramos, comprendiendo que ninguno era quien creía ser para el otro. “¿Ves a ese hombre al final de la barra?”; “¿Cuál? ¿El que está al lado del de la camisa azul?”; “El mismo, cuando salga, síguelo, yo iré detrás del otro, mañana por la tarde a la merienda nos contamos”. Encantados con el plan esperamos a esos hombres, que ya no eran los mismos.

El de mi amigo salió pronto; observé cómo se alejaba tras él. El mío se tomó su

tiempo. Cuando se marchó le seguí hasta el edificio donde se edita el periódico local. El conserje le saludó con un buenos días, don Rómulo. Le tenía. En casa mi padre despotricaba contra él cuando leía sus artículos; de infame, miserable y ruin no bajaba.

Ahora a esperar todo un día para saber del otro; esa impaciencia me encantaba y me angustiaba a partes iguales. Constatar que el tiempo no se mueve, se me atraganta siempre, así que pretendo creer que no me importa, relleno los minutos con calma, disimulando mi espera, hasta que me distraigo de verdad y, al final, llega la hora, en este caso, la de la merienda.

Junto con el bocadillo de queso, Teo compartió su persecución. "Lo que anduvo el tío, me llevó hasta la otra punta, más allá del parque"; "Sí, bueno, pero, ¿adónde fue?"; "A una casa. Ya me iba a ir, cuando salió de nuevo". Se calló, malicioso, ocupado en masticar el bocadillo, mirándome. Por supuesto, yo también me dediqué a mi merienda; no le iba a dar el gusto de impacientarme. "Pues sí, le seguí". Bocado al pan. Silencio. "Y no lo adivinarás". Callados, concentrados en las miguitas. "Entró en la comisaría". Mi asombro fue su éxito.

Con esos datos, quién podría resistir el inmiscuirse en sus realidades, ir más allá incluso y rellenar los huecos, esos espacios libres donde se cuela la imaginación. Yo no.

–¿No te cansas de escribir basura, Rómulo? – La mujer airada le arrojó el periódico a la cara; se le había colado al conserje que, aburrido, se entretenía dando indicaciones a un transeúnte perdido, accediendo a la redacción sin problemas.

Entró gritando y salió en silencio, el que se creó en la estancia, donde todos pararon el tecleteo de las máquinas, las conversaciones y el contestar de los teléfonos, para escuchar cómo sus tacones golpeaban con fuerza el suelo mientras se iban alejando con su enfado.

–Hale, otra admiradora; no sé cómo lo haces, chico. –Las risas nerviosas ocuparon el espacio del silencio retomando la rutina. Solo Rómulo continuó en él, quieto, leyendo su propio artículo. La verdad es que la mujer tenía razón. Distanciándose de lo escrito, lo que leía era una infamia. El poder de las palabras; con ellas había destrozado reputaciones. Bueno, no lo hicieron solas, él las creó. Jamás, desde que entró en la redacción, había sido tan consciente de ese privilegio. De esa responsabilidad. Le recorrió un escalofrío; entró en esa soledad penetrante de la consciencia, la zona insoportable llena de espejos que nos muestran cómo somos. Llamó a Sandra; siempre sabía decirle lo que necesitaba. Esta vez tampoco le defraudó.

–A ver, sitúate: eres periodista, es lo que hacéis: dar noticias, mostrar al público lo que quieren ocultar. Sois su voz –miraba a su amiga menuda, nerviosa, encender un cigarro tras otro mientras le teorizaba sobre todo. Vivía para las abstracciones, por eso le ayudaba, no solía irse a lo concreto: era absoluta. Su mente trabajaba con los opuestos puros, nunca con medias tintas: sí o no; verdad o mentira; todo o nada. Le reconfortaba escucharla: su profesión es de las nobles, de las que arriesgan,

llevándose por delante a quién sea, hasta quien lo ejerce si hace falta–. Eso es lo que te pasa, que te arriesgas, vas más allá que los compañeros, eres valiente: dices lo que hay que decir. Conque nada de remordimientos, si para contarnos la verdad, ruedan cabezas, que rueden. Aunque sea la tuya, Romulín, es la parte heroica de quién eres: un periodista.

–Sí, tienes razón. ¿Qué haría sin ti?

–Anda, pídeme otra cerveza.

Camino de la barra sintió lo que siempre siente antes de acallar la conciencia anestesiada por las frases tópicas que iba a buscar; ese cosquilleo amargo que le dictaba lo que Sandra acaba de soltarle: verdades categóricas donde poder refugiarse. Aunque esta vez fue incapaz de cegarse, camuflarse en el periodista consecuente que transcribe una realidad contrastada; él no es ese; él se lanza a contar rumores, agrandados por la inspiración del momento, muy parecidos a mentiras; escribía lo que a veces coincidía con la verdad, o no. Le daba más bien igual.

Esperando a que le atendieran, se preguntó inquieto: "¿Qué pasa que este malestar persiste? ¿Dónde está la diferencia?"

Levantó los ojos, que entraron directos, en los del hombre de su izquierda.

Yo les estaba mirando, haciendo tiempo con mi amigo, al otro lado del cristal del bar, sentado en un banco del parque.

Humberto salió de casa para ir al trabajo. "Adiós". Cerró la puerta como siempre, sin saber que, para nada, era un día como los de siempre.

Iba contento, le gustaba su empleo, las ventajas eran muchas, entre ellas, pasar la jornada al aire libre, que nadie le apurase, ser dueño del tiempo para fijarse en lo que le rodeaba. Pero lo mejor de todo, era que no había día sin algo estupendo que añadir a su colección; qué orgulloso estaba de ella. La empezó a la vez que el trabajo, barriendo aquí, vaciando papeleras allá, metiendo la basura en su carro, comprobó la de cosas bonitas que la gente desprecia.

En esa primera jornada encontró entre los desperdicios unas lágrimas de cristal que absorbían el arco iris, las depositó en una bolsa aparte, mirando a todos lados, agitada la respiración, sintiéndose en falta. Sin atreverse a quedarse con los prismas, ni a tirarlos al contenedor general, los ocultó entre unos setos. Ese escondite lo mantuvo un tiempo llenándolo de los objetos que indultaba. "Cómo puede nadie deshacerse de esto", y a los arbustos que se iba, aunque el malestar culpable que le producía creerse un ladrón, le superaba. Decidió comentarlo con un compañero cuando su corazón se le disparó al escuchar que le llamaba el dueño de la basura donde acababa de rescatar una figura de porcelana desportillada. "Eh, oiga"; "¿Es a mí, señor?"; "Sí, venga un momento". Jamás había sudado tanto ni balbuceado tan penosamente, y con seguridad, vivido un momento más angustioso. "Yo no quería..., tengo..., es que..."; "Perdone, ¿podría ayudarme con esto?" El hombre indicó unas bolsas negras atadas. "Pesan mucho para tirarlas yo solo al

contenedor". Tardó en reaccionar, el vecino se lo preguntó de nuevo. "Sí, señor, ahora mismo". El mal cuerpo le acompañó el resto del día. Ni se dio cuenta de si había, o no, cosas bonitas entre lo que arrojó, sin más al carro, evitando acercarse al seto. "Por si acaso", se decía confundido, "debería tirarlo todo, pero sería una lástima".

La indecisión le empujó a entrar donde nunca iba en busca de consejo. "Hombre, tú por aquí, siéntate, ¿qué tomas?"; "Hola, Genaro, gracias, nada". Tardó lo que le llevó verle beber dos cervezas y el destrozo de varias servilletas de papel, antes de atreverse a preguntar a su supervisor lo que le quemaba. "Pero hombre de dios, si lo han tirado, no robas a nadie: puedes quedártelo, otro cantar sería para qué lo quieres, pero eso es asunto tuyo". Se relajó tanto con la respuesta, que no solo le invitó a una tercera ronda, sino que él mismo se pidió una gaseosa.

Desde ese día, la colección ha crecido mucho, tanto, que tuvo que trasladarla al sótano porque las estanterías del cuarto no daban para más. Bueno, la verdad fue otra; si ha de ser sincero, su hermana le obligó a retirar toda esa basura que recoges de la calle, que parece mentira que tengas ganas de más después de toda la mañana limpiando, que qué asco lo que te traes, a ver si vas a tener eso del Diógenes, que mira que no te lo perdonaría, hasta ahí íbamos a llegar, pues sí señor, así que te coges todo esto y lo quitas de mi vista, porque harta me tienes con tus porquerías. Y él, que jamás se sintió cómodo en las discusiones, para evitarla, trasladó su colección al sótano. Aunque puestos a decir verdades, era el trato con la gente, en general, lo que le incomodaba; se encontraba sin palabras que decir, las cambiaba por esa sonrisa boba que salía en su defensa cuando alguien le hablaba. Y esa era una ventaja más de su oficio; la gente no se le solía acercar, ni los mendigos, que le trataban como a un rival peligroso, a excepción de Magdalena, la de los cartones y Faustino.

Así que el hombre, contento, iba y venía con su carro, su escoba, sus bolsas y el saco para apartar lo que la gente tiraba sin ningún criterio, que vaya que son torpes que se desprenden de preciosidades, hasta de libros. Y hoy mismo, leyendo uno de ellos, se encontró con la vida de un cartero francés que dedicó su vida, por igual, a repartir el correo y a recoger lo que creía que le ayudaría a construir un castillo.

Se sintió identificado cuando leyó que la gente se le burlaba, pensando en su hermana, y envidioso, cuando supo que, al final, los vecinos le guardaban cosillas para su palacio. La historia la cerraba una foto del funcionario orgulloso, al lado de un extraño edificio con forma de una de esas construcciones de arena infantiles. Cerró el libro soñador. "Debería hacer algo grande también", tropezó con la ambición; su colección le supo a poco, se le emborronó la ilusión quedándose pequeña. Quiso más.

Nublado, sin reconocerse en crisis, deambuló hasta entrar en el bar adonde iba Genaro. Se sentó, giró la cabeza para buscarlo con la mirada y sus ojos se adentraron de lleno en los del otro.

Y como ya dije, vi cómo se vieron mirarse, intercambiando vidas.

AHORA

Al contrario de lo que se podría suponer, el malestar de Rómulo no rectificó su rumbo periodístico: en los ojos de Humberto vio una integridad ejemplar sin fisuras, no por la superación de luchas internas, sino porque ese alma simple jamás las tuvo hasta ahora, cuando el cartero galo le despertó la ambición, presentándole el caos.

El mensaje que quiso leer el periodista le arrancó los remordimientos de raíz, de hecho, apartó cualquier escrúpulo desde ese momento; si se hubieran encontrado ayer..., pero fue hoy, y para angustiarse aun siendo honrado, no se convenció; cortó el último hilo que le ataba al arrepentimiento. Nada más salir de ahí, ya en su despacho, llamó aceptando el cargo ofrecido hace tiempo para dirigir uno de los periódicos más infectos de la capital que, con él al mando, superó ventas logrando unos contenidos aún más demenciales.

Humberto, incapaz de entender lo que le mostraron los ojos del otro, sintió un mareo desagradable, entrando en un espacio viscoso que le angustiaba, donde a lo lejos, una luz tímida señalaba un vacío que le aterrorizó todavía más que las zonas oscuras. Ahí nunca.

La suerte es que equivocó conceptos. Atravesó el mundo sórdido de la conciencia del periodista sin mancharse; impermeable a las experiencias turbias, sacó en claro que sí, que debía hacer algo más con su vida aparte de acumular tesoros. Lo que obtuvo de ese viaje a la oscuridad, fue atisbar la maldad aun sin entenderla, y acertó a elegir una opción que jamás habría contemplado sin adentrarse en la mente de Rómulo. Decidió hacerse colaborador de la policía.

Ayudó muchísimo escarbando entre la basura de los sospechosos. Empezó una nueva colección, más siniestra, donde guardaba bien catalogado lo que creía misterioso, descolocado del entorno. Gracias a ella, la policía resolvió varios asuntos turbios, incluido un crimen, por encontrar las evidencias que los culpables creyeron destruidas; la paciencia de Humberto en recomponer hojas escritas rotas en pedazos, juntar trozos de un mismo objeto encontrados en varias zonas distintas, reunir trapos manchados, guardar jirones de ropa, lo que fuese que le llamase la atención, los atrapó.

Los agentes pasaron de considerarlo un incordio ese primer día que se presentó en comisaria, a contar con él para todo: fue como un predecesor de la policía científica.

Por supuesto, vi su colección.

Ha entrado alguien. Ese estarse quieto mirándome antes de sentarse es lo que caracteriza al capellán del hospital. Antes de arrastrar la silla hacia la cama, me preguntará cómo estoy, esperará unos momentos y se lanzará a contarme el resumen de la semana. Es entretenido el hombre, me usa de confidente,

controlándose cuando roza secretos de confesión, luego expresa sus dudas sobre todo, para finalmente absolverme de mis pecados; en ese punto, siempre me mira fijamente, como si supiera más de lo que yo sé de mí, buscando aclarar la gran duda: qué hacía yo con un arma en la mano.

Y es que es un gran aficionado a los crímenes y mentes criminales, le apasiona el lado oscuro del alma como me tiene dicho, "ya ves, creo que fue el privilegio de escuchar lo más tenebroso de los hombres en confesión lo que me empujó a tomar los hábitos. Seguro que te preguntarás por qué he terminado ejerciendo en un hospital y no, por ejemplo, en una cárcel donde la maldad debería ser más corriente, pues fíjate, porque lo que me interesa es entrever lo oscuro entre la normalidad, en una prisión lo evidente es encontrarlo, obviamente. En una parroquia, sí tendría ese entramado, aunque al ser siempre los mismos feligreses, la experiencia quedaría reducida, reiterativa si me apuras. Aquí venís muchos distintos, cada uno con un secreto único que, al sentiros en peligro, os quema, lo compartís sin el tedio de la familiaridad, a tumba abierta, por decirlo de alguna manera". Avelino y su humor negro era un contraste sano, alejado de los empalagosos modos de otros sacerdotes. Cierto que si tuviera la certeza de que le escucho, disimularía algo ese tono. Quizá esa incertidumbre sobre si sigo vivo dentro de mí, ese riesgo a que recupere la consciencia, recuerde y repita lo que me han ido contando todos, a él le estimule en ese juego peligroso que se lleva entrando y saliendo del Mal. Interesante.

"No debes haber pecado mucho esta semana, ¿verdad, hijo?", su sonrisa no es irónica, ni el comentario cruel, tampoco amargo o triste: solo es. Me gusta. "Preguntan que para qué vengo a verte, bueno, a ti y los que, como tú, están tan lejos de nosotros: "Es una pérdida de tiempo". Contesto que, muy al contrario, estar al lado de estos pacientes con un pie en la eternidad y el otro aquí, es lo más próximo al infinito que tenemos. Es lo que creo: sois el tiempo mismo".

Este hombre tiene sentido de lo absoluto, ve más allá de lo que ve. Como yo, eligió vivir su vida a través de los otros, aprehendiendo de ellos. Lo que me intimida es que yo sea uno a los que desea desentrañar. Lo único en mi mano para contrarrestar esa invasión es hacer lo mismo con él: recorrer sus secretos hasta encontrar el más oculto. Un duelo.

Avelino nació muerto.

La madre, agotada las fuerzas, preguntaba sin voz, creyendo que la escuchaban, por qué no llora, qué le pasa, está bien, por qué no llora. Angustiada por la falta de respuesta, se aferraba a las palabras inaudibles repitiéndolas sin pronunciarlas. El revuelo, algo caótico en su orden, no era normal. Por qué no llora. No lloraba porque entró en este mundo sin respirar: se ahogaba en el aire.

Las comadronas, apuradas, le aplicaron el protocolo de emergencia desobstruyéndole las fosas nasales, golpeándole suave pero enérgicamente boca abajo, de lado. Nada; la única reacción era un color morado brillante en los labios, en la piel. Por qué no llora. La enfermera más joven, por lo tanto, la que menos

acostumbrada estaba a que una vida nueva no viviera, lo cogió y salió con él al jardín de la casa: lo expuso al sol, a la brisa, a las flores: "Mira lo que te pierdes; respira, no temas al aire. Fíjate qué belleza, son jacintos, a qué son hermosos; huelen a sol: respira y los conocerás". Nunca supo la joven si el bebé fue curioso y quiso olerlos, o si el cambio de temperatura le obligó a reaccionar o si comprendió lo que le decía. El asunto fue que abrió sus pulmones y entró en la vida: respiró. Los llantos se escucharon desde la habitación; la madre sonrió muda; ya llora, todo va bien. Le llamaron Jacinto, aunque él, al ingresar en la vida monástica, lo cambió. "Esa joven se llamaba Avelina, el nombre que debieron ponerme, el que elegí cuando me ordené".

"Lo que me costó la carrera de teología; es dura, árida, estéril. Mis compañeros de seminario parecían aprobar sin esfuerzo, iban por las aulas como iluminados; me daban una rabia, habría sido envidia si hubiera entrado por la fe: ellos la tenían. Yo no. Como te dije ingresé por otros motivos; una suerte de espionaje de almas".

Se reía.

"Hubo momentos en los que encontré que igual eso era insuficiente, que el esfuerzo era desproporcionado. Cada vez que me adentraba en esos libros espesos, farragosos, fuera del tiempo, chocaba contra ellos. Era incapaz de entenderlos, de quererlos, huía hacia cualquier actividad que lo postergara. "Si suspende más de lo que la beca le permite, hermano Jacinto, deberá irse, se lo advierto, tiene tres meses antes de los finales, use bien esta prórroga", las palabras del hermano director, las que esperaba desde los fracasos en latín y filosofía medieval, me golpearon con fuerza; la decisión era ya inaplazable: o dentro o fuera.

"Mis paseos por el claustro a deshoras, la mirada fija en ninguna parte, hicieron que mi compañero de curso, Julio, se me acercara. Supongo que vio en mí un ejercicio práctico complementario a los textos: un alma que consolar. Igual el pobre, era solo buena persona y quiso ayudar, tampoco hay que ser tan cínico".

Volvió a reírse. Siempre me contaba su vida entre risas, como cuando algo no te hace demasiado gracia y lo disimulas así.

"¿Va todo bien, hermano?", en ese momento su cercanía me molestó profundamente; le habría apartado a empujones, sentí aversión a ese intento de caridad que supuse falsa. Me controlé. "No", esa respuesta seca, agresiva, fue lo más que me permití. El compañero aguantó firme, sin amedrantarse caminó a mi lado. Suavicé mi rabia; había algo en él, en su modo de estar sin más, que me revolvía contra mí, en vez de contra él. A la tercera vuelta al claustro, le conté la situación. Cuando terminé de lamentarme, me preguntó si quería entender, no aprobar, sino comprender. Dimos un paseo más a lo largo del jardín, yerto en esta época del año, antes de que contestará. "Sí"; "Puedo ayudarte"; "¿Cómo?"

Tardó tanto en seguir, que pensé que lo dejaría para otra visita.

"Fui su invitado ese verano. Me encerró en una habitación con los libros, solo

con ellos, nada más. Por no haber no había ni ventana; la luz se filtraba por un tragaluz. La comida me la pasaba dos veces al día sin entrar apenas; abría la puerta y depositaba la bandeja recogiendo la anterior vacía. Y antes de que me preguntes, había un excusado tras una puerta en la misma habitación. Parecía un cuarto a propósito para encierros. Todo era un tanto siniestro".

"Cuando me explicó cómo iba a ser ese verano, estaba tan desesperado que asentí sin darme cuenta cabal de dónde me metía. Firmé la hoja con todos los puntos bien expuestos, el primero: consentir en el encierro. "Aunque llames pidiendo compañía o distracción, no te haré caso"; Mi orgullo o estupidez vete tú a saber, impidió que anticipase lo que se me venía encima: me era imposible verme aporreando la puerta pidiendo nada, y eso fue justo lo que hice antes de terminar la segunda semana. Qué espantoso tedio ahí dentro. Miraba a mis enemigos en fila sobre la mesa; comencé una lucha sorda: "ya me puedo aburrir, que me niego a leeros". Busqué entretenimiento ignorándolos. Un día tras otro sin nada que hacer. Mi mente se aburría de mi propia mente. Las horas inamovibles atascadas me aplastaban con su tedio".

"Pasó lo que parecían años: qué largas son las horas vacías. Olvidé la tozudez que me hizo esconder los libros debajo de la cama para ni verlos, para ganarles. "¿Ganar qué?, me pregunté, ¿tiempo?" Me hablaba en voz alta para hacerme compañía, me desdoblaba para tener conversaciones, hasta que me harté de ese fantoche previsible que era yo mismo contestándome a mí mismo: no me soportaba. Me tumbé en la cama. Al rato, mi mano, sin mi voluntad, cogió uno de los libros que estaba en el suelo y lo abrió. Mis ojos lo leyeron. Recuperé el tiempo. Los leí todos".

"Aprobé, pero lo más importante: me gustaron".

Pensé que igual ampliaba la noticia, comentando que también encontró la fe, que el sacerdocio iba a ser su guía. Hubo suerte: evitó esa sensiblería cursilona.

"Hoy vas a tener más revuelo del normal. En la entrada me encontré con Elena acompañada de un agente; vienen a intentarlo de nuevo".

Me observó con atención.

"Si pudieras hablar, ¿recordarías lo qué sucedió ese ocho de marzo?"

Una gran pregunta abierta, imposible y absurda para alguien que ignora si es él o si es otro.

Escribir no ayuda a recordar lo que ocurrió, de hecho, lo hunde más en el olvido creando historias con jirones de memoria inconexas entre ellas.

La experiencia, la que vivimos a cada segundo, es incomprensible hasta que nos la contamos reinventándola, ahí es cuando se hace parte de lo que llamamos real, de nuestra identidad; una que vamos cambiando a cada narración, moldeándola según las circunstancias.

Somos nuestras propias ficciones.

Yo soy mi propia invención.

Avelino está ocupado dándome la absolución, ...ego te absolvo a peccatis tuis..., el latín siempre me acerca esa iglesia fría, donde el eco indiscreto amplia cada paso, palabra, suspiro, agranda pecados, sufrimientos, caminos; ocupa el espacio con todos ellos hiriendo el silencio con ese eco húmedo, vibrante, eterno, al que siempre escuchaba con atención por si reproducía la voz de algún dios…, in nomine patri et filii et spirti sancti..., estas palabras dichas aquí, sin reverberación, se achican, pierden solemnidad, poder, queda al descubierto el engaño: les falta eternidad.

Él lo sabe, aun así, me las ofrece cada semana; libra mi conciencia de lo que supone pude hacer. Busco mi historia entre esas palabras ancestrales incapaz de reconocerme como un asesino lo que, para nada, es una prueba a mi favor: solo es mi ficción.

"Bueno, hijo mío, me voy ya".

Nunca dice hasta la semana que viene: sabe que la vida es precaria y la mía más: esa bala que me mató dejándome vivo, acabará por cumplir su función.

ELENA

"A ver, agente". Elena le hizo un gesto para que se uniese a observar el mapa de la ciudad. "El camino que recorrió nuestro asesino desde donde estamos, la casa de María del Rosario, hasta su última víctima, el Paseo de las Acacias, es una línea que parece azarosa, pero no lo es. Fíjese". Gálvez seguía con los ojos, afilando el ingenio para continuar esa ruta sin sentido mil veces observada: un avance por el pueblo vacilante donde los muertos marcaban pautas extrañas, sin continuidad ni sucesión lineal: uno aquí, el otro ligeramente más atrás, este en el camino, los otros en la casa alejada. Un patrón inexistente, demente, sin sentido: una matanza al ritmo del capricho de un loco.

El pobre policía sudaba sabiendo que esperaban algo de él que era incapaz de dar: el mapa se movía ante sus ojos, borroso: la atención focalizada en estar atento le impedía fijarse en nada más. Elena comprendía su apuro, la de veces que experimentó lo mismo; la impotencia de la mente que se niega a comprender lo obvio, agravado por la presión voluntaria de entender, yéndose la fuerza por quedar bien ante el superior: "No, Elena, así no; si te pregunto algo, olvídate de mí, de lo que crees que espero de tu respuesta; eso bloquea todo el asunto, si te pregunto algo, céntrate en la pregunta, búscale soluciones, las máximas posibles, las vistas antes y las imposibles ahora. Que no exista nada más que esa pregunta y cómo formularla; tómate tu tiempo, nunca te apresures. Cuando sientas una desazón, una insistencia en cualquiera de las probables respuestas, párate ahí, indaga, falsea, exprímela hasta que la confirmes o la descartes". Miró al muchacho calibrando si

valía la pena o no, compartir con él esa máxima; no es para desperdiciarla en agentes nulos, le da tristeza comprobar que no la entienden, la reserva para quien la sepa apreciar. Esperaría.

El joven hizo un esfuerzo de concentración, atendiendo solo a la línea trazada con lápiz rojo que atravesaba, como una cicatriz, el mapa. Intuitivamente supo que debía apartar el resto; entrar ahí. "Eso es, Gálvez, muy bien. Mire". Elena, satisfecha, esperó sin prisas, la respuesta de quién, desde ese instante que el joven supo enfrentar la tarea, tomó bajo su protección.

Los ojos del policía cambiaron, la intensidad de la búsqueda se relajó para expresar la victoria de una solución. "Señora, sí tiene sentido: va en zigzag, no es al azar"; "Cierto, muy cierto. Con lo que hemos de encontrar los extremos: el principio y el final"; "¿Por qué está tan segura de que no fue esta víctima el inicio y el que tenemos en coma el final?", la inspectora, contenta porque su pupilo se había saltado el protocolo preguntando como si fuese su igual, no contestó. "Ya me lo dirás tú mismo. Por lo pronto, vamos hacia atrás". Con el dedo trazó una recta invisible desde la línea roja hacia un punto de la ciudad. Los ojos del agente volvieron a cambiar de expresión, se abrieron todo lo que eran capaces de abrirse: "¿Ahí? ¿Cómo nadie no lo vio antes?". Elena plegó el mapa del pueblo para dirigirse a donde señaló. "Cuando investiguemos la casa, iremos de nuevo a verle".

AHORA

Otra vez solo. Cierto que cuando tengo compañía estoy igual de vacío; sin poder expresar que entiendo, incapaz de comunicar qué siento, sigo en soledad. Aunque bien pensado es lo que nos sucede a todos: somos impermeables a los demás, los vemos y nos miran desde mundos paralelos, si acaso con algunos, durante unos momentos, creemos cruzarnos, entendernos, esperanzarnos. Es bonito. El dolor de la desilusión no tanto.

Mi soledad no viene de estar atrapado en mi cuerpo muerto, ni por la incapacidad lógica de este estado, todos vivimos incrustados en el envase caduco que nos contiene. No es por eso, mi soledad proviene de la incapacidad de renovar experiencias, de ampliar recuerdos. He de conformarme con el desván de los ya hechos, abrir cajas olvidadas, buscar la ilusión en los reencuentros. Me estoy comiendo a mí mismo.

La novela tan genial que pretendí escribir al empezarla va errática, confusa, mezclada entre recuerdos de vidas vivas y vidas muertas, míos y de otros, marcha a la deriva enredándose sin avanzar, varada. La matanza de marzo; la inspectora capaz de solucionar lo imposible, los perfiles de las víctimas, todo infectado por el narrador: un yo que cuenta sin contar, empeñado en integrarse en la trama, deseando saberlo todo sin conocer nada: ser el centro del relato evitando serlo: ser sin ser. Lo que soy.

La estoy contaminando por completo. No hay historia. Hay caos. Ningún lector

busca eso, se lee para entender mejor la vida. Quién quiere desorden en un libro, para eso está el día a día, nadie entra en las historias sin finales ni visión general, con los cabos sueltos, de eso ya hay bastante fuera de las páginas: uno entra en las palabras para encontrar sosiego, comprensión en lo ininteligible, orden en la confusión: quiere la imagen final vista desde arriba, dando sentido a lo inconexo a ras del suelo. Justo lo que no estoy haciendo.

Escribo sin escribir, soñando crear grandeza con unas palabras inexistentes que lo callan todo. Bien voy.

Sigo.

Porque no me queda nada más.

LO QUE FUI

Tendría que hacer el esfuerzo de crecer, buscar en mis recuerdos aparte del niño; algo lo bloquea, no consigo verme más allá de mis doce años, es como si viviese en ese limbo donde aún no importa el futuro, viviendo cada segundo como único, alejado de las consecuencias porque se las ignora.

Algunos adultos también viven así, en presente, delegando en otros sus acciones, lo que, a veces, ha resultado hasta bien, contra toda lógica.

Regreso a las novelas hechas con dibujos de mi tía abuela Roberta Eugenia. Comenté que también había biografías, ahí voy: había una que me gustaba especialmente, donde mostraba las dificultades de un joven que terminó convirtiéndose en el libertador de su pueblo, lo mostraba fuerte, aprendiendo de errores, luchando contra la pobreza, contra sí mismo, forjando el héroe que aún perdura. Hasta que leí la biografía que de él hizo él mismo. Entré con ganas, dispuesto a comprender de primera mano la mente creada para librar a tanta gente de la opresión.

La decepción fue enorme: ese hombre no era sabio, sino tozudo; un cabezota obstinado, poco inteligente, que entendía la inflexibilidad como virtud y la cerrazón como ideología. Las páginas y páginas que escribió hacían patente una mentalidad corta de miras, que rescataba los sucesos más banales de esa vida suya intensa desde fuera. En los momentos cruciales de esa Historia donde él entró, prefería contar qué comió a analizarlos. Tras sus palabras había un hombre más bien pequeño, al que quizá, justo por esa mezquindad inflexible, esa obstinación inamovible, fuese la pieza que se necesitaba en ese momento: un necio que pasó por sabio.

Su vida fueron sus deseos, cierto que eran frugales, austeros, pero deseos al fin y al cabo, y en ellos metió a los que le rodeaban sin importarle más. Ayudó a la Historia; que eso justifique su pequeñez, supongo que dará igual; las consecuencias de ese obligar a entrar a todos por el callejón estrecho de sus argumentos, liberó a su pueblo por un lado, hizo daño a los más cercanos, por otro. La grandeza de una vida suele ser ajena a esa vida, aunque sea el centro de algo bueno.

Somos nosotros y no lo somos. Actuamos, pero las acciones se nos independizan más allá de nuestra intención.

Por eso me interesaban los oráculos, atisbar el futuro de las decisiones, conocer dónde, en qué momento, lo que se hace nos abre a un destino diferente. Cuando más investigaba, más comprendía su engaño; mentir con la verdad, oscurecer las profecías hasta que solo se entiendan cuando sucedan: la maldición de Casandra que promulgaba la verdad para no ser creída; videntes que anticipan demasiado justo lo que se viene encima; el ciego Tiresias, clarividente y esclavo, porque él mismo era hombre y mujer, dios y mortal, vivo y muerto. Vidas entregadas a la verdad de lo que no sucedió todavía: vestales, sabios, orates, chamanes. Todos espejismos codiciados: quién no desea adentrarse al otro lado del espejo donde se agitan otras realidades.

Don Leónidas, el frenólogo, también se interesaba en esto; "Por mi profesión, comprenderá, joven, lo apasionante que sería palpar el cráneo de un vidente, rozar el futuro con la yema de los dedos"; "¿Lo consiguió, señor?"; "Sí, pero por casualidad, como todo en esta vida".

"Se llamaba Salustia, los apellidos jamás los supe, el nombre sí, porque era como la llamaba su lazarilla. Las trajo a mi hostal el policía de guardia la tarde donde se desató una de esas tormentas con aspiraciones a Diluvio Universal.

La ronda obligada le llevó a maldecir a sus muertos mientras la cortina de agua barría las calles, anegaba la tierra, arruinaba las cosechas y encerraba a los habitantes en sus casas, menos a él. Empapado bajo el impermeable oficial, se refugiaba bajo los aleros a cada pocos metros andados. "Ni un criminal saldría con este infierno"; "Usted no lo sabe, los hay que aprovechan el caos para actuar"; "Con todos los respetos, señor, yo..."; "Es su turno; lo cumple o ya sabe". No estaba para amonestaciones; iba a tener otro hijo y a la suegra para ayudar en casa, "Mujer, ¿para qué molestar a tu madre?, ya veremos cómo lo hacemos"; "Claro, para ti que estás todo el día fuera, es fácil. Eso dijiste con Alvarito y fue un tormento: mi madre se viene y no hay más que hablar. O te lo piensas antes, cuando se puede evitar el hijo".

El frío de la humedad le calaba hasta más allá de los huesos. Vigilaba achinando los ojos, buscando un enfoque a través de esa lluvia blanca, recia, ruidosa. Le impresionaba el sonido del agua al estallar con fuerza contra todo, furiosa. Se empequeñeció ante ese cielo negro, desatado, hostil. "No es día para estar afuera, es como si sobráramos, como si la Naturaleza reclamara el mundo para sí de nuevo".

Al agente le gustaba bucear en la biblioteca, picotear de ahí y de allá, ojeando libros de ciencia, biología, mitología, historia, donde se pasa los ratos muertos huyendo de las obligaciones de casa, según su mujer, queriendo sobresalir, según los amigotes, buscando ascensos con tanto estudiar, según sus colegas, o siendo un irresponsable, según la suegra. Él solo disfrutaba acercándose a algo más grande que él mismo. Sabiendo sus limitaciones, aceptaba no entender ni la mitad de lo

que leía, dejándose sorprender por las ilustraciones y sus notas al pie. “Lo que cabe en el mundo, dios bendito”.

Ahora, enfrascado en esos pensamientos, pasó de maldecir su turno para admirar ese algo eterno anterior a todo. Cuando bajó los ojos del cielo, las vio. Ahí estaban las dos; formando un único bulto por lo juntas, intentaban cubrirse de la lluvia torrencial con unos plásticos que preferían volarse al compás de un viento feroz, que a taparlas. El policía se acercó atravesando la calle, ahora más bien torrente. “Por dios santo, ¿no tienen adónde ir?”; “Estábamos de paso, señor, no buscamos alojamiento”. La pequeña tuvo que repetirlo dos veces, un trueno ahogó su primera respuesta. “Pues aquí no pueden quedarse, van a enfermar. Anda, vamos para comisaría”; “No hacemos nada malo, señor”. Cierto, sin delito le sería imposible refugiarlas en una celda. Además, en admisiones estaba Tobías; pasando de aguantarle las burlas, “Que, ¿con qué delito las registramos?: disturbios en una zona inundada, vagabundeo bajo la lluvia, robo de plásticos y cartones”. Su casa la descartó antes de planteárselo: “Pero, ¿estás loco o qué?, traerlas aquí, con la faena que tengo y tú, no solo no ayudas, sino que das más trabajo”.

Las ayudó a levantarse. “Arriba, esto no es lugar con la que cae”, lo dijo con autoridad, la misma que usó para hospedarlas en el hostal. “Se las quedan”; “¿Y quién paga por ellas?”; “El ayuntamiento lo hará, usted lleve la factura y diga que es cosa de la comisaría”; “¿Sabe?, por ahí ya pasé; peregriné un mes entero de una ventanilla a otra, venga que de pedirme papeles, firmas de personas ausentes, trámites a horas punta para no cobrar jamás. Conque, a otro perro con ese hueso, dicho con el debido respeto a la autoridad que usted representa”. Al agente ese final le sonó a burla, pero el hombre parecía sincero o era un gran actor. “Mire, yo mismo pagaré si no logra que se lo abonen en el Consistorio, ¿o va a tener estómago de dejarlas ir?”; “No es cuestión de caridad, que la tengo, es más bien que trabajo de esto: necesito cobrar”.

“Y fue ahí, joven amigo, en ese momento prosaico que iba agriándose, amenazando con recrudecerse o eternizarse, donde intervine. Doblé el periódico, salí del saloncito, me acerqué al mostrador y las reconocí. “Yo pago por la habitación, caballeros”. Las distintas reacciones, acordes a las personalidades que las mostraron, me entretuvieron bastante. El ser humano es extraordinario, ya se lo tengo dicho, y jamás dejará de asombrarme, es como si el egoísmo de cada cual, al interactuar con otros, diera lugar a acciones independientes de la intención, y algunas salen hasta hermosas, si quiere verlo de ese modo. El caso es que fue así como me encontré con mi vidente”.

“Como habrá deducido al decir que las reconocí, entenderá que las conocía de antes; ellas también van errantes por los pueblos, como yo. Hay que decir que cuando coincidimos por primera vez no me hicieron ninguna gracia, ya que lo que la niña pregonaba en la plaza, era que Salustia adivinaba el porvenir; una competencia que debía tomar en serio, porque las mujeres hacían cola para convencerse de que sus vidas cambiarían a mejor.

“Me acerqué disimulando, como un curioso más, para escuchar de cerca las

paparruchadas de siempre. Error. La niña traducía las preguntas al idioma de los sordociegos, hablando con sus dedos sobre la mano de esa mujer muda de ojos nublados que la escuchaba para, tras un ratito, contestar con sus manos. La pequeña esperaba unos minutos, como buscando las palabras, ahora audibles, y respondía a lo que fuese que habían venido a desvelar".

"Era un oráculo más interesante de lo que hubiese deseado para mi negocio. Lo que decía esa nena dando voz a su ama, era digno de Delfos, de la Efigie misma, de las brujas de Macbeth en persona: verdades lúcidas, palabras clarividentes que mostraban sendas posibles a ese presente cuestionado, rasgando el velo opaco de lo real, lejos de las fórmulas gastadas, vulgares, de esos adivinos de feria que viven a costa de la credibilidad de la gente. Regresé a mi pensión algo deprimido, con esa competencia mal me iba a ir el asunto".

Lo que le gustaba a mi amigo la retórica, manchaba las ideas más sencillas con palabras ampulosas, oscureciéndolas. Pero tenía su encanto.

"Decidí irme de allí para dirigirme al próximo pueblo. No volví a encontrármelas hasta ese día".

"¿Ya es esa hora?, me voy, mañana más; ahora tengo que ir a trabajar. Buena tarde, jovencito".

Ese defecto de prolongar tanto la intriga me molestaba más que su verborrea de salón. Me arrastré por lo que quedaba de día hasta el siguiente donde tuve que hacerle memoria para que continuara con la historia.

"Como le dije; cuando las reconocí en el hostal, pensé en cómo convencer a la mujer para estudiar su cráneo; le ofrecí las ganancias de un día con una recaudación ni buena ni mala, por palpar su topografía y escuchar su historia. Hubo un mínimo regateo, pero al final nos pusimos de acuerdo en una suma razonable. Les di tiempo para secarse mientras preparaba en mi cuarto, donde las invité, lo necesario para registrar historia e historial.

Las vidas que la pequeña me fue contando de su ama y la suya propia, eran de lo más normalito: pobreza, padres sin recursos, viajes, contratiempos, encuentros desagradables, noches tremendas, gente buena, gente mala. Todo muy dickensiano, predecible. Una decepción tras otra, porque además, lo que revelaba la cabeza de la mujer era de lo más vulgar: nada que indicase un favor de los dioses.

Yo preguntaba a la niña que iba contestando sin la fuerza de cuando hablaba por voz de la ciega. Pensé que igual, el fallo estaba en leer la cabeza en frío, es decir, en reposo, sin ejercer la adivinación. Con esa idea me animé algo –llevaba ya mucho gastado en ellas, la inversión empezaba a ser un descalabro económico–. "¿Podrías preguntarle algo a Salustia para que lo prediga?"; "Claro: dígame qué quiere saber, señor". Qué difícil, joven amigo, fue esa pregunta; sin haberme dado verdadera cuenta, tenía ante mí la posibilidad de saber mi destino. Un escalofrío

me recorrió de arriba abajo: no encontraba nada que desease conocer de verdad sin temer la respuesta. "¿Sería posible que le preguntaras tú cualquier cosa y no yo?"; "Bueno, señor, es que yo ya lo sé todo, no sabría qué pedir". Nos miramos comprendiéndonos; el futuro mejor dejarlo a su aire. Pero a grandes males, grandes remedios. Llamé al encargado para que fuese él quien se adentrara en ese espacio inquietante donde conocer lo incognoscible".

Ya comenté su costumbre de liarlo todo con palabrejas.

"El hombre, encantado con la propuesta –deduzco que porque no tenía ni idea de dónde se metía–, preguntó a Salustia si le irían bien lo de abrir una planta más, "que mi mujer no lo ve claro con lo de los gastos de las obras, aunque le asegure que mi cuñado sabe de gente que nos lo haría bien y barato". Observé con atención cómo la niña se lo preguntaba con sus dedos a la vidente, le palpé el cráneo durante todo el proceso. Y nada. No había evidencia alguna de ese poder. Por cierto, le contestó que no se fiara del cuñado, pero que ampliase con tranquilidad. Despedí al hombre que se fue contento y preocupado a la vez, para mirar a mis invitadas procurando que no sintieran mi decepción. "Muchas gracias por todo, han sido muy amables"; "Gracias a usted, señor", la niña quería añadir algo más, era evidente, quizá una disculpa, o un ruego. A punto estuve de dejarlo pasar, pero me oí decirle que qué quería. "¿Podría usted leerme a mí?" Qué ternura me entró con esa pregunta, joven amigo, pobre criatura, siempre de intermediaria, en medio de la atención sin tenerla nunca, qué vida la suya. "Por supuesto, jovencita. Venga para acá, siéntese".

"Exactamente: la vidente era ella".

"Jamás mis dedos tocaron algo igual".

AHORA

Acabó la historia contándome cómo la niña pasó de ser la lazarilla de esa adivina de pacotilla, a predecir ella misma. Y es que cuando la mujer soltaba las banalidades de siempre, la chiquilla sentía que ese futuro preguntado le cosquilleaba por dentro, que sabía cómo era, desde luego nada parecido al que profetizaba su ama.

Con la seguridad de que Salustia era incapaz de enterarse si ella repetía o no sus palabras, se aventuró a lanzar las suyas. Fue comprobando, en los regresos, que se cumplía lo que advirtió tan nítido en el futuro de la gente, con lo que abandonó definitivamente traducir lo de la anciana, para vaticinar lo suyo.

Salustia no era tonta y adivinó, esta única vez, que la niña tenía el don que a ella le faltaba. Solo que se lo calló; le daba miedo que la abandonara, demostrando que no solo era un fraude, sino un desastre a la hora de conocer a las personas: la pequeña jamás la habría traicionado; la trataba con respeto y ternura.

Nunca supe su nombre.

Escucho movimiento tras la puerta, Avelino comentó que Elena esperaba afuera. Pronto entrará.

No sé si me apetecen sus preguntas reiterativas, y no sé si ella espera lo que ni yo sé esperar de mí: aclarar ese punto ciego donde no existe recuerdo alguno.

En algún momento tendré que enfrentarme a esa oscuridad. Supongo que ella también lo cree. La última vez que me interrogó me preguntó algo curioso, por lo fuera de contexto. "Dime qué tiempo hacía". Quizá buscaba estirar de ese hilo cotidiano para, de ahí, llegar a la madeja. La respuesta que no le di, no se la habría podido dar por ignorarla, pero cuando más me adentro en las nieblas de la memoria, más siento que era una mañana soleada, amable, de las que alegran el mundo.

LO QUE FUI

Salió un mes de marzo bastante agradable, donde la primavera adelantaba al calendario, avasallando lo que quedaba del invierno con su calor tibio. Se estaba a gusto en la calle, aunque eso no era excusa para que me pasase las horas fuera; con frío deambulaba igualmente por ahí, con los ojos curiosos, bien atentos, para evitar el tedio.

Esa temporada estaba deslumbrado por los héroes que jamás tuvieron reconocimiento, ya fuese porque se les usurpó, fueran anónimos o se les confundiese la identidad. Iba obsesionado con esa gente que nadie alaba a pesar de tener el mérito absoluto, porque por enredos crueles se dio el merecimiento a otros.

Triste y real.

Puedes ser un genio, haber descubierto, creado, vaticinado, inventado lo necesario para hacer avanzar a la Humanidad y que el esfuerzo quede oculto entre el polvo del tiempo. O robado. Supongo que lo segundo es lo menos malo.

Creo que Sebastián Belmonte fue uno de esos talentos invisibles.

Lo encontré una de esas tardes inacabables que, sin prisas por terminarse, se aferran a esa voluntad obcecada del tedio. Cuántas hay así.

Decidí seguir a alguien para que los minutos se agilizasen; sentado en mi banco busqué quien llamase mi atención: nadie. Hasta que apareció un señor que a cada pocos pasos se paraba concentrado para, al rato, algo asombrado, como si despertara bruscamente, reanudar el paseo. Le costó media hora recorrer unos cien metros.

"Si continúa así me va a ser de lo más fácil seguirle". No hizo ni falta; se sentó a mi lado. El hombre se acomodó en el banco ensimismado. De allá para cuando movía la cabeza asintiendo, murmuraba bajito, o sus ojos se enfadaban secundados por las manos que se agitaban indignadas. Se comportaba como los que, sin

domicilio fijo, van descuidados, oliendo fuerte a esa mezcla de sudor y precariedad, viviendo en un mundo distinto al mundo; solo que este iba bien vestido, olía bien, y la mirada no era errática, sino lo contrario: expresaba una concentración absorbente hasta el extremo de desenfocar cualquier otro asunto del que atendía, uno invisible para los demás.

"¿Le puedo ayudar, señor?" He de disculparme por esa aproximación tan vulgar, pero es que la tarde era tan aburrida, que contagiaba hasta las ideas. "Perdone, ¿qué has dicho?"; "Que si necesita mi ayuda"; "¿Para qué la iba a querer?"; "No sé, usted sabrá; yo solo la ofrezco". Se echó a reír, me dijo que la querría, si conociese a alguien con visión de futuro y adinerado.

Hablaba raro, prometía; la tarde se ponía interesante. Preguntando, descarté que fuese viajante de comercio, timador –por cierto, esto me recuerda a Ignacio Bruño, anoto para contarlo–, idealista insustancial o un aprovechado cualquiera. Iba contestando con una paciencia elástica, inacabable, hasta que perdió interés en el interrogatorio. Temiendo que se fuera, dije que sabía de una persona así. "¿De verdad?"; "Sí, bueno, creo". Se animó el asunto. "Verás, he descubierto un error universal enorme, pero se necesitaría mucho dinero para enmendarlo". No clarificó dónde estaba el fallo dando alas a mi imaginación que repasó equivocaciones míticas: la tierra cuadrada, el sol girando a nuestro alrededor, un continente entero invisible, dioses contra dios, religiones contra ciencia. Aturdido, quise saber qué estaba tan equivocado en el universo, esperando que la respuesta no me decepcionara.

"El tiempo no es el mismo para todos en el mismo momento". Mi mareo aumentó, mi felicidad también. "Seguro que estás enterado, porque se te ve un chico listo, que no hace mucho, cada localidad se regía por una hora aun estando cerca, que fue Inglaterra la que unificó los horarios a petición de los usuarios de trenes, y de los mismos dueños de la red ferroviaria, porque era imposible llegar a tiempo, no solo a destino, sino al tren mismo: como cada ciudad iba por libre sin conexión con la siguiente, los horarios de salida y llegada eran absurdos; las cinco y cuarto en Manchester podrían ser, sin problemas, las cinco y media en Bristol; ahora apáñatelas adivinando qué hora será allá a donde vas y de donde sales, así que se igualó la hora".

No conocía el dato, aunque le miré con cara de enterado. "Pues en ese caos se estaba más cerca de la realidad temporal que ahora. Fíjate en esto". Sacó del bolsillo interno de su abrigo una libreta; su dedo recorrió cifras, diagramas, palabras, mientras su voz las iba explicando. Por supuesto, no entendía nada, pero era precioso. La libreta me recordaba a las anotaciones de Da Vinci, precisas, pulcras, ininteligibles, perfectas.

"Así es que cuando nos movemos, ya sea hacia delante o hacia atrás del punto inicial, el tiempo también se adelanta o atrasa. No es el mismo aquí, sentados, que allá, en la fuente; no solo cambiamos en distancia, sino en tiempo"; "¿Quiere decir que si voy a beber agua, estaré en el futuro y si regreso a sentarme, retrocederé al pasado?"; "Pues sí, pero como es poquito el recorrido, ese cambio temporal será

también mínimo"; "¿Y podría irme a un lugar donde fuese pequeño de nuevo o mayor?"; "Por supuesto, pero me temo que ya tendrías que salirte de este planeta".

Eso fue todavía mejor de lo que habría fantaseado nunca. Ahora comprendía por qué Sebastián, que así me dijo que se llamaba, viviera más en su mente que fuera de ella. Vaya maravilla dominar el tiempo. "Pero parece más complicado conocer a quien quiera ayudarme a demostrarlo, que adentrarme en el tiempo y en el espacio: si es rico, no ve más allá de su narices, y si es un visionario, carece de fortuna o astucia para hacer dinero. Supongo que la persona que me insinuaste, sabiendo ahora dónde debería invertir, ya no es apropiada". Tenía razón, había pensado en Rosamunda, la prestamista; manejaba mucho dinero, pero no sé si el tema este del tiempo le iba a gustar. Se podía intentar en todo caso.

"Pasen". Pasamos. Nos abrió una señora mayor que, al conocer a Rosamunda, supimos que era la madre por el parecido. La anciana nos hizo sentar en una especie de sala de espera que no conseguía abandonar del todo el aire íntimo de lo que era: el saloncito donde se pasaban las tardes madre e hija, impregnado del aroma a café con leche y palabras compartidas. Nos sentíamos como unos intrusos.

"Pasen", repitió la mujer al rato, abriendo una puerta al fondo de la estancia. Pasamos. El despacho de la prestamista era la biblioteca disfrazada. Era evidente que las habitaciones de la casa servían para distintos usos. "Usted dirá". Y dijo.

El silencio algo espeso en el que se atrincheró la usurera al terminar Sebastián, era elocuente; su mirada iba de la libreta a nosotros, de nosotros a un punto fijo de la esquina derecha del cuarto, para regresar a la libreta de nuevo. Al tercer círculo completo, mi amigo se levantó dando las gracias por habernos atendido. Ella le imitó estrechando la mano tendida que, cuando quiso soltar, retuvo. "Eso que desea hacer, navegar por el Tiempo, es peligroso; imagine que lo consigue, que nos abre la puerta a la inmortalidad, que podamos avisarnos de jóvenes, siendo adultos, de las elecciones correctas, de cambiar las cosas". Un escalofrío le impidió seguir contando esa visión que ni Sebastián había contemplado. Yo desde luego no.

En lo que duró ese estremecimiento vimos, los tres, esa posibilidad abierta. Qué vértigo: Movernos más rápidamente que la vida en la misma vida.

AHORA

Sebastián desistió de su empeño, se quedó a vivir con Rosamunda, esa mujer que le superó en anticipar su propia intuición, a la que prejuzgó creyéndola tonta mientras le explicaba su teoría, cuando lo que hacía al callar, no era buscar palabras de rechazo al proyecto: estaba viajando por ese Tiempo dominado, calculando el peligro de romperlo.

En este caso mi gran hombre abandonó, por prudencia y amor, lo que quizá otro retome más adelante. Jamás lo tomó como un fracaso; por esa teoría se encontraron, en su tiempo, dos personas destinadas a no hacerlo.

Ya ha entrado Elena. A ver qué me pregunta hoy.

ELENA

El agente Gálvez entusiasmado, quizá en exceso, salió de la casa al lado de su superiora, atando cabos. Elena había confirmado lo que quería. "Vamos al hospital"; "Sí, señora".

El policía se quedó esperando a que la jefa saliera de la habitación. Le habría encantado entrar, pero sabía dónde estaba su sitio, al menos por ahora. Intentó escuchar a través de la puerta, al principio con disimulo, luego abiertamente.

"Hola, menudo susto nos diste el otro día, aún no puedes irte, ya lo sabes, conque no gastes más bromas de ese estilo. A no ser que eso te saque del coma; he leído que, a veces, sucede así. Ningún médico me lo ha confirmado, tampoco desmentido. Son prudentes. Hacen bien".

A las dos Elenas les gusta hablar; tanto a la ficticia, como a la de verdad.

La real viene por remordimientos, es joven, inexperta; yo debí ser su primer disparo fuera de los entrenamientos. Mi Elena es todo lo contrario: veterana, mente privilegiada, algo marginada por los compañeros aunque admirada, fuerte, inescrutable, volcada en un oficio que le da sentido a levantarse cada día. Un personaje tópico, lo sé. Pero alguien ha de descubrir qué pasó, quién soy. Ella me sirve.

Pobre chica esta, siempre nerviosa cuando viene a verme. Acaba las visitas simulando un encuentro normal donde se intercambia ese interés general sobre la vida de cada cual: qué día hace, cómo estás, te duele, estás cómodo. Hoy ha rozado una franja negra en mi memoria al preguntar por la familia; fue como una descarga, un relámpago que iluminó las tinieblas durante un segundo, quizá menos.

Mi padre.

Yo.

Qué pena de criatura verla sufrir así, farfullando banalidades, con los ojos a punto de desbordarse, retorciéndose las manos. Su culpa me hace sentir culpable de algo indefinido. Nos lo pasamos mal los dos.

Prefiero superponer a mi Elena sobre ella, la brillante detective que jamás me disparó, que indaga lo sucedido.

"¿Ya tiene lo que quería, señora?"; "Sí y no; date cuenta de que le es imposible comunicarse. Le comento mis deducciones, pero él está ahí dentro de sí mismo, inmóvil"; "Entonces, este caso jamás tendrá solución"; "Claro que sí, solo que se resolverá sin depender de su narración".

Ahí está equivocado mi personaje: todo depende de lo que cuente.

De lo que estoy exponiendo.

AHORA

Mi padre; por qué me desasosiega que la agente me hablase de él en pasado, con lástima. Algo se retuerce por dentro. Mi padre.

Sé que le quise muchísimo y le dejé de querer, me alejé no solo emocionalmente: rompí con él, con ellos.

Quizá por eso solo me recuerdo de niño en casa, cuando aún conservaba la ilusión de quererles.

Lo que me acerca esa palabra es la conciencia de mi huida: me fui. Es un avance, aunque ignoro adónde ni por qué.

La cabeza me va a estallar: lo que pugna por ser consciente en esta inconsciencia que manda en mí, duele. He de pararlo.

Sigo.

LO QUE FUI

Otra cosa que me apasionaba era adentrarme en lugares abandonados.

Los mejores son los que conservaban su carácter, la rutina anterior: muebles, objetos, decoraciones, me paseo entre ellos ajeno a los recuerdos que despertarían en sus dueños; no me hablan, pero les escucho; intento crear un vínculo para volverlos a la vida, darles utilidad otra vez. Traspasé unos cuantos, jamás me decepcionó ese cúmulo olvidado de historias mudas; siempre conseguí renovarles la ilusión del regreso.

De todos los sitios que desperté, los que me siguen visitando en sueños son la Fábrica de Tejidos, la Sala de Fiestas y la Casa Grande de la Colina.

La Fábrica se cerró con prisas; una orden judicial vino a clausurarla sin tiempo ni para quitar las bobinas de hilo en las máquinas; eran de seda rojo intenso, iluminaban la estancia cuando el sol se les reflejaba tras los ventanales sucios. La maquinaria inmóvil, manchada de grasa y tiempo, a veces crujía como intentando funcionar, supongo que sin comprender por qué no hilaba. Si se quejaba mucho las tardes que me colaba por el agujero de la pared lateral, accionaba con la mano la manivela, logrando que uno de los carretes de hilo girase, cambiando de lugar, buscaba el telar y se tejía en rojo fuego. Era precioso. Como comenté al recordar a Dulcina, siempre me interesó el mundo de las telas; su olor fuerte, ácido; esos nombres, más apropiados para postres que para tejidos: chantilly, muselina, organdí, seda cruda, raso, alpaca. Aquí, a ratitos, iba creando un tapiz color lava, orgulloso de tener toda una fábrica a mis órdenes.

Esas tardes tejiendo eran tan entretenidas que las espaciaba. En el telar se fue

formando un trocito de tela del tamaño de un pañuelo: fue mi primera y su última creación: lo demolieron sin darme tiempo a despedirme: un día fui y no estaba. Del lugar solo quedó mi tejido. Lo encontré entre los escombros y jamás me separé de él, siempre lo tengo en mi bolsillo.

AHORA

Qué habrá sido de esa tela rojo sangre tras el disparo. Es curioso, desde hace un rato lo que recuerdo me limita a esa mañana, me acerca a esa hora: el clima, mi padre, el pañuelo.

No sé si es bueno o lo contrario.

LO QUE FUI

La sala de fiestas también me ocupó muchas tardes hasta que la remodelaron, perdiendo el encanto del tiempo estático reflejado en los cientos de trocitos de espejos que decoraban las paredes, el techo, la barra, el suelo. Estaba alicatado de luz, de reverberaciones siempre distintas, porque las imágenes que apresaban eran de los que iban ahí. Intenté encontrar sus fantasmas, aunque lo que veía era mi propio yo repetido en fragmentos mínimos. No me dejaba engañar; sabía que los reflejos de los demás se escondían ahí, observándome detrás de mis ojos que me miraban mientras los buscaba.

Me llevó muchas horas dar con ellos.

Si me giraba lo suficientemente deprisa, el destello de los espejitos me devolvían lo que capturaron años atrás; debía haber poca luz para ganarle en velocidad y pillarles desprevenidos. Al tiempo, se cansaron de esconderse. Cada espejo contenía un eco distinto, aprendí a reconocerlos; al ser reflejos imitaban lo que la persona original hizo, realizando lo mismo una y otra vez, repetían lo que vivieron ahí dentro, dramas cómicos o comedias dramáticas: permutaciones de las múltiples variantes en las relaciones humanas: amor, odio, amistad, ternura, traición, esperanza, vacío. Ahí estaban apresadas en el azogue, insistiendo en sus errores y aciertos, siendo yo su único público.

Fui muchas tardes, hasta que la compraron arrancando las esquirlas de espejo que, por mucho que busqué, no pude encontrar en el montón de cascotes de lo que desecharon al construir encima. Más tarde, cuando conocí al basurero espía, vi en su sala de tesoros, tres de los espejitos; me reconocieron en seguida, mostrándome no mi rostro, sino el de esos reflejos recobrados, las sombras veladas de tres fantasmas.

Le quise pedir que me regalara una de las tres esquirlas; no lo hice porque separarlos sería cruel y llevármelos todos, un abuso. Aún estarán en ese cuarto, desconcertados, repitiendo lo que vivieron en esa sala de baile desaparecida.

Un poco como yo: atrapados en nuestros recuerdos.

AHORA

Con la Casa de la Colina me sucede algo curioso: cambia de aspecto cada vez que la pienso, como si contuviera cada casa abandonada que pisé, y aunque visualizo como eran sus habitaciones al detalle, se van alterando a medida que entro y salgo; los cuartos se llenan de otros, los objetos varían, la distribución se ajusta a distintos espacios. Lo asombroso es que sé perfectamente dónde estoy a cada variación.

LO QUE FUI

Esa casa, la misma siendo diferente, era como lo que conseguía Genaro Alberta Felipe, un cirujano plástico a quién conocí en el taller del médico de muñecas.

Había quedado con Leopoldo de Miranda la tarde de antes "vente mañana, tengo un muñeco de cuerda que te gustará ver arreglar". Me abrió la hermana. "Hola"; "Uy, no sé si es buen momento"; "Dijo que me pasara hoy"; "Es que tiene visita". En ese silencio incómodo, se escuchaba un hablar animado desde el taller. "Iré a preguntar". Tras los golpecitos a la puerta, se oyó un que pase, mujer; cuántos más, mejor, lo que me repitió fielmente permitiéndome entrar, aunque añadió "no les molestes; tienen mucho de que hablar", mirándome con desconfianza. Entré.

"Hola; este es el doctor Genaro, nos conocemos desde niños; lo que nos burlábamos de sus apellidos: a quién se le ocurre ser un Alberta Felipe, tus padres debían haber hecho algo con eso, sé que hay casos en los que la misma administración no cobra por el trabajo de rectificar apellidos desafortunados". Se rieron, aunque quizá, uno menos que otro. "Verás, mi amigo es cirujano plástico". Me interesó enseguida, ahora podría aclararme esos comentarios de las amigas de mi madre que, con una crueldad excesiva hasta para ellas, soltaban en las meriendas del viernes: "Mar Medrano, se ha hecho retocar demasiado, qué barbaridad, no puede ni reírse de lo estirada que le han dejado". Ellas sí lo hacían, y con ganas, mordisqueando pastas. Pregunté en qué consistía la cirugía plástica, en realidad. Contestaron que hay cirujanos plásticos y cirujanos plásticos –siempre me ha hecho gracia esa distinción imposible–. Esperé. "Verás, él sí tiene mérito. Los demás suelen tener dinero". Venga la risa de nuevo. Yo lo hacía por contagio; se estaba a gusto. A lo largo de la tarde me fue contando su historia.

Genaro Alberta Felipe aprobó el último examen una semana antes de alistarse

como médico de campaña.

"Nadie tiene ni idea de lo que es una guerra hasta que entra en una. Los preparativos previos, la instrucción, los rumores, las experiencias de otros, solo crean expectativas, ninguna real: no se acerca ni por casualidad a lo que te viene encima. El caos, la destrucción, el sinsentido, es absoluto. Lo peor, la calma previa; en nuestro hospital, por llamar así a una tienda de lona con lo más elemental en su interior y una cruz roja de aviso sanitario en el exterior, era terrible; preparábamos vendas, camastros, equipo quirúrgico, enfermeras, medicinas, con una irrealidad fantasmal; no había nadie aún: los soldados habían partido sanos, recordábamos la cena de anoche, sus risas algo histéricas, las cartas, algunas dictadas con encargo de enviarse si no regresaban, nos preguntábamos cómo no iban a volver si salieron enteros. Qué absurda espera ante los camastros vacíos, tensos, alejados del tiempo.

"Entonces sucedía.

"Se escuchaba la muerte, nos llegaba su voz.

"A partir de ahí, la serenidad falsa que habíamos creado entre todos, se rompía en cada una de las heridas, amputaciones, gritos, muertes. Fue en esa locura donde supe qué rama de la medicina quería ejercer.

"El incinerador donde se enterraban los miembros amputados estaba siempre encendido; había dos enfermeras dedicadas solo a lavar vendas; los camilleros iban al frente, arriesgaban sus vidas para traernos a las que el azar eligió como destino de balas, bombas, metralla. Había camilleros que regresaban ellos mismos en camillas. Los tiros se lanzaban contra los soldados al azar; esa irracionalidad volvía medio locos a los combatientes, porque no había manera de saber si esa refriega sería la última, aunque por eso mismo, también daba esperanzas para salir a luchar, desde las trincheras, al infinito de ese infierno.

"No dábamos abasto; heridas tras otras, horrores que creías insuperables, y que otro venía a superar. Para seguir cuerdos, procurábamos hacer lo máximo posible por ellos. Un colega, sabiendo que la sombra de la enajenación le rondaba tras haber amputado en una jornada más miembros de los que al fuego le daba tiempo a consumir, se dedicó a exorcizarla ingeniando piernas, brazos, pies y manos ortopédicos para sustituir los que cercenaba: el espanto lo conjuraba creando lo que destruía. Ese equilibro es el que quería encontrar antes de que me atrapara la locura que me rondaba, sobre todo, por las noches en las que, insomne, me alejaba del campamento para desahogarme sin testigos.

"Supe lo que me mantendría a flote cuando me trajeron al cabo Pérez. Su rostro era un amasijo informe desde donde un único ojo te miraba. Tras la impresión y la compasión de esa mirada coja, me decidí a recomponerle tal como lo recordaba, como fue.

"Empecé a reconstruir rasgos, restaurar identidades, ofrecía dignidad para volver a asomarse a un espejo. Aprendí cómo conseguir lo que faltaba de otras partes del cuerpo, a equilibrarlos.

Me miró atravesándome, mirando más allá de mí. "Sé mucho más que antes, pero las caras que recobré entonces es lo mejor que hice"

AHORA

Las preguntas se me atragantaban; supe que también iba gente para cambiar de aspecto aun sin estar rota: fascinante, ahí consideré hasta que punto, con una cara nueva, seríamos distintos por dentro; el modo perfecto de acabar con lo torcido: modificar los rasgos. Claro que al contrario también funcionaría, si un asesino con rostro diferente rechazaba el crimen, un ciudadano normal, con otro aspecto, podría dar como resultado un monstruo. Igual había facciones para el bien y otras para el mal. Mi amigo frenólogo habría apoyado, quizá, esta teoría; un nuevo campo de estudio.

En todo caso, moldear rostros es jugar a ser dioses. Bien pensando, todo lo que hacemos lo es: si no, ¿por qué me siguen manteniendo con vida?, si no, ¿para qué escribir la novela perfecta? Todo se hace porque negamos nuestra mortalidad en un intento de difuminar la muerte, vendiéndola.

Hubo un hombre que precisamente optó por lo contrario.

LO QUE FUI

Fue amigo de Federico Jesús, el que se encerró en casa creyendo burlar los peligros del azar, fallando estrepitosamente cuando el destino lo encontró en forma de bala. Era, como he dicho, otro conocido aparte de Evaristo, el cartero, que entendió que su clausura no impedía el acercamiento.

Le vi salir de la casa una mañana cuando fuimos a entregarle el correo. Ahí habría terminado el encuentro si no se hubiera olvidado, sobre la mesita del café al lado de la taza, un portafolio. “Vaya por dios, qué despistado es este hombre”. Evaristo, temiéndose que le encargara devolverlo, procuró hacerse invisible mirando al suelo. “Si me dice dónde vive, yo se lo acerco, señor”; “Muy amable, pequeño”.

Esa misma tarde, con el cartapacio como excusa perfecta, llamé al timbre, algo estridente, del quinto piso del número 34 de la calle Vizcaíno Vélez.

Me abrió el mismo señor, con rasgos tirando a indefinidos, que vi hace unas horas. No sabría decir su edad, dependiendo de la luz, movimientos del rostro, expresiones, parecía más o menos joven. El pelo era tanto gris, como castaño claro, como rubio; imposible de asegurar. Los ojos, igual, de un verdegrismarrón extraño, una mezcla que, según la luz, parecía azul. La estatura dependía del modo en el que modulaba la voz que, a su vez, sonaba joven o vieja. Como la piel, que se arrugaba o tensaba por momentos. El nombre era lo único inalterable, Jano. “Como el dios de las puertas, al que representan con dos caras de perfil, cada una mirando al lado opuesto: la entrada y la salida, el principio y el fin”.

Me agradeció haberle acercado la carpeta, y tras comprobar que yo no tenía nada mejor que hacer, me invitó a merendar. “Dos amigos dueños de su tiempo, bien lo pueden compartir, ¿te apetece una leche rizada?”, me preguntó mientras se disponía a preparar un café para él. Le contesté que sí, sin dudar; jamás la había probado, pero con ese nombre cómo no hacerlo. La de decepciones que me llevaba por eso; lo que evocan las palabras, pocas veces acompañaban en belleza, a lo que nombraban; palabras perfectas, como Danubio Azul, recodo del camino, Alejandro Magno, creadas para soñar, chocan contra la realidad de lo que son, se vulgarizan: no hay grandeza en lo real por sí mismo, a menos que lo proyectemos más allá, entonces el río se vuelve azul, el recodo, misterioso, y el hombre trasciende al hombre.

Mientras imaginaba los rizos de la leche, escuchaba al hombre indefinido. “¿Sabes qué son los folios que me has traído? Claro que no, ni aunque los hubieses mirado los entenderías: en ellos está mi vida, literalmente. Echa un vistazo si quieres”. Quise. Cogí unas hojas repletas de cifras, gráficos y signos, todos incomprensibles. Jano se reía o parecía hacerlo, esperando que la leche y el café, cada uno en un cazo, hirvieran. “Ahí está anotado, desde siempre, lo que fue, es y será mi vida. Sabría lo que va a sucederme en cada momento con tan solo mirarlo. Aunque no lo hago”.

Me resistía a preguntar lo obvio. Supongo que los labios apretados y los ojos curiosos lo hicieron igualmente; sonriente, me contestó lo que no cuestioné. “Sé que es verdad porque lo consulto hacia atrás; leo sobre lo que ya ocurrió: siempre es correcto. No voy a ninguna parte sin mi oráculo; me da seguridad tener mi futuro cerca, dominarlo yo, no al revés”; “¿Nunca tuvo la tentación de adelantarse leyendo en el tiempo?”

Mi hombre indefinido suspiró, puso el café para colarlo despacio, y la leche la sumergió en hielo. “Sí, una vez me adelanté sin querer, y vi lo que sucedería al mes siguiente: fue terrible”; “¿Por lo que iba a pasar?”; “No, porque me empeñé en cambiar lo que estaba escrito, entrando de lleno en la eterna paradoja”. Creí entender; hay muchas leyendas donde ocurre justo lo que se quiso evitar; Edipo, el mercader de Damasco. “¿Lo logró?”; “No. Así que prefiero leer mi futuro cuando ya es pasado; eso sí me divierte”.

Observé las hojas de nuevo; ahí estaba exactamente lo que le pasaría, ¿estaría yo en ellas?, ¿sería esa cifra este encuentro? El tiempo se filtraba en las gotas de café. Cuando se llenó la taza, sacó del hielo la leche que había quedado esponjosa, y me la sirvió. Yo mismo la ricé a mi gusto, qué bien sabía. “Fui a ver a Federico esta tarde porque confío en él; es un hombre que, como yo, se niega a que lo maneje el destino. En realidad, saber o no lo que va a suceder es irrelevante, pero soy curioso, no en anticipar, como dije, sino en confirmar. Desearía saber si también vaticina mi muerte tal como será. Le pedí que copiara la última página para que, cuando suceda, la descifre, porque ahí voy a jugar sucio: moriré cuando ni estas hojas puedan adivinarlo”.

La leche se iba terminado en mi vaso, el café también en su taza.

“Un día, uno cualquiera, sin motivo alguno, me mataré pillando de improviso a esta cábala”. Me pareció absurdo; un suicidio estaría escrito, se lo dije. “La trampa está, amigo mío, en que lo haré mucho antes de que los folios terminen. Por eso los voy leyendo, si aún quedan, es que mi vida continua, con lo que borrarme antes, será genial”.

Arrebañé con la cuchara la crema del fondo, pensando qué difícil debe de ser elegir un día antes del Día para irse sin motivo alguno, solo para contradecir al Destino. Qué necio.

AHORA

O no. Creo que lo entiendo. Debió tener una vida de lo más esclava, atada a la profecía de cada uno de sus días, hasta el último; un poco como todos, pero él con el dudoso privilegio de conocerlos. Los demás ignoramos cuándo, cómo o dónde, solo sabemos que será.

Yo estoy sin estar. Pero sigo estando; cuando se me haga insoportable, como a Jano, dejaré de contarme; buscaré un día inacabado, en mitad de una frase, un recuerdo o una historia, tomando a la vida desprevenida, aunque no sé si a la muerte. Mi hombre indefinido murió sin que nadie corroborara si su oráculo supo anticiparlo. Federico Jesús, el encargado de verificarlo jamás pudo hacerlo: la bala se llevó el secreto. Y la otra persona que sabía de ese último folio, soy yo: casi un muerto. Si me lo contó para no depender solo del amigo, y ser dos quienes conocieran el futuro, hay que reconocer lo fina que es la ironía del azar; una fuerza así debió de tener todo esto en cuenta: seguro que en esa página final está escrito cómo murió, imposible engañarlo.

Ah, si pudiera reírme.

Igual lloraba.

Qué silencio extraño, lleno de ruido, es mi mente; murmullos apresurados de vidas que buscan que las recuerde, desplazando la mía que olvidé. Qué ruido extraño este silencio.

Me visitan espejismos, vidas en esta frontera común, donde se agolpan voces, aunque ninguna destaca; cuando deje de ser su vehículo, tendré que buscarme entre ellas. O no. Estoy cansado. Sigo a una que desea sobresalir callando: la señora Herminia, el ama de llaves de mis abuelos.

LO QUE FUI

Cuando iba a ver a los padres de mi madre, solía escurrirme para visitar a Herminia en su despachito, donde me esperaba con una taza de chocolate caliente y dos bizcochos de canela. Era de esas personas imprescindibles, en las que nadie se fija, pero que sin ellas el mundo no gira igual; de vidas dedicadas a los detalles, a

procurar lo necesario para otros, cubriendo sus necesidades básicas. De las que nos dan seguridad para volar, expertas en pasar desapercibida mientras logran que la vida de los que tienen a su cargo brille, alejándoles de las molestias diarias, creando belleza en lo cotidiano, cubriendo caprichos mínimos. Se las reconoce porque sus ojos sabios te adivinan cuando no las miras.

Seguirla por la casa, ver cómo modificaba el ambiente para que mis abuelos estuvieran cómodos, acercando ese cojín, guardando lo molesto, preparando lo necesario, interviniendo lo justo para animar, relajar tensiones o dar ideas, sin que lo notasen, era un espectáculo. Siempre pensé en lo poderoso de este modo de ser para alguien sin escrúpulos, porque al conocer los puntos débiles, dominaría sin esfuerzo a quienes supuestamente sirve.

Antes de que la contrataran mis abuelos, trabajó en la casa de don Rodolfo Gil Montes, hombre oscuro y rico que murió tres veces en la misma noche.

Le pedía casi en cada visita que me la refiriera tal como la vivió. Me gusta ser ella escuchando los interrogatorios del día siguiente, cuando lo encontraron.

"Fue un fin de semana ajetreado, acostumbrada a cocinar solo para el señor y su madre –qué vaya disgusto que se le muera a una un hijo en vida, pobre mujer–, me tuve que traer a Marifé conmigo para que me ayudara, y aún así, no dábamos abasto; no solo eran muchos invitados, sino que había que estar pendiente de lo que podían o no comer: el señor mayor tenía prohibidas las grasas, el más joven era alérgico a la leche –ya me contará usted, a quién le pasa eso–, el secretario, como siempre, todo sin sal, al notario, fuera picantes, y la señora Aurora, esa embaucadora de pacotilla, se negaba a comer carne o pescado, sin contar con el régimen estricto al que la obliga el doctor ese tan severo a la señora. Con este panorama, ya me dirá usted qué menús podría preparar. Lo que yo le diga, toda una locura, desde el primer desayuno, a la última cena. Ay, pobre señor, para él sí lo fue".

Amanda, la cocinera, se enjugaba las lágrimas con el delantal, mientras respondía a las preguntas del policía encargado del interrogatorio que, algo abrumado por la testigo, iba anotando detalles, seguro irrelevantes, pero abundantes del testimonio. "Gracias, ha sido de gran ayuda. Igual tengo que molestarla en otra ocasión"; "Las que sean necesarias, ilustrísima, a mandar". El agente intentó volverle a explicar que no le llamase así, que no era juez, aunque le entró tal pereza que desistió. "Cuando salga, por favor, diga a la doncella que pase".

"Yo no sé nada, señor. Solo limpio, tengo prohibido hablar con los señores, incluso estar en la misma habitación; he de llamar antes de entrar en ninguna", la joven parecía a punto de echarse a llorar a cada palabra, el policía procuraba usar las técnicas que le enseñaron en el curso obligatorio de cómo tranquilizar a los testigos al que acudió, comprobando lo que se temía mientras el petimetre con aires de grandeza las enumeraba: que eran inútiles por completo, con lo que utilizó su

sentido común. “Calma, señorita, lo está haciendo muy bien. A ver, dígame si vio algo extraño en las habitaciones”; “¿Extraño? ¿Cómo qué?”; “Pues raro, cosas que no deberían estar ahí, por ejemplo”; “No soy de las que cotillean en las pertenencias de los señores, señor, ¿por quién me toma?” El agente, algo harto del encargo de tomar declaraciones, pensó que ahora sí lloraría; la mano se le fue directa al bolsillo donde estaba su pañuelo. “Siempre me toca a mí lo peor”, falsa alarma; la joven se mantuvo entera, de hecho, sus ojos pasaron del amago de lloro al recuerdo, en segundos. “Pues ahora que lo dice, sí vi algo que me llamó la atención, señor: un frasco de perfume muy caro, vacío”. Lo dijo realmente confundida, como cuando se mira la pieza equivocada en un todo, lo que desconcertó al policía que no encontraba asombro en eso. La chica lo aclaró: “Estaba en la habitación del señor más joven, señor –aclaró sonrojándose–, y vacío –remarcó–, dudo que fuese para regalar”. La insinuación quedaba clara; la clave estaba en el dueño, no en el objeto. “Gracias, muy amable, dígale al jardinero, que pase, por favor”. Ojeaba las notas, maldiciendo su suerte; le gustaba analizar las pistas, no recabarlas. Este muerto tendría mucho que decir, se le encontró en la cama con síntomas claros de envenenamiento por cianuro; ese inconfundible olor a almendras amargas, un tiro en la sien y un puñal clavado en el pecho. “Ojalá pudiera estar en la sala de autopsias y no aquí, con estos descerebrados. Adelante, pase usted”.

“Pues ya me dirá qué quiere que le cuente, yo solo me dedico a los parterres, los setos, el abono, el césped, a mí que me registren, aunque entre usted y yo, lo que me sorprende no es que el señor esté muerto, sino que haya durado tanto sin estarlo. La de enemigos que tenía el hombre, y es que se los ganaba a pulso, señor. Le gustaba jugar con la gente, la llevaba al límite. Lo sé porque los rosales, que no vea la de cuidados que necesitan, crecen debajo de su despacho; se oye todo y de todo, pero como le he dicho, a mí que me registren, solo entiendo de plantas, señor”.

Herminia me relataba la investigación las veces que se la pidiera, siempre fiel a lo que escuchó y nunca igual; añadía detalles al recuerdo cada vez que se asomaba a él. “Yo era el último mono en la casa, una cría; entré como ayudante de doncella, aunque iba donde se necesitase: cocina, jardín, recados, limpiar habitaciones, todo me encantaba y de todo aprendía. Cuando mataron al señor, supe enseguida lo que había pasado, era tan fácil que jamás entendí por qué lo archivaron sin resolver”.

Creo que ser testigo del poder que conlleva conocer a los demás más que ellos mismos, la previno contra el lado oscuro de esa capacidad suya de hacerse imprescindible. Más de un criado se ha hecho con la fortuna destinada a los parientes que, incrédulos, escuchan el testamento sin entender cómo todo ha ido a ese mayordomo o doncella. Algunos aceleran la muerte de su señora débil de salud antes de que lleguen los hijos avisado por carta, para registrar los rincones secretos donde saben que la anciana esconde lo que sus herederos no encontrarán. Varios de

estos casos me los contó el notario. “El ser humano es extraordinario, ya sabes, no hay bajeza a la que no llegue”.

Herminia supo que quién mató a don Rodolfo, más allá del veneno que le puso Aurora en su taza de cacao nocturno, ese puñal que le clavó el joven atildado, y el tiro que le descerrajó en la sien el caballero respetable esa noche, tan oscura, que no atinaron a comprender que mataban ya a un muerto, fue Rodolfo mismo.

“El señor mandó buscarte; ve para el despacho y pórtate como toca, que no tenga queja alguna”. “¿Permiso, señor?” Las piernas y la voz me temblaban agarrada a la puerta a la que golpeé dos veces, como se debía hacer. Tenía prohibido entrar en el sancta sanctorum del amo, sin mencionar el miedo que le tenía al señor, así que las dos cosas a un tiempo, me intimidaban bastante. “Pasa”.

Lo que quería era que fuese a buscar a la señora Aurora, “con la máxima discreción, que nadie sepa que viene aquí”, fue fácil porque estaba paseando sola por el jardín. La acompañé hasta el despacho, “¿Algo más, señor?”; “Sí, quédate cerca, te necesitaré de nuevo”. Busqué cómo entretenerme, el suelo era ideal para jugar a la rayuela, solo que mis saltos molestarían; decidí saltar mentalmente, y en vez de piedra, lanzaba mi pañuelo hecho una bola de nudos, era divertido intentar atinar en la baldosa correcta. En uno de los lanzamientos oí la voz airada de la mujer diciendo barbaridades; dediqué la espera a escucharles.

“Cuando salió la señora, se me pidió ir a por el señor joven “sin que nadie más se entere”. Los gritos fueron peores, jugué a adivinar a quién querría luego y acerté, no tuve mucho mérito, solo quedaban dos invitados. Lo curioso era que a cada uno le dijo más o menos lo mismo: que iba a contar al mundo entero su secreto. Tras un silencio espeso, todos reaccionaban igual: gritaban primero, suplicaban después y finalmente, salían con el odio acorralado en los ojos.

“Ellos lo mataron, sí, pero quien se lo buscó fue él: les amenazó sin ofrecerles otra alternativa; imposible que a ninguno se le ocurriera encontrar la salida más obvia. Supongo que don Rodolfo quiso asegurarse la muerte, aunque dudo que adivinara que todos se la regalarían”.

Herminia se reía mucho con esta reflexión. Yo también.

AHORA

Nunca adivinamos el motivo por el que el hombre deseó la muerte, elucubramos muchos; ninguno nos gustó: quedó sin resolver.

No sé si este tipo de muerto está en paz o vaga desazonado. Sí sé que los hay atormentados, pobres errantes exigiendo justicia, ignorantes de quiénes fueron porque los mataron sin nombre; almas anónimas hartas de serlo que nacen de esos cadáveres escondidos en los sitios más insospechados: maletas, paredes falsas, pozos, suelos, lagos: terrenos que al removerse descubren cuerpos enterrados en el olvido. Gente que fue y dejó de ser y nadie recuerda. Gritos silenciosos que

reclaman identidad. Fantasmas irreales sin su realidad.

De esos me visitan, a veces, aun sabiendo lo poco que puedo hacer por ellos; vienen, cuentan, y se van. Pero a uno sí supe encontrarle el nombre; me vino el muerto que encontraron en el barranco del río Seco, donde íbamos los días de viento a volar la cometa y merendar. Lo reconocí instintivamente nada más verlo, aunque traerlo a la consciencia me llevó toda su narración.

"Ya ves, los hospitales siempre me han dado aprensión, al entrar te dejas fuera; no eres ya ni en los quirófanos, inconsciente, ni en las camas, donde el dolor te convierte en una sombra patética de ti; te reducen a un número de habitación, de medicación, gráficos, síntomas. Eso si tienes suerte de que no se confundan y te den por otro. Conocí un cadáver cambiado por eso mismo: la enfermera equivocó las etiquetas. Un drama que los vivos no entienden como tal, aunque si es por eso, tampoco se angustian mucho si confunden recién nacidos que terminan viviendo con padres ajenos una vida prestada; solo se rasgan las vestiduras si sale a la luz. Cuando sucede, no veas el dolor. Pero claro, con los muertos, para qué preocuparse, si total, qué más da estar en una tumba o en otra. Qué poca consciencia y sensibilidad, pese a que mejor una identidad falsa que ninguna, creo yo. Lo digo con conocimiento de causa, ya que ignoro quién soy".

Eran los restos de un joven lo que descubrieron bajo los matorrales los hermanos Blasco cuando fueron a buscar la pelota caída desde arriba del barranco. "Jesús, María y José, menos mal que no fueron los nuestros, qué inconveniente habría sido, sin contar con las pesadillas durante meses, al menos, eso dice que les pasa la madre de los gemelos, que no la dejan dormir desde que se toparon con el muerto", nos prohibieron ir a volar cometas al río Seco; un gran fastidio porque era dónde mejor se alzaban.

"Es terrible esto, lo harto que me tengo. Me dicen los demás, que da igual, que pase, que me calme y descanse en paz; menudos egoístas están hechos: los que quieren descansar en paz son ellos, les oí comentar lo mucho que les molesto con esto de ir de un lado a otro buscándome de vivo. Ni en el más allá hay solidaridad, no te mueras nunca, no vale la pena, sobre todo, si crees que hay una vida mejor, de eso nada. No la hay".

El revuelo que se montó con el descubrimiento del muerto entretuvo a las gentes semanas, cada día había novedades, hasta trajeron a un forense especializado de la capital, "Digo yo para qué necesitamos a un experto de fuera, como sin don Gabriel no supiese bastante de muertos"; "Ha sido el mismo doctor quien pidió ayuda, los cadáveres de por aquí no dan faena, se mueren de lo normal, hasta los asesinados; por lo visto, a este le cuesta desentrañarlo".

Cuando se lo llevaron a la morgue, tras el levantamiento por el juez del cadáver, los camilleros lo trasportaron con cuidado vigilados por el nuevo jefe de

policía, que encantado, ponía en práctica lo aprendido en las prácticas realizadas en el extranjero, las que pensó que jamás usaría cuando le destinaron a este puesto donde se le cayó el alma a los pies cuando pidió las estadísticas del índice de criminalidad en los cinco últimos años y le miraron tan extrañados que supo, sin duda alguna, el desperdicio de los años dedicados a modernizarse en su profesión. Su mayor reto fue no caer en la desidia de la rutina, atascándose en el tiempo como sus compañeros, todos ignorantes del progreso que se vislumbraba, al menos, lejos de ahí. Con lo que este muerto abría una puerta que permitía entrar aire fresco y progreso. Cuando encima, el médico pidió ayuda de un forense más al día, la felicidad le puso una sonrisa nada adecuada en la investigación de un asesinato, que eso es lo que dictaminaron los dos doctores tras la autopsia.

"El problema conmigo es que dejé de estar vivo sin darme cuenta: quien me mató me golpeó por detrás. Ese ser infecto, oculto tras esa acción cobarde, se cubrió las espaldas aún más escondiéndome; me enterró haciendo un bulto informe de mi cuerpo para que cupiese en una madriguera angosta, clausurando la entrada con esas ramas espinosas a las que nadie se acerca, porque sus pinchos inyectan un veneno irritante de lo más molesto. Qué poco digno pasar así la eternidad. Del susto de morir, olvidé mi nombre, y el tiempo que tardaron en encontrarme consiguió el mismo efecto en los vivos; desaparecí de la memoria de los que me conocían porque también murieron. De hecho, uno de los reproches recurrentes de mis compañeros de tumba es que, a cada muerto nuevo, le voy a preguntar si me conoce. "No entiendes lo pesado que eres, ¿verdad?, ¿en serio ves de recibo, que a cada pobre alma que nos llega aquí, con lo primero que se encuentre sea contigo y tu tercer grado, antes siquiera de comprender que ya no respiran?, míratelo porque no es ni medio normal".

El muerto llegó a serlo por culpa de un golpe seco en la base del cráneo infligido por un arma roma y contundente. Tal fue la conclusión de la autopsia tras examinar los restos, y así constó en el informe pericial, junto con la edad (entre los veinte y los veinticinco años), el sexo (varón), la altura (al estar el cuerpo doblando, medimos el fémur, que aunque deteriorado por los años, indica uno metro sesenta y siete), la complexión (mediana), enfermedades anteriores al deceso (una fractura de brazo antigua, quizá de niño), hora de la muerte (contrastando los elementos naturales adheridos hará unas tres décadas, año arriba o abajo). El jefe de policía, a quien sus subordinados apodaron el Sherlock, iba encantado leyéndolo en alto a cada ocasión que se le presentara para demostrar lo bien que entendía ese lenguaje, entre científico y administrativo, con el que estaba escrito, hasta conseguir que nadie se atreviera a entrar en su despacho, por si se lo volvía a contar, creándose turnos para darle el parte diario.

Tras el revuelo inicial, la partida del forense a la ciudad –que por cierto, quedó encantado con el pueblo y don Gregorio, prometiéndole regresar en vacaciones para disfrutar de la pesca, las anécdotas hospitalarias y su compañía–, el caso se

estancó: sin archivos de más allá de cinco años, y lo precario de los registros más cercanos, no habían datos sobre personas desaparecidas, de hecho, no los había de nada.

"No sé cómo me contengo, hay ocasiones en los que los mataría a todos. Y eso, amigo mío, es una de las muchas desventajas de estar muerto y rodeado de muertos: no puedes volver a matarlos, no existe un nivel inferior de existencia o eso creo, lo que no me impide pasarme más de un rato de mi eternidad planeando cómo lo haría si pudiera asesinar cadáveres. Eso sí, nunca por detrás: de eso nada".

Identificar los restos del joven, renovando la esperanza de lucirse del comisario, se fue difuminando tras días intensos de búsquedas, análisis, interrogatorios a todo vecino mayor de cuarenta años donde "lo siento, no recuerdo si alguien desapareció, mi memoria no es la que era, pues no hace años de eso: cómo voy a saberlo", era lo recurrente. A veces se añadía, a modo de información añadida, un "mucha gente se iba, ya sabe, por la situación –justificaban bajando la voz–, es complicado saber si se fueron o si, simplemente, los hicieron desaparecer. No estaban los tiempos para ir preguntando".

El Sherlock releía las declaraciones hasta la obsesión, buscando indicios y contradicciones. Al no tener nada a lo que cogerse, investigó a fondo las tres personas que sí sorprendieron por su ausencia: el sobrino del párroco; el hijo de Romera, la del puesto del mercado y un empleado de don Agustín. Siguió sus pasos hasta encontrarles: uno apareció en la Argentina, que es adonde fue a buscarse la vida, y se la encontró en una oficina de seguros. Otro se había casado instalándose en la capital para vivir sin pena ni gloria pero tranquilo. El último al que rastreó, cansado de esa investigación muerta, también resultó una falsa alarma: el hombre descansaba en el cementerio de un pueblo cercano; falleció sin dar que hablar, tal como vivió, en la cama de la pensión donde se alojó a su llegada, "me quedaré unas semanas, dos o tres meses a lo más tardar, doña Brígida, pronto encontraré algo mejor, dicho esto sin ofender, usted me entiende".

Unos resultados para desesperar a cualquiera. El hombre lo intentaba, pero el tiempo sabe hacer su trabajo; transcurrió lento, sin prisas, a su modo: el jefe de policía fue relegando el caso, las ambiciones y el reto de mantenerse disciplinado, negándose a amoldarse a lo que había. Flaqueó.

Su error de base, desde donde nada funcionó y le atascó el caso, estaba en que jamás cayó en la cuenta de que uno de los testimonios que recogió pudiera ser falso: no contempló que quizá sí había hablando con el asesino, solo que este les mintió.

"No debería serme difícil de adivinar qué sabandija me hizo lo que me hizo por cómo lo hizo, ¿no crees?, si acierto con la mala bestia que me mató, conoceré mi nombre. En esto estoy ahora, busco entre los recuerdos nublados que me rodean

quién, de mis conocidos, pudo ser tan cobarde. Cuánto más vueltas le doy, más convencido estoy de que fue Miguelón o Tomaso. Aquí no están, con lo que deben seguir de vivos, y no contemplo que estén en el infierno, porque tanto el averno como el cielo, amigo mío, son lo mismo: un timazo, eso el lo que son. No te mueras nunca, ya te lo dije, no vale la pena. Qué gran estafa".

Aunque desde que comenzó a narrarme su historia, intuí que era el muerto al que encontraron en esos arbustos donde iba a jugar de niño, al nombrar a sus sospechosos supe a ciencia cierta, no solo quién fue su asesino, sino quién era él. Adiviné su identidad.

El problema estaba en cómo contárselo; debería esperar a que yo mismo muriera para estar en el mismo plano y poder hablarle, lo que sería fastidioso: tendría que buscarle por la eternidad. Solo de pensarlo me cansa; su nombre me quema por serme imposible compartirlo con su dueño.

Si lograse acercarme a él, ahora que lo tengo al lado, muriéndome solo ese segundo donde aún puedo regresar a la vida, como casi me ha pasado cuando las máquinas se vuelven locas, podría decirle que fue Hipólito, el hijo menor de Honorato y Rogelia, al que dieron por desaparecido voluntario, que nadie echó de menos porque lo pensaban en las Américas, vivo, alegre, triunfante. Al menos, esas eran las noticias que traía Tomaso puntualmente a la familia, "me llegó carta de Hipólito, les manda besos y dinero, como siempre", nadie se extrañaba de que fuesen dirigidas a él: los tiempos revueltos conllevan precauciones y secretos. Le daban las gracias por hacer de intermediario, la madre lloraba haciéndole repetir las cartas que no sabía leer, aferrada al regalo mandado; un pañuelo, una sortija. Le despedían con cariño, invitándole, antes de irse, a una copita de anís. El padre le acompañaba a la puerta, dándole un abrazo cerrado, con emoción contenida. Y él, Tomaso, se iba a casa con su mujer, Antonia, la que fue novia de Hipólito que, sintiéndose traicionada por su huida, se casó con el amigo fiel.

Eso lo sabía por mi tía abuela, que me contaba casos de esos tiempos oscuros; me habló de Tomaso como modelo a seguir. Jamás pensaron que los restos encontrados fuesen él: lo creían al otro lado del mundo.

Lo que hay que aguantarle a la vida. Y a la muerte, si nos ponemos a ello.

Tras la euforia del descubrimiento, me pienso mejor lo de acercarme a la zona muerta durante ese segundo eterno para compartir su identidad y regresar. Igual es mejor dejarle en paz en su ignorancia, evitarle el dolor de la traición. Debo decidirme de prisa, si se marcha, habré de esperar a mi muerte para encontrale de nuevo.

¿Qué me frena? Creo que no encontrar el camino de regreso a esta delgada línea, la frontera que me mantiene vivo estando muerto o quizá muerto estando vivo. Estoy suspendido, justo en el medio del abismo que nos atrae repeliéndonos, donde no deseo caer todavía. Donde nadie quiere, aun sabiendo que lo hará.

Prometo contarle quién fue cuando yo ya no sea.

Sí, lo sé. Soy un cobarde.

Puede que sea eso lo que soy: alguien disfrazado de otros para no verse a sí mismo, como todos, supongo. Pobre excusa. Es la primera vez, desde que me quedé sin cuerpo, en la que podía haber hecho algo más que escribir estas necedades: acercame al otro lado, convertirme en fantasma un instante, estar en su dimensión, hablarle, darle lo que busca. Pues no. Se fue sin saberse. Le dejé marchar. Qué fácil vivir ciego sin responsabilidades ni equivocaciones ni aciertos ni vida.

Lo que acabo de hacer, ya lo hice.

Hui.

¿Y si olvidé a propósito? ¿Y si cada vez que recuerdo, regreso al olvido por serme más fácil vivir conmigo?

Aunque sea esta vida muerta, es mía y he demostrado que no deseo perderla. Pobre Hipólito, el muerto de los zarzales, como le llamamos cuando lo descubrieron los gemelos Blasco. Pobre de mí, que como él, ignoro si soy quien soy.

LO QUE FUI

Fablana me comentó una tarde en la que merendábamos en el bar antes de salir a trabajar como Julietta de nuevo, que una de las chicas vivía en sueños. “Me lo dijo una noche tan fría que no se acercaba nadie; ahí estábamos ateridas sin atrevernos a irnos por las represalias. Matamos el tiempo hablando, no solemos hacernos confidencias, es tedioso escuchar la historia de una misma en boca de otra; son tan parecidas entre ellas que aburren. Y duelen. Pero nos gusta contarnos la vida como es, sin pasado ni futuro, solo lo que va sucediendo; creamos historias inmediatas basadas en lo que hay, alejadas de recuerdos o ilusiones.

A esta amiga, la Flaca, la bautizaron Olga, “como a mi abuela, que al final fue quien me crió; mi madre no pudo, la pobre; se me murió antes de cumplir yo tres años, quedé al cuidado de papá; intentó hacerlo lo mejor que supo, aunque desbordado por la muerte de mamá, algo se le rompió por dentro; debía llevar el germen de la locura desde siempre, su desgracia tan solo lo activó, atrayéndole hacía el que sería su mundo alejado del mundo.

Cuando en un momento de lucidez, le fue evidente que era un peligro para mí –me tuvo dos días sin comer, olvidada; me alimenté a base de las galletas que sabía donde se guardaban–, tuvo el instinto de llamar a la puerta de su suegra; “Doña Olga, cuídeme usted a mi pequeña; vendré cada domingo a verla y traer dinero”. Lo hizo puntualmente hasta que la locura lo atrapó para siempre; lo tuvieron que encerrar en un manicomio tras varios episodios irracionales en los que su ánimo caía dentro de unos pozos negros profundos para resurgir, a los días, con una disposición exageradamente optimista, proclamando realidades dudosas y

comportándose del modo más extraño. Jamás salió de ese cuarto acolchado.

"Mi abuela murió nueve años después; tuve que deshacerme de la pena rápido; debía enfrentarme a vivir con lo poco que pudo ahorrar la mujer. Pero esa parte es más de lo mismo. Lo de todas; ni te la cuento, aunque sí que, al año de estar en la calle, me di cuenta de que los problemas imposibles de resolver durante el día, los solucionaba por la noche en mis sueños.

"En esa época estaba pasando un infierno aún más duro que el del día a día, hundida, sin saber qué hacer, busqué ayuda en la Valquiria, no sé si llegaste a conocer, la llamaban así por lo grandota y rubia, siempre sonriente, de palabras amables para todos, le conté lo que me amargaba, la mujer con esa sonrisa perenne, atenta, esperó a que terminara, limpió mi cara de lágrimas; "tranquila; todo se arreglará, las cosas se ven negras muchas veces, pero el tiempo les da la vuelta; ánimo, en nada, lo que ahora te angustia, será motivo de risa, todo tiene solución. No debes preocuparte, busca lo bueno de la situación, siempre se aprende algo. Adelante, tú puedes con eso y más". Le di las gracias, volvió a sonreírme preguntando si estaba mejor, cuando le dije que sí, se marchó, insistiendo en pagar ella las consumiciones. Me quedé fatal, la pobre chica no tenía nada dentro, vivía en un estado continuo de palabrería vacía y falso optimismo escalofriante, te lo juro. La manera que a ella le iba bien para enfrentar los problemas era no verlos, pintarlos de blanco brillante sin más. Qué angustia estar siempre alegre quitando importancia a lo importante, evitar mirarlo de cara, convivir con fórmulas estúpidas, negar lo inconveniente. Qué triste ser feliz a la fuerza.

"Aunque la verdad, durante unos días, al sentir lástima de ella, me olvidé de mis problemas. Pero claro, regresaron; ignoraba quién podría ayudarme a deshacer el lío donde estaba sin repetirme frases gastadas.

"Conocí a Gaspar cuando, cansada de estar cansada, temiendo incluso que mi padre me hubiese dejado en herencia su locura, me resigné a que jamás hallaría una salida. Entonces lo vi en mis sueños.

"No me di cuenta de que estaba durmiendo, descansando de la realidad, cuando me lo encontré. Supe que era mi salvación.

Verás, soy incapaz de describirte cómo es; estoy con él sin estar con él, como si fuese yo sin ser yo. Lo sé, perdona, es un lío aquí, en la vigilia, pero cuando estoy dormida es de lo más sencillo. Hablamos justo sobre lo que necesito oír, nunca recuerdo qué me contó, a excepción de su despedida, siempre igual: "al otro lado, no te olvides que soñaste". Solo cuando recupero esa frase recurrente, sé lo que debo hacer.

"Ahora, cuando tengo problemas, lo convoco en sueños. No viene inmediatamente; he de estar unos días dándole vueltas a las cosas, atascada sin ver luz ninguna; es al no hallar horizonte cuando aparece: hablamos, señala la solución y se va con ese no te olvides que soñaste. Es el puente que me acerca a la salida soñada. Y siempre me pilla de improviso; me levanto mal, con mis preocupaciones a cuestas, ojerosa, infeliz, hasta que algo me despierta su frase, y con ella, el remedio. Es como si te atravesara un relámpago clarividente".

AHORA

Olga relegaba su sentido común al mundo onírico, empapándose de cada posibilidad durante el día, esperando a que, sin la atención consciente, destacara la solución lógica. Su mente contemplaba las probabilidades: elegía.

El poder de las palabras. Sobre todo, de las que se silencian.

Me fascinaban las cabinas telefónicas, testigos de las conversaciones, retienen cada frase, absorbida por sus paredes de cristal. A la mínima ocasión, me encerraba en una para escuchar, callaba buscando oír lo que se dijo. Cerraba los ojos, inmóvil, sin asustarlas, son tan tímidas como los reflejos en las astillas de espejo: era cuestión de paciencia. Evitaba las horas punta donde la gente, impaciente por contar lo que le quemaba los labios, golpeaba la pared transparente, exigiendo al que hablaba que callase. "Dese aire, que hay cola"; "Qué barbaridad, qué estará contando, lleva dentro horas". Era divertido, si no eras tú al que urgían, escucharles despotricar, acusándose de lo que todos, invariablemente, repetían cuando cogían el teléfono; una vez ahí, se transportaban a donde estaba la otra voz, olvidando el resto. "Tranquilo, qué prisas, total, para las tonterías que vas a decir"; "lo mío es importante, señora". Cómo cambiaba el mensaje desde dentro. Había verdaderas peleas; un modo de echar la tarde, aunque a por lo que iba, era a recuperar lo que dejaban: sus palabras.

Me costó encontrarlas mucho más que a los reflejos, aprendí a distinguirlas entre mi propio silencio; unos ecos lejanos, difíciles de entender porque se mezclaban; conversaciones sin su otra mitad, entrelazadas en busca de sentido, intentando completarse. Hasta que no comprendí esa necesidad de alcanzar un significado, de saber por qué se unían, no conseguí descifrar las historias atrapadas.

Los susurros repetían confidencias que, de tanto escuchar, aprendí a reconocer, sus tonos me fueron familiares. Cierto que los más antiguos perdían calidad, se desleían como fotografías reclamadas por el tiempo, reduciéndose a murmullos, casi suspiros. Nunca me interesó emparejar esas voces con sus dueños físicos, y eso que identifiqué a algunos al oírlos hablar por casualidad en las calles. Lo que me atraía era desentrañar los ecos, nada más; me perdía en esos esbozos de historias vivas sin terminar. Lo inacabado tiene su fascinación, se convierte en infinito: lo eterno jamás concluye.

Debe de ser cansado.

LO QUE FUI

Si abandonara el papel de narrador para escucharme, quizá me oyese: no deseo hacerlo. Escribo para no leerme. Sé que sé. Aplazo, en ese niño que no soy yo, quien soy: por su culpa fui lo que no quise ser.

Por muy cínico que sea uno jamás se inmuniza contra la ingenuidad del todo; la

vida seguirá sorprendiéndonos muy a nuestro pesar.

Cuando era mucho más chico, antes de decidir que la vida me aburría, disfrutaba jugando con mi hermana en el jardín; nos poníamos perdidos de barro, cocinando tortitas decoradas con plantas, flores, arena espolvoreada, que cocíamos al sol; daban ganas de comerlas. Intentamos jarrones, vasijas o muñecos, pero se nos resistían, con lo que nos especializamos en pasteles, tortas, panes y buñuelos. Amasar barro era reconfortante; las manos sumergidas hasta las muñecas en esa sustancia informe, algo repulsiva al principio, que ibas dominando a base de tierra y agua, espesándola, buscando el punto flexible, dócil, manejable, donde los dedos eran pequeños dioses creadores.

Nos prohibieron jugar con él cuando mi hermana, una mañana en la que estábamos especialmente productivos, al introducir la mano en la mezcla con ganas, se le cambió la expresión de la cara poniéndose lívida: el barro se tiñó de rojo; se había cortado con una piedra afilada escondida en la masa. Le tuvieron que dar puntos. Lo que me impresionó muchísimo fue cómo se extendía su sangre tintando la tierra mojada hasta darle su color.

Desde ese día, se acabó el jardín. Quisieron que moldeáramos con arcilla, ese sucedáneo doméstico, qué absurdo; no lo acepté. Buscando nuevos entretenimientos, me di a las pinturas; quería reproducir ese rojo intenso oscureciendo el marrón tierra mojada; los colores lograban, de la realidad, otra distinta. El cromatismo del mundo variaba al mismo mundo; la luz y la oscuridad dominan, cambian, distorsionan lo que debería ser inmutable, incluso la noche roba los tonos al día, destiñendo la vida en blanco y negro.

Empecé a fijarme en lo que me rodeaba dependiendo de sus colores, procuraba recrear los más bellos experimentando con mis pinturas: difícil. Así que cuando mamá, arrastrada por la moda pasajera de hacerse retratar al óleo, decidió regalar a su marido, mi padre, un cuadro con ella como motivo, me pasé las largas horas de posado junto a Yakov, el pintor ruso especialista en retratos, causante directo de que todas las señoras desearan ser pintadas.

Era un hombre callado, intenso; manejaba los pinceles con cariño y precisión al pintar a las señoras que le daban de comer. Le precedía cierta fama como artista, lo que revolucionaba a las damas a su favor. Unos días antes de su llegada, las amigas de mi madre, de normal aburridas, chispeaban: “Me han dicho que tiene una mirada que te atraviesa”; “Solo pinta mujeres”; “Mi cuñada sabe de buena tinta que rechazó un encargo de mucha importancia porque no le gustó el modelo”; “Dicen que él mismo hace sus pigmentos, por eso sus cuadros parecen vivos”; “El rojo lo saca de la sangre”. Ese fue el comentario decisivo; cuando vino a casa, me pegué a él con la curiosa humildad del aprendiz al gran maestro.

Las primeras horas permanecí cerca, atento, dispuesto. Cierto que era silencioso, preciso, de mirada profunda. Observaba sus movimientos, y sobre todo su quietud cuando, antes de pintar, enfocaba esos ojos en la realidad del modelo como apresándolo para trasmitirlo al lienzo; recordaba a un cazador. A la tercera sesión me atreví a preguntarle si era verdad que hacía él mismo sus pinturas; “Sí”;

“Yo también pinto, pero solo colores”. Yakov se interrumpió, esos ojos suyos en los míos, indagando. “He de hacer más pigmento esta tarde, ¿querrías ayudarme?”; “Claro, señor”. No sé qué me gustó más, aprender a destilar colores o conocer sus historias.

El acento ruso teñía su voz, a veces paraba, buscando cómo decir lo que sabía en su lengua sin conocerla en la nuestra, daba rodeos, encontraba términos, las palabras paseaban lentas, al contrario de las manos que manejaban seguras lo que se convertiría en color: huevos, tierra, plantas, minerales, bichitos disecados, parecía la rebotica de un brujo donde morteros, tubos, botes, mazas, lo transformaba en alquimista, todo menos pintor. Iba más allá de los procedimientos clásicos y probaba a destilar colores de objetos menos ortodoxos, los cocía buscando el residuo resultante del agua evaporaba, a veces se lograba, otras no. Mi tarea fue la de convertir en polvo los trocitos de piedras que colocaba en el mortero. “No tan rápido o te cansarás antes de lograrlo, tómatelo con calma”. La impaciencia aceleraba el ritmo; la maldita piedra se burlaba del mazo, cómo iba a pulverizarse, si ni se rompía. Debió adivinar mis dudas. “¿Escuchas eso?; “¿Qué?”; “El silencio”. Detuve mi mano para escuchar. “Ahora sí”; “Pues aun golpeando has de oírlo”. Qué tontería, me tragué el comentario, odiando todavía más la piedra en el fondo del almirez. Siguiendo sus pautas, convertí el tiempo en arena; la que conseguía de esos minerales de colores puros: azules, amarillos, blancos, ocres. Dolía el brazo por el movimiento lento, constante, y se cansaba la paciencia. Supongo que para alentarme, o quizá para animarse él, añadió al silencio y los latidos del corazón, su vida.

“En mi país es imposible ser, pensar o hablar, sobre todo, lo último. Debías ir de puntillas con las palabras, desconfiando de todo y de todos, con un pánico real a que te encarcelaran sin motivo, hicieses lo que hicieras, trabajaras donde trabajases, leal o no al estado de cosas: estabas indefenso por completo. El horror a que una noche entrasen en tu vivienda, destrozándola buscando evidencias comprometedoras, para llevarte preso era lo normal.

Cuando efectivamente entraban gritando para registrar cada rincón y apresarte, instalándote en el miedo real, lejos ya de la incertidumbre por estar viviendo la certeza del momento, no su anticipación, entonces una calma liberadora te invadía: ya está; es lo que hay. Abandonas el temor de que vayan a por ti porque te tienen. Ahora solo debes afrontar la realidad que observas curioso, distanciado: los enseres esparcidos por el suelo de la vivienda son como de otro, los golpes, preguntas, gritos, se sienten lejanos. Te atan, mueven, colocan, trasladan, hablan, encierran, pero es a otro a quién se lo hacen; tú eres testigo objetivo de ti mismo, del entorno opresivo donde te instalan; libre del espanto que sentías por ser capturado. Estar preso es más fácil que temer estarlo. La realidad cambiada, la necesidad de entenderla y adaptarse, viene a ocupar el espacio dejado por el terror anterior”.

Al compás de su voz, mi ritmo se ralentizaba, metódico, sin prisas por conseguir resultados; trituraba por triturar, olvidando que debía convertir la piedra en su arena.

"Esta nueva existencia donde me metieron era atroz; evitaban que durmieras obligándote a pasear por tu celda de luz perenne y ruido insoportable, continuo, desplazándote de un lado a otro de la prisión, medio arrastrándote por pasillos laberínticos donde era imposible ubicarte, sin manera de medir el tiempo ni por las comidas, si las había, ni por el cambio del día a la noche, inexistente ahí dentro: atrapado en una hora eterna indivisa.

"Habíamos muchos, nos intuíamos en ese aislamiento feroz. Se hacía lo imposible por comunicarnos. Nos acompañábamos escuchando lo que los golpes en la pared nos contaban en un morse que aprendíamos a descifrar; tiempo teníamos. Regresar a la celda tras los interrogatorios, sabiendo que alguien nos esperaba al otro lado, ayudaba a soportar el dolor, a retener la lengua evitando delatar a nadie aun sin conocerlo: debías firmar confesiones imposibles porque jamás trataste a quien decías acusar o entendías la trama oscura de esa declaración falsa.

Los compañeros iban cambiando, se notaba en la manera de golpear, como una voz o caligrafía diferente. A veces era yo quien enseñaba ese lenguaje, como me lo mostraron a mí. Es más fácil de lo que piensas, la inteligencia se agudiza mucho en soledad".

Cuando la piedra era ya polvo, Yakov echaba lo que llamaba aglutinante, entonces removía en vez de golpear: "Suave, sin prisas, ha de conseguirse una textura firme, flexible, golosa". Sin entender qué propiedad sería esa última en una pintura, me gustó.

"Una de las historias que me contaron esos golpes, sobresalió; las demás eran más o menos como la mía: horrores cotidianos, malentendidos obvios, cegueras básicas –los había que seguían creyendo que su encarcelamiento fue un error–, separaciones angustiosas. Pero esta me la contó un asesino que ignoraba que lo era hasta que lo comprendió".

"Jamás quise hacerle daño alguno aunque le odiaba. Me convocó en su casa. Ahí estaba retándome, arrogante; trataba a todos como a seres inferiores, a mí especialmente, con sus exigencias imposibles, apretando la cuerda hasta el ahogo.

Esa tarde cruzó el límite. "No lo haré". La respuesta se le atragantó en los ojos mostrándose atónitos durante una fracción de segundo, lo justo para afianzarme en mi postura antes de que la cólera los invadiera. La rabia le impedía hablar; agitado, apretaba los puños, los labios: buscaba cómo recuperar mi miedo. Intentó los hilos de siempre, ese chantaje tan efectivo como vulgar: contaría lo incontable, señalando el daño que eso haría a mi posición, a la familia, la vida miserable a

partir de ahí. Con un alivio desconocido, me afirmé en mi negativa: una fuerza extraña, ciega, la guiaba; me daba igual todo, que lo divulgara o que se lo callara. Hasta aquí. Qué bien sentaba haber doblado la esquina del terror.

Entonces sucedió.

Esa ira tensa, retenida apenas, estalló descontrolándolo por completo; arremetió contra mí. Fue un acto reflejo, me aparté, resbaló por el impulso fallido de un puño que no me encontró. Cayó de espaldas contra la mesita baja, impactando contra el borde, y abriéndose la cabeza. La de sangre que salía de ahí derramando vida. La suya y, si no me espabilaba, la mía también.

Miré alrededor, debía desaparecer, reescribir el tiempo, darle marcha atrás para evitar lo sucedido. El alivio de la rebeldía, convertida en maldición, se reía de mí enumerando cada posibilidad, imposible ya, que tendría que haber elegido: todas mejores que esta realidad. Negar el suceso no lo hacía menos verdadero. Tratar de esconder una mentira entre la verdad era imposible, si llamaba a las autoridades todo lo oculto saldría a la superficie antes o después. Irónicamente, ahora, con él muerto y yo a salvo de sus denuncias, les daría un móvil: quién iba a creer que fue un accidente.

No, contar la verdad descartada; solo me quedaba disfrazarla.

En su despacho estaba la caja fuerte, una bien grande, casi un armario, disimulada por una estantería falsa –conocía su combinación, uno de los pocos que la sabían: por ahí me pillaron–. Conque limpié bien mi rastro, su sangre, ese día, y lo encerré junto con sus secretos después de haber encontrado el mío anotado en esos papeles comprometedores que me llevé para destruir.

Salí de esa casa libre, sin el peso muerto de mi culpa, ni por lo que hice ni por lo hecho. Había sido un accidente, no lo maté; esconder el cadáver distaba mucho de ser asesinato.

La felicidad duró tres meses. Vinieron a buscarme al restaurante donde comía con los amigos un jueves. Te juro que cuando me detuvieron pregunté sinceramente por qué: lo había olvidado por completo. Pronto me lo recordaron en la sala de interrogatorios. Por supuesto, lo negué con la indignación del inocente. Al primer golpe tuve que plantearme qué era mejor, si continuar con la mentira o confesar abiertamente. Fue al sexto puñetazo cuando me decidí. Sin guardarme nada, les conté, minuto a minuto, lo que sucedió y su razón: nuestros trabajos juntos, su chantaje, mi decisión, su ataque, su muerte, el temor, mi disimulo. “Esa es la verdad, no hay otra”; “Así que, según usted, el hombre murió por un golpe en la cabeza”; “Sí, señor”; “Y fue un accidente”; “Sin duda alguna, él se me abalanzó”; “Eso es una mentira imposible: murió asfixiado”.

Me costó mucho comprenderlo. Balbuceé como un idiota: si había sangre, si se desangraba, si estaba helado cuando lo metí dentro, muerto. Pero no, murió por falta de oxigeno, se habría salvado en un hospital, fue el encierro lo que terminó con su vida. Y con la mía. Ya ves. Soy un asesino por cobarde, la valentía duró noventa días. Lo peor es que me arrepiento; debí haber avisado del accidente. No quise matarlo”.

El pintor calló. Mi brazo seguía removiendo sin mí. “Ya lo tienes, fíjate”, cogió un poco con la maza: “¿Ves?, un índigo suave, goloso”. Cierto, parecía una crema con la que untar lo inanimado para darle vida. Hermoso.

El retrato de mi madre duró un mes; me dio para lograr ocres, rojos, negros, verdes y escuchar dos vidas más.

“Cada uno aprendió a soportar esa situación delirante a su modo, la factura por sobrevivir fue alta: ninguno de los que logró salir de ese infierno, salió del todo; algo de nosotros quedó atrapado dentro, jamás lo recuperamos: salud, fe, alegría, esperanza, convicciones. Tuvimos que reinventarnos, aprender a convivir con nosotros, unos desconocidos que hicieron lo que nunca habríamos creído ser capaces de realizar, soportar, olvidar o recordar. Muertos que debíamos arrastrar en vida.

Algunos se suicidaron, otros vegetaron camuflados en gente ordinaria. Yo me aferré al color. Los daños se manifestaron de muchos modos, el más singular, el de Mijail: su alma se le descolocó del cuerpo, aprendió a salirse de él para soportar el dolor cuando le golpeaban; se escapaba abandonándose; que la parte material aguantase: él se iba. En una de esas huidas, tras una paliza excesiva, donde hasta el médico que nos reanimaba cuando se les iba la mano con la tortura pensó que le habían matado, el alma asustada regresó con una urgencia temeraria entrando bruscamente. Cierto que se salvó, pero nunca pudo desdoblarse de nuevo y lo que es peor; quedó desajustado: el alma vivía unos segundos por delante del cuerpo.

“Es terrible, todo yo anticipa lo que va a ocurrir antes de que suceda; sé el futuro, pero lo conozco con tan poco margen de movimiento, que es imposible cambiarlo o avisar. Encima experimento lo mismo dos veces seguidas, vivo con eco. Si lo que sucede es bello, me gusta saber que lo voy a revivir, atiendo mejor a todo, me fijo en los detalles, aprendo a ralentizar esa segunda onda. Si es malo, la angustia de conocerlo, ser incapaz de evitarlo, viéndolo quieras o no, es terrible. Una agonía donde se añade la inutilidad de saber que a ese niño le atropellarán dos veces, la anciana que sale de la esquina tropezará igualmente, el atracador saldrá impune de nuevo. Y eso de escucharme por duplicado decir lo dicho, pensar lo pensado, hacer lo hecho sin remedio, es agotador: No es que tropiece dos veces con la misma piedra, es que la piedra me golpea dos veces con lo mismo.

“Pensé en matarme, pero no soy tan valiente como para morir doble; tener que revivir la caída, el tiro, el veneno, ¿y si a la segunda vez no deseo seguir con ello? Habré de morir obligado porque ya he muerto, aunque decida que quiero vivir. Aterrador estar atrapado en una acción, que sé que haré, a pesar de no desearlo ahora”.

AHORA

Intenté meterme en la piel de ese prisionero del eco; verme y ver todo doble, condenado a mostrarme la vida anticipadamente, conocer el futuro, y hacerlo presente sin esperanzas de cambio. En ese poder debería haber algo práctico que se le escapase; me pasé la noche dándole vueltas para encontrar cómo aprovecharlo. No hallé nada; parecía una de esas bromas pesadas de los dioses, que tanto les entretienen, dando esperanzas falsas a los mortales para complicarles aún más la vida.

Igual soy una burla del azar, y aquí estoy procurando encontrar un sentido inútil por no haberlo: un daño colateral de sus juegos, una apuesta, un error o descuido. Nada a tener en cuenta en el transcurso de la eternidad. Bueno, más o menos lo que somos todos: accidentes con consciencia sin la capacidad de comprender lo importante.

Yakov me relató una historia más antes de terminar el retrato de mamá: la suya.

LO QUE FUI

No me permitía mirar el cuadro que guardaba tapado en un rincón del cuarto, decía que lo malograría. Supongo que cada uno tiene supersticiones propias, manías irracionales que nos hacen vulnerables.

"Lo extraordinario nunca lo causa lo grandioso, sino lo insignificante", esa frase, que dijo sin venir a cuento, me extrañó; algo iría detrás. "No recuerdo ningún momento excepcional que haya estado libre de lo pequeño salpicándolo por completo".

Le escuchaba atento mientras repartía el polvo de los pigmentos en sus botes.

"Es como si no pudiéramos desprendernos de la incomodidad de ser, de pensar en pequeño, de salirnos de quienes somos y necesitamos, pero en el sentido mezquino, en el que nos preocupa más qué dirán, o un dolor menor, a trascender el momento, sea este cual sea.

"Al ser incapaces de vernos desde afuera, desconocemos el alcance de nuestras acciones. Somos como piezas, y por eso, no estamos destinados a vernos como un todo, como parte de algo más; nos creemos únicos y completos. Hasta que te rompen".

"Antes del primer puñetazo intuí que debía encontrar un modo de evasión, alejarme del dolor. Conque me refugié en los recuerdos, a cada golpe buscaba uno donde vivir otra realidad lejos de esa. El tiempo se abría y la mente se escapaba por su grieta: regresé a lugares olvidados, hablé con gente muerta, rehíce trocitos de vida, paseé por mis ilusiones.

El sufrimiento es un anestésico de sí mismo. El cuerpo, en un momento dado, rebasada una frontera, se inmuniza. El problema viene de nuestra mente que nos

inunda con esos pensamientos caóticos, recurrentes, paralizadores. Ahí está la mayor tortura: de eso huía.

Lo que recuerdo de esos meses es seguir, a pesar de no poder seguir.

Eso, y el ruido atronador del tictac de un reloj: qué desesperante es escucharlo marcar el tiempo del que quieres escapar. Cada tic te taladra clavándote al presente impidiendo la evasión, debes alejarte antes de que suene ese tac, evitar el golpeteo mortal de los minutos que te atan a una realidad en la que no quieres estar".

AHORA

En ese momento no alcancé a comprender muy bien lo que me contaba, hasta pensé que menuda tontería de historia la suya, pero ahora, aquí, creo que no hace falta vivir situaciones extremas para negar la realidad: ninguno de nosotros está cómodo en lo real, todos buscamos adornarlo, evadirlo, camuflarlo, puede que eso sea nuestro punto en común: negar lo que somos, lo que nos sucede; el cómo lo hacemos sería lo que nos diferencia.

Vuelven a pitar las máquinas apremiando. Tendría que enfrentarme a mí. Pero ¿y si no quiero saber?,¿y si prefiero morir ignorante, vagar sin identidad como el cadáver de los zarzales?

ELENA

"Has de conocer qué sucedió. De esta no creo que salgas, fíjate en las pantallas, van locas: luces, sonidos, el personal no da abasto. Han llamado a tu madre, a mí me pillaron en la salida. Haz un esfuerzo, el último, al menos, en esta situación.

Te ayudo.

Recuerda.

Tu padre.

A PRINCIPIOS DE UN FEBRERO LEJANO

Vigilo esos ojos que me observan cerca desde tan lejos. Mi padre se está muriendo; agoniza en la cama que comparte con mi madre, aunque ahora ella duerma en el sillón para no molestarle. Mi hermana se ofreció a traer la cama plegable, pero se negó; "No, hija, no; estoy bien aquí, es muy cómodo". Sospecho que descansar en un lecho sin él, lo considera traición. La disposición de la habitación es la misma que la que recuerdo de niño, de adolescente. Fueron esos objetos invariables, estancados, los que me gritaron: huye.

Es fácil reconocer las cosas. No lo es tanto con las personas; no sé si son ellos, no les conozco: hace diecisiete años que me fui. Jamás hubiera regresado si no

fuese por la muerte que trastoca tantos o más planes que la vida.

Dejo de divagar porque papá aprieta con fuerza mi mano; ha regresado, las brumas de los ojos se aclaran, me enfocan. Espero en sus pupilas; si lograse adentrarme en ellas, le acompañaría cuando se aleje de nuevo, conoceré sus recuerdos antes de que se desvanezcan sin él: zonas, lugares, sucesos, pensamientos, le recorreré comprendiéndole, abarcaré parte de lo que soy, fragmentos imprescindibles que abandoné voluntariamente para construirme desde cero, sin él, sin nadie. Libre de lo que soy.

Sus ojos, que lo saben, me esperan. Me abismo en ellos, en lo inevitable evitado tanto tiempo.

AHORA

Eso hice: entré en la memoria de mi padre: el niño con los recuerdos que recuerdo, es él.

Yo soy la última víctima de esa matanza de marzo donde hubo ocho muertos y dos heridos: el vagabundo que murió por la infección de bala, y yo.

El siete de marzo, la víspera del drama, yo era un niño, al lado de su padre, en el bar donde empezó todo.

Les vi discutir.

Papá era un hombre frustrado, equivocado: la vida le debía más, se pasaba los días quejándose, nunca satisfecho, convencido de que los demás existían para apuñalarlo por la espalda, con lo que, por si acaso, él atacaba primero con una agresividad latente que, en casa, procurábamos no despertársela obedeciéndole en lo que mandase, por muy absurdo que fuera.

"Voy al despacho, me llevo al niño conmigo". Odiaba ir a esa oficina donde ejercía su poder; manipulaba a los más débiles haciéndoles imposible convivir con ellos mismos tras la humillación: una palabra ahí, otra allá, observaciones que iban directas a la llaga: el poder de las palabras. Era fascinante y aberrante a partes iguales. Odiaba ese juego porque me atraía. No quería ser como él.

Ese ocho de marzo fue el resultado de la tarde anterior en la que mi padre sacó de sus casillas al excéntrico del bar cercano al trabajo. Era callado, solo hablaba para despotricar contra el mundo cuando le pinchaban, promulgando unas teorías apocalípticas desquiciadas, donde los humanos éramos plagas malignas causantes de la destrucción de la naturaleza, la maldad universal, la enfermedad de la tierra. "Deberíamos morir y pronto, somos lo peor que le ha pasado a este planeta". No solo mi padre le espoleaba para que desvariara con sus temas recurrentes, todos lo hacían, era un modo de distracción: llevarle al límite de su rabia para verle estallar.

Esa tarde papá le acercó más de la cuenta a su locura.

Le había ido mal con un cliente, con lo que descargó su frustración contra él, embistiendo. "Eso es, tú habla que te habla pero, ¿y qué mas?, nos tienes harto de tanta palabrería vacía", le indicó que era un charlatán como todos, de mucho hablar

y poco hacer, "¿por qué te crees mejor que nadie?, si tanto te preocupa el ser humano, encárgate de algo más que marearnos con tu cháchara insoportable".

Recuerdo el silencio tenso en el local, atentos al hombre que se ponía rojo por momentos. Se pararon hasta las respiraciones. Cuando creíamos que iba a emprenderla a golpes con las mesas, como solía hacer al enfadarse, se le relajó el cuerpo, no la mirada, que fue como si se hubiese ido lejos de los ojos ahora duros y fríos. No hizo nada, siguió tras su mesa, concentrado, implosionando. Ese estallido mudo fue mucho peor que los gritos y golpes.

Se fue a casa. Abrió la caja donde guardaba una pistola con sus balas. La sacó. La puso debajo de su almohada. Le susurró hasta dormirse para soñar que sí hacía algo más que hablar.

Madrugó.

Yo regresaba de ir a por el pan, cuando un policía gritó "alto o disparo" a quien había dejado un reguero de muertos a su paso enloquecido. Los tiros alertaron a la policía que salió a buscarle. Lo encontró el agente Gómez cuando estaba apuntándome a la cabeza. Quién sabe qué pensaría el hombre en ese momento; hizo caso omiso de la advertencia: Disparó. Pero no antes que el oficial Ernesto Gómez que evitó, con su tiro, que acertara a darme en la cabeza. Solo me dio de refilón en el hombro.

El horror no fue esa herida, sino conocer quién los había matado de verdad: mi padre. Cuando vino a visitarme al hospital cruzamos una mirada: la de la certeza de que él sabía que yo sabía.

Ese secreto envenenó lo que me quedaba de vida. Hui. No sirvió de nada. Luchaba para no convertirme en un indeseable como mi padre, él peleaba contra quien era, contra lo que aprendí observándole, era agotador. Es tan fácil conseguir las cosas del peor modo; la amabilidad no sirve, los favores no se devuelven, nadie mira por nadie. Esas eran sus máximas, su justificación personal.

Esa fue mi herida mortal.

Lo que me encontré fuera de casa cuando me marché, por no tener que soportarle más, ya estaba contaminado. Los trabajos me duraban poco, la gente a la que me acercaba, dolía. Las palabras de mi padre, marcadas a fuego, eran parte de mí aun odiándolas. No se puede luchar contra quien eres: el hijo del padre que mató impunemente a todas aquellas personas, que le vio manipular a aquel pobre enajenado que apretó el gatillo.

Procuré alejarme de su rabia, del desprecio hacia la vida de los otros, pero no lo logré con la mía que desperdicié en vivirla del modo más vacío posible porque, cuando más la intentaba llenar, más dolor causaba. Preferí alejarme de todo antes que hacer daño. Llevo dentro el poder de las palabras; cuando bajo la guardia se revuelven rebelándose y atacan a los que más quiero; van certeras contra sus almas. El único modo que encontré para no dañar fue desaparecer, huir.

"Ven a casa, papá se muere".

La carta de mi hermana, dictada por mi madre, quedó sin abrir durante días sobre la mesa donde la solté como si quemase. Cuando me decidí a leerla, fui yo

quien se pasó días sobre la cama, pensando qué hacer.

Fui. Quise entender por qué.

Lo peor de ese viaje al centro de su mente es que no había respuesta para su rabia: era así porque sí: Ese niño curioso, algo oscuro, no tuvo la culpa del adulto en el que se convirtió. El hacer daño fue opcional. Esa sinrazón me lapidó cualquier atisbo de justificación; vine para encontrar un porqué. No había ninguno. Caí en un vacío negro infinito.

Si todo es opcional, yo soy opcional: Opté por no ser.

Cogí la pistola que sabía oculta en el cajón falso de la mesa del despacho. Salí de casa de mis padres. Recorrí el mismo camino que hizo, hace años, el pobre loco asesino, esa marioneta rota, hasta que llegué al punto donde recibí el tiro de niño, sin darme cuenta de que mi paseo, con un arma en la mano, no había pasado desapercibido, que un vecino, con la matanza de marzo fresca en la memoria colectiva, dio la alarma, que una agente, Elena, salió en mi busca.

Me disparó antes de que yo lo hiciera.

Yo me habría acertado. Ella no lo hizo.

Aquí estoy muerto en vida, procurando olvidar que la que viví fue inútil, que el entender que mi padre fue un asesino, me hizo creer que yo también lo era, que debía apartarme de la gente, del mundo, que no merecía habitarlo.

El poder de las palabras.

No supe utilizarlo.

Debí haberlas usada a mi favor, como hago ahora, reinventar los recuerdos, adornar la vida, colorear las experiencias, abandonarme entre los demás: tantas historias qué contar. Debería seguir con ellas, diluirme para olvidar que he recordado.

Aún he de narrar qué le pasó a ese pañuelo rojo sangre del telar. Cómo Ignacio Bruño timó a la vida misma, evadiéndose de la muerte que le perseguía sin atraparle nunca. El día tan hermoso que salió ese ocho de marzo donde todavía vivía libre de la carga de saber que mi padre era un asesino, envuelto en el olor del pan recién hecho y el bollito defectuoso que me regalaba siempre la panadera con una sonrisa amable.

Ahora aprecio la vida, ahora que no tengo.

Las maquinas siguen locas, ¿las serenarán esta vez, otra vez?

Índice

A PRINCIPIOS DE UN FEBRERO LEJANO
AHORA
AHORA
MUCHO ANTES DE ESE FEBRERO REMOTO
AHORA
LO QUE FUI
AHORA
AHORA
LO QUE FUI
AHORA
LO QUE FUI
AHORA
LO QUE FUI
AHORA
AHORA
AHORA
LO QUE FUI
AHORA
AHORA
8 DE MARZO DE MADRUGADA
AHORA
8 DE MARZO
AHORA
LO QUE FUI

AHORA
LO QUE FUI
AHORA
LO QUE FUI
AHORA
ELENA
AHORA
ELENA
AHORA
LO QUE FUI
LO QUE FUI
AHORA
LO QUE FUI
LO QUE FUI
AHORA
LO QUE FUI
ELENA
AHORA
LO QUE FUI
LO QUE FUI
AHORA
LO QUE FUI
AHORA
LO QUE FUI
AHORA
LO QUE FUI
AHORA
LO QUE FUI
AHORA

9 DE MARZO
8 DE MARZO
AHORA
AHORA
AHORA
ELENA
AHORA
LO QUE FUI
QUIEN FUI
LO QUE FUI
AHORA
LO QUE FUI
AHORA
ELENA
AHORA
AHORA
LO QUE FUI
AHORA
LO QUE FUI
AHORA
AHORA
LO QUE FUI
AHORA
LO QUE FUI
AHORA
AHORA
AHORA
LO QUE FUI
AHORA

LO QUE FUI

AHORA

AHORA

LO QUE FUI

AHORA

ELENA

LO QUE FUI

AHORA

LO QUE FUI

AHORA

LO QUE FUI

AHORA

ELENA

AHORA

LO QUE FUI

AHORA

LO QUE FUI

AHORA

LO QUE FUI

AHORA

LO QUE FUI

AHORA

ELENA

AHORA

LO QUE FUI

AHORA

LO QUE FUI

AHORA

ELENA

AHORA

LO QUE FUI

AHORA

LO QUE FUI

AHORA

LO QUE FUI

AHORA

LO QUE FUI

AHORA

LO QUE FUI

AHORA

LO QUE FUI

AHORA

LO QUE FUI

AHORA

LO QUE FUI

AHORA

LO QUE FUI

AHORA

ELENA

A PRINCIPIOS DE UN FEBRERO LEJANO

AHORA